



DANIEL GUADRADO

LA HIJA
DEL HIELO



Ediciones
Alféizar

LA HIJA DEL HIELO

Daniel Cuadrado Morales



Ediciones
Alféizar

© 2019
Editado por Ediciones Alféizar
C/ Joan Carles I - 41
46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Beta reader: Francisca Jara Silva
Autor cubierta: Enrico Pitton

Teléfono: 34 644 524 524
Email: info@edicionesalfeizar.com
Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

*A Laura, quien nunca ha dejado de creer. Una simple línea no es
pago suficiente.*

ÍNDICE

Prólogo

Libro I

LA HIJA DEL HIELO

1

2

3

4

5

6

Libro II

PIEZAS EN EL TABLERO

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

Libro III

TRAICIONES Y ALIANZAS

19

20

21

22

23

24

25

26

27

[28](#)

[29](#)

[Libro IV](#)

[LA GUERRA](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[46](#)

[Libro V](#)

[LA IRA DE ALANYS](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[Libro VI](#)

[LA CAMPAÑA DEL ESTE](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[62](#)

[63](#)

[64](#)

[65](#)

[66](#)

[67](#)

[68](#)

[69](#)

[70](#)

[Libro VII](#)

[UN NUEVO MUNDO](#)

[71](#)

[72](#)

[Epílogo](#)

[APÉNDICES](#)

[Apéndice I](#)

[Personajes](#)

[Apéndice II](#)

[Marco Histórico](#)

[Apéndice III](#)

[Senescales de Nurúne](#)

Prólogo

"¿Qué mejor manera de morir puede tener un hombre que la de enfrentarse a su terrible destino defendiendo las cenizas de sus padres y los templos de sus dioses?"

Horacio

Aquellas tierras estaban deshabitadas durante siglos. Muchos siglos. Sobre ellas pesaba la maldición que los muertos trajeron cuando los grandes reinos del mundo lucharon en la gran guerra que lo arrasó todo. El Bosque de Arion perteneció años atrás al poderoso Reino Negro y en su espesura podían encontrarse ciervos y jabalíes en abundancia. No faltaba la caza. También había grandes osos y, de vez en cuando, bajaban los lobos de las montañas en busca de sustento.

El viento siempre era frío en esa época del año. Las estrellas que tapizaban el cielo negro se podían ver escasamente entre las copas de los altos árboles. Árboles que llevaban habitando el Bosque de Arion durante siglos. Todos ellos habían visto innumerables hombres y ejércitos librar batallas por su dominio. Ahora todos ellos estaban muertos y sus huesos ya habían sido devorados por los carroñeros. Ni siquiera el recuerdo de sus nombres persistía.

La noche llevaba horas envolviendo el lugar, dando cobijo a los búhos, cárabos y lechuzas. Las hojas de los milenarios árboles vibraban y entrechocaban mecidas por el ligero viento que soplaba del este.

Arion era la frontera natural entre las Tierras de los Lagos al norte y las Tierras Negras al sur. Al oeste se encontraban las Colinas del Final y al este se alzaban majestuosos los imponentes Montes de Niebla. Había que conocer muy bien el bosque para no perderse en su espesura. No había muchas personas habitando aquellos parajes

pero, esa noche, eran cuatro los que caminaban por el inmenso Bosque de Arion.

—Estamos muy al este —dijo uno de ellos, uno que respondía al nombre de Zuma.

Por su aspecto eran guerreros. Vestían con gruesas pieles y cuero endurecido y portaban espadas y lanzas viejas y quebradizas.

—¡Y más que llegaremos! —exclamó otro que parecía el líder.

Zain, hijo de Zain, líder de una pequeña tribu de los bosques que ni siquiera tenía nombre, se había empeñado en llegar a los Montes de Niebla y ver qué estaba sucediendo allí. Llevaban caminando durante tres días seguidos y no se habían topado con nadie. La espesura era cada vez mayor a medida que se adentraban en las tierras del este, pero tenían que averiguar qué era lo que había ahuyentado a toda la caza y había dejado el bosque tan muerto como un cementerio.

Desde donde estaban ya se podían ver bastante bien las montañas. Zain conocía muy bien aquellas tierras y sabía que algo no marchaba bien. Las pequeñas luces que poblaban los montes así lo confirmaban. ¿Quién se podría asentar en los Montes de Niebla? Ni siquiera cuando el Reino Negro alcanzó su máximo esplendor hubo nadie en las montañas. Si seguían a ese ritmo alcanzarían el pie de la montaña al amanecer.

Zain frenó su marcha de golpe. Como si hubiera sentido algo.

—No estamos solos —dijo.

Los otros tres guerreros se miraron entre ellos. Allí no había nada. El líder desenvainó su espada, que debió de conocer mejores tiempos. Sus guerreros hicieron lo mismo.

—¿Quién anda ahí? —gritó Zain—. ¡Muéstrate si tienes coraje!

Pero nadie respondió. De entre las sombras de la noche emergieron unos ojos rojos como la sangre. Ojos que se abrieron a decenas rodeando a los guerreros.

—Por los dioses...son... —dijo uno.

Un aullido retumbó por encima de las copas de los árboles. Un rugido de inmensa fuerza que hizo que los cuatro hombres temblaran. Momentos después una sombra inmensa sobrevoló sus cabezas con un intenso batir de alas.

Pero ni Zain ni ninguno de sus hombres pudieron ver nada. Antes de que pudieran huir, aquellos ojos rojos, de insomne maldad, ya habían acabado con ellos.

Libro I
LA HIJA DEL HIELO

“...pero ya han pasado seis años —escribió la pluma—, seis años vagando por el mundo, recorriéndolo de un lugar a otro como si fuéramos vulgares trotamundos. ¿Y para qué? He visto morir a infinidad de seres queridos, parece como si la diosa me hubiera maldecido y todos aquellos que me profesen algún amor o cariño deban sufrir y morir. Yo misma he acabado con docenas de vidas y todos esos muertos ahora se me aparecen en sueños. ¿Pero qué puedo decir? Es el precio de la guerra, el precio de la venganza. A veces me pregunto si el que asesinó a mi familia tendrá las mismas pesadillas que yo. Creo que mi padre no aprobaría en lo que me he convertido, pero ya no hay vuelta atrás, y no lo lamento. Será mi espada quien haga justicia, seré yo quien vengue a mis hermanos muertos y...”

La pluma se detuvo. Alanys pensaba. Su mente viajaba más rápido que su mano, viajaba al pasado... hacia un pasado que no le permitía dormir y que tampoco la dejaba vivir. Un pasado que siempre la perseguía, que la torturaba cruelmente. La Hija del Hielo, así la llamaban todos. Se había ganado ese apodo y su fama terrible la precedía a donde quisiera que fuese.

Su padre, Argarion, había muerto asesinado igual que el resto de su familia. Las imágenes de aquella noche estaban grabadas a fuego en la mente de Alanys. Un asesino sin rostro, oscuro como la noche, había hecho desaparecer a su familia como si nunca hubiera existido. Argarion murió defendiéndolos, su madre, Barisha, y su hermano mayor, Agrawain, fueron decapitados y sus cabezas entregadas a los lobos. Alanys apenas tenía catorce años y sobrevivió porque se escondió en las montañas que tan bien conocía.

Prácticamente sola y desamparada vagó los seis siguientes años por las tierras de oeste, buscando alianzas y fuerzas para vengar la muerte de sus padres. Al cumplir los veinte había reunido lo suficiente para buscar un ejército mercenario y además se había

rodeado de personas de la más baja condición, caballeros venidos a menos, mendigos y familias que lo habían perdido todo por las guerras, amén de prisioneros y prófugos de la justicia. Alanys los llevó a las viejas ruinas de la Ciudad Blanca y se asentó allí, rebautizando el nuevo lugar como Bastión de Plata. Con el botín de sus campañas enriqueció su ciudad y sus ejércitos crecieron.

Ya habían pasado seis años desde todo aquello. Había librado infinidad de batallas y sus hombres ya no eran mercenarios, sino soldados experimentados que darían su vida por Alanys sin dudarlo. Bastión de Plata había crecido enormemente y las riquezas la convertían en una de las ciudades más poderosas del mundo. Pero nunca encontraron al Sin Rostro. Por más cerca que se encontraran de él, siempre escapaba. Hasta ese momento. Sus últimas noticias indicaban que su presa estaba resguardada en el Castillo de Oreth y hasta allí había llevado a sus regimientos.

Del otro extremo del campamento le llegaba el inconfundible sonido de sus catapultas y máquinas de guerra que golpeaban y rasgaban la sólida piedra del castillo. La fortaleza llevaba resistiendo más de cuatro semanas pero pronto caería. Alanys sabía que había más armas disponibles que las espadas, las flechas y las piedras. El hambre, la sed y las enfermedades jugaban un papel importante. Tanto o más que las batallas.

De un plumazo apartó los recuerdos de su pasado y se secó las lágrimas que empezaban a anegar sus ojos grises. Llorar era para débiles. Ella, Alanys, Hija del Hielo, no lloraría jamás.

—Mi señora —dijo un hombre de su guardia desde la puerta.

Alanys reconoció la voz de Baethan, firme y segura.

—Adelante, Baethan. Pasa —respondió Alanys.

El guerrero entró en la tienda. Vestía una armadura gris y blanca y llevaba el yelmo bajo el brazo. Su espalda estaba cubierta por una capa de color plata, que le delataba como miembro de la Guardia de Plata.

La guardia estaba formada por tres mil hombres, en su mayoría guerreros veteranos y experimentados, algunos de los cuales habían conocido a Argarion, como era el caso de Baethan. Era el capitán de la guardia, solo superado en mando por la propia Alanys y por Galahad, comandante de la guardia y administrador de Bastión de Plata.

Baethan siempre se había mostrado fiel a la familia de Alanys y fue de los pocos que permanecieron a su lado cuando todos le denegaron la ayuda que tanto necesitaba. Su espada se mostró firme en los peores momentos de modo que, cuando Alanys decidió crear la Guardia de Plata, no dudó en nombrar a Baethan su capitán. La guardia era la mejor unidad de combate que podía existir, los requisitos para formar parte de ella eran muy exigentes. Todos eran mayores de treinta años y consumados expertos en el manejo de las armas, entre otras muchas cosas.

—Creía que te había encomendado la dirección del ataque sobre el castillo. Deberías estar en primera línea.

La joven Alanys era terriblemente precisa a la hora de dar órdenes y no soportaba que no se cumplieran con perfecta exactitud. Oreth estaba a punto de capitular y había ordenado a sus hombres que se mantuvieran atacando durante toda la noche a fin de debilitar las defensas y mantener a los guerreros enemigos sin dormir. Al amanecer ella misma dirigiría el ataque final.

—¿Se ha abierto ya una brecha en los muros? —preguntó.

—No, mi señora.

—¿Se han rendido? —volvió a preguntar.

—Tampoco, es otro asunto el que me ha traído hasta aquí. El mariscal de Oreth está a las puertas del campamento.

Alanys frunció el ceño.

—¿El mariscal? ¿Y qué quiere?

—No lo sabemos, mi señora. Podemos capturarlo e interrogarlo.

La joven pensó rápido. Seguramente querría parlamentar sobre los términos de la rendición. Hablaría con él, pero no pensaba mostrarse nada flexible.

—De acuerdo Baethan, será mejor que vayamos a ver qué quiere el mariscal. Prepara la salida.

—No deberías salir, mi señora.

Alanys sonrió.

—He pasado por momentos peores —dijo colgándose el cinto de la espada—, además, cuento con tu protección ¿No es así?

La joven guerrera montó sobre su caballo, una preciosa yegua negra a la que llamaba Edain, y se dirigió a las puertas del campamento.

Allí había miles de hombres que saludaban y coreaban el nombre de Alanys, la persona que les había dado victorias, riquezas y poder. Antes de ella no eran nada, nadie se acordaba de ellos y a nadie le importaba su destino. Pero cuando Alanys los llamó y recurrió a ellos para que lucharan por ella recobraron su honor y su orgullo herido se recuperó. Quince mil hombres que estaban dispuestos a combatir por la joven y morir por ella si fuera necesario. Y Alanys se sentía muy bien rodeada de todos ellos, sabía que mientras contase con la lealtad de su ejército nadie podría detenerla. Aquellos soldados eran gente que lo había perdido todo y que ahora eran temidos y respetados, igual que ella.

Alanys sonreía y saludaba, se interesaba por sus hombres y los trataba con respeto y honor. Era una guerrera igual que ellos.

El Castillo de Oreth perteneció antaño a los dominios del Reino de Nurúne. Se encontraba situado en un punto estratégico al sureste de las Montañas Nuevas, justo entre las Lagunas Cambiantes y las montañas. Era una fortaleza de modesto tamaño, pero muy fortificada y complicada de tomar. Sus murallas exteriores eran de gruesa piedra gris y contaba con cinco torres almenadas. La torre central, la mayor de todas, estaba construida directamente sobre la roca de la montaña. Era alta y aunque no tan ancha como las gruesas torres de homenaje de otras fortalezas, era mucho más grande que las otras cuatro. De planta circular, estaba tachonada por pequeñas ventanas y algunas troneras. Se accedía a su cúspide mediante una escalera de caracol y en lo alto de la torre se alzaba su estandarte, una montaña que daba cobijo a un pequeño castillo.

Hacía más de un siglo que la Senescal de Nurúne, Shaylee, nombró a Eadig I como Mariscal del Castillo de Oreth en premio a su denodada valentía y trabajo durante las Guerras de los Renegados. Desde entonces la fortaleza había sido independiente durante ciento treinta años hasta que Dagonet, hijo de Idas, decidió acoger entre los muros de su castillo al asesino de la familia de Alanys.

Estaba defendido por casi tres mil buenos hombres y contaba con decenas de piezas de artillería, además la misma montaña le otorgaba protección. La única forma de asaltarlo era por la parte sur, justo donde se encontraba la puerta de entrada. Y allí era donde las fuerzas de Alanys más habían golpeado.

Dagonet sabía que no podrían hacer frente al preparado ejército de la joven durante más tiempo, de modo que decidió salir al exterior y tratar de negociar. Era el sexto Mariscal de Oreth y no pensaba permitir que su familia muriera en el asedio. Aún era joven, apenas contaba con treinta y seis años y ya llevaba cinco a cargo de la fortaleza, cuando su padre se la entregó al enfermar.

Los muros del campamento de Alanys estaban repletos de hombres armados con arcos y flechas y Dagonet sabía que todas esas armas le apuntaban a él. Un poco antes de salir de la fortaleza, pensó en reunir a todos los guerreros que le quedaban para atacar el asentamiento de la joven, pero viendo la organización y lo bien dispuestas que estaban las defensas, se alegró de no haberse lanzado al ataque. Habría supuesto una carnicería en vano. Los muros eran de madera y estaban rodeados de estacas y para evitar los incendios los hombres que los patrullaban los humedecían constantemente. Además eran altos y gruesos de modo que las piezas de artillería podían colocarse ahí sin problemas. También había torres aún más altas que el conjunto y en cada una de ellas se encontraba una decena de arqueros. Alanys se mantenía invicta en el campo de batalla por alguna razón, y esa razón era la que ahora Dagonet tenía a su frente.

<Con una organización como ésta no hay nadie que pueda hacerle frente>, pensó el Mariscal.

Vestía los mismos ropajes que había llevado el día anterior, y el anterior a ese. Se hizo acompañar únicamente por su esposa Eadda y su única hija, Dalmira.

El viento nocturno era frío y las estrellas brillaban por encima de las fogatas del campamento. Dagonet volvió su vista para ver el Castillo. Se podían ver los incendios y los golpes en las murallas. En su larga historia, Oreth nunca había sido tomado por ningún enemigo y jamás nadie logró hacer que sus mariscales doblasen la rodilla. Pero Alanys lo estaba haciendo.

Las puertas del campamento se abrieron lentamente con un característico sonido de madera. Portando antorchas y fuertemente armados, Dagonet contó una veintena de jinetes. Tras ellos cabalgaba una joven que vestía con una cota de malla que cubría con prendas de cuero negro. Una espada colgaba de su cinto.

Dagonet no llevaba armadura ni era muy diestro en las armas, pero había tomado la precaución de llevar una espada.

<Como si me fuera a valer de algo>, pensó mientras sonreía.

La guardia se detuvo y abrió un pasillo por el que Alanys, dejando atrás el caballo, se dirigió hacia el Mariscal.

—Es una insensatez acercarse así a un campamento lleno de hombres armados —dijo—. Supongo que eres consciente de que puedo matarte a ti y a tu familia ahora mismo.

—Lo soy, mi señora. Pero confío en que sepáis que esto solo es una entrevista para parlamentar.

—¿Vienes a rendir el Castillo?

—No. A parlamentar como ya he dicho.

Alanys sonrió.

—Yo no tengo nada que hablar. Has dado cobijo a la persona que mató a mi familia, que es justo la persona que llevo persiguiendo seis años, y no voy a parar hasta tomar la fortaleza y cortar el cuello de ese malnacido.

—Puede que le captures, algún día... ¿Quién sabe? Pero no lo encontrarás en Oreth. Aquél a quien buscas se marchó hace dos noches al amparo de la niebla.

El rostro de Alanys ensombreció y Dagonet lamentó haberlo dicho. La ira de la joven podía ser terrible.

—¿A dónde ha ido? He arrasado todos los lugares en los que ha estado, nadie querrá acogerlo.

—Se marchó al este, pero no sé más.

Dagonet observó como la joven apretaba su puño enguantado en torno a la empuñadura de la espada. Él hizo lo mismo y los jinetes de la escolta también. Alanys respiró profundamente.

—¿No me estarás mintiendo? Porque no soporto las mentiras—dijo Alanys con la voz gélida.

—Digo la verdad, entra en el Castillo y compruébalo. He venido con mi familia para demostrarte que es cierto y para pedirte que

pongas fin al asedio.

—¿Para pedirme? Has acogido al asesino de mi familia y quieres que te deje en paz...

—Hace seis años empezaste una guerra para vengar unos hechos que sucedieron hace ¿Cuánto? ¿Una década?

—Doce años.

—Doce años, Alanys. ¿Cuántos han muerto por tu espada desde entonces? ¿Cuántas familias han sido aniquiladas?

—Solo he matado a cobardes y a traidores, el mundo está mejor sin ellos.

—¿Les preguntaste qué les llevó a hacer lo que hicieron? ¿Qué potestad tienes para juzgar quién vive y quién muere?

Alanys guardó silencio y miró a otra parte.

—Tú no tienes hijos, pero algún día los dioses te bendecirán con ellos ¿Qué estarás dispuesta a hacer para protegerlos? Tuve que acoger a tu enemigo. No me quedó más remedio, era eso o ver como asesinaba a Dalmira.

La niña se aferró a la mano de su madre. No entendía bien qué sucedía, pero sabía que algo malo podía salir de aquello.

—Tenías docenas de hombres que luchan siguiendo tus órdenes, no me digas que no pudiste ordenar que le detuvieran.

—Ese hombre... —dijo Dagonet—, no es como el resto. Sabe cosas de la muerte y...es un hechicero, un mago, no lo sé.

La joven rompió a reír.

—¿Hechicero dices? Hace miles de años que la magia desapareció de este mundo, junto con los dragones... ya puestos seguro que también has visto a los Deformes vagando en la oscuridad.

Los hechiceros y todos aquellos hombres extraños y criaturas salvajes tan sólo vivían en los cuentos que se les contaba a los

niños por las noches. Alanys se irritó de golpe. Hacerla salir de su campamento para ver a un loco hablando sobre magos...

—¿Me haces salir para hablarme sobre hechiceros y magia?

—No, mi señora Alanys. Ahora que tu enemigo se ha ido ya no hay motivo para que sigas asediando el Castillo. Te ruego que te retires. Lamento lo que te pasó, lamento que tu familia fuera asesinada, si la decisión hubiese sido mía te habría ayudado sin dudar.

—¿Qué hicisteis vosotros para ayudar?

—Yo no estaba al mando, pero sé que se celebró un concilio para decidir si proporcionarte recursos y tropas. Yo aconsejé al Mariscal Idas que te ayudase. Parecía lo más adecuado, pero él dijo que haría lo que el concilio acordase y no quiso escucharme, la sombra de Nurúne es muy larga aquí, tú lo sabes. Luego empezó la guerra y asediabas un castillo tras otro... mucha gente murió entonces.

—La guerra es así.

—Es cierto, pero comprende que es muy complicado tratar de darte recursos cuando tanta gente moría. La Liga de Occidente se mostró inflexible a ese respecto.

—¿Por qué me cuentas esto ahora?

Dagonet se puso de rodillas.

—Porque suplico que no hagáis daño a mi familia. Fui yo quien decidió acoger al hechicero, mía es la culpa, tómame prisionero si lo deseas, mátame, pero deja al resto. Nadie más tiene que morir.

Alanys contempló durante unos momentos al hombre que se había arrodillado ante ella. Ese hombre no estaba ahí como el Mariscal de un castillo, estaba ahí como el padre de una niña pequeña, ajena a la guerra que libraban los hombres. Una lágrima fue a asomar por sus ojos, pero se contuvo.

—Levanta, Dagonet, no será necesario que te arrodilles. Tu petición será escuchada. Retiraré a mis tropas y te proporcionaré los

recursos que precisas para la reconstrucción de la fortaleza.

—Lo agradezco, mi señora —dijo el Mariscal sorprendido por tanta generosidad repentina. No había esperado eso.

—Pide lo que desees, te lo otorgaré en compensación por los daños causados.

—Nada deseo. Siempre he estado de vuestra parte. Podréis contar conmigo para lo que necesitéis.

Alanys sonrió.

—Tomo nota de tus palabras.

La joven se alejó y montó en su caballo. La pequeña tropa regresó al campamento.

Ya dentro de su tienda Alanys llamó a Baethan.

—Me habéis llamado, mi señora.

—Así es, mi fiel capitán. Al amanecer voy a ordenar levantar el campamento. Dejaré doscientos hombres y atravesaremos el Bosque de las Brumas.

—¿Iremos al este? —preguntó Baethan.

—Es mi intención. Según parece nuestro escurridizo amigo ha huido al este. Nos provisionaremos en Ojos Verdes. Me reuniré con los capitanes de regimiento al despuntar el alba. Eso es todo.

Baethan no se movió de su sitio.

—¿Ocurre algo? —preguntó Alanys.

—No mi señora, pero me gustaría decir algo.

La joven le dio permiso para hablar.

—Llevas sirviéndome desde que era una niña, aprecio tus palabras. Di lo que tengas decir, Baethan.

El capitán de la guardia empezó a hablar, con bastantes dudas sobre que quería exponer.

—Creo que no deberíamos ir al este. Son tierras desconocidas y muy peligrosas, por no hablar de que allí estaremos aislados de todo. En mi opinión deberíamos regresar a Bastión de Plata.

—¿Crees que debo rendirme? ¿Es eso? Porque no pienso hacerlo —dijo la joven con un rictus de enfado en el rostro que el capitán conocía muy bien.

—En Bastión hay todo un reino que dirigir y llevas tres años fuera. No digo que haya que rendirse, digo que hay que parar. Organiza todas las conquistas, atiende al pueblo, reconstruye el ejército y luego vuelve. Eres joven, Alanys, tienes toda una vida por delante.

Alanys miró a Baethan con expresión seria.

—No voy a dejar que ese malnacido escape.

—Extremad la precaución —dijo el capitán de la expedición de reconocimiento—, no sabemos qué podemos encontrarnos aquí.

Lannildut era un hombre de mediana edad que pertenecía al destacamento de Nurúne enviado al Muro de Hiperión.

En las últimas semanas los ataques de la gente del este se habían vuelto más osados y violentos y la guarnición temía un ataque sorpresa. Las patrullas de reconocimiento se habían aumentado aunque no habían logrado grandes resultados.

En esta ocasión la docena de jinetes de Lannildut se hallaba bastante al este, a los pies de la vieja Atalaya Sombría. Esta edificación consistía en una torre muy alta levantada sobre una pequeña colina desde la que se podía dominar una vasta extensión de territorio conocido como Llanuras Áridas. Esas tierras pertenecieron antaño a los reinos del oeste y la atalaya formaba parte de un sistema defensivo para controlar los movimientos de los Pueblos Grises, compuestos en su mayoría por salvajes y bárbaros sin ley y sin gobiernos estables.

Tras las largas guerras que enfrentaron a los bárbaros con los reinos del oeste todas estas edificaciones fueron tomadas y saqueadas. Al término de los enfrentamientos tan solo la Atalaya Sombría quedaba en pie. La torre era elevada, de planta cuadrada y con muros lo bastante gruesos para soportar proyectiles de medio tamaño. Estaba rodeada por un pequeño fuerte cuyo perímetro quedaba protegido por una muralla media que daba cobijo a varios establos, una pequeña herrería, un hospital y todo aquello que la guarnición pudiera necesitar. Mientras los combates duraron, las fuerzas de la Atalaya Sombría llegaron a los tres centenares de hombres, pero después fueron perdiendo efectivos hasta que se decidió que era una pérdida vana de recursos mantener las atalayas y fortines al este del Muro de Hiperión. Finalmente el puesto fue

abandonado y todos los efectivos se replegaron a las tierras seguras del oeste.

Lannildut y sus hombres se acercaron a los restos de la atalaya. La muralla estaba prácticamente derruida y dentro del recinto tan solo se alzaba un árbol. Un único árbol, alto como una torre y de gruesa madera en cuya copa podían anidar una docena de cuervos.

—Pasaremos aquí la noche —dijo el jinete—, inspeccionemos la atalaya.

—Pues yo pienso que debemos volver.

—Nos han encargado descubrir qué diablos está pasando con los bárbaros, tenemos que seguir.

En los últimos días habían sido varias las patrullas de exploración dadas por desaparecidas. La última se perdió hacía ya cinco días. Los hombres de Lannildut tenían como misión encontrarlas y si era posible saber qué o quién las había atacado.

—Pues si tanto interés hay en encontrar a los desaparecidos que envíen un ejército- replicó otro de los jinetes.

Se inició entonces una discusión sobre qué debían hacer. Lo cierto era que a ninguno le hacía gracia quedarse a pasar la noche en la Atalaya Sombría. Lannildut aseguraba que el recinto era seguro y que en caso de ataque podían defenderse mejor que en campo abierto. Otros decían que lo mejor que podían hacer era salir al galope hacia el sur y volver al muro.

Uno de los caballeros, el más joven de todos ellos, se separó del grupo y empezó a ascender la escalera que daba a lo más alto de la torre. Los peldaños estaban desgastados por el paso del tiempo y entre muchos de ellos las malas hierbas crecían. En las paredes había armarios donde antaño se hallaban armas para la guarnición que ahora estaban vacíos. El viento del anochecer se colaba por las troneras y por los agujeros que habían dejado las piedras al caer. Parecía imposible que aquella atalaya pudiera estar aún en pie. Llevaba allí casi un milenio. A medida que ascendía, el muchacho

notaba como sus músculos se iban tensando. Los muros eran gruesos de modo que los gritos del resto de la patrulla ya apenas eran audibles. Un murciélago entró por una ventana, revoloteó unos segundos por el interior de la torre y salió de nuevo. El joven sintió el sudor correr por su yelmo. Desenvainó la espada. La hoja brilló levemente. Apenas quedaban una docena de escalones para llegar a la cima cuando empezó a ver gotas de sangre en el suelo.

—¡Eh! —gritó—. ¡Deberíais venir a ver esto!

Pero nadie respondió. Durante unos momentos pensó en dar media vuelta y bajar, pero al fin y al cabo solo eran unas gotas de sangre y no parecía que hubiese nadie más arriba. Apretó con más fuerza la espada y siguió ascendiendo. No debería haber gritado a sus compañeros, si había alguien esperando ahora sabía que él estaba subiendo.

—¡Voy armado! —dijo, aunque en su interior sabía que si había alguien esperando, le daba igual que fuera armado o no. Una espada no parecía ser rival para contener los temores de la noche.

El viento de la azotea ya le rozaba la cara. Lo podía escuchar gemir entre las piedras, lo sentía deslizarse por las vastas tierras que se extendían a lo lejos.

Dio un salto y salió al exterior dispuesto a enfrentarse a lo que fuera, pero la hoja de su espada únicamente cortó el aire. No había nadie con quién pelear. Al menos nadie vivo. Los ojos del joven recorrieron la escena que se presentaba ante él. Había una docena de cuerpos con los mismos uniformes que ellos llevaban, los de la caballería de Nurúne. Pero eso no era lo peor. Los cadáveres presentaban un aspecto horrible. Era obvio que llevaban varios días a la intemperie. Había sangre seca por todas partes, como oscuras manchas en el suelo y en la piedra. Cuatro de los cuerpos estaban en el suelo, al caerse desde las cuerdas con que los habían colgado. Presentaban el cuello rajado y heridas por todas partes, pero no había rastro de las armas. Los nueve hombres restantes aún permanecían suspendidos. Los cuervos habían dado cuenta de ellos. La mayoría tenía el rostro medio devorado y apenas unos

cuantos conservaban parte de la carne sujeta al cráneo. Los ojos habían desaparecido y tan solo quedaban las cuencas vacías y ensangrentadas. No se podía saber quién era quién entre aquella maraña de piel caída y carne putrefacta.

Se acercó a la almena y gritó con todas sus fuerzas para que le oyeran los de abajo, que seguían discutiendo. No tardaron en presentarse allí arriba.

—He encontrado a una de las patrullas.

Todos se quedaron paralizados ante la carnicería.

—Debieron luchar hasta el final —dijo Lannildut—, no se mata así como así a un jinete de Nurúne.

—¿Y dónde están los cuerpos de los atacantes?

—Quizá los matasen en otra parte y los trajeron aquí para que los viésemos.

—Si eso es cierto significa que saben que estamos aquí —dijo el joven que había descubierto los cadáveres.

Todos hablaban si apartar los ojos de los muertos.

—Y si saben que estamos aquí...

El inconfundible sonido de un cuerno bárbaro les hizo callar. Lannildut se acercó al borde de la torre. Docenas de antorchas avanzaban hacia ellos. La noche había caído y bajo el resplandor del fuego pudieron ver el centelleo de las armas que iban a por ellos. Lannildut miró a sus hombres y luego a los cadáveres. Pronto se convertiría en uno de ellos.

Entonces la primera flecha silbó por encima de la torre.

Las puertas de Bastión de Plata estaban completamente abiertas. Eran puertas gruesas, fabricadas con buena madera y reforzadas mediante planchas de metal. Contaban con dos torres a los lados levantadas en poderosa piedra blanquecina, coronando las torres había catapultas y calderos que se llenaban de aceite hirviendo en caso de ataque.

Bajo esas poderosas puertas, los regimientos de Alanys desfilaban en un paseo triunfal, portaban sus estandartes con orgullo, una bandera negra con sangrientos zarpazos de dragón. Las tropas de la joven mostraban orgullosas sus armaduras y armas. Iban todos equipados con escudos negros y redondos, largas lanzas y fuertes espadas del mejor acero. Además llevaban yelmos plateados que prácticamente les ocultaban la cara. Verlos desfilar provocaba temor y admiración a partes iguales.

Alanys iba en cabeza, seguida por los miembros de su caballería real y los hombres de la Guardia de Plata. Vestía de negro, con una cota de malla que cubría con un jubón de cuero negro y una larga capa también oscura con pieles de lobo en la parte del cuello. Llevaba el rostro al descubierto y su espada descansaba en la vaina a la espera de otro combate. Su yegua, Edain, iba ataviada con hermosos arreos de cuero y plata.

Baethan cabalgaba cerca, con una mano en las riendas de su corcel de batalla y con la otra en la empuñadura de la espada, mirando atentamente cualquier cosa extraña, cualquier persona que pudiera tratar de atacar a Alanys. La Guardia de Plata se había desplegado por completo y permanecía alerta. Un cordón de soldados separaba a la comitiva del pueblo. Eran medidas de seguridad ordenadas por Galahad que Alanys consideraba desproporcionadas. Pero pese a estar protegida por más de veinte mil hombres, la joven podía sufrir perfectamente un ataque en cualquier momento. Era tan fácil matar a alguien entre una multitud...

Alanys saludaba y sonreía, algo raro en ella. Todos la aclamaban.

La joven miraba la ciudad con interés. Hacía tres años que no la pisaba y estaba irreconocible. Cuando ella se marchó a su última campaña todo estaba en obras y apenas había edificios, salvo casas y construcciones de madera y las murallas no eran más que un murete bajo sin torres. Ahora Bastión de Plata era prácticamente invulnerable. Contaba con una muralla alta custodiada por grandes torres salientes. El interior de la ciudad estaba prácticamente acabado, con edificios de piedra y casas de gran tamaño. Las calles estaban empedradas y las acequias y canales llevaban agua hasta las numerosas fuentes y se llevaban la suciedad y la basura. Una gran avenida cruzaba Bastión de Plata hasta llegar a la parte alta, localizada en un promontorio de la zona norte. Ahí se levantaba un muro de mármol blanco con una reja metálica y protegido por torres. El muro daba acceso a un enorme patio de armas en el que podían formar dos regimientos al completo. Allí había herrerías y establos para los animales. Y por último, en la parte más alta de la ciudad se alzaba imponente el Castillo. Una fortaleza dentro de la fortaleza. Contaba con numerosas torres elevadas y puntiagudas, recubiertas de mármol blanco y cuyos tejados relucían brillantes. La torre de homenaje era altísima, tanto que los días de niebla sobresalía por encima de ella. Allí era donde se alzaba el estandarte de la ciudad, la inmensa bandera que se mecía con el viento.

Toda la ciudad resplandecía en colores blancos y grisáceos y los techos de las torres de aguja brillaban a la luz del sol del amanecer.

Bastión de Plata se había construido sobre las ruinas de lo que antaño fue la inmensa Ciudad Blanca, la capital del reino más poderoso y grande que existiese, mucho antes de la llegada de los dragones al mundo, y aunque no era tan extensa como la vieja ciudad, era uno de los enclaves más fuertes que podían encontrarse, pudiendo rivalizar con reinos tan longevos y poderosos como el de Nurúne.

Alanys y su comitiva avanzaron entre personas deseosas de tocarles y honrarles con sus regalos. Finalmente el caballo de la

joven se detuvo a las puertas del Castillo. Allí la esperaba Galahad, acompañado de los oficiales de la ciudad, los mandos del ejército y varios altos cargos y consejeros del gobierno.

El joven Galahad era un año menor que Alanys, tenía el pelo largo a la altura de los hombros y castaño, lucía una barba de aspecto descuidado y vestía con un sencillo peto de cuero marrón. Galahad había sido amigo de Alanys desde que ésta podía recordar. Él fue uno de los pocos que lograron escapar cuando la familia de la joven murió asesinada y posteriormente la acompañó en cada una de las campañas que Alanys lideró. Cuando se fundó Bastión de Plata ella no dudó en nombrar a Galahad como su dirigente. Y desde luego el joven no la defraudó. La ciudad había mejorado considerablemente y daba cobijo a multitud de personas.

—Toda la ciudad se alegra de tu regreso —dijo Galahad.

Alanys sonrió.

—Y yo me alegro de haber vuelto, mi fiel amigo. Veo que no habéis perdido el tiempo durante mis campañas.

La joven saludó uno a uno a todos sus oficiales y comandantes antes de dirigirse al interior del Castillo. Las salas eran inmensas y estaban bien protegidas pero le faltaba algo de...calidez por así decirlo.

<Hay mucho por hacer>, pensó Alanys.

—Hay muchas cosas que requieren de tu atención, mi señora —dijo Dalar, uno de los consejeros.

Ella sonrió y siguió andando mientras Galahad le hablaba.

—La ciudad ha crecido enormemente, Alanys, ahora podemos proporcionar protección y alimento a toda esta gente. Además hemos mejorado las instalaciones para el ejército, creo que no tardaremos en reaprovisionaros y quizá algunos voluntarios quieran unirse para la próxima campaña.

—¿Próxima campaña? —dijo Alanys.

—Por todos es sabido que el Sin Rostro escapó hacia el este, lo que significa que la guerra llegará a las tierras de los salvajes.

—Puede que algún día sí, pero ahora no estamos preparados para ello —respondió la joven—. Voy a mis aposentos, necesito descansar un poco, no hace falta que me acompañes, creo que aún sé llegar. Quiero que organices una reunión del consejo de la ciudad mañana por la mañana.

—Así se hará Alanys.

La guerrera se alejó a grandes zancadas y no tardó en dejar atrás a todas las personas que formaban aquella comitiva.

El Castillo era un lugar lúgubre, pese a las numerosas antorchas y banderas que lo adornaban, las estancias eran inexpresivas, frías como la dura roca en la que estaban construidas. Era bastante obvio que Galahad no era un buen decorador.

<No se le puede pedir más>.

El aposento de Alanys se encontraba en el punto más elevado de la inmensa Torre Central al que se accedía por una escalera ancha de mármol. A medida que se iba ascendiendo, la capa de polvo era mayor, tanto que Alanys sintió ganas de estornudar en dos ocasiones. La puerta del cuarto era de vieja madera gastada que hacía ya tiempo que había perdido su capa de brillo. Estaba flanqueada por dos antorchas que habían permanecido apagadas tres años, justo el tiempo que ella pasó fuera. Ahora además, a los lados de las antorchas, dos guardias hacían las veces de vigilantes, eran miembros de la Guardia de Plata, a juzgar por sus brillantes armaduras y sus capas impolutas. Al ver a su líder, tensaron los músculos y enarbolaron las lanzas.

Alanys se acercó a ellos.

—Aquí no hay sitio para manejar unas lanzas tan largas —les dijo.

Pero ellos no contestaron.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó.

—Berdic, mi señora —contestó uno.

—Motius —dijo el otro.

—¿Y bien? —dijo Alanys—. ¿Qué me decís de las lanzas?

Los dos guardias se miraron entre ellos.

—Son las órdenes —contestó Berdic.

—El Comandante Galahad nos dijo que montáramos guardia en vuestra puerta, mi señora —dijo Motius.

Alanys asintió.

—Tengo entendido que en los cuarteles se está celebrando un gran banquete por el regreso del ejército, sería una gran lástima que dos miembros tan honorables de la Guardia de Plata no acudiesen.

—Alguien debe protegeros, mi señora —dijo Berdic.

Alanys tocó su espada.

—Ella lo hará, no os preocupéis, decidle al Comandante que puedo cuidarme, ya tendréis tiempo mañana de custodiar la puerta. ¡Marchaos y bebed a mi salud!

Los dos asintieron.

—Así se hará, mi señora.

Cuando iban a bajar la escalera Alanys volvió a hablar.

—Por cierto, la próxima vez dejad esas lanzas en otra parte.

La joven abrió la puerta del aposento, cuyas maderas crujieron fruto de unos goznes desengrasados. Galahad no había añadido nada nuevo a su escaso mobiliario. Una mesa grande de madera de roble, un armario para guardar la poca ropa de Alanys, en su mayor parte prendas sencillas, de piel o cuero y de colores oscuros. Un gran espejo situado a la izquierda de la cama y un perchero con forma de colmillos de dragón para colgar la capa negra y el cinto de la espada.

Una ventana de grandes dimensiones, con el cristal polvoriento y cubierta por cortinas blancas, proporcionaba una suave brisa en las mañanas veraniegas y deleitaba a Alanys con unas vistas increíbles, y es que la Torre Central era altísima. Desde luego no precisaba de nada más.

Justo encima de ella se hallaba la azotea de la torre, que era enorme. Era un privilegio vivir ahí. Durante unos momentos miró por la ventana y vio como todo Bastión de Plata dormía amparado por la noche. Las estrellas brillaban en el cielo, como un vasto tapiz moteado sobre un gigantesco terciopelo negro.

Se quitó la capa y la colgó con cuidado de uno de los dientes de dragón, la espada la dejó apoyada contra la cama y la daga que llevaba al cinto la depositó bajo la almohada. Después se desprendió de la cota de malla y del jubón de cuero y terminó despojándose de las botas. Desnuda, observó su cuerpo delante del espejo. Era un cuerpo joven, de veintiséis años, algo delgado, pero esbelto y fuerte. Su melena negra y corta enmarcaba su rostro hermoso y pálido y hacía que sus ojos grises brillasen. Sin embargo, también estaba sembrada de cicatrices.

Sus dedos las recorrieron una por una. El corte en un muslo producido por una espada bárbara en el Pantano de Thared, la lanza que la hirió de gravedad en el costado cuando cargó con sus jinetes en una batalla desesperada contra las tropas enemigas en el Bosque Muerto, un puñal en la clavícula en Ciudadela Dorada...y había más, el Río Mayor, los Marjales Rojos, el Bosque de Ceroneth... con ese último sonrió, la cicatriz de la flecha estaba en el hombro y la había conseguido de manera más absurda posible. Ella cabalgaba con una veintena de hombres a la cabeza de su ejército rumbo a TreintaLanzas, cerca ya del Paso de la Luna, cuando unos salteadores de caminos los confundieron con una caravana desarmada. Los ladrones tensaron los arcos mientras amenazaban a la joven, pero cuando vieron las armaduras relucientes de los Guardias de Plata huyeron despavoridos, todos menos uno, que no pudo controlar sus nervios y la cuerda del arco

se le escapó de los dedos con la mala fortuna de que la flecha impactó en el hombro de Alanys. Casi lo ahorcan, pero la joven dijo que un arquero que era capaz de acertar un blanco sin querer debía de ser un buen arquero, de modo que lo aceptó entre las filas de su ejército.

A pesar de esos recuerdos en forma de cicatriz era un cuerpo hermoso. A veces Alanys quería ver deseo por tomarla en los ojos de los hombres, pero únicamente encontraba respeto en algunos y temor en otros. La reputación de la joven guerrera era terrible en cualquiera que se considerase su enemigo.

<Quizá cuando la guerra acabe —pensó—, si es que acaba algún día>.

Las noches eran frías en aquellas tierras de modo que Alanys se cubrió con una túnica gruesa y se metió en la cama bajo varias mantas. No tuvo tiempo de pensar o de soñar. Se durmió al instante.

—¡Por los dioses! —exclamó Gaheris—. Hemos perdido cinco patrullas en un mes. Debemos informar sobre lo que está pasando.

Gaheris era el Comandante de las fuerzas de la Liga de Occidente destacadas a la frontera entre las tierras occidentales y las orientales. O como él solía decir, los hombres del fin de la civilización. Y desde luego no era para menos, al este del Muro de Hiperión se extendían las llamadas Llanuras Áridas, una vasta extensión plana donde apenas se alzaban unos cuantos bosquecillos y en la que el suelo era arenoso y polvoriento. Un desierto en el que muchos se internaban y pocos regresaban. Y más al este era aún peor. De las Tierras Baldías era mejor no hablar, ni de los seres que se decía que habitaban allí.

—¿Y qué es lo que está pasando, Gaheris? —preguntó Risley, capitán de las Torres Arcadias.

En la reunión se encontraban, aparte de Risley y Gaheris, Bowen, capitán del Fortín de Ío, amén de otros mandos y cargos del destacamento del Muro.

— ¿No lo veis? —dijo Gaheris—. Los bárbaros se atreven a atacar a las patrullas, cosa que nunca habían hecho de manera tan seguida. Debemos saber qué es lo que está pasando en el este para que los salvajes estén tan inquietos.

Gaheris era un soldado veterano que sabía distinguir bien cuándo los ataques de los bárbaros eran eventuales y cuáles estaban bien organizados. Como los que ahora sufrían. El hombre tenía un parche en lugar de ojo izquierdo, cortesía de un guerrero de las Montañas del Norte. Rondaba ya los cuarenta y cinco años y llevaba diez al mando de las fuerzas aliadas en el Muro de Hiperión.

—Y supongo que querrás enviar fuerzas al este —dijo otro oficial.

—No, aunque lo he pensado. Creo que debemos avisar a Nurúne y al resto de ciudades de la Liga de Occidente. Deben enviar sus

tropas aquí.

—¿Temes un ataque? —preguntó Bowen.

—He visto muchas cosas en mis años de servicio. No me extrañaría nada que los bárbaros se lanzasen contra nosotros. Lo mejor sería pedir refuerzos ante lo que pueda pasar.

—¿Pedir refuerzos? —dijo Risley—, casi la mitad de las fuerzas de la Liga están reunidas en el muro. Si mal no recuerdo Nurúne tiene desplegados aquí unos cuatro mil hombres, más las fuerzas combinadas de Ámbarin y Zirinor, otros tres mil. Son más que suficientes, no creo que debamos preocuparnos por tan poco. Por no mencionar que no son más que salvajes sin ninguna capacidad y que los muros de las fortalezas son fuertes.

Casi todos los oficiales y mandos se mostraron de acuerdo en que avisar a los reinos era demasiado prematuro. Tras un acalorado debate se decidió reunir una hueste bajo el mando del capitán Bowen y enviarla a la Atalaya Sombría, donde establecería un puesto avanzado para ver qué estaba pasando.

Gaheris no estaba para nada de acuerdo con la decisión pero no podía hacer nada frente al resultado de la asamblea. Técnicamente era el comandante de las fuerzas aliadas pero, al haber también otros mandos procedentes de otros reinos, tenía que someter cada decisión a una votación, con lo que su poder quedaba reducido a las unidades de Nurúne y tenía que recurrir a toda su capacidad de persuasión para convencer al resto. Cosa que no siempre ocurría. Como ahora.

Al salir de la sala de reuniones Gaheris suspiró. La mayoría de los mandos eran tan estúpidos como sus líderes. Antaño la Liga de Occidente era fuerte y estaba dirigida por gente sabia y poderosa. No había ninguna fuerza en el mundo capaz de superarla. Pero esos tiempos ya habían pasado. Con el tiempo las viejas glorias se desvanecieron y la Liga perdió su hegemonía. Posteriormente apareció Alanys, quién librando su guerra de venganza hizo que los recursos de los aliados se trasladaran al sur para prevenir un

posible ataque. Ataque que no llegó a producirse nunca. De todos modos ninguno de los reinos del oeste tenía capacidad para enfrentarse a las fuerzas de la joven. Quizá Alanys no los invadió porque pensaba que el premio no merecía el esfuerzo.

La unida y fuerte Liga de Occidente ahora languidecía presa de su antiguo poder. Decrépitos y agostados, sus líderes estaban más preocupados por conservar sus tronos y comodidades que de proteger las tierras del oeste.

Solo era cuestión de tiempo que un nuevo poder impusiera su hegemonía. Gaheris sabía que se acercaba algo. Vientos de guerra.

El Salón del Consejo de Bastión de Plata era bastante modesto. Poco más que una sala escasamente amueblada. Tenía las paredes anchas, al igual que la puerta de entrada, hecha en bronce, para evitar que las voces pudieran escucharse fuera. No tenía ningún tipo de decoración y lo único que colgaba de la pared eran las antorchas y lámparas de aceite instaladas para iluminar a los reunidos. En el centro del Salón una mesa de madera quedaba rodeada por las sillas que ocupaban los cargos políticos y militares de la ciudad y sus dominios.

En la cabecera de la mesa se hallaba Alanys, que parecía una extraña a los ojos de todos al haberse desprendido de sus ropas oscuras y de la cota de malla.

A sus lados se sentaban Galahad y Baethan, éste último ataviado con su uniforme de capitán de la Guardia de Plata.

El resto de consejeros eran Dalar, encargado de los asuntos monetarios, Odhar, el responsable de los suministros de la ciudad y varios otros con diversas tareas, como los representantes de los gremios. Además, Alanys había llamado a la reunión a los máximos responsables del ejército, los generales de los cuatro regimientos que los conformaban. Raedhan, Devion, Galantyne y Norwyn. Todos ellos soldados veteranos que llevaban varios años al mando de los ejércitos de Alanys. Al comienzo de la guerra había seis regimientos, pero tras las muchas batallas y combates librados solo quedaban cuatro.

—Este consejo está completo —dijo Alanys—, os he reunido para que podáis informarme sobre cualquier asunto que deba saber. He visto que la ciudad ha crecido mucho y que entre sus muros habitan... ¿Cuántas personas?

—Unas treinta mil personas, mi señora —respondió uno de los consejeros.

—Tengo entendido que sois el encargado del abastecimiento básico de Bastión de Plata ¿Cierto, mi señor Odhar?

El aludido asintió.

—Así es, mi señora. En general la ciudad está bien asistida, podemos alimentar a muchas más bocas aunque existen ciertos problemas con el suministro de agua.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó la joven.

—A algunas de las zonas no llega adecuadamente y suele haber cierta escasez, los canales están hechos a nivel del pavimento y como fluyen de aguas subterráneas, en determinados puntos no puede alcanzar la superficie.

Alanys pensó. En su entrada a la ciudad había observado esos canales, muchos de los cuales tenían el agua estancada, imposible para beber o lavarse.

—Habrá que construir acuíferos bajo el suelo. Una red de canales para llevar agua a todas partes, y otra red para desviar los deshechos y las aguas contaminadas.

—¡Pero eso costará una fortuna, mi señora! —dijo Dalar.

Dalar llevaba las cuentas de Bastión desde hacía cinco años y con su política de ahorro, de demasiado ahorro según algunos, había amasado una buena fortuna pero también había descuidado cosas de vital importancia, de modo que la ciudad tenía algunas deficiencias en parte por su culpa. Dalar sostenía que con lo básico se podía vivir y no veía nada malo en que una persona tuviese que caminar casi media hora para encontrar agua.

—Creo que habrá suficiente, mi señor Dalar. Tenemos oro y dinero de sobra para abastecer cinco ciudades como esta. No os preocupéis por el dinero.

—Mi preocupación por las arcas del reino nos ha convertido en una de las ciudades más ricas del mundo.

Alanys fijó su mirada gris en Dalar.

—Es algo admirable en vos, Dalar. Pero estoy decidida a mejorar mi ciudad, porque no debes olvidar que Bastión de Plata es mía, como también lo es el dinero y las riquezas que os encargáis de administrar. Todo eso lo gané en el campo de batalla y seré yo quien decida su uso. Voy a mejorar las instalaciones de agua, a levantar más fuentes y parques...voy a hacer de la ciudad un rincón estupendo para vivir en paz.

Tras unos momentos de silencio Galahad habló.

—También debemos preocuparnos por los huérfanos. Hay demasiados. Muchos de los cuáles han perdido a sus padres en las campañas. Se encuentran en la parte este de la ciudad. Les falta alimentos, ropa...

—También nos ocuparemos de ellos. Los padres de esos niños me sirvieron bien, y murieron siguiendo mis órdenes. No podemos dejar desatendidos a sus hijos. Levantaremos escuelas y comedores, daremos prioridad a esto y a mejorar las instalaciones de agua. Nos pondremos manos a la obra hoy mismo, no escatimaremos recursos —dijo Alanys mirando a Dalar, que guardaba silencio—. ¿Tenéis alguna otra cuestión?

—Sí, mi señora —dijo Raedhan—, los rumores dicen que los bárbaros se concentran para atacar el Muro de Hiperión. Según parece algo les empuja al oeste.

— ¿Y sabemos qué es ese algo? —preguntó la joven.

—Se habla de bárbaros a lomos de linceos negros y otras criaturas. En resumen, no sabemos nada. Pero la Liga de Occidente está moviendo tropas, puede que una guerra se avecine pronto.

—Eso no me concierne. Los asuntos de occidente no son problema mío —dijo Alanys.

—Lo comprendo, mi señora —añadió Devion—, pero quizá, antes de marchar al este, los reinos aliados traten de atacar el sur. Por todos es sabido que os han considerado una grave amenaza desde

siempre. Sabemos que han enviado exploradores al sur de las Lagunas Cambiantes.

Enviar fuerzas tan al sur era como una declaración de guerra. Alanys no pensaba que esos idiotas de la Liga de Occidente se atrevieran a tanto.

—Además —continuó Norwyn—, Ciudadela Dorada ha reunido a sus huestes. Unos ocho mil hombres, y el Castillo de Tres Montes ha enviado una fuerza de cinco mil soldados para unirlos a los ejércitos de Nurúne. Deberíamos trasladar tropas para asegurar la frontera.

— ¿Qué sabemos de Oreth? ¿De qué bando se ha declarado Dagonet?

—Neutral. En cualquier caso, apenas tiene capacidad de combate.

Dagonet no podía hacer nada más. Alanys sabía que se había declarado neutral aún a riesgo de que Nurúne tomase represalias contra él.

—Nosotros no intervendremos. Si los reinos del norte quieren jugar a la guerra, mientras no nos ataquen directamente no haremos nada. Si ellos entran en guerra contra el este no seré yo quien se lo impida. Creo que por hoy ya está bien de reunión. Debemos ponernos de inmediato a trabajar.

Cuando todos se hubieron marchado Alanys retuvo a Galahad. Ya en la intimidad abrazó a su amigo.

—Me alegra estar de vuelta —dijo.

Galahad apretó un poco más su abrazo antes de soltarla.

—Y yo me alegro de que hayas regresado ilesa.

Todos conocían la gran amistad que unía a los dos jóvenes pero no se podían permitir exhibirla en público.

—Demos un paseo por la ciudad, quiero hablar contigo —dijo Alanys.

Juntos salieron del Castillo y se encaminaron por la avenida que daba a la puerta este. No era tan gran grande y espaciosa como la Avenida Principal, pero era mucho más tranquila. Los edificios allí no eran tan grandes y se podía andar con bastante tranquilidad. En cualquier caso, un par de guardias armados caminaban a una distancia lo bastante alejada para que los jóvenes pudieran hablar con total intimidad pero también para poder defenderlos con seguridad.

De cualquier manera, la posibilidad de que alguien tratara de atacar a Alanys era casi inexistente. Todos allí la querían pues les había concedido la oportunidad de una nueva vida a salvo de la guerra.

Alanys estaba seria. Sus ojos permanecían fijos en el suelo.

— ¿Ocurre algo? —preguntó Galahad.

Alanys asintió.

—Se acerca una gran guerra. No podremos mantenernos al margen.

—Eso es justo lo que tú quieres hacer, permanecer al margen ¿No es así?

—Sí... por el momento sí. Luchar en el este no es como pelear en una guerra convencional. El este es otro mundo. Allí te enfrentas a los salvajes, a todos ellos. Hombres, mujeres, niños, cualquiera puede empuñar una espada y arrancarte la vida de cuajo.

—Ya hemos pasado por eso. ¿Recuerdas el Pantano de Thared?

Claro que Alanys recordaba el maldito pantano. Fue la primera vez en más que doscientos años que un ejército occidental se adentraba en las tierras del este. Y también fue la última. Si no llega a ser por una carga repentina de los jinetes de Galahad el desastre habría sido de inmensas proporciones. Aun con todo las pérdidas fueron las más altas que la joven había sufrido sobre un campo de batalla.

Sin embargo y pese a ser rechazada, Alanys fue la única que fue al este y regresó con vida. Eso le granjeó buena parte de su reputación de gran guerrera.

—¡Por supuesto que lo recuerdo! Por eso mismo lo digo. Mira lo que tuvimos que pasar para sobrevivir, y eso que estábamos cerca de nuestras tierras. Imagina lo hay más al este. Ninguna fuerza de este mundo está capacitada para ir allí a pelear. La Liga de Occidente cree que con sus ejércitos barrerán a los bárbaros, pero se equivocan, Galahad. Solo hallarán la muerte.

—La Liga es poderosa. Puede hacerlo.

—La Liga fue poderosa, amigo mío. Antaño. Ahora no son más que la sombra de su pasado esplendoroso. Para hacer frente a lo que hay en el este debe unirse todo occidente, y eso nos incluye.

Galahad miró a Alanys. No sabía exactamente a qué se refería la joven.

— ¿Todo occidente? —preguntó—, eso es imposible.

—No. La guerra es inevitable. Estallará pronto, pero el momento de las batallas aún no ha llegado.

Alanys miraba al frente, como si hablara para ella misma.

—Las piezas se colocan en el tablero ¿Lo ves? Nosotros, la Liga y el este. Pero hay más, el norte y la Confederación Sureña, y el Sin Rostro.

—¿El Sin Rostro? —dijo Galahad sorprendido—, solo es un hombre.

—Un hombre, sí, pero creo que ese hombre es más poderoso con su conocimiento de lo que puede serlo cualquiera con una espada. Cuando todas esas piezas estén dispuestas será el momento de moverse.

—¿Y mientras?

—Mientras tanto, algunos se moverán antes de tiempo y serán eliminados de la partida, así de fácil. Otros tomarán posiciones,

nosotros seremos de esos últimos. Observaremos lo que pasa a nuestro alrededor como si permaneciéramos ajenos, pero nos estaremos preparando. Llegará el día en que de nosotros dependa la seguridad de occidente. Ese día, iremos a la guerra y libraremos las batallas que nos correspondan.

—¿Pero cómo, Alanys? Has dicho que no podemos enfrentarnos al este.

—Eso he dicho, y es ahí donde tú entras.

—¿Yo? —dijo Galahad completamente aturdido.

—Sí. Tengo un encargo para ti. Quiero que vayas a la antigua Ojos Verdes y la reconstruyas.

—¿Para qué?

—Necesitaremos un puesto avanzado. Una vez allí crearás un nuevo ejército, tres regimientos completos. Necesitaré esos quince mil hombres, infantería pesada, ya te daré más detalles, además armarás infantería ligera y exploradores para todas nuestras fuerzas y reclutarás un regimiento de caballería ligera y otro de caballería pesada. Con cuatro mil de esos últimos será suficiente.

El término “caballería pesada” resultaba muy extraño. Galahad no sabía a qué se refería.

—Un lince negro como los del este puede arrancar el cuello de un caballo de un solo mordisco. Hombre y montura deben ir recubiertos con armaduras metálicas. Perderemos velocidad en las cargas, pero los haremos invulnerables a cualquier ataque.

Galahad guardó silencio. La tarea era titánica. Suponía la creación de una fuerza de más de cuarenta mil hombres. Superaba por mucho a cualquier ejército de occidente.

—¿Qué me dices, Galahad? ¿Serás capaz? Te pido una tarea complicada, pero eres el único en quién confío. Sé que podrás.

El joven asintió.

—Me honras, Alanys. Haré lo que pueda.

—Lo que puedas no es suficiente, crearás ese ejército o no. Sin él no hay victoria.

—Lo haré. Tendrás tu nuevo ejército, Alanys.

Alanys asintió y sonrió para sus adentros. Se preparaba. Pronto estaría lista para su venganza, el Sin Rostro no podría escapar de nuevo. La gran guerra que el mundo esperaba estaba cercana.

Libro II
PIEZAS EN EL TABLERO

El color del cielo indicaba una tormenta inminente. Las nubes, procedentes del oeste y de colores grises y negros, venían anunciando que pronto descargarían su furia sobre Hydra. El viento era cada vez más fuerte y olía a humedad. En el horizonte se veían algunos relámpagos y lejanos, pero cada vez más poderosos, se escuchaban los truenos.

Daira miraba con sus ojos azules ese horizonte que se le antojaba hermoso. Su capa, hecha con la piel de un lince negro al que ella misma dio muerte, se mecía impulsada por ese viento cargado de humedad. El resto de su cuerpo quedaba cubierto por pieles marrones, de lobos y zorros de las estepas. Daira era joven pero era la mejor guerrera de su tribu. No había nadie que hubiera matado más hombres que ella. Precisa con la lanza y terriblemente fuerte con la espada, sus armas preferidas eran dos dagas que llevaba en la espalda. Daira era rápida y mortal cuando tenía los cuchillos en las manos. Su piel jamás había sido rozada por una hoja enemiga.

Era el orgullo de su padre, Traful, y él era el orgullo de Daira. Traful era el hombre que lideraba a una de las tribus más poderosas del este. Una tribu que ni siquiera tenía nombre, como casi todas, pero que todos llamaban los Degolladores, tal era su fiereza y crueldad, y Daira se esforzaba en estar a la altura de ese sobrenombre.

Las tierras de los Degolladores se extendían hasta el Pantano de Thared al oeste, teniendo constantes enfrentamientos con los hombres de la Atalaya de Arietis. Por el este y el norte sus dominios no estaban tan claros puesto que había otras tribus muy belicosas. Pero lo cierto es que los Degolladores eran los más poderosos de todos. Estaban agrupados en asentamientos pequeños aunque la mayoría vivían en una ciudad-campamento que llamaban Hydra. Los bárbaros no necesitaban murallas para defenderse, consideraban que su fuerza bruta era suficiente, de modo que Hydra estaba

rodeada únicamente por un foso profundo repleto de puntas metálicas afiladas.

A los pies de la colina donde Daira observaba el horizonte se agrupaban doscientos guerreros, todos ellos montados en feroces lince negros. Estas bestias eran depredadores de un tamaño imponente, tan altos y grandes como los caballos, pero mucho más robustos y poderosos. Poseían garras afiladas que podían cortar el cuero endurecido como si fuera una hoja de papel y sus dientes, aserrados y duros, despedazaban kilos de carne de un solo mordisco. Nadie sabía cómo habían podido los salvajes domesticar tan terrible bestia.

Traful se acercó a su hija. Era un hombre alto, y su larga melena oscura se había tornado blanca con los años. No poseía barba y tenía los ojos oscuros y hundidos y una nariz aguileña. Vestía con una capa roja, vieja y gastada, y una túnica blanca que ocultaba mediante una cota de malla.

—Irás a la Colmena, hija mía —dijo Traful—. Cogeréis botín y alimentos. No dejéis rastro de vida. Masacradlos a todos.

Daira se giró.

—¿La Colmena? Pensé que iba a cargar contra la Atalaya de Arietis. Allí no hay más que mujeres y niños.

La Colmena era una pequeña aldea que daba cobijo a muchos desertores y refugiados del este. La mayoría eran mujeres y niños puesto que los hombres habían muerto en las guerras. No era un enclave importante pero poseía grandes almacenes con comida suficiente para pasar el invierno.

—¡Harás lo que te ordene! —gritó Traful.

—¡Nuestros compatriotas se preparan para invadir el oeste y tú te dedicas a saquear pueblos indefensos! Es indigno de nuestra tribu. Déjame atacar las atalayas, padre, por favor.

Traful descargó un sonoro golpe en el mentón de Daira.

—¡Esos compatriotas son unos cobardes! Y en la Colmena no hay más que traidores —el hombre desenvainó la espada y apuntó el arma hacia el ojo de su hija—, obedéceme, Daira, o te juro por los dioses que no podrás subir aquí a ver ninguna otra tormenta.

Daira se tragó el orgullo y agachó la cabeza en señal de sumisión.

—Sí, padre, cumpliré tu voluntad —dijo en voz baja.

Traful se alejó de allí con grandes pasos. Ni un abrazo de despedida. La joven cubrió el trecho que la separaba de sus hombres haciendo un repaso de lo sucedido en los últimos meses.

Primero había aparecido ese hombre sin rostro...no recordaba cómo le llamaban, el caso es que venía huyendo de occidente, al parecer llevaba seis años tratando de matar a una joven llamada Alanys. La llegada de ese hombre había coincidido con extraños fenómenos que ocurrían en el Bosque de Arion. Se hablaba de criaturas infernales y seres oscuros, se hablaba incluso de una bestia alada que llevaba mil años dormida. Daira no creía en nada de eso, desde luego, pero lo cierto es que el Sin Rostro había proseguido su viaje al este y se había instalado en la milenaria y ruinosa fortaleza del legendario rey oscuro Morvan. Ahora todos la llamaban los Colmillos Negros y nadie osaba atacarla. Muchas de las tribus de bárbaros se habían aliado para emigrar al oeste, pero para hacerlo tenían que atravesar las fuertes defensas del Muro de Hiperión y las atalayas. Daira veía en ellos una oportunidad de demostrar el poder de los salvajes y reivindicar igualdad frente a los occidentales, pero su padre se había negado en rotundo. Últimamente no le hablaba apenas y mantenía todo en secreto. Ella sospechaba que tenía contacto con el Sin Rostro.

A pesar de tener fama de ser gente arcaica y sin leyes, Daira, que no era precisamente estúpida, alcanzaba a ver las dimensiones políticas de la decisión de su padre de no actuar a favor de los rebeldes salvajes y de mantener una alianza con el Sin Rostro. Una guerra a gran escala entre oriente y occidente únicamente podía llevar a la destrucción mutua de ambos mundos. Cuando todo

acabase, solo quedaría el Sin Rostro y Traful como fuerzas hegemónicas. ¿Traful?

<No entiendo qué puede querer ese hombre de mi padre>.

Daira alejó de sí sus pensamientos, de nada servía preguntarse cosas para las cuáles no tenía respuesta y que además estaban muy lejos aún.

Al llegar junto a sus hombres Daira montó en su enorme bestia. La lince que montaba era un animal joven, que ella misma había enseñado, era una hembra más grande que las otras, de color gris y moteado en negro llamada Dafne.

La espoleó y los doscientos animales junto a sus jinetes partieron al oeste.

La estrella amarilla de cuatro puntas era sacudida con violencia en el centro de la ciudad sureña de Ithender. La tormenta descargaba agua de manera torrencial y los rayos hendían el cielo como cuchillas afiladas.

—No sé si tu padre tuvo una buena idea casando a tu hermana con Lord Scyles.

Aquellas palabras fueron pronunciadas por Vangio, el rey de Ithender. Era esta una ciudad de gran tamaño, líder de la Confederación Sureña en conjunto con Ledenar.

Vangio llevaba al frente de la pacífica ciudad durante más de veinte años y ya empezaba a sentirse cansado.

—¿Te preocupa una decisión que se tomó hace más de treinta años? —dijo su esposa, Wallia.

La mujer ya no estaba en su juventud y podía verse en su rostro el peso de los cincuenta y cuatro años que tenía.

—Hace treinta años no se acercaba una guerra como esta —replicó Vangio.

La azulada luz de un rayo atravesó el cristal de la habitación e iluminó el rostro del rey como si fuera un espectro fantasmal.

—Hace treinta años había otros problemas ¿Ya no lo recuerdas?

Los padres de Wallia siempre habían gobernado Ithender puesto que eran los más aptos para ello al tener los negocios más prósperos y ser los más ricos del entorno. Ithender vivía del comercio, ésa era su razón de ser. Comerciabán con todo tipo de cosas, desde oro y plata extraído de las minas del Río Mayor, hasta el preciado vino de las tierras cercanas a la ciudad.

Varden, padre de Wallia y por entonces rey de Ithender, buscó la manera de abrir nuevas rutas de comercio y de perpetuar su sangre en el trono. El único problema al que se enfrentaba era al hecho de

no tener hijos varones. Encontró la solución en sus dos hijas, Wallia e Idelisa. Casó a la primera con el joven Vangio, hijo mayor de la otra familia poderosa de Ithender, con lo que se aseguró la descendencia de su casa. Por otra parte, su hija Idelisa fue enviada al norte, al Castillo de Dineren, situado más allá de la Cordillera Cruzada, cerca de los confines del norte y se casó con Lord Scyles. Por fin Ithender tenía el trono asegurado y su comercio se extendía hasta el norte.

—Hemos superado sin problemas la guerra de Alanys —dijo Wallia—, nuestros lazos comerciales son fuertes, Vangio. Sobreviviremos de nuevo.

—Esta guerra no es como las otras —replicó el rey mientras veía como las gotas de lluvia se estrellaban contra el cristal—, esta vez no luchará un reino contra otro, Wallia. La guerra que se acerca será la mayor que el mundo haya visto en un milenio.

Tras unos momentos de silencio Wallia volvió a hablar.

—Ithender no lucha en guerras. Sus hombres no están para eso. Nosotros seguiremos vendiendo nuestros productos a los reinos y ciudades de occidente. En vez de vino les daremos espadas.

—Es mucho más complicado que eso —dijo Vangio—, la guerra es mala para el comercio, los reinos destinan sus recursos a mantener el frente de batalla y no se preocupan por los detalles. Pero no es eso lo que me preocupa...mi desazón se debe a tu hermana.

—Desde que te conozco no me has preguntado por Idelisa jamás. No veo cómo es posible que ahora estés preocupado por ella.

—Lord Scyles siempre ha sido belicoso, y está muy cerca de la Liga de Occidente, si la guerra estalla, Nurúne y resto de aliados llamarán a los norteños. Dineren irá entonces a la guerra.

Wallia aún tardó unos minutos en comprender lo que significaba eso. Si Lord Scyles decidía unirse a la alianza y finalmente entraba

en guerra, Ithender tendría que apoyarle a él por mediación de la hermana de la reina.

—Quizá Idelisa persuada a su esposo —dijo Wallia.

Pero ambos sabían que eso era improbable. El señor de Dineren era amigo de casi todos los reyes y gobernadores de las ciudades de la Liga, en especial de Gilmer, Regente de Luneber y con Needle, gobernador de Meredorn, mantenía correspondencia asidua. Tanto Vangio como su esposa eran conscientes de que debían prepararse ya para la guerra.

—Además hay otro problema —dijo Vangio—, hace unas semanas unos hombres de Bastión de Plata ocuparon la fortaleza de los Ojos Verdes.

—Los Ojos Verdes pertenecen a Alanys —respondió Wallia.

—Lo sé, pero allí se está reuniendo un gran ejército. Corre el rumor de que se preparan para invadir el este. Y los Degolladores se mueven al oeste. Están a tres días de la Colmena. Lo que significa que están a unos seis o siete días de nosotros.

La pareja guardó silencio. La situación de Ithender era delicada. Vangio pensó por un momento en enviar a sus fuerzas contra los bárbaros. Pero las tropas de la ciudad eran escasas y además mercenarias.

<Son mercenarios, no sienten amor por la patria, en cuanto aparezcan los linceas huirán>, enseguida desechó la idea.

Esperaría para ver qué rumbo tomaban los acontecimientos. Aunque no podía esperar mucho, se acercaba la guerra y debía elegir pronto un bando.

—¡Reforzad las puertas! ¡Arqueros a los muros! ¡Tomad posiciones! —Bowen gritaba órdenes a pleno pulmón.

Las fuerzas del Muro de Hiperión habían retomado la Atalaya Sombría hacía siete días. Allí encontraron los cuerpos de Lannildut y su patrulla. Los enterraron a todos y enviaron exploradores al este.

Bowen había votado por enviar una hueste a indagar qué estaba pasando con los bárbaros frente a la dura oposición de Gaheris y finalmente le habían concedido el mando de la expedición. Pero ahora no lo veía tan claro. Sus dudas se tornaron en temor justo cuando descubrieron a los doce mil salvajes que, a marchas forzadas, se preparaban para atacar la atalaya.

El cielo del amanecer se presentaba despejado.

<Un buen día para una batalla>, pensó.

Aunque fuera una que no pudieran ganar. Los muros de la Atalaya Sombría no eran los mejores para resistir semejante ataque. En cualquier caso se defenderían con todo lo que pudieran. Doscientos contra doce mil. Bowen había enviado mensajeros al muro para alertar de los movimientos de los salvajes.

Al parecer los bárbaros se habían hartado de esperar y se lanzaban en tropel contra los hombres de Bowen.

—¡Tensad los arcos!

Los oficiales repartían las órdenes a viva voz. Quedaban muchos interrogantes por responder pero ya no quedaba tiempo, como por ejemplo la procedencia de esos bárbaros. Sin duda había muchos de los que era fácil averiguar de dónde venían pero otros, que vestían armaduras y ropas extrañas, era la primera vez que tenían contacto con las gentes de occidente. Y habían venido a conocerles empuñando las armas.

Cuando los bárbaros estuvieron al alcance de los proyectiles Bowen dio la orden y las flechas salieron de las cuerdas propulsadas hacia sus blancos. Muchos salvajes alzaron los escudos y las saetas se clavaron en ellos. Otras flechas pasaron de largo o se estrellaron antes de alcanzar sus presas. Pero otras muchas sí que hicieron blanco. Impactaron en brazos y piernas y algunas llegaron a perforar armaduras y se incrustaron en vientres y pulmones. La segunda descarga fue más mortal. Los soldados apuntaban a los cuellos y partes vitales. Decenas de enemigos cayeron con puntas de metal en los ojos o llevándose las manos a la garganta en un vano intento por detener la sangre que manaba a borbotones.

Pero las flechas no les detuvieron. Llegaron a la puerta y fueron recibidos por lanzas y rocas, a lo que los bárbaros respondieron lanzando sus propios proyectiles con gran precisión. Bowen y sus hombres estaban tan ocupados cubriéndose contra las flechas que no pudieron hacer nada para evitar que los atacantes trepasen por las cuerdas y escalas que habían adherido a la muralla. El capitán aliado desenvainó entonces su espada, un arma larga, de dos manos, y se lanzó al combate seguido de sus hombres. El choque fue violento y sangriento. Bowen hundió su espada en el vientre de un salvaje que se acercaba empuñando un hacha de guerra. La cantidad de enemigos era ingente y aunque los hombres de la guarnición trataban por todos los medios de rechazarles, les resultaba imposible. Juntaron sus escudos y bajaron las lanzas y los salvajes se vieron forzados a retroceder unos pasos. Bowen luchaba con ganas y su espada había probado la sangre de cinco enemigos.

—¡Resistid!

El capitán se giró y con un rápido movimiento destrozó el rostro de un enemigo. Entonces una voz le llegó desde el portón de entrada.

—¡Han atravesado las puertas! ¡Los bárbaros están dentro!

Desde su posición elevada, Bowen pudo ver como los salvajes acababan con los hombres que defendían la entrada. Sintió que la

ira le invadía. Los enemigos entraban a millares. Aquella batalla estaba perdida desde el principio. Sin dirigirse a sus hombres, cargó contra los salvajes que invadían la fortaleza lanzando gritos y matando a placer.

Cruzó su espada con el primero y de dos golpes le desarmó, al tercero le arrancó la cabeza. Un segundo enemigo le hizo frente pero Bowen fue más rápido y su espada cortó los tendones de la pierna haciéndole caer. Le hundió la espada en el pecho.

Fue a girarse para enfrentarse a otro rival pero no tuvo tiempo. Notó como una hoja helada atravesaba su armadura y se incrustaba en su carne. Enseguida le faltó el aliento. La espada se le hizo pesada en las manos. Bowen cayó de rodillas, sus piernas no podían sostenerle. Su última visión fue la de sus hombres siendo masacrados y cediendo cada vez más terreno frente a la avalancha enemiga.

Las casas de madera ardían. Sus techos de paja caían hundidos bajo un mar de fuego. El atardecer moría en el horizonte del oeste para dar paso a una lóbrega noche que quedaría iluminada por el resplandor de las llamas.

De todos los rincones llegaban gritos agonizantes y súplicas. Unas pedían piedad y otras rogaban por una muerte rápida. Los niños lloraban y las mujeres chillaban a medida que las violaban una vez y otra.

La sangre estaba por doquier: en el suelo, en las pocas plantas que quedaban, en las paredes que se sostenían en pie. Sangre por todas partes. El aire estaba viciado, olía a carne podrida y quemada. Daira miraba fijamente la hoja de su espada, chorreaba sangre. La sangre de los tres niños que yacían muertos a sus pies con las gargantas abiertas. Todo a su alrededor era muerte y sangre. Daira la asesina. La guerrera más hábil de todas las tribus del este ahora se dedicaba a matar niños. Los ojos le picaban por las lágrimas que empezaban a asomar. Aquello no podía ser. Un guerrero solo mataba a otros guerreros, pero ella había dejado de serlo en el momento en que rajó el cuello del pequeño niño que no tendría más de nueve años.

Daira miró a su alrededor. Los hombres violaban y asesinaban a las mujeres y los enormes lince devoraban los pequeños rostros de los niños.

—¡Basta! —gritó Daira—. ¡Parad todos!

La voz de la joven sonó tan potente que todos dejaron su macabra tarea. Pero no sabía qué decirles. ¿Qué iba a decir a ese grupo de hombres que estaban acostumbrados a la muerte? Sus guerreros la miraban estupefactos. ¿Por qué les decía que parasen?

—¡Recoged todo lo que podamos aprovechar y vámonos! —Se apresuró a ordenar—. ¡Pero que nadie toque los aldeanos!

Su plan de dar una orden rápida no funcionó. Un jinete se le acercó, tenía los pantalones a medio bajar y sostenía un cuchillo manchado de barro y sangre.

—¿Por qué no podemos tocarles? —Quiso saber—. ¿Quién lo prohíbe?

—Lo prohíbo yo —dijo Daira, decidida.

—Según las leyes que tenemos podemos actuar como nos plazca con esta escoria.

—¡Son mujeres y niños, por los dioses!

—¿Desde cuándo te han importado?

Daira no supo qué contestar de modo que trató de hacer valer su autoridad. Sabía que acababa de sacudir un avispero y no sería fácil controlarlo.

—Soy Daira, hija de Trafal —dijo tratando de parecer tranquila—, te conmino a que obedezcas mi orden.

—¿Y qué harás si me niego? —dijo el hombretón tirando el cuchillo y sacando la espada.

Si Daira tomaba el camino que se abría ante ella sabía que no había marcha atrás, matar a un compatriota se pagaba con la muerte por lapidación, por muy hija del caudillo que fuese.

La joven se acercó a su hombre y éste respondió adelantando la espada, pero no hubo tiempo para que los aceros se cruzaran, Daira paseó la hoja de una de sus afiladas dagas por el cuello del guerrero. La sangre salió despacio primero y luego en un fino chorro que roció la cara de Daira. Lo único que se escuchó fue el golpe seco del guerrero degollado al caer al suelo embarrado por la sangre.

El silencio hizo presa del lugar, la joven sabía que esos hombres no tardarían en abalanzarse sobre ella para someterla a la justicia de Trafal, de modo que aprovechó ese instante para montar en Dafne y salir huyendo. En cuanto su lince empezó a correr el resto

de guerreros espolearon a sus bestias para perseguirla. Espoleó a Dafne hacia el oeste y dos bárbaros le cortaron el paso. Echó una rápida ojeada hacia atrás, al menos una docena le pisaba los talones. Lanzó una maldición y cargó contra los dos que tenía a su frente.

Daira no era un mal jinete y sabía defenderse muy bien a las riendas de un lince negro, se equilibró con las piernas y sujetó las riendas de Dafne con la boca mientras desenvainaba sus dos cuchillos. El animal cobró velocidad hasta llegar a la altura de los dos enemigos. Rápida como una flecha la joven degolló a sus hombres antes de que pudieran reaccionar. Las hojas de sus armas estaban tan afiladas que apenas encontraron resistencia cuando cortaron los músculos y las arterias de las gargantas enemigas. La lince estaba bien adiestrada en el campo de batalla, antes de que la sangre la tocara ya estaba lejos de allí. Otro jinete trató de apresarla pero el animal lanzó una dentellada al guerrero y le amputó el brazo de la espada.

Los cuchillos de Daira aún tuvieron que matar a otros tres hombres antes de que la joven pudiera emprender un galope tendido en dirección oeste. La noche se hallaba próxima y Daira sabía que sus hombres no se demorarían en perseguirla. Aprovecharía la oscuridad para aventajarles algunas horas. Continuó en línea recta hacia el oeste durante una hora más, justo el tiempo que tardó el cielo en volverse completamente negro. Detuvo a Dafne en una pequeña laguna que se había formado a raíz de las tormentas y sopesó el alcance de sus actos ¿Por qué había matado a su guerrero? El hombre tenía razón, aquella pobre gente eran prisioneros y podía usarlos como quisiera. ¿Y por qué se arrepentía de haber asesinado a esos niños? No eran los primeros que morían bajo su espada. Quizá en el fondo de su ser siempre había sabido que estaba mal, que había otras opciones. Que se podía vivir de otro modo. En cualquier caso eso ya no tenía importancia, siguiendo su impulso había dejado atrás a sus hombres, la Colmena, a su tribu y a su padre para convertirse en una proscrita. Una paria que no tenía adónde ir. En eso era en lo

que debía pensar ahora. Podía seguir recto hacia el oeste y llegar a Ithender ¿pero que iba a hacer cuando llegara? ¿Llamar a las puertas de las murallas con su lince negro? No tardarían en apresarla y asesinarla por ser una salvaje. Nadie en todo el oeste quería tener de huésped a un bárbaro. También podía ir al sur, hacia los Marjales Rojos para torcer al oeste y asentarse en las ruinas de Ojos Verdes, el viejo castillo que tomó Alanys. Una vez allí decidiría qué hacer.

A lo lejos le llegaron los aullidos de los lince que la perseguían, Dafne agachó las orejas y olfateó. El peligro se acercaba. Sus músculos se tensaron. Al poco tiempo las voces de los jinetes se hicieron también audibles. Daira montó de nuevo y emprendió el largo viaje hacia el sur. Había pasado de ser la princesa de los poderosos Degolladores a una fugitiva asesina de su propia gente. Solo los dioses conocían el resultado de todo aquel embrollo.

La Peña de la Asamblea. Ese era el nombre que recibía la gran fortaleza en la que los líderes de la Liga de Occidente se reunían a dirimir el destino del mundo. El castillo era grande y sus muros altos, pero no había sido diseñado para resistir un ataque prolongado. Estaba situado en medio de las Tierras del Centro, casi en el corazón del occidente, y quedaba lejos de cualquier posible frente de guerra. La fortaleza se alzaba en una colina de verde hierba desde la que se dominaba buena parte del territorio circundante. Constaba de varias torres de media altura y una torre mayor en cuyo interior se hallaba la Cámara del Consejo.

Y era en esa cámara, amplia y bien iluminada por grandes ventanas, donde se encontraban reunidos los líderes de los reinos que formaban la Liga. Ocupando la cabecera estaba sentada la Senescal número cuarenta y siete del Reino de Nurúne, de nombre Vanora. Joven, atractiva y sencilla, apenas tenía veintiocho años y era con diferencia la más joven de todos los presentes, además de la única mujer. El resto de líderes eran Needle, el aguerrido y veterano gobernador de Meredorn, la tierra de los mejores jinetes del mundo, Cynan II, el rey de Zirinor, situado al sur de las Tierras del Centro, y el rey Dordinas, apodado Mano de Hierro, líder del Reino de Ámbarin, cercano al este. Ámbarin era con diferencia el más poderoso de los reinos aliados, habiendo arrebatado el puesto dominante de Nurúne.

—Hace apenas unos días nos llegó la noticia de la derrota de nuestras fuerzas en la Atalaya Sombría —dijo Vanora—, Bowen y otros doscientos hombres han muerto. Según parece un ejército de grandes dimensiones se ha asentado en la atalaya.

Tres mensajeros procedentes del Muro de Hiperión habían llegado informando de la derrota. Doscientas bajas eran pérdidas fuertes en vista del estado en el que se hallaba la Liga de Occidente.

—Si quieren la Atalaya Sombría, que se la queden —dijo Cynan—, hace siglos que los occidentales abandonamos los puestos de avanzada.

—Esa atalaya ha sido nuestro enlace con los Pueblos Grises, no podemos permitir que se apropien de ella de esta manera —intervino Needle—. Deberíamos enviar una expedición a retomarla.

— ¡Un ejército es lo que hace falta allí! —dijo Dordinas—. Ámbarin puede enviar tropas suficientes para invadir el este, si somos raudos podríamos llegar hasta Ruelen y destruir todas las poblaciones que encontremos.

Vanora guardaba silencio mientras el resto iniciaba una discusión. Cada uno proponía una cosa: Cynan no quería hacer nada, sostenía que la atalaya llevaba siglos abandonada y no veía motivos para hacer llegar tropas allí, el gobernador de Meredorn quería llevar fuerzas a vengar a Bowen y el belicoso Dordinas deseaba directamente arrasar el este. Seguramente se saliera con la suya. Vanora no estaba en posición de negociar nada. En las últimas décadas el reino de Nurúne había perdido buena parte de su poder en pos del comercio de la Confederación Sureña y del propio Ámbarin. Antaño el norte era una buena fuente de ingresos pero su unión con Ithender también había cortado eso. En cambio Ámbarin se había enriquecido y ahora tenía el mayor ejército de la Liga. Sería complicado revocar la decisión del rey Dordinas. Si quería llevar sus fuerzas al este no podría hacer nada. Dordinas Mano de Hierro era testarudo y extremadamente violento y varias veces había puesto en peligro al resto de la Liga por querer meterse en guerras que no le correspondían.

—¡Puedo reunir veinte mil hombres en una semana! —dijo—. ¿Quién más puede hacerlo?

Dordinas sabía que nadie más podía contar con veinte mil hombres en una semana. Ni en un mes. Vanora estaba segura de que ninguno osaría contradecir al rey de Ámbarin, ya fuera por temor a Dordinas o por temor al ejército de Dordinas.

—Hay otras cuestiones —interrumpió Vanora.

Se sentía más como una mensajera que como una Senescal útil.

—¿Qué otras cuestiones? —preguntó Dordinas.

—Oreth, el Castillo de Oreth. Ciudadela Dorada y Tres Montes han convocado a sus ejércitos para asediarlo y tomarlo.

Las dos fortalezas se hallaban al sur de las Tierras del Centro y formaban la frontera entre los nuevos dominios de Alanys y la Liga. Las dos ciudades tenían una especie de alianza y permanecían ajenas a los designios del resto. Cada una proveía a la otra de lo que fuera necesario. Entre ambas habían reunido unos ocho mil hombres, más que suficientes para tomar el castillo de Dagonet.

—Debemos evitar que lo asedien, Oreth siempre ha sido un protectorado de Nurúne y leal a la Liga.

—Pues que se ocupe Nurúne —dijo Cynan—, no pienso arriesgar a mis tropas, ni en el este ni contra occidente.

—Tengo entendido que Dagonet pactó con Alanys cuando ésta asedió su castillo, podría habernos pedido ayuda —dijo Dordinas—. Si ahora corre peligro que acuda a ella, o que se ocupe Nurúne en solitario.

—Vos sabéis tan bien como yo que no tengo suficientes hombres para proteger la frontera este y acudir en auxilio de Dagonet.

—Pues que vaya Meredorn y nuestro querido gobernador.

Needle respondió la insolencia de Dordinas.

—De buena gana lo haría, pero mi ciudad está demasiado alejada para llegar a tiempo de auxiliarles.

— ¿Y qué hay de Alanys? —preguntó Cynan.

Nadie supo qué responder porque nadie sabía qué opinar acerca de la joven de Bastión de Plata.

—Regresó a Bastión hace meses, no veo qué problema puede suponer —dijo Vanora.

—Yo pienso que el este puede esperar. Mientras mantengamos las defensas de la frontera bien provistas es muy difícil que los bárbaros las ataquen. Sin embargo, esta situación nos deja un poco en desventaja frente a ella —dijo Cynan.

—Es cierto —dijo Needle—, si atacan a Oreth después de que Dagonet haya firmado la paz con Alanys, ésta podría pensar que es cosa de la Liga y llevar sus fuerzas al norte.

—Puede, pero se deberá enfrentar a Ciudadela Dorada y a Tres Montes, y ellos no tienen nada que ver con nosotros.

—¿Y cómo se lo demostramos? —preguntó Cynan.

—¡Enviando tropas a proteger el Castillo de Oreth! —respondió Vanora.

Todos callaron y Vanora tuvo la sensación de que sus palabras caían en saco roto. Fue Dordinas quien rompió ese silencio.

—No. Dagonet tendrá que defender su castillo él solo. Entre tanto yo reuniré mis tropas, cruzaré el Muro de Hiperión e invadiré el este. No os necesito a ninguno.

Vanora tenía que evitar eso a toda costa. Sabía que la guerra se libraría, pero era demasiado pronto para empezarla.

—No nos necesitas para invadir el este, es cierto. Pero sí para cruzar el Muro. No abriré las puertas.

—Las puertas no os pertenecen, mi señora —dijo Dordinas.

—Los hombres que las guardan sí —contrapuso Vanora secamente.

Dordinas Mano de Hierro se levantó con brusquedad y habló con voz calmada pero helada.

—Cruzaré esas puertas os guste o no, mi señora.

—Y yo os digo que no, mi señor. La Liga de Occidente no autoriza a emprender este tipo de acciones.

—¡La Liga de Occidente es débil! ¡Y debilita a los que no lo somos! Si Nurúne está en decadencia por mí puede desaparecer, pero es nuestro deber reclamar la posición que debemos ocupar en el mundo. ¿Creéis que por tener a un comandante de vuestra ciudad en el Muro de Hiperión ya tenéis derecho a controlarlo?

—Los hombres acatarán las órdenes de la Liga y los míos me son leales, no os abrirán ninguna puerta. No podéis hacer nada al respecto.

—Sí que se puede, haré lo que sea necesario para abrir las puertas.

— ¿Pensáis en atacar el Muro de Hiperión? Adelante, hacedlo. Puede que vuestro ejército sea grande, mi señor, pero no lo suficiente. Para tomar la frontera necesitaréis golpear en las Torres Arcadias y en el Fortín de Ío a la vez, y aun así aún deberíais pelear contra la guarnición de guardia. En caso de lo que lo lograsedis, perderíais miles de hombres, con semejantes bajas no podríais invadir el este y todos vuestros planes darían al traste, sin contar con que todos los reinos occidentales se os echarían encima por haber dejado una puerta abierta a las huestes bárbaras.

Vanora tenía razón. Puede que Ámbarin fuese poderoso y que tuviera un ejército fuerte pero los planes de Dordinas no podían llevarse a cabo sin la apertura de la frontera. Dordinas estaba rojo de ira.

—Os quedaríais solo, mi señor —concluyó Vanora.

—Ya veremos quién se queda solo —sentenció Dordinas dando un sonoro portazo y saliendo de allí para abandonar la fortaleza.

Tras la discusión ninguno tenía ya ganas de seguir con la reunión. Lo único que se podía sacar en claro era que en esa alianza cada uno remaba para un lado. No podían llegar lejos.

Se acordó que Zirinor reuniría a sus tropas y vigilaría la frontera por el sur. Meredorn y Nurúne se armarían por lo que pudiera pasar.

Vanora sabía que una guerra estaba próxima, sabía que los salvajes eran sus enemigos, pero no estaban solos. Ella tenía más enemigos pero... ¿Quiénes eran?

Alanys paseaba bajo el sol de la mañana por las calles de Bastión de Plata. Aún no estaba acostumbrada a andar sin el peso de la armadura y sin su larga capa negra. Las obras de mejora de la ciudad iban por muy buen camino y avanzaban más rápido de lo previsto. Todos los barrios tenían ya acceso al agua potable y los parques y zonas verdes habían aumentado considerablemente. El nuevo templo de Selín levantado justo en el centro era la culminación de las edificaciones no militares. Construido por entero en mármol blanco con incrustaciones y grabados en plata y oro, el templo constaba de un gigantesco pórtico constituido por seis enormes columnas blancas con vetas grises. La escalera daba acceso a las enormes puertas, siempre abiertas, que precedían el interior del templo. La gran sala interna estaba en penumbras puesto que Selín era diosa de la luna, y la luna requería de la noche para brillar. A ambos lados, en las paredes que quedaban detrás de las columnas de mármol negro que sostenían el techo, había montones de mosaicos e inscripciones de dioses y batallas gloriosas. La diosa reposaba al fondo, rodeada de tinieblas. La estatua de mármol tenía una cara de facciones duras, pero amables a la vez, vestía una armadura de plata, siempre reluciente y portaba un escudo con forma de media luna.

Pese a la oscuridad el templo no resultaba para nada siniestro, al contrario, era un remanso de paz y tranquilidad. Todos los días miles de personas lo visitaban para agradecer a la diosa la buena fortuna que había traído sobre la ciudad.

La joven guerrera se había alejado de las calles principales y caminaba ahora por la zona noroeste. Allí aún no había ninguna construcción. Solo había viejas piedras de la antigua Ciudad Blanca. Sus suelas pisaban terreno seco y a ella le encantaba el sonido de la tierra y la sensación del cálido sol en su pálida piel. Con una mano sobre los ojos a modo de visera, alzó la mirada al cielo azul del sur. Sobre ella sobrevolaban los vencejos de plumas negras y

las golondrinas con su característica mancha roja bajo el pico. Aquello sí era libertad. Volar tan alto como uno quisiera e ir adónde desease. Y ella deseaba ir al este, no sólo para terminar su guerra, sino para vivir allí. No sabía por qué pero su corazón anhelaba el este. Sus montañas y sus bosques. Además otro sentimiento había anidado en su interior. Desde que Galahad se fue a cumplir con su misión una extraña añoranza crecía dentro de ella. Una sensación de soledad. A menudo se imaginaba a sí misma en la cima más alta de las montañas del este, contemplando la vastedad de los cielos estrellados, de los bellos atardeceres que bañaban con su luz roja los valles verdes y los ríos, siempre con el joven Galahad de su mano.

Se apoyó en un viejo muro que tenía más de mil años. Una suave brisa rodeó su rostro y ella cerró los ojos, disfrutando del momento. Pero enseguida se dio cuenta de algo, y es que ese día carecía de viento, y además esa brisa era demasiado fresca. Tenía que venir de alguna parte.

Alanys miró el muro con atención hasta que descubrió un árbol de mármol tallado en la piedra. Apenas se distinguía pues el paso de los siglos lo había difuminado, pero allí estaba, el viejo emblema de la Ciudad Blanca. Alanys comprendió que estaba ante una puerta. Estaba en una zona que apenas nadie visitaba y desde luego nadie se preocupó nunca por un muro medio derruido. La joven empujó pero la pesada puerta no se movió. Vio una pequeña rendija y por ella introdujo la hoja de la espada. Apoyó su peso en el mango y empujó con todas sus fuerzas. Poco a poco el mármol cedió unos centímetros hasta dejar el espacio suficiente para dejar pasar la luz y a la joven. Una escalera se abrió ante Alanys que se adentraba varios metros en las profundidades.

Con el paso del tiempo y de la acumulación de escombros y sedimentos, Bastión de Plata estaba muy por encima de la antigua ciudad. Aun con todo, aquella cámara debía estar bajo tierra en los tiempos de la Primera Reina. Alanys descendió treinta y seis escalones y llegó hasta una reja metálica que los años habían

oxidado y que estaba cerrada con una cadena no demasiado gruesa. El metal se rompió al primer golpe de espada y la reja se abrió con un chirrido que sonaba a óxido y a vejez. La oscuridad se adentraba en las profundidades de la tierra y hacía muy difícil ver qué era lo que Alanys tenía ante sus grises ojos. De casualidad vio que las antorchas antiguas seguían en sus soportes, de modo que la joven cogió una y encendió un pequeño fuego con un trozo de pedernal que siempre llevaba encima.

El resplandor dorado de las llamas hizo que las tinieblas desaparecieran y la mirada de Alanys pudo ver por fin uno de los recintos más sagrados de la vieja Ciudad Blanca, ante su mirada se extendía, enorme y gloriosa, la legendaria biblioteca real. Miles y miles de rollos, pergaminos, libros y toda clase de documentos que durante años alimentaron las mentes de grandes hombres del pasado. Todo el saber de la humanidad recopilado en los sótanos de la mayor y más grande de todas las ciudades.

Alanys había oído que la biblioteca siguió usándose incluso mucho después de la caída y ruina de la ciudad, se decía que había sido abandonada y ocultada apenas unas décadas antes de la muerte de sus padres. Justo cuando los reinos del oeste entraron en la decadencia. La joven acercó con cuidado la antorcha para ver los lomos de los libros, allí debía de haber millones. Sin duda alguna era un tesoro de incalculable valor, Argarion enseñó a su hija que el valor de un libro era igual de valioso que el del oro, en los libros al menos se podía aprender cómo conseguir ese oro, y con ese oro era posible comprar más libros, de modo que todo estaba encadenado.

Un tomo llamó poderosamente la atención de Alanys. Blanco, aunque lleno de polvo y con una enorme telaraña que lo cubría, el libro tenía escrito en letra antigua y dorada "*De las Guerras de los Reinos y los sucesos de las Puertas Rojas*". Aquel ejemplar hablaba sin duda sobre los acontecimientos que propiciaron el fin de la era dorada del mundo, pero estaba particularmente bien conservado.

Alanys intentó leer algo pero apenas comprendía nada, la tinta estaba medio borrada y en muchos casos se había transformado en simple polvo que más bien parecía ceniza. Alcanzó a leer que cuando la Primera Reina murió, traicionada y demacrada por la enfermedad, fue enterrada junto a su espada en una sepultura subterránea no lejos de la Ciudad Blanca. Tras la Batalla de las Puertas Rojas, en la que, liderados por Nurúne, los occidentales vencieron por fin a los pueblos del este, se estableció el llamado Reino Único, que fue destruido algunos años después por un dragón de incalculable poder. Nuevamente leyó algo del poder de la espada de la reina, pero no pudo entenderlo y finalmente llegó a un párrafo en el que se mencionaba a los descendientes de Ethelor, el Reino Único.

La tinta comenzó a borrarse y Alanys tuvo el tiempo justo de leer la última frase escrita “...y toda esperanza ha muerto junto con Argarion y su familia...”

Alanys cerró el libro y salió de allí a toda velocidad. Subió las escaleras y cruzó la ciudad corriendo sin detenerse hasta llegar al Templo de Selín. Allí encontró a Myron, el sacerdote del Templo. Myron era mayor, muy mayor, y nadie sabía con exactitud su edad, Alanys lo había conocido desde siempre, antes de que sus padres murieran y por aquel entonces ya lo recordaba viejo. Myron había sido alto y apuesto, pero ahora estaba encogido y delgado, su larguísima melena castaña era ahora blanca, al igual que su barba. Vestía siempre con túnicas grisáceas, ya gastadas y se negaba en rotundo a cambiar de atuendo. Pese a ese aspecto hosco y malhumorado, Myron siempre se mostraba amable con todos, en especial con los niños, a los que entretenía durante horas contándoles las historias de los héroes del pasado, historias de grandes reyes, batallas y dragones.

Precisamente una de esas historias estaba relatando cuando Alanys lo halló. Los niños lo escuchaban ensimismados. Alanys sonrió, eran las mismas historias que ella ya había oído por boca del sacerdote. Esperó a que terminara.

—Hacía tiempo que no os veía por el templo de la deidad, joven señora.

—Os pido disculpas, pero el gobierno de una ciudad requiere tiempo, confío en que la diosa lo entienda.

—La diosa juzga tus actos, mi señora, no la devoción con que la adoréis —dijo Myron—. Decidme en qué puedo ayudaros.

Alanys suspiró. La tomaría por loca.

—He encontrado la antigua biblioteca de la Ciudad Blanca —dijo—. Está al noroeste, bajo una montaña de ruinas. Es inmensa.

—Esa biblioteca pasó del olvido a la leyenda, si la has encontrado has recuperado un tesoro mucho más valioso que cualquier reino del mundo.

Alanys asintió.

—He hallado un libro, un tomo enorme, que hablaba sobre las Guerras de los Reinos, las Puertas Rojas y la caída de Ethelor. Sus páginas se han deshecho en mis manos pero mencionaban la espada de la Primera Reina.

La joven no mencionó por el momento a su padre. Esperaba saber más de todo aquello. Myron sonrió.

—Una vieja leyenda, la espada de la Primera Reina fue forjada mucho antes de su reinado, dicen que su puño estaba hecho con el cuerno de un dragón, y que su hoja había sido forjada en su fuego y templada con la sangre del último de los dragones. Al principio era dorada y tan brillante como el sol. Pero tras el Asedio de las Lágrimas, donde el esposo de la reina y su preciada hija fueron asesinados, la Primera Reina bañó el arma en las cenizas de sus difuntos, lo que le confirió un aspecto ennegrecido. Llamó a su espada "*Hija de las Cenizas*" pues de ellas renació su acero. Una leyenda, como ya he dicho.

—Myron... —dijo Alanys—. sé que hay más cosas que ocultáis, ya no soy una niña, las últimas páginas del libro, aunque viejas,

estaban mejor conservadas y en ellas he podido ver el nombre de mi padre. Decía que la esperanza murió con él. Dime lo que sabéis.

Myron borró su sonrisa y suspiró. De repente viajó muchos años atrás, a la noche de la muerte de los padres de Alanys.

—Juré a tu padre que te mantendría a salvo de la verdad —dijo— y ahora me pides que rompa mi voto.

—Mi padre murió hace muchos años, yo he crecido y si algo me ha mantenido a salvo ha sido mi espada y mis hombres, no creo que esa promesa lo haga, en cualquier caso te libero de ese juramento, dime lo que sabes, tengo derecho a saberlo.

—Lo que voy a revelarte puede doler —dijo el anciano.

—No dolerá más el asesinato de mi familia —respondió Alanys.

—Está bien, joven señora, allá va la verdad: tu padre no era un guerrero y tú no eres una guerrera.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó la joven confusa e intrigada por aquellas palabras.

—Tu padre debió ocupar el trono de Ethelor, debió de ser el rey por derecho de sangre y tú debiste ser la princesa de Ethelor, ahora heredera al trono.

—¿Ethelor? ¿Mi padre el rey? —preguntó atónita Alanys—. Ethelor fue destruido por completo hace más de nueve siglos. Algunos incluso dudan de que haya existido.

—Existió, mi señora, aún hoy existe, cuando Cadon tuvo que exiliarse engendró un hijo, de nombre Thorn, que tuvo que abandonar Valle Azul para instalarse en las Colinas del Final, donde tuvo descendencia, dicha descendencia engendró más hijos hasta llegar a tu padre, Argarion. En aquel entonces las diferencias entre oriente y occidente eran intolerables, el mundo caminaba hacia su destrucción y tu padre quiso cambiar eso. Viajó de reino en reino y pidió ayuda y recursos para recuperar la antigua ciudad de Ethelor, no para enriquecerse como rey, sino para unir ambos mundos.

Sabía que entre los Pueblos Grises y la Liga de Occidente se podría hacer frente al enemigo común.

—¿Qué enemigo? —preguntó Alanys.

—El que llamas Sin Rostro, el mismo que mató a tu padre para evitar que Ethelor resurgiera, el mismo que la destruyó con un dragón hace más de novecientos años. Gorteyrn es su verdadero nombre.

Alanys estaba aturdida. Ni siquiera llegaba a creerse aquello. Sencillamente no podía ser.

—Pero es imposible, ningún hombre puede vivir tanto tiempo.

—Cierto, mi señora. Pero Gorteyrn no es ningún hombre. Quizá lo fue, milenios atrás, nadie sabe quién es ni de dónde vino, pero ha resurgido, y sus antiguos males han resucitado con él. Tu padre era el único que podía derrotarle, muerto él, solo quedas tú.

—¿Yo? ¿Cómo se mata a un ser inmortal?

Myron sonrió.

—No he dicho que sea inmortal, joven señora. Dijo que es muy longevo. Hay un modo de acabar con él y de controlar a tan fiera bestia.

Tras meditar un momento Alanys entendió a qué se refería el sacerdote.

—La espada de la reina.

—Sí, la espada de la Primera Reina. Solo quien la empuñe podrá derrotar a esa criatura y mandar a sus huestes al inframundo del que pertenecen. Tú puedes hacerlo. Por tus venas corre la sangre de los antiguos linajes.

—Pero...esa espada lleva mil años desaparecida. Nadie sabe dónde está.

—Sí que se sabe, hace treinta años se encontró, tu padre quiso recuperarla pero no tuvo tiempo. Desde entonces permanece donde

se encontró, y bien custodiada. Se halla en la tumba de la Primera Reina, en la Gruta de las Lanzas.

La gruta estaba a un par de días de allí.

—Debes ir allí, mi señora, y recuperar esa espada.

De repente Alanys se sintió mareada. Su mundo acababa de sufrir un cambio total. Un cambio como ella no podría haber imaginado jamás. Todo lo que pensaba de su padre, de su familia, había resultado no ser así. Suspiró. Ese pasado ya no tenía importancia.

Entonces una tercera voz interrumpió alarmada en el templo.

— ¡Mi señora! —dijo el soldado—. ¡Oreth va a ser atacado!

Los acontecimientos se precipitaban. Ahora que el Castillo de Oreth era su aliado, los reyes de la Liga no tardarían en echarse sobre ellos. Había que actuar pronto.

—Si recupero esa espada —le dijo a Myron— desencadenaré una guerra en el mundo como nunca se ha visto.

El viejo sacerdote asintió.

—Me temo que nada puede evitar eso ya.

Galahad cabalgaba con una treintena de sus nuevos jinetes como escolta. Hacía tres meses que llegó a la fortaleza de los Ojos Verdes y desde entonces sus trabajos habían progresado notablemente. Cuando llegó, los muros exteriores estaban caídos y la puerta apenas se sostenía, las murallas de las torres estaban recubiertas de musgo y la hiedra se había adueñado de la torre de homenaje. Tardó una semana en limpiarlo todo y el mes completo en rehabilitar el castillo. Ahora estaba listo para albergar al nuevo ejército de Alanys y aún quedaban varias dependencias nuevas por levantar.

Aunque el reclutamiento de hombres iba bien, ya tenía más de veinte mil, empezaba a necesitar suministros en gran cantidad. Sobre todo necesitaba buenos herreros que fabricaran las costosas armaduras de los jinetes acorazados. Tenía el dinero para hacerlo, pero carecía de la mano de obra necesaria. Por ese motivo había decidido hacer un viaje hacia la ciudad comercial de Ithender. Esperaba realizar un trato con su rey para que le proveyeran de medios y provisiones, además el enclave estaba en un buen sitio para una invasión del este por el sur.

La reputación de Alanys no era muy buena y Galahad pensaba que establecer buenas relaciones con otros reinos sería positivo para la imagen de la joven.

La pequeña comitiva se encontraba cerca de los Marjales Rojos viajando en dirección norte. Se llamaban así por el reflejo del sol del atardecer en sus aguas. El único sonido que se podía escuchar era el entrecocar de las armaduras de los jinetes. Lo cierto es que resultaban impresionantes. Los animales iban recubiertos por completo con planchas de acero y cotas de malla, y los jinetes llevaban armaduras de metal con protecciones de cota de malla. Iban armados con largas lanzas de madera endurecida y largas espadas. Los estandartes ondeaban con la brisa del atardecer.

Galahad estaba a punto de ordenar una parada para descansar cuando divisó algo que se movía, con una estela de polvo, hacia ellos.

—Es una salvaje —dijo el jinete que estaba al lado—, pero no parece una amenaza.

Montaba una bestia enorme y corría deprisa.

—¡Lleva un lince negro!

Los caballeros de Galahad se prepararon para el combate.

—¡Quietos! —ordenó el joven—, no es peligrosa, creo que está huyendo.

La joven del lince miró hacia atrás y Galahad trató de buscar en el horizonte qué era de lo que ella huía. Entonces los vio. Decenas de lince negros se acercaban a toda velocidad.

—Por los dioses... —dijo.

Parecía que el bautismo de fuego de la nueva caballería iba a llegar antes de lo previsto. Todos jinetes se habían percatado del enemigo.

—¡En posición! ¡Formación en línea! ¡Lanzas en ristre! ¡A mi orden!

La treintena de jinetes bajaron sus largas lanzas y formaron una perfecta línea en espera del choque con los grandes lince. Era la primera vez que las fuerzas de Alanys se topaban con semejantes bestias y también era la primera vez que la nueva caballería iba a entrar en combate. La unidad había sido concebida precisamente para tratar de ofrecer resistencia a los lince, que por el momento no tenían rival sobre el campo de batalla. En unos segundos Galahad descubriría si el tiempo y dinero invertido en su nueva caballería habría valido la pena o no.

Al otro lado del campo, Dafne, la lince de Daira, cobraba velocidad a medida que se acercaba a los extraños jinetes. Pensaba que cargarían contra ella con toda su fuerza pero aquellos

caballeros acorazados ni se inmutaron cuando la joven pasó a su lado. Una vez que Daira quedó atrás, la caballería se puso en marcha en dirección a sus perseguidores. Las fuerzas estaban más o menos equilibradas, treinta jinetes contra veinticinco lince negros. Según la experiencia de la joven, la caballería no tenía nada que hacer frente al poder de las grandes bestias. Tenía ocasión de irse pero decidió quedarse a ver la batalla. El instinto de guerrera pudo más que el de supervivencia.

Galahad había dado la orden de carga justo cuando la joven salvaje pasó por delante. El peso de las armaduras les restaba mucha velocidad y los animales no podían mantener una carrera constante de modo que esperó a que se acercara el enemigo y entonces iniciaron el ataque.

Los caballeros bajaron sus largas lanzas y cobraron cierta velocidad. Los lince estaban cerca. Galahad ya podía oír sus aullidos y las dentelladas que lanzaban al aire. Nunca había visto uno de cerca. El choque era inminente. Dirigió la punta de la lanza al enemigo más cercano y sintió como, tras quedar bloqueada unos segundos, el arma se abrió paso entre el cuello del enemigo hasta sobresalir por su nuca. El golpe fue muy violento pero los jinetes de Galahad salieron bien parados. Enseguida se hizo patente que las armas bárbaras no podían hacer nada frente a las armaduras de los jinetes. Las lanzas atravesaron a varios enemigos más y los lince trataban en vano de morder el cuello de los caballos.

Galahad desenvainó la espada, la clavó en el pecho de un bárbaro y luego cortó la garganta de su lince cuando intentó morderle.

Los bárbaros trataron varias veces de arremeter contra los jinetes pero siempre fue en vano. Los caballeros blindados eran invulnerables a cualquier ataque. Los afilados dientes de los lince negros se estrellaban una vez y otra contra el acero de las armaduras y las espadas bárbaras no podían hacer nada frente a las protecciones de los jinetes.

En media hora el enfrentamiento había terminado. Siete lince escaparon, cinco de ellos sin jinetes, frente a ninguna pérdida por parte de los hombres de Galahad, salvo algunas armaduras con marcas de dientes.

Galahad envainó la espada y se dirigió a una Daira que miraba atónita.

—¿Estáis bien, mi señora? —dijo al quitarse el yelmo.

—No soy vuestra señora —contestó Daira desafiante.

Galahad no sabía qué decir. Nunca se había topado con una bárbara. Y menos con un lince negro. Y el de la joven era particularmente grande.

—No te hará daño, jinete de hierro —dijo Daira— sabe reconocer cuando alguien le ha prestado ayuda.

—Mi nombre es Galahad, comandante de Bastión de Plata.

—Yo soy Daira, de la tribu de los Degolladores —se presentó ella sin impresionarse.

—Estás a salvo, Daira —dijo Galahad— ¿Por qué te perseguían esos hombres?

—Son miembros de mi tribu —contestó suspirando—, hace poco estaban a mi mando pero maté a varios de ellos cuando tomamos la Colmena. Los maté...aquello no estaba bien, esa gente no tenía nada que ver con la guerra...

Daira calló de repente y tragó saliva.

—Mi padre... me buscará para matarme, es la justicia, así es como hacemos las cosas en el este —añadió.

—No te pasará nada, Daira. Te lo prometo.

—¿Qué hacen los caballeros de Bastión de Plata tan lejos de su ciudad? —preguntó Daira acariciando el hocico del lince negro.

—Venimos de Ojos Verdes, y vamos en dirección a Ithender. Necesito hablar con su rey.

—Yo no voy. ¿Qué crees que harán cuando me vean? No dudarán en matarme, y tengo demasiado aprecio a mi vida para perderla allí.

—No he visto mucho de ese aprecio cuando te has atrevido a desafiar a esos jinetes de lince.

Daira sonrió. El joven soldado tenía razón. No le quedaba más remedio que confiar en él si quería seguir con vida.

—¿Y qué gano yo con una alianza? —preguntó Lord Scyles.

La voz del rey de Ámbarin sonó decidida.

—Poder y tierras —respondió—, el norte será para vos.

—¿El norte? Ya es mío, mi reino se extiende de hecho mucho más que el de vos. Lo que estáis cometiendo es traición. ¿Qué pensáis que hará la Liga cuando se entere?

—La Liga ya no tiene poder. Sin mi ejército no son nada. En lo único en lo que esa niña de Nurúne tiene razón es en que no puedo tomar la frontera yo solo. Por eso te necesito a ti.

—¿Pretendes capturar el Muro de Hiperión? —preguntó Lord Scyles—, vas a conseguir que los bárbaros entren en occidente.

Lord Scyles estaba a salvo de las guerras de los reinos allá en su fortaleza de Dineren, en el corazón de las tierras del norte. Sus diez mil guerreros protegían las fronteras del reino, que lindaban con los Montes Nevados al oeste y con el frondoso Bosque de Solendath por el este. El norte y el sur quedaban resguardados por las inmensas montañas que se levantaban desde tiempos inmemoriales.

—Solo necesito que tomes las Torres Arcadias, del resto me encargo yo, después iré al este y aplastaré esa rebelión.

—¿Y qué pasará cuando la Liga decida que debe enfrentarse a ti?

—Como ya he dicho la Liga no es ninguna amenaza. Yo estoy formando mi propia Liga.

—Tu propio imperio, querrás decir. Supongo que sabes que si me uno a ti también lo hará la Confederación Sureña, mi esposa es hermana de la reina de Ithender.

Dordinas asintió.

—Cuando empiece la guerra necesitaré tantos aliados como pueda conseguir.

—¿Has pensado en Bastión de Plata? —preguntó Lord Scyles. Si iba a unirse a un levantamiento tenía que saber bien cómo estaba diseñado.

—Bastión de Plata está lejísimos de aquí ¿Qué puede hacer? Además, Alanys estará demasiado ocupada con sus guerras como para preocuparse de nuestros asuntos. No creo que pueda resistir a nuestras fuerzas combinadas en caso de ataque.

—Alanys jamás ha perdido una batalla, Dordinas. No creo que tu ejército le asuste. Ella lo puede igualar o superarlo en número sin problemas.

—Cuando me haga con la Liga y con el control del este, le ofreceré un pacto de alianza que no podrá rechazar.

—Os pedirá al Sin Rostro —dijo Lord Scyles.

—Por mí puede quedárselo, mira que es una niña estúpida. Tiene el mejor ejército, una ciudad enorme y todo un reino para ella y sólo se preocupa por ejecutar una venganza de hace... ¿Cuánto?

Lord Scyles decidió no seguir hablando de ese tema. La prioridad ahora era tomar las defensas de la Liga. Estaba dispuesto a unirse a la causa de Dordinas. Veía claro que se necesitaba un cambio radical en el mundo, Dordinas podría traer ese cambio y unificar oriente y occidente. Se perderían vidas pero era el precio a pagar.

—De acuerdo —dijo asintiendo—, tendréis mi lealtad.

Dordinas esperó a que Lord Scyles dijera algo más. Él no necesitaba la lealtad de un caudillo perdido en el norte, lo que necesitaba era a los diez mil soldados que le acompañaban.

—Veintitrés días después de mi marcha —dijo Dordinas—, atacad las Torres Arcadias, tomaremos la frontera en un ataque simultáneo.

—Luneber está en medio —apuntó Scyles.

La respuesta de Dordinas fue clara.

—Destruídla.

Alanys se encontraba en la parte sur del Bosque de las Brumas, muy cerca ya de su destino. Cabalgaba sola a lomos de Edain, su preciosa yegua negra. Iba ataviada con una cota de malla cubierta por un peto de cuero negro. Viajaba sola, sin escolta. De su cinto colgaba la espada y la daga. Además llevaba un pequeño cuchillo oculto en las botas. La capa negra de piel de lobo se mecía suavemente al son de la tenue y fresca brisa.

Su viaje la llevaría a la Gruta de las Lanzas, un lugar que nadie había pisado en siglos. El sacerdote Myron había asegurado que allí estaba la espada de la Primera Reina y la necesitaba para la guerra. De vez en cuando las dudas la asaltaban.

<La guerra está a punto de empezar y tú vas a la búsqueda de leyendas>, se decía.

Aún le costaba admitir todo lo que le había contado el sacerdote. Dragones, seres de inframundo...si Galahad la viera seguro que se reiría de ella antes de regañarle por dejarse embaucar como una niña tonta. Pero Galahad estaba lejos, reuniendo un ejército, y sus capitanes convocaban a las tropas en Bastión de Plata para liberar Oreth. Nadie sabía el motivo ni el destino de su viaje, pero en cuanto regresase todos tenían claro que la guerra daría comienzo.

El bosque era muy frondoso, tanto que la luz solar apenas tocaba el suelo. Además era frío y húmedo, permanentemente cubierto por una capa de neblina que hacía parecer todo amenazantemente siniestro. Antaño el Bosque de las Brumas estaba rebosante de vida. Aves de todo tipo; tordos, cuervos, gorriones, mirlos, azores, gavilanes, hasta grandes lobos que se hacían oír durante la noche. Pero hacía muchos años que nadie había visto lobos por esas tierras. Ni lobos ni nada. El bosque fue abandonado por toda criatura viviente poco después de la caída de la Ciudad Blanca.

Poco a poco la espesura iba en detrimento de los arbustos y matas de vegetación más dispersa. El terreno por el que avanzaba

el caballo era un tanto abrupto y constantemente se desprendían pequeñas piedras.

La joven divisó la entrada a la gruta cuando ya faltaba poco para el mediodía. No era más que un enorme agujero que se internaba en lo profundo. Trató de vislumbrar algo entre las sombras pero la oscuridad era demasiado profunda. Encendió un fuego que le sirviera de antorcha y sin dudarle inició el descenso con la espada desenvainada. El lugar era lóbrego y húmedo y desde alguno de los rincones de la cueva le llegaba el sonido de un goteo constante de agua. La gruta era un enorme entramado subterráneo de túneles en el que era fácil perderse. Alanys decidió agudizar el oído y buscar el origen del goteo del agua. Acercó la antorcha a una pared y las llamas lamieron la dura roca y mostraron la inmensidad del lugar.

La Gruta de las Lanzas había pertenecido a una congregación de hombres mucho antes de la existencia de los grandes reinos, una noche, dicha congregación fue atacada y sus miembros exterminados y decapitados. Las cabezas de los líderes fueron clavadas en picas a la entrada, de ahí su nombre.

Tras recorrer interminables túneles y pasadizos, cada uno de ellos más profundo que el anterior, Alanys por fin llegó a una amplia sala. En las paredes colgaban viejas antorchas que la joven encendió una por una hasta lograr que todo quedase completamente iluminado. El fuego hizo que las tinieblas retrocedieran y Alanys pudo contemplar el lugar en todo su esplendor. De las paredes, verdes por el musgo, colgaban viejas telas, estandartes ya raídos y deslucidos que mostraban un emblema harto olvidado. Un robusto árbol inclinado por el viento. Miles y miles de años habían pasado desde que aquella bandera ondeara orgullosa en los campos de batalla.

En el centro de la sala se alzaba una gran fuente de mármol cubierta de musgo. Antaño debió de ser muy hermosa, llena de agua y resplandeciente por el brillo. Del otro lado se abría un pasillo que daba acceso a otra sala, que era en realidad un enorme salón. Dicho salón estaba sostenido por columnas naturales y al fondo

había un sarcófago gris. Alanys se acercó. La tumba de la Primera Reina. Y allí estaba la espada. Reposaba sobre las frías manos de mármol de la estatua de la Reina Blanca. Alanys estudió aquella estatua. Pelo corto y regio rostro, pero un tanto angelical a la vez. El escultor había tallado una armadura preciosa y el emblema del pecho parecía tener vida propia. Después los grises ojos de Alanys se clavaron en la poderosa arma que descansaba ante ella. Tanto tiempo entre tinieblas y el acero de su hoja brillaba como si estuviera recién forjado. La joven deslizó la punta de los dedos sobre dicha hoja y los retiró bruscamente. El acero quemaba. Debía de estar helado pero sin embargo abrasaba. La espada había sido forjada con el fuego de Syraz, el gran dragón. No había acero, ni arma, ni fuego capaz de rivalizar con la llama de un dragón. Examinó la espada mientras agarraba la empuñadura. Era muy liviana y más grande que su arma. Sin embargo, su peso era increíblemente menor. La empuñadura era negra y plateada, con forma de alas de dragón y el pomo tenía cinco puntas afiladas que simulaban las garras de la bestia. La hoja seguía brillante y caliente, y es que las llamas de un dragón podían dar calor durante milenios. Un arma de ese tamaño debía ser empuñada con las dos manos, sin embargo, esa espada era tan ligera que con una sola mano bastaba. Alanys la hizo girar en su mano y trazó un círculo sobre su cabeza.

Con esa espada levantaría el nuevo reino de Ethelor y unificaría oriente con occidente. El mundo que conocía se desvanecía en los fuegos de la guerra, pero bajo esa espada uno nuevo renacería.

<Renacer>, pensó.

Un buen nombre para la espada que acababa de resurgir de las cenizas.

Las puertas de Ithender estaban cerradas a cal y canto. Los muros se hallaban repletos de hombres armados. En todo el territorio reinaba el silencio. Los estandartes ondeaban expectantes al viento. Parecía que la ciudad se preparaba para un largo asedio pero en realidad tan solo Galahad y sus treinta jinetes se hallaban ante sus puertas. Ellos y un enorme lince negro con una fiera mujer a sus lomos. La mera visión del estandarte de Alanys había aterrorizado a todo el mundo. El dragón negro en el castillo blanco, o con las garras de dragón, era implacable.

<Alanys no inspira respeto —pensó Galahad—, inspira un miedo atroz>.

La lince miró a los hombres que le apuntaban con flechas desde lo alto de la muralla y rugió. Daira la tranquilizó.

Galahad hizo avanzar su caballo hasta las puertas. Lentamente para que todos le vieran desenvainó su espada y la arrojó al suelo.

Tras varios minutos de espera la entrada a Ithender se abrió y emergió un grupo de jinetes. Eran un centenar e iban fuertemente armados con arcos y lanzas. Muchos, pero no eran rival para los hombres acorazados.

—Mi señor, el rey Vangio os da la bienvenida al reino de Ithender y os invita a pasar, pero me ha ordenado desarmaros —dijo el emisario.

—Su casa, sus normas —respondió Galahad haciendo una seña a sus hombres para que soltaran las armas.

El joven emisario miró a la lince con temor.

—Ella... —comenzó—, no puede...

Galahad intervino rápidamente.

—Ella es mi invitada, viene conmigo.

—Esa bestia no puede entrar a la ciudad.

—Si quieres te la dejo aquí y tú la controlas —intervino Daira.

Dafne contempló a los hombres armados y mostró los colmillos.

Finalmente la joven sujetó a la lince de las riendas y la guio por la ciudad seguida por los caballeros de Bastión de Plata. Sintió como los lugareños clavaban sus ojos en la enorme bestia que la acompañaba.

Ithender era una ciudad mediana, mucho más pequeña desde luego que Bastión de Plata y defendida por mercenarios contratados por el rey.

—Solo son mercenarios —dijo Galahad a Daira.

—La espada de un mercenario mata igual que la de un caballero —respondió la joven.

—Los mercenarios solo buscan el dinero, su lealtad es bastante voluble, ofrécele más oro que tu rival y te seguirán.

Daira rio.

—Sí —dijo—, hasta que llegue otro y les dé aún más.

—Quedan pocos ejércitos mercenarios en occidente, éste es uno de ellos, y por lo que veo está compuesto de bárbaros exiliados.

—Siempre es esto mejor que morir —respondió ella—, la mayoría de los que huyen de su tribu no pueden volver jamás. En el este somos guerreros desde que nacemos, no sabemos hacer nada más. Por eso se convierten en mercenarios. No deberías subestimar tanto a la gente del este.

—No lo hago, pero os falta disciplina.

Los jinetes se detuvieron a los pies del palacio de Vangio pero Galahad y Daira fueron conducidos al interior, custodiados por cuatro hombres armados.

—Si quisiera —dijo Daira en voz baja—, podría matar a estos cuatro sin necesidad de un arma.

Galahad sonrió.

—No me cabe duda. Pero seguirías siendo indisciplinada.

—La fuerza del guerrero es su poder.

Llegaron a la sala de audiencias, que estaba vacía, y les indicaron que esperasen la llegada del rey y su consejo.

—La fuerza es valiosa pero ¿En cuántas batallas has estado?

Daira había participado en incursiones de pillaje y saqueo además de pequeñas escaramuzas pero jamás había visto a dos ejércitos enfrentarse en el campo de batalla.

—Si llegas a ver alguna verás la importancia de las formaciones y el orden —siguió Galahad—, eso es lo que decide las victorias.

Daira iba a replicar pero Vangio apareció seguido de su corte.

—¡Bienvenidos a mi ciudad! —dijo el rey.

—Os agradecemos el recibimiento, mi señor. Traigo una nueva de mi señora, Alanys, dueña de Bastión de Plata.

—Y ella es... —dijo Vangio señalando a Daira.

—Se llama Da...

—Daira, alteza —contestó la bárbara cortando a Galahad—, hija de Trafal, de la tribu de los Degolladores.

Durante unos instantes la sala de audiencias guardó silencio. Era la primera vez que una salvaje pisaba aquel recinto.

—Decidme, Daira, hija de Trafal ¿Qué hacéis aquí? Tengo entendido que os acompaña una bestia salvaje.

—No es ninguna bestia. Es un lince negro, pero los occidentales os empeñáis en hacerlos parecer terroríficos. Estoy aquí como protegida de los caballeros de Bastión de Plata ya que mi gente quiere llevarme ante mi padre para ser juzgada por traición.

—¡Mi señor! —dijo Galahad captando de nuevo la atención del rey—. Alanys solicita de vuestra generosidad para establecer lazos entre nuestros dos reinos.

—¿Lazos? —preguntó Vangio devolviendo su atención a Galahad.

—Mi señora se prepara para una invasión del este y está congregando un ejército en Ojos Verdes para tal fin. Tenemos hombres suficientes pero necesitamos mano de obra que fabrique sus equipos. Bastión de Plata se encuentra muy alejado y Alanys ha pensado que...

—¿Alanys ha pensado que podía aliarme con ella? No sería una mala alianza desde luego, lleva seis años ininterrumpidos de guerra y ¿Cuántas batallas ha perdido?

—Ninguna, alteza.

—¡Ninguna! —exclamó el rey—. Para ser una niña, como todos dicen que es, no se le da mal el arte de la guerra. Alanys tiene más poder que toda la Liga junta, y eso es tener mucho poder —dijo mirando a sus consejeros, que parecían nerviosos—, en cualquier caso, joven comandante, mucho me temo que mi pequeña Ithender no puede apoyarnos en una guerra, no tenemos tropas ni capacidad para seguirlos en una invasión.

—Lo comprendo alteza, pero no pedimos de vuestro ejército para ir a la guerra, lo que necesitamos es mano de obra y el buen acero que producís en la ciudad, tenemos fondos para pagarlos, Alanys se compromete a daros protección a cambio de que arméis a nuestro ejército y nos proveáis de recursos cuando las tropas vayan al este.

Vangio miró a sus consejeros, entre los que había varios guerreros mercenarios de dudosa reputación, y todos le correspondieron negando con la cabeza. Nadie quería saber nada de Bastión de Plata ni de Alanys.

—Si proveemos a vuestros ejércitos ¿Con qué nos alimentaremos nosotros? Siento decir que nuestras tierras no pueden acomodarlos. He de decir que debo rechazar la alianza con Bastión de Plata, aunque por supuesto esté dispuesto a mantener una relación cordial con vuestra señora y trataré de ayudarla en todo lo que pueda.

<Sí, en todo>, pensó Galahad, mirando a los consejeros de Vangio.

— ¿Y qué me decís de los envíos de armas? Ithender produce armamento para muchos reinos, entre ellos los de la Liga de Occidente, y su ejército es pequeño, seguro que su alteza puede autorizar las relaciones comerciales entre nuestras dos ciudades.

—Mucho me temo que tampoco puedo satisfaceros en eso. Los lazos de Ithender con el Castillo de Dineren me lo impiden. Como ya sabréis la hermana de mi esposa está casada con Lord Scyles. La Liga no permitiría que yo ayudase a alguien que consideran hostil a armarse. Supongo que lo entendéis.

—Dineren está a muchas leguas, alteza ¿En qué puede afectar a Lord Scyles que mi señora reciba armas de vuestro reino?

—Puede que a Lord Scyles en nada, pero sí a Ithender. El Castillo de Dineren es aliado de Ámbarin y su rey, Dordinas, es uno de los mayores integrantes de la Liga de Occidente, y siempre se ha opuesto a los lazos comerciales con reinos extranjeros, una alianza comercial con Bastión de Plata podría suponer un pretexto para romper nuestras relaciones con occidente, y eso, mi joven emisario, sería terrible para nuestra economía.

—Tanto la Liga como Dineren estarán demasiado lejos como para protegeros cuando la guerra empiece ¿Quién va a defenderos en caso de ataque?

—Dais por sentado que nos atacarán.

—Los Degolladores están muy cerca de vuestras tierras, un ejército enemigo podría presentarse a vuestras puertas en cuestión de días.

—Cierto, por eso nuestras murallas son fuertes, además, si Bastión de Plata invade el este, tal como decís, los Degolladores no llegarán lejos dado que estarán ocupados luchando por su propia tierra.

Galahad comprendió que sería imposible conseguir nada de Ithender. Sin embargo...allí pasaba más de lo que Vangio decía. Los consejeros del rey estaban demasiado inquietos y ni siquiera habían participado en el encuentro, como si todo estuviera ya orquestado. Y Vangio ni siquiera les miraba a los ojos, incluso daba la impresión de que les tuviera miedo.

—Lamento no poder servirlos de más ayuda. El día está cayendo rápidamente, si os place puedo ordenar que habiliten unas estancias para vosotros y vuestros caballeros.

—Sois muy amable, alteza —dijo Galahad tratando de ocultar su decepción.

Daira hizo una reverencia mientras se retiraba.

—Lamento que no hayas podido conseguir nada —dijo la joven mientras salían de la sala de audiencias—. ¿Qué tienes pensado hacer al regresar?

Galahad miró a su alrededor. Todos los mercenarios de Vangio estaban dentro armados hasta los dientes, sus ojos se cruzaron con los de varios. Todos serios, expectantes... ¿a qué?

—Aún no hemos regresado.

Les condujeron a un perímetro rodeado de empalizadas de madera cerca de la entrada y les devolvieron sus armas.

—No tenemos mucho sitio en los barracones, tendréis que quedaros aquí.

Los caballeros se acomodaron entre sus monturas como pudieron y se prepararon para una tensa noche.

—Permaneced con los ojos bien abiertos, y tened a punto las espadas, intuyo que las vamos a necesitar.

Pasaron las siguientes dos horas en relativa calma y al llegar la medianoche docenas de soldados se acercaron al pequeño campamento. Dijeron que eran uno de los turnos de guardia y que se ocuparían de la seguridad.

Galahad vio como los mercenarios tomaban posiciones desde una de las callejuelas de la ciudad. Había salido poco antes para dirigirse al palacio de Vangio. Tenía que descubrir qué estaba pasando en aquella compleja trama política. Daira y los demás debían apañárselas solos hasta que regresara. En cualquier caso era poco probable salir con vida de Ithender. Espada en mano se internó por la ciudad hasta llegar a la parte sur de palacio. No había muchos centinelas. Una puerta trasera se abrió y un mozo de cuadras emergió de las sombras. Galahad aprovechó para colarse. Avanzó casi a oscuras para encontrar una escalera que subía cuatro plantas. Pegado a la pared y apagando las antorchas a su paso fue ascendiendo, la luz lunar era suficiente para ver por dónde pisaba.

Al llegar a la puerta de los aposentos de Vangio solo había un guardia, aunque era el doble de grande y llevaba la armadura completa. Galahad sólo iba armado con la espada y un puñal, así era más ágil, pero mucho más vulnerable.

El sonido de las voces de más abajo le alarmó. Ascendían rápidas portando antorchas y con las armas desenvainadas. ¿Qué estaba pasando? Debía actuar rápido. Apagó la última luz y antes de que el centinela supiera qué pasaba Galahad le abrió la garganta y empujó las pesadas puertas de madera. Dentro halló al rey con su esposa.

—¿Qué está pasando? —bramó.

—A eso mismo venía yo, alteza, pero ya no hay tiempo, están cerca —dijo Galahad entregándole un arma a Vangio—, daos prisa.

Pero no se dieron la suficiente. Cuatro mercenarios se plantaron ante la puerta y Galahad se interpuso entre ellos y el rey de Ithender.

—¿Qué estáis haciendo, joven? —preguntó el rey mientras Galahad cruzaba la espada con un enemigo.

—¿No lo veis alteza? ¡Vienen a por vos!

Los mercenarios se olvidaron de Galahad y dirigieron sus armas hacia el rey y su esposa. El joven caballero tuvo que esforzarse para esquivar los golpes de su enemigo y detener los mandobles de los asaltantes.

—¡Poneos detrás, mi señor! —dijo Galahad a tiempo de matar a uno de ellos—, debemos salir de aquí.

Galahad enlazó dos mandobles y acto seguido cortó el costado de otro rival. Se dirigieron a la puerta mientras el propio Vangio degollaba a un tercero. El cuarto trató de defenderse pero fue en vano. Para cuando quiso darse cuenta la espada de Galahad le había atravesado de parte a parte.

—¿Por qué quieren mataros? —preguntó el joven mientras descendían.

—No lo sé, llegó un mensaje desde Dineren hace unos días pero no pensé que sus amenazas fuesen reales, a la izquierda, hay un pasadizo que lleva a un callejón —respondió Vangio.

Se internaron por ese pasadizo mientras escuchaban de fondo más gritos. Poco a poco el sonido fue desapareciendo y llegaron al exterior. Aquella zona aún estaba tranquila.

—Hay que llegar hasta mis hombres rápidamente, os sacaremos de aquí.

—Lord Scyles quería que entregara todas mis armas y el gobierno de mi ciudad. Al parecer ha decidido hacerse con el control de occidente, dijo que los bárbaros atacarían a la Liga y que él la salvaría.

Galahad escuchaba a medias. Buscaba la manera de llegar hasta sus hombres. Recorrieron varias callejas estrechas y mal iluminadas hasta que vislumbraron a los caballeros de Galahad. Al menos la mitad estaban muertos y Daira se batía con fuerza contra tres enemigos a la vez. Su lince mató a uno y sus cuchillos a los otros dos.

Galahad empujó a Vangio y a la reina antes de unirse a la batalla.

—¡Formad un círculo con los caballos! —gritó—. Proteged al rey.

Los caballos no tenían las armaduras puestas y eran más vulnerables a los ataques. Por el contrario eran mucho más ágiles.

—Las puertas están detrás —dijo Daira—, podemos llegar hasta ellas y salir de aquí.

El grupo, con Vangio y Wallia, espolearon a las monturas con fuerzas y consiguieron romper el cerco de las puertas y salir al exterior.

La caballería superviviente emprendió un galope desesperado hacia el oeste para escapar a las flechas enemigas.

Daira sintió como una de ellas le rozaba las costillas.

—¡Caen por el norte! —gritaba un oficial—. Avisad al capitán Risley.

El comandante de la guarnición de las torres salió de sus aposentos con la armadura a medio poner y sosteniendo la espada.

— ¿Quiénes son? —preguntó—. ¿Vienen del este?

—No, mi señor. Del norte, tropas de Dineren.

El capitán miró al oficial. ¿Dineren? ¿Qué hacían allí? ¿Y por qué atacaban?

Risley quería hacer más preguntas pero no tuvo tiempo. Docenas de proyectiles y rocas de las catapultas comenzaron a estrellarse contra las murallas de las Torres Arcadias.

Las torres se hallaban en la parte norte de la frontera de la Liga con oriente y protegían el ala norte del Muro de Hiperión. Constaban de dos altas torres redondas fuertemente fortificadas y rodeadas de un pequeño muro que las unía por la base. La guarnición estaba constituida únicamente por tropas de Zirinor, y no había más de un centenar de hombres escasamente armados.

—¿Cuántos?

—Todo un ejército, mi señor. Al menos diez mil.

—Por los dioses...

Los proyectiles sonaban fuertes.

—Cargad nuestra artillería, arqueros a las torres ¡Y enviad emisarios al sur, avisad a Gaheris!

—Así se hará.

Los defensores respondieron a los disparos y los arqueros soltaron sus proyectiles. Las tropas de Dineren avanzaron, cubiertas de cuero y pieles y protegidas por escudos y maderos, hasta la base de la puerta.

Risley se encaramó al muro.

—¡Reforzad el portón!

Fue a gritar más órdenes pero una flecha le atravesó la garganta. Las Torres Arcadias se habían quedado sin capitán. Minutos más tarde se quedaron también sin portón.

Gaheris se ponía la armadura a toda velocidad. Un ayudante le ataba las cintas de la coraza y le ponía las grebas. Él se ataba la espada al cinto. En el exterior se agrupaban las tropas que les quedaban. Apenas cuatrocientos hombres y algunas escuadras de caballería.

El mensaje del ataque a las Torres Arcadias se había extendido como el fuego en la maleza. Nadie entendía qué se le había pasado por la cabeza a Lord Scyles para lanzar a su ejército contra la frontera. El comandante terminó de colocarse el yelmo y salió fuera. Todo era un caos de hombres gritando y soldados corriendo de aquí para allá. Los caballos piafaban y se revolvían inquietos. Centenares de guerreros listos para el combate.

—Hay que avisar al Castillo de Diana, es el más próximo. Decídeles que necesitamos tantos hombres como puedan reunir. Nos están atacando.

El sonido de un cuerno de guerra cercano hizo callar a todos. Gaheris miró en la dirección del sonido y vio a las fuerzas de Ámbarin. Era millares, probablemente todo el ejército y avanzaban en formación de combate.

—¡Ya están aquí! —exclamó el ayudante de Gaheris—. Con ellos no tardaremos en derrotar a Lord Scyles.

El comandante siguió mirando. Aquello no encajaba. Había algo raro.

—No vienen a ayudarnos... —dijo en voz baja—, por todos los dioses... ¡Ocupad los puestos de combate! ¡Lanzas en ristre, caballería al frente!

La confusión fue total. Los hombres de Gaheris no sabían qué hacer.

—¿Qué está haciendo comandante? ¿Pretende atacar a nuestros aliados?

—¡Ellos son quienes nos van a atacar! Resulta obvio que se han aliado con el norte.

Los quinientos soldados de Nurúne entre infantes y jinetes que custodiaban las puertas se dispusieron a la batalla. Vestían armaduras resistentes y estaban bien adiestrados pero eran pocos en comparación.

Gaheris y el centenar de caballeros que tenía, se colocaron al frente y cargaron contra el enemigo. Las bestias cobraron velocidad mientras sus jinetes bajaban lanzas y seleccionaban los blancos.

La primera línea enemiga interpuso los escudos pero los caballeros de Nurúne la superaron sin problemas. Trabaron combate con lanzas y espadas y causaron bastantes bajas en las líneas de Ámbarin, las suficientes para hacer que la infantería de Gaheris se lanzase al ataque e hiciera retroceder a los hombres de Dordinas. El combate se estabilizó y ambas fuerzas se golpearon con dureza. El sonido del metal al chocar era ensordecedor y pronto los cadáveres llenaron el suelo. El propio Gaheris golpeó a un rival desde su izquierda y le partió el cráneo, después movió el arma a la derecha y la hundió en el cuello de otro. Encabritó a su montura para evitar una lanza y atacó con la espada. Desviaba golpes y los propinaba también. Gaheris era un veterano pero desde luego no había perdido la forma. Seguía siendo un gran guerrero.

Poco a poco las fuerzas de Ámbarin se recompusieron del choque inicial y recuperaron la iniciativa de la batalla. Las tropas defensoras se vieron entonces superadas por los flancos. La caballería quedó aislada en el centro enemigo y nada pudo hacer para evitar verse desbordada. Gaheris siguió luchando, a pesar de las heridas, hasta ver como la mayoría de sus hombres eran aniquilados. Le parecía increíble que el Muro de Hiperión fuera a ser tomado por unos traidores que venían de occidente. Pero así iba a ser. Con un poco de suerte Ámbarin sería destruido por los bárbaros cuando entrasen en la frontera.

Aquella batalla estaba más que perdida.

Libro III
TRAICIONES Y ALIANZAS

Los regimientos de Alanys eran impresionantes. Todo su ejército se hallaba formado a las puertas de Bastión de Plata. Veinticinco mil hombres fuertemente armados con largas lanzas y negros escudos que esperaban una orden de su líder para emprender la marcha. Habían pasado seis meses descansando y recuperándose, pero ahora estaban listos de nuevo para el combate. La joven había reconstruido sus cuatro regimientos y reforzado sus armas. Sus fuerzas estaban divididas en secciones de cinco mil hombres de infantería pesada más algunas unidades de infantería auxiliar, tales como arqueros, exploradores y lanceros. El contingente estaba compuesto además por docenas de piezas de artillería de distintas clases, amén de ingenieros, constructores, multitud de médicos y sirvientes de todo tipo. La organización de Alanys era impecable. Cada regimiento estaba dirigido por un capitán, con cinco comandantes cada uno que se encargaban de nombrar sus propios oficiales.

El único punto débil que podía tener aquella impresionante fuerza era la caballería. Su número no era tan elevado como la joven deseaba y es que las pérdidas en batallas pasadas habían sido demasiado grandes y no era nada fácil conseguir y armar caballeros. Aún con todo podía contar con novecientos buenos jinetes.

Las tropas estaban listas para partir, toda la ciudad se había congregado en la puerta y en las murallas para despedirles. Sabían que no todos volverían de la larga guerra.

Alanys había dado orden de marchar hacia el norte y liberar Oreth, que sufría asedio por parte de las fuerzas de Ciudadela Dorada y Tres Montes, después lanzaría a sus tropas a la invasión de la Liga de Occidente, cuando todo el occidente cayese, sus regimientos atacarían el este por el norte y los de Galahad invadirían el sur. El plan era sencillo pero había que actuar con

rapidez. Y estaba el problema de la caballería...en fin, ya lo arreglaría.

<Cada cosa a su tiempo>, pensaba mientras salía de la ciudad con Edain y escoltada por centenares de miembros de la Guardia de Plata.

Baethan cabalgaba justo tras ella. Ojalá y también estuviera Galahad...la joven se colocó al frente de sus ejércitos, con su capa negra ondeando en la brisa temprana, mientras la ciudad despedía a sus soldados y lanzaban cantos y plegarias por la victoria.

La nueva espada de Alanys esperaba ansiosa en su vaina el momento de volver al campo de batalla.

<Pronto renacerás>.

El ejército partió rumbo a la mayor guerra que el mundo presenciaría en un milenio. Alanys presentía que nada sería igual tras la guerra, cuando el polvo se asentase, un mundo nuevo se abriría ante los supervivientes, que habría que reconstruir. Para bien o para mal, nadie sería el mismo. La guerra que se acercaba no sería una guerra más, marcaría el fin de una era y el comienzo de otra.

La joven lucharía hasta el final por recuperar Ethelor y unificar oriente con occidente, tal como su padre quería, pero sabía que era muy difícil hacerlo. Seguramente moriría en el intento.

Alanys comprendió que no regresaría viva.

—Debes seguir descansando. La flecha te hizo una herida más grave de lo que pensábamos. No te preocupes, ya estás a salvo.

La voz de Galahad sonaba lejana, distante. Como si hablara a través de un grueso muro producido por los tranquilizantes que el médico de la guarnición le había administrado. La flecha que recibió se astilló y varios trozos de metal y madera quedaron dentro de la herida. El médico hubo de esforzarse mucho para sacar todas las esquirlas y limpiarla bien.

Como cada mañana desde que Daira estaba descansando, el joven Galahad acudía a verla y a comprobar su progresión. Ésa era la décima mañana que la veía. Pero parecía mejorar. Desde luego el valor de la joven les había salvado. Mientras Galahad sacaba al rey y a su esposa del palacio, Daira dirigió a los jinetes para salvarse del ataque de los mercenarios.

El comandante se encaminaba a la sala de reuniones de la fortaleza con una carta en la mano. Repasaba lo acontecido en los últimos días. Repentinamente los mercenarios que custodiaban Ithender se habían vuelto contra su contratista y habían tratado de asesinarle. Posteriormente se enteró de que Lord Scyles había pagado a esos hombres precisamente para que tomaran la ciudad. Era lo malo de los mercenarios, cualquiera podía subir la apuesta. Sin embargo, debía de haber más cosas que ni siquiera ellos sabían puesto que días después llegó la noticia de que Trafal, con veinte mil guerreros, había tomado Ithender y se disponía a atacar Ledenar, escasamente defendida. Era evidente que había más en juego de lo que todos pensaban. Galahad creía que ese Lord Scyles tramaba más cosas de lo que sospechaba el resto. Con la Liga de Occidente en decadencia, el señor de Dineren había tejido una compleja trama de alianzas.

En respuesta, Galahad había mandado una misiva a Alanys, explicándole el estado de las cosas, así como informándola de que

el estado de su ejército aún no era el requerido, menos aún con la caída de Ithender. Sin embargo, pedía permiso para iniciar acciones bélicas contra Traful y su tribu a fin de retomar la ciudad.

Esa misma mañana llegó la respuesta de la joven y se disponía a transmitirla a su estado mayor. Galahad contaba con tres capitanes y algunos oficiales que le habían acompañado desde Bastión de Plata. Además, el rey Vangio y la propia Daira tenían derecho a formar parte de las reuniones. Esa mañana solo faltaba la joven.

La sala de mando era bastante modesta y funcional, muy fiel al estilo práctico del joven. No tenía ningún adorno y el único mobiliario era una larga mesa de gruesa madera sobre la que descansaban varios mapas, listados de tropas, inventarios...

Cuando Galahad entró todos le estaban ya esperando. Sabían que había llegado un correo de Bastión de Plata y presentían lo que eso significaba. El comandante se colocó en su lugar, ocupando el cabecero de la mesa, y con una mano sujetando la carta y la otra apoyada en el pomo de la espada, comenzó a hablar leyendo el contenido del mensaje de Bastión de Plata.

—“...de modo que autorizo el movimiento de tropas desde Ojos Verdes para la retomar el importante enclave de Ithender por los medios que su comandante, Galahad, estime oportunos” —decía la frase final.

Alanys nunca se había caracterizado por escribir cartas y mensajes largos, eso lo reservaba para su diario.

—En quince días debemos estar en Ithender, antes de que lleguen refuerzos. Iremos con el equipo de asedio y con la caballería —dijo Galahad—. Debemos recuperar pronto la ciudad. Alanys ha marchado al norte, liberará Oreth y cuando esté lista, unirá sus tropas a las nuestras para invadir el este por el sur.

—Traful tiene más de veinte mil hombres, recibirá refuerzos, estoy seguro —dijo un capitán—. ¿Y cuántos mercenarios hay en Ithender?

—Dos mil —respondió Vangio.

—No será nada fácil, y tampoco rápido.

Los demás asintieron.

—Contamos con más de treinta mil hombres, nuestra caballería es más numerosa, y los linceos no pueden hacer nada contra nuestros jinetes acorazados. Además tenemos catapultas y podemos levantar torres de asedio. No veo donde está el problema.

—¿Y qué hay de la Liga de Occidente? ¿Apoyarán la invasión?

—Hay disensión entre ellos. No creo que tengan recursos para apoyarnos.

—Eso si no declaran la guerra a Alanys —dijo Vangio—, teniendo en cuenta que Lord Scyles es aliado de Ámbarin y su rey Dordinas es miembro de la Liga... podrían reunir sus ejércitos y golpear a Alanys.

—Eso no pasará —dijo Galahad—, la maquinaria de guerra de la Liga está muy debilitada, las fuerzas de Bastión son mucho más poderosas.

—Y mucho menos numerosas —dijo Vangio—. Meredorn aún tiene miles de jinetes y Ámbarin puede reunir veinte mil hombres, más diez mil de Dineren. Y el resto de fuerzas de los aliados. Alanys no podrá enfrentarse a todos.

—Alanys ha vencido fuerzas que la triplicaban en número —dijo un oficial—, podrá vencer a esos idiotas de la Liga.

—Puede —replicó Vangio—, puede que los derrote, sí, es cierto. ¿Y luego qué? ¿Qué pasará cuando deba enfrentarse a las fuerzas del este? No tendrá tropas suficientes para hacerlo.

Galahad sabía que Vangio tenía razón. La mera idea de que Alanys pudiera ser derrotada no era tan dolorosa como la idea de su muerte. Galahad no podía imaginar su vida sin ella. Notó un nudo en la garganta.

—Será mejor que tomemos Ithender cuanto antes, si Alanys invade las tierras de la Liga desde el oeste, nosotros podremos atacar por el este, atraparemos a nuestros enemigos en una pinza y nunca podrán unir sus ejércitos.

<Todo pasa por Ithender>, pensó Galahad.

La reunión se dio por terminada. Una hora después todos sabían que se acercaba la hora de entrar en combate y comenzaron los preparativos. Se acordó reclutar más hombres en los días que restaban para partir y formarlos por el camino. La guerra que se aproximaba sería difícil, y si bien Alanys tenía muy buenos soldados, éstos eran escasos. Necesitaba más, miles de ellos.

La Atalaya Sombría se quedaba pequeña para la gente que se estaba congregando. Las tiendas se extendían hasta perderse de vista y las hogueras hacían la noche tan brillante como el día.

Docenas de miles de bárbaros y gente del este que se habían unido para emigrar hacia las fértiles tierras del oeste, huyendo de ese señor oscuro que se había instalado en los Colmillos Negros. Tribus enteras, con sus mujeres y niños, movilizadas con el objeto de entrar en el mundo civilizado. Gente venida de todas partes, Yelmoroto, Camponegro, Los Arcos...más cien mil personas reunidas frente a la frontera.

La torre de la atalaya se había reservado para los caudillos de las diferentes tribus. No había resultado muy complicado derrotar a la pequeña fuerza aliada que la defendía.

De entre todos los caudillos tribales destacaba el señor de Yelmoroto, un hombre de mediana edad, muy corpulento y alto, con barba blanquecina y poco pelo en la cabeza. Respondía al nombre de Gundahar y era con diferencia el más poderoso de todos. La fuerza conjunta disponía de casi setenta mil guerreros, de los cuáles treinta y cinco mil eran hombres de Gundahar. Además de ser los más numerosos, eran también los mejor armados y organizados. Gundahar era el más fuerte, y por eso tenía el mando.

Le seguían en poder Etelgis, líder de Los Arcos y Segovax, señor de Camponegro.

En circunstancias normales una alianza semejante habría resultado imposible de pensar, pero las cosas se estaban precipitando con la llegada de Gorteyrn, llamado el Sin Rostro, a la vieja fortaleza del este. Aquel hombre, o ser, nadie sabía qué era, había infestado la tierra de criaturas diabólicas y seres extraños y se decía que sabía utilizar la magia negra y convocar cosas del inframundo. El caso es que tras reconstruir la fortaleza del antiguo rey Morvan, muerto más de un milenio atrás, había exigido la

sumisión de todas las tierras del este y la entrega de los hijos primogénitos en señal de rendición. En un principio todos se opusieron en rotundo. Jamás un rey había gobernado en el este y no lo iban a permitir ahora, de modo que desafiaron a Gorteyrn en batalla. El nuevo rey les barrió por completo sin siquiera levantarse de su oscuro trono.

Tras la brutal derrota, frente a los muros de los Colmillos Negros, algunos jefes y líderes tribales capitularon y se sometieron, pero otros optaron por emigrar al oeste y buscar refugio entre los reinos occidentales, mucho mejor armados y con tropas más capacitadas para el combate contra el Sin Rostro.

—Según la información que nos han proporcionado los exploradores, la frontera con occidente está desprotegida. Ha habido intensos combates entre los reinos de la Liga. Dordinas, ayudado por fuerzas del norte, ha tomado las Torres Arcadias y el Muro de Hiperión —dijo Gundahar.

—¡Entonces es ahora cuando debemos atacar! —exclamó un entusiasmado Segovax.

—Si somos rápidos podremos atacar por sorpresa, no será difícil tomar las defensas —comentó Etegis, apoyando las palabras del señor de Camponegro.

—No —sentenció secamente Gundahar.

El caudillo era bastante buen estratega y había dotado de cierta capacidad militar a sus hombres. Las patrullas de reconocimiento y exploradores eran idea suya, y por los resultados obtenidos no había sido una mala decisión.

—Seguiremos aquí esperando. Dordinas siempre ha deseado invadir el este, si quiere hacerlo, que venga, nosotros estaremos aquí esperándole, tenemos más del doble de hombres, pero no servirán de nada atacando un castillo. No disponemos de catapultas ni de máquinas de asedio. Un ataque sobre la frontera nos costará miles de muertos, y no lograremos nada. Sin embargo, Dordinas no esperará mucho tiempo, se movilizará y vendrá a nosotros. En

campo abierto destrozaremos a sus tropas. Mientras tanto nos acercaremos a sus posiciones y les hostigaremos, de ese modo nuestros hombres adquirirán práctica y nos reforzaremos con más gente.

—¿Y qué pasará cuando Dordinas y sus aliados sean derrotados? —preguntó Segovax.

—Eso aún no ha pasado. Pero cuando caigan, toda la frontera de occidente quedará abierta. Nurúne y Meredorn están lejos, tardarán tiempo en reunir sus ejércitos.

Los presentes se mostraron de acuerdo. Parecía que tan solo Gundahar era consciente de que ganar aquella guerra era terriblemente complicado. Habían tenido la suerte de encontrar a una Liga de Occidente deshecha y llena de conflictos internos que le había dejado la puerta del oeste abierta de par en par. Pero Gundahar sabía que aun derrotando a Dordinas todavía quedarían innumerables enemigos a los que hacer frente. Aquello no era como invadir las tierras de una tribu vecina, aquella invasión era para sobrevivir, para buscar nuevas zonas en las que asentarse y el modo de conseguir esas tierras tenía que ser el campo de batalla.

La cara de Vanora palideció con las noticias que acababa de recibir. Todos los presentes se quedaron inmóviles. Nadie podía creérselo.

La Senescal se hallaba sentada en un pequeño trono de madera, en la gran sala de audiencias de Palacio del Senescalado. El palacio se hallaba situado en la parte alta de la ciudad y era una de las pocas construcciones que habían sobrevivido a la destrucción de la ciudad hacía más de mil años. Nurúne era un reino longevo, seguramente el más viejo de todos los que había en el occidente. Tuvo un rey, Peredur, cuyos restos se encontraban no lejos de la ciudad, pero al estallar la Guerra de los Reinos, Nurúne se vio asediada y destruida hasta los cimientos. Los supervivientes marcharon al sur en busca de refugio, pero las fuerzas de la Ciudad Blanca acudieron en ayuda del viejo rey y libraron un enfrentamiento contra los invasores del norte. La Batalla de la Llanura Elevada fue ganada con gran dolor y derramamiento de sangre, y a causa de las heridas sufridas, el propio rey Peredur falleció, no sin antes nombrar a Olga, la capitana de la Ciudad Blanca, como Senescal del reino. De ese modo se inició el senescalado en la ciudad. Desde entonces Nurúne había formado parte activa de la historia del mundo y desde la caída de la Ciudad Blanca se convirtió en el reino más poderoso de occidente. Durante siglos sus senescales mantuvieron la paz y sus ejércitos vigilaron las fronteras occidentales contra las invasiones bárbaras.

Pero con el tiempo esos años de oro fueron dando paso a una lenta decadencia a favor de reinos más pequeños y alianzas entre países. La necesidad de grandes ejércitos para mantener la paz había pasado y el comercio se convirtió en un arma poderosa. Nurúne mantenía algunos lazos comerciales con otros reinos y ciudades. Primero con la buena cerveza que sus tierras producían y posteriormente, en tiempos más inseguros, su acero e industria armamentística eran los encargados de dotar a la mayoría de los

ejércitos occidentales. Hacía años, las fuerzas de Nurúne habían sido el ejército mejor armado, numeroso y preparado del mundo. Toda la red de atalayas y fortalezas que vigilaron las tierras del este y velaron por la seguridad de los reinos aliados fueron levantadas, financiadas y mantenidas por las senescales de Nurúne, siempre mujeres.

Pero la nueva Confederación Sureña y la escasa necesidad de ejércitos de gran tamaño hicieron desaparecer paulatinamente dicho comercio. Además las tierras del sur también producían buena cebada, lo suficientemente buena como para desplazar a la de Nurúne.

Así las cosas, el reino de las senescales fue perdiendo importancia hasta que su puesto de potencia hegemónica quedó desplazado a favor de Ámbarin, Ithender y demás reinos.

Pero en esos momentos, al borde de una nueva y aterradora guerra, el viejo reino parecía el único capaz de resistir el temporal. Al menos hasta ese momento.

El mensajero, cubierto de polvo y agotado tras días de viaje, acababa de informar sobre la pérdida de las defensas de la frontera oriental a causa del ataque del rey de Ámbarin y sus fuerzas conjuntas con Dineren.

—¡Ese imbécil ha dejado la puerta abierta a miles de bárbaros! —estalló Vanora. Nunca nadie la había visto tan furiosa—. ¿Con qué diantres vamos a resistir? Hay que buscar la manera de hacer frente a los bárbaros, luego nos ocuparemos de Ámbarin y de su estúpido rey.

El mensajero no se movió. Tenía más noticias que dar, y ninguna buena. Para sus adentros maldecía la hora en la que salió con tan terribles nuevas.

—Ithender ha caído, mi señora —dijo sin rodeos.

Vanora clavó sus ojos en el mensajero. Todavía podía resultar todo mucho peor.

—¿Qué? ¿Quién la ha tomado?

—Traful y los Degolladores, todo un ejército. Pero creemos que han recibido ayuda desde el interior. La Colmena fue destruida hace unos días. Los bárbaros nunca han atacado tan salvajemente.

—¿Qué sabemos de la Atalaya de Arietis? —preguntó un oficial.

—Se perdió el contacto hace días. Lo más probable es que haya caído —contestó el mensajero—, en Ojos Verdes Alanys ha reunido un ejército de grandes dimensiones. Al parecer van a tratar de recuperar Ithender.

Vanora tuvo que admitir el valor de la joven de Bastión de Plata. No todos se atrevían a desafiar a los bárbaros tan abiertamente.

—Mi señora, eso no es todo —siguió hablando el mensajero—. Alanys en persona se ha puesto al frente de cuatro regimientos para liberar Oreth.

Esa noticia era aún peor que las otras. El Castillo de Oreth estaba relativamente cerca de Nurúne y si Alanys seguía hacia el norte sería improbable frenarla. Todos los presentes conocían el inmenso potencial de su ejército. Parecía que todos se habían puesto de acuerdo para desenvainar las espadas.

Vanora pensó rápido y a su mente acudió una idea, arriesgada, pero válida. Se volvió a sus oficiales.

—¿De cuántos hombres podemos disponer ahora mismo? —preguntó.

—Unos cuatro mil, Senescal —respondió uno.

—Enviad emisarios al gobernador Needle, decidle que necesito a todos sus hombres armados y listos para la marcha, reunid a todas nuestras tropas, todos los hombres disponibles deben estar preparados en seis días —dijo—. ¿Cuántos soldados tenemos?

—Algo más de doce mil.

<No son suficientes ni por asomo>, pensó la joven Senescal.

—Iré al sur a negociar con Alanys, no tenemos por qué entrar en guerra con ella.

—La Liga no aprobará una alianza con Bastión de Plata — protestó un oficial.

— ¿A qué Liga te refieres? —dijo Vanora—. La Liga ha quedado deshecha, necesitamos aliados fuertes para combatir a nuestros enemigos, que son muchos, Alanys tiene el poder que nosotros necesitamos. Apenas tenemos hombres y Meredorn no es suficiente. Nos guste o no tenemos que negociar con Alanys.

Las palabras de Vanora estaban cargadas de razón. Nadie quería tener a Alanys cerca, pero sus ejércitos eran los únicos que aún podían ayudarles. La situación de Nurúne era francamente grave. El Castillo de Dineren y el reino de Ámbarin, en su ataque de locura, habían arrasado las defensas de la frontera oriental con los Pueblos Grises, causando miles de bajas al ejército de la Senescal y a la propia alianza occidental. Luneber había sido borrado del mapa por Lord Scyles y el resto de reinos no tenían nada que hacer frente a Dordinas Mano de Hierro. Además los Degolladores de Trafal habían logrado tomar la ciudad sureña de Ithender, con cierta ayuda, y los recursos del sur habían dejado de llegar. La lista de aliados de Nurúne se hallaba bastante menguada.

—¿Y si Alanys decide que no quiere tenernos de aliados?

Esa era la pregunta que todos se hacían. ¿Qué pasaría si la dueña de Bastión de Plata rechazaba la oferta de alianza de Vanora?

<Pues que no quedará nada de Nurúne que defender>, pensó.

—No puede negarse. Alanys tiene un ejército fuerte y poderoso, pero no podrá luchar contra todos a la vez. Necesitará aliados.

—¡Es arriesgado! —replicó un joven oficial del ejército, un tal Larodar—. ¡Demasiado arriesgado, por todos los dioses!

Larodar apenas tenía veintiún años y ya estaba en el consejo de la ciudad por deseo expreso de la Senescal. El joven era un

soldado, curtido en la lejana frontera, sirviendo como guardia en la Atalaya de Arietis. Había demostrado su valor en una treintena de expediciones y contaba en su haber con veintidós bárbaros muertos y tres lince negros abatidos. Vanora tenía claro que iba a necesitar gente como Larodar cerca, pues el joven no era únicamente un guerrero diestro. Era rápido en la toma de decisiones, y avisado. Solo era cuestión de tiempo que se le otorgara el mando de alguna unidad o atalaya. Vanora apreciaba mucho a su oficial y él a ella, y ahora trataba de convencer al consejo para que no dejaran que la Senescal fuese al encuentro de Alanys en el sur.

—Alanys necesita aliados, pero esa chica es una salvaje, todos conocéis su reputación, es cruel y sanguinaria ¿Por qué iba a querer aliarse con nosotros? Creo recordar que cuando ella empezó la guerra para buscar al asesino de su familia este consejo le denegó la ayuda ¡Ayuda que ahora lamentaremos no haberle prestado! No, mi señora Vanora, no creo que ir al sur sea una buena idea. Alanys siempre se ha mostrado indiferente a los asuntos de occidente.

—Esta vez es diferente —replicó la Senescal—, quiera o no los acontecimientos que están pasando la afectan a ella igual que a nosotros. Las cosas han cambiado. Hace seis años fue la Liga la que prohibió el envío de tropas y recursos a la joven, pero la Liga ya no existe. Ahora somos libres de tomar una decisión. Y estoy decidida a ir, no tenemos nada que perder.

Vanora concluyó la reunión del consejo y todos salieron de las estancias del Palacio. Todos menos Larodar. No era propio del joven no obedecer una orden.

—¿Qué ocurre, Larodar? —dijo Vanora en un tono malhumorado.

—Sí que hay algo que perder, mi señora. Podríais perder la vida y Nurúne su Senescal.

—Pues se nombrará a otra Senescal, joven Larodar. Os agradezco la preocupación, pero estoy decidida, ahora márchate.

—Dejadme acompañaros al sur, necesitáis hombres fuertes y vos sabéis que soy el mejor guerrero que hay en todo el reino.

La propuesta pilló por sorpresa a la Senescal, no era frecuente que un consejero se mostrara así de confiado.

—Mi escolta ya estará asignada, Larodar. Había pensado en darte el mando de un ala de Caballeros Rojos.

Los Caballeros Rojos eran la élite de las fuerzas armadas de Nurúne. La unidad estaba compuesta por doscientos jinetes divididos en dos alas de cien. Esos jinetes recibían su nombre por el color de sus capas. Habían destacado en las Guerras de los Reinos y su existencia era uno de los pocos resquicios de gloria que le quedaban a Nurúne.

Larodar hizo un gesto que sorprendió a Vanora. Renunció a sus jinetes en pos de acompañar a la Senescal.

—Mi lugar debe estar cerca de vos. Mi espada os protege a vos, mi Senescal.

Vanora no tuvo más remedio que aceptar. Jamás había visto tanta devoción en alguien.

—Decidme, Larodar ¿A quién servís? —preguntó la joven— todos mis consejeros, generales y capitanes sirven al reino.

—Yo sirvo a la Senescal Vanora —respondió el joven sin dudarlo—, a vos, a quien me sacó de las calles, a quien me dio la oportunidad de una vida digna.

Larodar le habló entonces de su infancia. Sus padres habían muerto en uno de los ataques de los bárbaros cerca de la frontera. Cada guarnición tenía personal no militar que se encargaba de diversas tareas. Forraje, suministros, cosechas, herrerías...había un sinfín de cosas que hacían necesaria la presencia de artesanos civiles. Él había nacido entre el personal no combatiente de una de esas guarniciones. Como en todos los puestos de frontera los ataques eran algo común, hasta que cierto día las defensas no resistieron y los salvajes irrumpieron como un torrente de violencia dentro del asentamiento. El ataque resultó terriblemente sangriento y a duras penas el destacamento lo rechazó. Los padres de Larodar

fueron masacrados. A su madre la violaron repetidas veces mientras le cortaron las venas, luego la dejaron para que se desangrara. Al padre le obligaron a verlo todo atado a un poste de madera, después lo desollaron en parte y lo quemaron, y cuando los gritos de agonía se hicieron demasiado insoportables, le rajaron la garganta de oreja a oreja.

Larodar, que era poco más que un adolescente asustado, ante la terrible visión de la muerte de sus padres, cogió una espada que encontró en el suelo manchado de sangre y se encaró con los guerreros bárbaros que habían perpetrado tal crimen.

Mientras hablaba, el joven Larodar recordaba con viveza la sensación que lo invadió, no podía describirla con palabras, era una mezcla de furia, odio, venganza, tristeza y dolor. Era algo que debía sentirse para poder ser entendido.

—No sabría decir a cuántos maté, mi señora, decenas sin duda. Jamás había empuñado una espada, nunca había combatido, mi padre era curtidor y yo iba a seguir sus pasos, pero en esos momentos sentía el arma como si la llevara usando desde siempre, los bárbaros eran mucho más grandes que yo, pero frenaba cada uno de sus golpes y los míos siempre encontraban su carne.

Unos días después del combate, Vanora apareció por el lugar. Todo estaba desolado y la mayoría de los que no estaban muertos estaban heridos de gravedad. Uno de los pocos oficiales que habían sobrevivido le contó a la Senescal el valor del joven Larodar, aunque él no lo sabía aún, había salvado a muchos pues su valentía y destreza evitó que el enemigo pudiera avanzar más por la fortaleza. En recompensa por sus servicios el joven fue admitido e incorporado a filas. Un poco después y de nuevo por méritos propios fue ascendido a oficial para ser luego destinado al consejo privado de Nurúne.

Y todo eso se lo debía a Vanora, de modo que no dudaba en afirmar su lealtad a ella antes que al reino.

Vanora asintió.

—Te nombraré comandante de los Caballeros Rojos y vendrás conmigo al sur. Veremos a esa Alanys y trataremos de sacar una alianza, Larodar.

—¿Y si se declara hostil?

Vanora se rio.

—¡Entonces necesitaré al mejor de mis guerreros! —exclamó la Senescal apoyando su mano en el hombro de Larodar.

Cuando el joven se marchó, la tarde estaba moribunda y cedía el cielo a los dominios de la noche, cuyas oscuras sombras se cernían silenciosas sobre la decadente ciudad. Vanora suspiró, y su aliento se fundió con la brisa otoñal. Nurúne languidecía junto con el tiempo estival. El brillo añejo del reino se apagaba como la llama de un cirio abandonado en un cementerio.

La Senescal jamás había enfrentado una situación semejante. El mundo caminaba a una guerra total. Ni siquiera podía saber de qué lado estaba o en quién podía confiar. Lo único que sabía con total certeza era que, tanto ella como su reino estaban solos.

<Quizá debería nombrar sucesora>, pensó la joven.

Pero eso sería aceptar su muerte. Una de las pocas cosas que Vanora tenía claras era que no quería morir. Deseaba la vida, la ansiaba. Viva podía lograr aún grandes cosas. Quizá, si todo salía bien, podría ver el mundo cambiado. Podría ver un Nurúne fuerte y glorioso, como el de antaño.

La Senescalía era hereditaria, pero las gobernantes no podían casarse de modo que debían adoptar a una joven como hija para poder heredar el reino. Vanora no quería adoptar a una chica para sucederla, ni ahora ni nunca. Y si lo hacía... ¿Qué reino podía dejar a la siguiente Senescal? Un reino en ruinas, destruido, decadente y ajado por las guerras. No. Eso no. El deseo de Vanora era casarse y ser madre, una madre que pudiera dar a su hija un reino poderoso, tranquilo y en paz. Pero no podía. No de momento.

Lo decidió. No nombraría heredera hasta que la guerra acabase. Si terminaba y ella vivía, Nurúne tendría una nueva Senescal, en caso contrario el reino no necesitaría más gobernantes puesto que estaría destruido.

Las fuerzas de Alanys se hallaban frente a los muros del Castillo de Oreth. Los miles de hombres del ejército habían plantado su campamento a quinientos pasos de la fortaleza del mariscal.

A un lado estaban situadas las tropas de Tres Montes, con cuatro mil hombres, y al otro se alzaba un campamento que daba cabida a los cinco mil de Ciudadela Dorada. Ambas fuerzas estaban alejadas de los muros del castillo para evitar un ataque. En cualquier caso las posibilidades de tomarlo eran escasas, aun teniendo más hombres que Dagonet. Tras el asedio de Alanys las defensas de la fortaleza estaban debilitadas pero podían resistir. Y ahora que el ejército de la joven había llegado el enemigo no tenía ninguna posibilidad. Las tropas de Bastión de Plata habían llegado cuando ya estaba anocheciendo y Alanys había hecho llamar a los generales a su tienda.

—No quiero que esto se alargue. Ni Tres Montes ni Ciudadela Dorada tienen capacidad para repeler un ataque de nuestro ejército, de modo que atacaremos al amanecer. Quiero que nuestros cuatro regimientos estén listos dos horas antes de la salida del sol.

—¿Dos horas antes? Tendremos tiempo de sobra para desplegarlos. Podríamos aniquilarles a todos antes del amanecer —dijo Baethan.

—No quiero una batalla campal, eso nos costará pérdidas innecesarias. Trataremos de liberar el Castillo mediante la negociación.

—Mi señora para negociar no hacen falta los veinticinco mil hombres que vos habéis traído —apuntó Norwyn, capitán del IV regimiento.

—No creo que los señores de Tres Montes ni de Ciudadela Dorada estén dispuestos a negociar una paz —dijo Baethan—. Conocen el poder de Bastión de Plata pero con el debido respeto mi

señora, sois mucho más joven que ellos, una niña a sus ojos, no creo que os consideren un rival a la altura.

Alanys rompió a reír. Le gustaba la sinceridad del capitán de su Guardia de Plata. Además estaba en lo cierto. Alanys era tan joven que muchos no la tomaban en serio o la tenían por una niña pequeña, y ella aprovechaba esa aparente debilidad para hacer que sus enemigos se confiaran y asestarles un golpe mortal. Todo aquel que la había subestimado lo había pagado con la vida. De forma involuntaria eso pasaba también con sus capitanes y consejeros, todos ellos hombres ya maduros con mucha experiencia en el campo de batalla que se ponían a discutir entre ellos olvidando quién tenía el mando y la palabra definitiva. Tal y como estaba ocurriendo ahora bajo la mirada divertida de Alanys.

—Si forzamos una negociación pareceremos débiles a los ojos de nuestros enemigos —decía uno de los capitanes.

—Yo propongo lanzar ahora mismo nuestras fuerzas contra ellos, no se lo esperan y la noche juega a nuestro favor, así evitaremos tener demasiadas bajas.

—Nuestro verdadero enemigo es otro, no estos reyezuelos, si negociamos la paz con ellos quizá obtengamos suministros y tendríamos la retaguardia asegurada en caso de ir al norte.

Alanys carraspeó.

—Tal vez —dijo—, si me dejáis explicaros lo que tengo en mente podamos terminar esta reunión y prepararnos antes de que nuestros enemigos se lancen sobre este campamento mientras seguimos discutiendo.

Todos guardaron silencio avergonzados por su error.

—Dos horas antes del amanecer —siguió Alanys—, Devion con su II regimiento se dirigirá al campamento de Tres Montes y se colocará a sus puertas en posición de ataque. Norwyn, con las fuerzas del IV hará lo mismo en el campamento de Ciudadela

Dorada, os llevaréis gran cantidad de auxiliares y arqueros, en caso de ataque enemigo deberéis impedir que puedan unir sus fuerzas.

<Tan listos se creen que son y ninguno había pensado en eso>.

—La mitad de nuestra caballería partirá de inmediato, al amparo de la oscuridad, y cerrará su retaguardia. Al amanecer, los dos regimientos restantes y la otra mitad de la caballería, saldremos al llano en formación de batalla.

Todos los capitanes asintieron. Alanys había propuesto usar un campo de batalla mucho mayor del que ellos habían proyectado.

—Se verán bloqueados, no les quedará más remedio que la mesa de negociaciones —dijo Baethan.

—Y si hay batalla habrán perdido la retaguardia y los flancos desde el principio —apuntó Raedhan.

—Así es —sentenció Alanys—. Id a descansar, mañana empieza la guerra.

Ya era de noche cuando Alanys decidió pasear por su campamento al amparo de las estrellas. Al día siguiente empezaría la guerra. La guerra para la cual se había estado preparando durante años. Si finalmente había batalla, sería sólo la primera de muchas y las dudas asaeteaban su cabeza ¿Estaría a la altura? Había pasado de ser una guerrera sedienta de venganza, a convertirse en la última esperanza de liderar a los reinos libres que quedaban. Ethelor, el milenarío reino perdido. Un mito para la mayoría, la verdadera casa de Alanys.

Las tiendas del campamento formaban una cuadrícula con calles perfectamente delineadas, la joven caminaba despacio por esas calles flanqueada de tiendas blancas, estandartes, fogatas y soldados que la saludaban con respeto al cruzarse con ella. No llevaba escolta cerca y se echó a un lado cuando cuatro jinetes pasaron a su lado sin conocerla. ¿Qué sería de todos ellos si Gorteyrn era quien vencía? ¿Qué destino le estaba reservado al mundo? El mal se levantaba como una gigantesca ola que en

cualquier momento rompería en occidente y lo arrasaría todo a su paso. Y ese mal no era posible combatirlo con las espadas. Tan sólo Alanys podría detenerlo. Quizá le costase la vida, quizá todo fuera en vano y el mundo que conocía ya estuviera condenado. Pero debía intentarlo. Por sus padres, por la memoria de los antiguos reyes y por la salvación de los miles de inocentes que iban a morir.

Pero en ese momento, rodeada de su leal ejército y a punto de comenzar una guerra a escala mundial, la joven Alanys solo podía pensar en Galahad. Le había autorizado a emprender acciones de guerra en el sur con el objeto de retomar la plaza de Ithender aun sabiendo que su ejército no estaba listo para el combate. No había tenido opción. Galahad era un buen comandante y sabría aprovechar al máximo los recursos disponibles. Pero tampoco pensaba en él de esa manera. Galahad era algo más que un buen soldado y un gran guerrero. Era más que un amigo. Galahad era su protector, la primera persona en quien confiaba, la única que le había visto llorar de desesperación. Galahad era el niño que la arropó la primera noche que Alanys durmió sin sus padres. Fue el adolescente que la ayudó a seguir día tras día. Quién siguió a su lado cuando todos le denegaron la ayuda que tanto necesitaba Alanys. Habían crecido juntos, se habían peleado, se habían pegado, habían reído y llorado, y siempre lo hacían juntos.

Ahora, Alanys añoraba fundirse en la calidez de los brazos de Galahad mientras admiraban la vastedad del cielo estrellado. Quería sentir el aliento del joven envolviéndola como si se fundiera con la brisa otoñal. Quería que, en las oscuras noches que estaban por llegar, alguien la volviese a arropar como antaño. Que le acariciasen la mejilla, le cantasen y la besaran pues, a pesar de la sangre derramada, a pesar de la muerte que había extendido, de la guerra, la Hija del Hielo quería seguir siendo aquella niñita pequeña que miraba las estrellas en las noches de invierno.

El amanecer llegó pronto para la joven Alanys. Cuando salió al exterior, completamente ataviada para el combate, sus ejércitos ya estaban más que listos. A lo lejos vio como los regimientos de Norwyn y Devion tomaban posiciones cerca de los campamentos enemigos. Todo estaba listo. La caballería también debería estar ya en su puesto. Era solo cuestión de tiempo que los líderes enemigos salieran a negociar una rendición.

En todo el campo reinaba el silencio. Nadie pronunciaba palabras en voz alta. Tan solo, y agudizando el oído, se podía escuchar el leve rumor de los soldados que lanzaban plegarias a sus dioses. Cuervos y demás carroñeros ya sobrevolaban el cielo a la espera de su momento. Ellos limpiarían el campo de batalla. Alanys los miró con atención mientras el sol le bañaba el rostro.

<Puede que hoy no tengáis suerte>.

Pasaban los minutos y nadie salía de sus campamentos. Sus regimientos mantenían las posiciones. El sol avanzaba por el cielo, hundiendo sus rayos en las armaduras de cuero y acero. Las puntas de las lanzas brillaban mientras que las pieles de los soldados sudaban. Tendría que llamar a los aguadores para dar de beber a los hombres.

El Castillo de Oreth permanecía al fondo del campo. Sus murallas aún presentaban cicatrices del ataque de Alanys. Las almenas estaban llenas de hombres que miraban el desarrollo de la batalla sabiendo que según quien fuese el vencedor les esperaba un destino u otro.

Entonces las puertas de ambos campamentos se abrieron y todos se prepararon para ver emerger miles de hombres armados y listos para la batalla. Pero no fue así. Tan solo salieron dos hombres, con una pequeña escolta cada uno y se encaminaron al centro del campo.

Enseguida que los vio, Alanys comprendió que ese día no habría batalla. Sonrió.

—¡Levantad una tienda en el centro de campo! —ordenó—. Llevad comida y agua. Tenemos invitados.

<Lo hemos conseguido>.

Al cabo de varios minutos Alanys invitó a los reyes de Tres Montes y Ciudadela Dorada al interior de la tienda. A pesar de la sencillez y de lo precipitado de la construcción, la estancia era un lugar grande, bien ventilado y con abundantes viandas.

El señor de Tres Montes, Geraint, fue el primero en tomar asiento. Era un hombre entrado en años, de aspecto rudo y bastante antisocial, debido quizá a que su fortaleza se hallaba perdida en medio de las montañas y nadie atravesaba esas tierras. El rey de Ciudadela Dorada era, en cambio, mucho más hablador y bastante más grosero y maleducado. Respondía al nombre de Brennus y era rubio, lo que iba a juego con su corona de oro y piedras. Era relativamente joven pero su inmensa glotonería le hacía parecer un viejo con sobrepeso. Tenía la cabeza tan gorda que la corona le caía por un lado y constantemente tenía que andar colocándola en su sitio.

—Os agradecemos la comida, mi señora —comenzó Brennus mientras mascaba un muslo de pollo frito—, sois muy amables al recibirnos, pero no puedo evitar preguntarme qué es lo que os ha empujado hasta el Castillo de Oreth.

<Tu estupidez es lo que me ha empujado>, pensó Alanys en decir, pero se contuvo. ¿Cómo diantres se le ocurría decir eso?

La joven cogió su sencilla copa de barro y bebió un sorbo de agua. En muy raras ocasiones probaba el alcohol. Y menos un momento como aquel. Dejó que el líquido fresco mojara sus labios y se pasó la lengua mientras distraía su mirada en los cortinajes de la tienda que se mecían al son de suave brisa.

—Lo que me ha empujado a venir ha sido la presencia de vuestros hombres, mi señor Brennus. Básicamente eso. Me alegra que disfrutéis de mi hospitalidad —dijo Alanys.

—Nuestros hombres han venido para tomar el Castillo del Mariscal Dagonet —dijo Geraint.

—El Mariscal es mi aliado —respondió Alanys—. Mirad, seré clara. No voy a tolerar que me tratéis como si fuera una estúpida. Los dos sois más veteranos que yo, habéis visto más cosas que yo así que debéis saber que no podéis enfrentaros a mí y ganar. Os he reunido aquí para aceptar vuestra rendición sin derramamiento de sangre.

—¿Y por qué no podemos ganarte, Alanys? —preguntó Brennus apurando su copa y exigiendo otra.

Alanys se la arrebató y clavó sus ojos grises en los del rey.

—No os creáis que por comer y beber en mi mesa estáis a salvo, mi señor Brennus. Ahora mismo podría ordenar que os abrieran la garganta y nadie os echaría de menos, nadie se preocuparía por vosotros. ¿Creéis que no sé de qué están compuestos vuestros ejércitos? Campesinos y mendigos armados con palos y hoces. Si les place a mis señores puedo ordenar a mis regimientos que se enfrenten contra ellos. Pero podéis imaginar qué efecto tendrá un palo de madera contra una armadura de acero. Os estoy dando la ocasión de salir ilesos de aquí. Levantad el campamento y no os masacraré. Ya tendréis la ocasión de pelear.

Brennus iba a replicar cuando un soldado entró en la tienda interrumpiendo la reunión.

—¿Pero qué es esto? —gritó Brennus.

Haciendo caso omiso de las quejas del rey, el jinete avanzó unos pasos y se dirigió directamente a Alanys.

—Mi señora, los exploradores han visto jinetes acercándose por el norte con el estandarte de Nurúne. Docenas.

<La cosa se pone interesante>, se dijo Alanys volviéndose a los invitados.

— ¿Habéis pedido ayuda a la Liga de Occidente?

Brennus y Geraint se miraron confundidos y Alanys comprendió que ellos no tenían nada que ver en aquello.

—¿Cuántos son? —preguntó Alanys al jinete.

—Un centenar más o menos.

Cien jinetes eran demasiados para tratarse de una patrulla de exploración y muy pocos para formar la vanguardia de algún ejército.

<Tienen que ser emisarios, y emisarios importantes>.

—Escoltadles hasta el Castillo —dijo Alanys—, y haced avanzar a los regimientos, elevad la alerta.

Las trompas sonaron indicando a las tropas que debían avanzar. Los regimientos se colocaron cerca de la tienda y Alanys salió.

—Vigilad a estos dos —dijo a un oficial señalando a los dos hombres del interior de la tienda—, no supondrán un problema.

La joven partió al galope acompañada de Baethan y un reducido grupo de jinetes. Los altos oficiales y los capitanes de regimiento se quedaron en retaguardia para dirigir al ejército en caso de que Alanys cayese en una emboscada.

Extremo norte del campo.

Los jinetes de Vanora se vieron rodeados de improviso por docenas de caballeros de Bastión de Plata. Larodar y el resto de la escolta se prepararon para el combate pero la Senescal les contuvo y detuvieron su marcha.

Los hombres de Alanys estrecharon el círculo sobre ellos y colocaron las lanzas en posición de ataque.

—¡Tirad las armas! —dijo el oficial que parecía estar al mando—. ¿Quién es el comandante?

Vanora hizo avanzar unos pasos a su corcel hasta situarse a la altura del oficial. La joven lo examinó. Era un hombre joven, casi demasiado joven para ser un oficial, e iba vestido con una armadura de cuero endurecido de color negro con hombreras metálicas. El yelmo ocultaba el rostro y Vanora solo acertó a ver dos ojos verdes y una voz joven que salía de una boca oculta.

—Yo estoy al mando —dijo Vanora—, soy la Senescal de Reino de Nurúne. He venido en son de paz a hablar con tu señora. No somos hostiles.

El joven oficial pareció dudar unos momentos antes de dar la orden a sus hombres para que bajaran las armas.

—Acompañadnos, mi señora.

Vanora asintió y siguió al joven, acompañada de sus jinetes. La caballería de Bastión de Plata se situó a los flancos y en la retaguardia, atenta a cubrir cualquier eventualidad.

A medida que avanzaban hacia el Castillo de Oreth, Vanora miraba atentamente la organización y el tamaño de las fuerzas de Alanys.

Pudo ver de cerca el armamento y la perfecta compenetración de cada uno de los soldados que conformaban el ejército. Las líneas estaban bien dirigidas, rectas, escudo con escudo, formando una falange impenetrable. Su propio ejército formaba de manera similar. Pero al acercarse más vio algo que no encajaba en ningún modelo militar que Vanora conociese. Todas las tropas estaban separadas algunos pasos y formaban en grupos más pequeños separados entre sí. Vistos desde la perspectiva que le daba la altura del corcel, pudo distinguir un damero.

<Que manera más extraña de formar un ejército>.

Finalmente llegaron a las puertas de la fortaleza y pudieron ver los estragos que había en las murallas fruto del asedio de Alanys,

meses atrás. Buena parte de los muros estaban reparados pero aún quedaban impactos de roca de las catapultas y zonas ennegrecidas por los incendios. Las puertas originales, de gruesa madera reforzada con hierro y protegida por una reja levadiza de acero, había sido destruida y la actual no era más que un portón de madera gruesa reforzado por vigas.

La Senescal vio a un pequeño grupo de jinetes que la esperaban a la entrada del castillo, entre ellos destacaba la figura de Alanys montando su yegua negra y ataviada con sus ropajes también negros. Aun inmóvil y sin apariencia hostil, la joven de Bastión de Plata parecía amenazadora. Rodeada como estaba de hombres armados y bajo la fría mirada gris de Alanys, Vanora no se sentía demasiado segura y una oleada de miedo la invadió

—Pocos venís para ayudar a Oreth, mi señora —dijo Alanys.

Vanora, que no se esperaba que la joven le hablara tan directamente ni con esa descortesía, se apresuró a contestar.

—No he cabalgado hasta aquí para ayudar a Oreth —dijo tratando de hablar tan fríamente como la dueña de Bastión de Plata.

—Entonces venís pocos para uniros Tres Montes y a Ciudadela Dorada.

—Tampoco he cabalgado para eso, mi señora. No quiero entrar en batalla.

Alanys soltó una carcajada. Estaba claro que ella no se arredraba.

—¿No queréis entrar en batalla y acudís a una que está a punto de empezar? Si no habéis venido a luchar os sugiero que volváis grupas y regreséis a vuestra ciudad, Senescal.

La puerta comenzó a abrirse lentamente y sin demasiado ruido fruto de su reciente engrasado.

—Entremos —continuó Alanys—, creo que ambas tenemos mucho que decirnos. Baethan —el capitán se adelantó—, ocúpate de la escolta de la Senescal de Nurúne, que se les proporcione

comida y agua y un buen lugar para descansar tanto ellos como sus monturas. Ahora son nuestros invitados.

La dueña de Bastión de Plata y la Senescal de Nurúne entraron entonces en el Castillo de Oreth, donde Dagonet les aguardaba. El interior de la fortaleza, al menos la parte que se hallaba cerca de las murallas exteriores, estaba seriamente dañada debido a los numerosos ataques sufridos en los últimos meses. Antes de la llegada del Sin Rostro en la parte interna de la muralla se levantaban establos para las monturas de las patrullas, armerías, herrerías, los hornos del pan y algunos almacenes subterráneos que contenían trigo y cebada. Todo ello se construyó en las murallas para que, en caso de incendio, las llamas no se extendieran al interior de la fortaleza, había además un sistema autónomo de agua y numerosos pozos y fuentes repartidos por todo el perímetro amurallado. Este sistema evitó en buena medida que el fuego de la artillería de Alanys se propagase a otras zonas más vulnerables. Sin embargo, los desperfectos eran cuantiosos y Dagonet carecía de hombres y mano de obra suficiente para reconstruir todo con presteza.

<Todo el mundo se interesa ahora por mi castillo>, pensó el Mariscal.

Y desde luego estaba en lo cierto. A sus puertas se hallaban las huestes de Tres Montes y las fuerzas de Ciudadela Dorada, con sus respectivos reyezuelos, y en el interior de la fortaleza paseaban Vanora, Senescal de Nurúne y miembro portavoz de la Liga de Occidente, y Alanys, la señora de Bastión de Plata y caudillo del ejército más poderoso del mundo.

—Sois bienvenidas al Castillo de Oreth —dijo Dagonet—, y agradecemos vuestra ayuda para liberarnos de los invasores.

Se produjo entonces un silencio incómodo, un silencio perturbado únicamente por el tintineo del metal de la armadura de Alanys.

—Agradeced mi ayuda, Mariscal —dijo la joven de repente—, pues aún no sabemos qué intenciones tiene Nurúne en estas tierras.

Paseaban ya por la zona privada del Mariscal, un jardín un tanto escueto, que daba acceso a un portón de madera descolorida que a su vez precedía el Palacio de los Mariscales.

Vanora observó una serie de mosaicos que adornaban el suelo por el que caminaban, unas creaciones magníficas que narraban la historia del enclave desde que obtuvo su independencia de Nurúne hacía más de ciento treinta años.

—Lo que pisáis, mi señora, fue mandado hacer por Idas, mi predecesor, al principio de los cuarenta años de su gobierno —dijo Dagonet al ver el interés de Vanora.

Alanys por su parte miraba los pinos y los sauces con desgana a la espera de que terminasen las absurdas cortesías. Lo que nadie sabía era que ella ya conocía la historia de los mosaicos y de los propios Mariscales.

—Y esos de allí —dijo finalmente señalando con el dedo—, pertenecen a Eadig I, el primer Mariscal —Alanys miró a Dagonet y a Vanora fijamente—, gobernó durante veinte largos años y obtuvo el título, las tierras y el castillo de Shaylee, la Senescal de Nurúne número cuarenta y tres.

—Así es mi señora —dijo Dagonet—, algunos de los árboles que veis aquí tienen tanto tiempo como esos mosaicos, este jardín narra la historia de la Casa de los Mariscales.

<La aburrida historia de la Casa de los Mariscales>, dijo Alanys para sus adentros.

—Con el debido respeto, creo que no quedará mucho que contar ni de Oreth ni de Nurúne, ni de occidente, si seguimos aquí hablando sobre acontecimientos de hace siglos —dijo Alanys—, creo que todos los presentes sabemos por qué estamos aquí ¿Estoy en lo cierto?

Ambos acompañantes asintieron.

—Mi señora Vanora, iré directa al grano: Me ha venido muy bien que os desplazéis hasta aquí puesto que tenía intención de viajar a

Nurúne para entrevistarme con vos.

— ¿Con qué objeto? —preguntó Vanora con claro interés.

—Veréis... sé que en occidente, con vuestros reyes, vuestros ricos reinos y con toda esa poderosa Liga, me consideraréis como una bárbara que arrasa un pueblo tras otro sin dejar rastro.

—Mi señora —comenzó Vanora—, eso no es...

—Eso es cierto —interrumpió Alanys con la voz calmada—, me he ganado a pulso esa fama, durante años he perseguido al asesino de mi familia, he atacado castillos y ciudades y he librado multitud de batallas, incluso asedié este castillo y hasta tenía planes para invadir vuestras tierras. Pero no creáis que soy estúpida, mi señora. Los bárbaros se agolpan a vuestras fronteras, atacan el sur y se agrupan en un inmenso ejército, tras ellos vendrá el Sin Rostro y atacará con sus huestes, compuestas por algo más que hombres. Occidente se muere.

—¿Y qué queréis que hagamos, mi señora? —preguntó Dagonet.

—Quiero unidad.

—¿Unidad?

—Sí, si queremos detener la invasión y la destrucción que se acercan debemos unirnos todos los reinos y países de occidente. Solamente unidos podremos vencer.

—Vos tenéis un ejército grande, bien armado y con experiencia —dijo Vanora—. ¿Para qué necesitáis al resto?

—Jamás he pedido ayuda, salvo una vez, hace muchos años —dijo Alanys.

Se refería a la muerte de sus padres y a la negativa de la Liga de Occidente de proporcionarle recursos para llevar a cabo su venganza. Quizá si en aquel entonces le hubieran hecho caso ahora no se verían en tal situación.

—Ahora pido unidad. Es cierto que mis tropas son poderosas pero yo sola no puedo rechazar la invasión. Necesito ayuda. Los

Degolladores, con su caudillo Traful al frente han tomado Ithender y arrasado la Colmena, ahora atacan Ledenar ¿Cuánto creéis que puede resistir? Son decenas de miles de guerreros. Desde Ojos Verdes he enviado tres regimientos a contener el ataque pero ¿Qué pasará si Traful se une a los bárbaros del norte? Yo no tengo suficientes hombres para luchar en ambos frentes, pero si unimos las fuerzas conjuntas de Nurúne, la Liga y las mías, quizá tengamos una oportunidad. Me necesitáis para reforzar las defensas de la frontera y yo os necesito para proteger occidente.

El pacto que Alanys estaba ofreciendo era justo el que quería Vanora, y estaba tan interesada en aquellas palabras que ni siquiera iba a perder el tiempo en preguntar cómo era posible que alguien como Alanys, con esa fama de supuesto egoísmo y violencia, se preocupara ahora por salvar el mundo. Sin embargo, debía ser completamente sincera con ella y decirle que la Liga de Occidente ya no existía. Pero no quería hablar delante de Dagonet, no porque fuese alguien muy inferior si no porque la situación de occidente era demasiado compleja y delicada como para dejar que todo el mundo se enterase. Por eso y porque Vanora no tenía ni idea de qué iba hacer para intentar remediar esa situación. La Senescal miró a Alanys y ésta pareció entender el gesto.

—Mi señor Dagonet —dijo—, me gustaría hablar con la Senescal a solas, tengo ciertas cuestiones de importancia que requieren intimidad ¿Sería posible?

—Desde luego, mi señora —contestó Dagonet con rapidez, aunque visiblemente extrañado—, ordenaré que os conduzcan hasta la sala del consejo del castillo, allí tendréis intimidad y podréis comer entre tanto.

—Sois muy amable —dijo Alanys—. Quizá deberíamos llamar a Geraint y a Brennus, no creo que tarden en desesperarse.

Dagonet asintió y dejó que tres guardias condujesen a dos de las mujeres más poderosas del mundo a su sala del consejo.

Ya en dicha estancia, Vanora fue directa al asunto.

—Lamento decir que la Liga de Occidente ya no existe. Dordinas, rey de Ámbarin se alió con Lord Scyles y juntos atacaron el Muro de Hiperión y tomaron la frontera. Ahora tan solo Dordinas se interpone entre nuestras tierras y el ejército de los salvajes, y no creo que tenga muchos hombres.

Vanora escudriñó disimuladamente el rostro de la joven Alanys en busca de algún signo de nerviosismo o de miedo incluso, pero no vio nada.

—De acuerdo... —dijo mirando un mapa—, antes de nada, mi señora Vanora, tengo que haceros una pregunta ¿Puedo contar con vuestro ejército? No nos quedan muchos recursos pero juntas podemos vencer. Necesito que confiéis en mí.

La Senescal dudó unos instantes, no le quedaba más remedio que confiar en Alanys, además no parecía tan terrible como decían que era. Tal vez resultara positivo aquel pacto entre mujeres.

—De acuerdo, mi señora —dijo finalmente—. ¿Qué tenéis en mente?

—¿Los jinetes de Meredorn estarán de nuestro lado?

—Lo estarán. Dordinas ofendió a su gobernador y no dudarán en seguirnos.

—Bien. Necesito que enviéis mensajeros a vuestra ciudad y a Meredorn. Convoca a las tropas en el Castillo de Orión. Yo iré con cuatro regimientos. Caeremos directamente sobre el Castillo de Diana. En esta ocasión los bárbaros nos serán de ayuda.

—¿De ayuda? No llegaremos a tiempo de recuperar la frontera, Dordinas no tardará en atravesarla y atacarles, y seguramente será masacrado —repuso Vanora.

—¡Y eso es lo que espero, por todos los dioses! Supongo que tomar las defensas de la frontera no habrá sido nada fácil, y con un ejército diezmado no se puede invadir nada, y menos a los bárbaros, lo sé muy bien. Cuando Dordinas sea masacrado, los salvajes cometerán el mismo error e invadirán occidente. Para

cuando lleguen, nosotros ya habremos tomado el Castillo de Diana, que nos permitirá capturar a Dordinas en caso de que se retire, y nos servirá también de base para rechazar el ataque bárbaro.

Lo que la joven había dicho tenía sentido. Pero aún quedaban cosas importantes por decidir.

—¿Y qué hay de Lord Scyles?

—No es ninguna amenaza, por muy importante que quiera aparentar ser.

—Su esposa es hermana de la reina de Ithender —dijo Vanora.

—Lo sé, e Ithender ahora está bajo control de los Degolladores, de modo que solo tiene dos opciones, o seguir con su absurdo plan de apoyar la rebelión de Dordinas o deponer las armas y aliarse con nosotros.

—No sé... me resulta raro que actúe así. Creo que trama algo más —expresó Vanora.

—Es posible —dijo Alanys—, en ese caso veremos qué pasa y actuaremos en consecuencia.

Vanora se atrevió a decir algo que llevaba pensado un rato.

—Antes habéis dicho que el Sin Rostro atacará con algo más que con humanos...

—Así es.

—¿A qué os referís? —Preguntó Vanora—. ¿Qué sabéis del Sin Rostro?

Alanys suspiró. No le gustaba hablar de ese ser a temor de que la tomaran por loca.

—Bueno...no es fácil de creer... ¿Habéis oído hablar de Ethelor?

La pregunta pilló un poco por sorpresa a la joven.

—Sé que fue destruida por un dragón de inmenso poder, y sé que un hombre controlaba dicho dragón ¿Qué tiene eso que ver con el Sin Rostro?

—Ya os he dicho que no era fácil de creer... el hombre que destruyó Ethelor se llamaba Gorteyrn, mi señora, aunque hoy le conocemos como el Sin Rostro. Y no tiene nada de hombre.

Vanora miró perpleja a la joven Alanys. La seguridad de aquella mujer era su mejor aval para demostrar la veracidad de lo que decía.

—¿Y de dónde viene?

—No lo sé. De algún infierno, fue él quien asesinó a mi familia, él quien ha despertado a esas hordas de demonios y quien ha hecho renacer al dragón que destruyó Ethelor. Debemos detenerlo antes de que sea tarde.

—¿Tarde? —preguntó Vanora incrédula—, si el Sin Rostro es quien dices que es... ¿Por qué asesinó a tus padres?

Alanys tragó saliva y Vanora se dio cuenta de que contenía las lágrimas. Recordar podía ser doloroso.

—Mis padres eran herederos de los reyes de Ethelor. Mi padre, Argarion, tenía derecho legítimo sobre el trono, y quería recuperarlo para volver a unir los reinos de occidente con las tierras de oriente. Gorteyrn no podía permitir eso y los mató. Por eso ahora debo darle caza. He de recuperar Ethelor y unir occidente y oriente.

—¿Por qué?

—Porque juntos podremos vencerle. Se ha asentado en los Colmillos Negros, y desde allí corrompe los corazones de los hombres para enfrentarlos entre sí. Sabe que si logro recuperar Ethelor podré hacerle frente en batalla.

—Supongamos que llevas razón y que tienes éxito. Recuperas Ethelor. Él tiene un dragón y su ejército. ¿Cómo piensas vencerle? Nadie lo ha logrado. Ni siquiera tu padre.

Alanys desenvainó su espada. Renacer. El acero centelleó en los ojos de Vanora.

—Mi padre no tenía esto —dijo Alanys—, es la espada de la Primera Reina. La encontré en una gruta.

—Decían que estaba enterrada en su tumba...

—Enterrada no, en la tumba sí ¡No la toques! —dijo Alanys al ver que la Senescal extendía la mano hacia el acero—. Está ardiendo. Te quemarás.

—¿Cómo es posible? —preguntó.

—Fue forjada con fuego de dragón, con el fuego de Syraz, la misma bestia que el Sin Rostro ha despertado. Con esta espada puedo hacer frente al dragón. Podemos vencer, Vanora.

Alanys hablaba con el fulgor del fuego de los dragones, pero lo cierto es que eran pocos, estaban divididos, enfrentados entre ellos ¿Y qué podían ofrecer a Gorteyrn? No tenían nada. Además, antes que el señor de los Colmillos Negros cayese sobre ellos lo haría el ejército de los bárbaros, que les superaba enormemente en número.

Vanora no pensaba que tuviesen verdaderas opciones de victoria en la guerra que se estaba avecinando, pero no le quedaba más remedio que librar su batalla. ¿Qué quedaría si vencían? ¿Qué clase de mundo sobreviviría? Uno en ruinas, desde luego. Pero cabía la posibilidad, remota, de que Alanys lograra recuperar Ethelor y de volver a fundar un reino capaz de unir oriente y occidente. Sí. Aquello podía merecer la pena, por la libertad, por la unificación ¿Por qué si no merecía la pena luchar? El ideal de la libertad, de la paz...podía hacerse. Siempre que alguien tuviera el valor, la fuerza y la convicción de prevalecer sobre aquellos que quieren oprimir al mundo, siempre que alguien alzase la voz sobre la marea de silencio y sumisión, siempre que hubiese una persona capaz de levantar la espada de la libertad cuando todo pareciese destruido, merecería la pena seguirla en una batalla final por prevalecer en el mundo, por hacer que las voces del pueblo libre fuesen escuchadas. Morirían de pie, luchando hasta que la última gota de sangre de su cuerpo quedase derramada sobre el frío barro del campo de batalla. Pero rubricarían una final que haría que la

llama de la libertad se extendiese agitada por una tempestad que destruiría los cimientos mismos del mal que se alzaba, oscuro y cruel, en su fortaleza de los Colmillos Negros.

—De acuerdo, Alanys, lucharé a tu lado. No sé si estás perturbada o si de verdad estás convencida de vencer pero... tú me necesitas a mí y yo a ti, de modo que desde ahora somos aliadas.

Alanys sonrió al escuchar las palabras de Vanora. Se acercaba su momento.

Como cada mañana desde hacía doce días, Galahad se despertó cuando la primera roca de las catapultas se estrelló contra la dura piedra de las murallas de Ithender. El golpe fue seco y estruendoso. El sol llevaba días calentando más de lo debido en aquella época del año y el calor resultaba sofocante hasta el punto de tener que suspender los ataques a la hora del mediodía.

Tres veces habían tratado de tomar las murallas y las tres fueron rechazadas. El joven se despezó en el camastro y dio un sorbo de agua, tenía la boca seca. Luego se dirigió a un cuenco de barro con agua y se lavó la cara en él. Descolgó la armadura del clavo de la pared y se ató la espada al cinto.

El astro rey emergía del horizonte dispuesto, una vez más, a calentar el campamento donde las fuerzas de Galahad estaban acantonadas. El clima del sur era caluroso o suave y casi nunca refrescaba demasiado. Esa mañana corría un ligero viento del oeste que arrastraba consigo cierto olor a humedad y tierra mojada. El cielo estaba moteado de nubes altas y tonalidades rojizas y anaranjadas como enormes bolas de fuego que adornaban el cielo. El joven vio incluso varias bandadas de aves migratorias que viajaban hacia sus destinos de invierno.

El campamento era un hervidero. Los soldados habían cumplido bien con su trabajo levantando una empalizada y torres de vigilancia que rodeasen a la propia plaza asediada. De ese modo se evitaban que pudieran llegar suministros. Por otra parte, se construyó una segunda muralla rodeando la primera para garantizar la defensa en caso de ataque externo. Pese a todo, la ciudad de Ithender permanecía en poder de Traful y los mercenarios. El tercer día de asedio, las tropas de Galahad consiguieron acercarse lo suficiente a la muralla como para tratar de tomar una de las torres, pero la fiereza de los defensores causó noventa muertos y más de doscientos heridos. Desde ese día el comandante no había vuelto a tocar las murallas de la ciudad con su infantería. Se dedicaban a

disparar con las catapultas y a lanzar todo tipo de proyectiles para diezmar a las fuerzas de Traful.

Daira estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada en una de las tiendas mientras daba pedazos de carne a su enorme lince. La bestia se hallaba sentada pero aun así era enormemente amenazadora. Galahad no sabría decir a quién causaba más temor, si a los enemigos o a los propios hombres del campamento.

La joven había tomado mucha confianza con el comandante de Bastión de Plata. Era una chica realmente increíble, radicalmente distinta a las mujeres occidentales con las que Galahad estaba acostumbrado a tratar, salvo Alanys, claro. Daira era abierta, agresiva y vivaz, no tenía reparos en decir lo que pensaba y el joven se sentía bien al lado de ella.

—Creía que tus soldados no tardarían tanto en tomar una ciudad —dijo ella a la vez que Dafne masticaba un enorme trozo de carne cruda.

Galahad no tuvo por menos que esbozar una sonrisa.

—Yo pensaba que a los bárbaros no os gustaba permanecer tras unos muros.

Daira se incorporó y miró a la ciudad. La muralla estaba rasgada y magullada pero no había señales de vida. Como si no hubiese nadie, pero allí estaban los hombres de su padre.

—Y no nos gusta, creemos que es de cobardes —respondió— es extraño que mi padre actúe así. Algo más debe suceder.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Galahad—. Hacen bien refugiándose en los muros, les superamos en número.

—Eso da igual. Mi padre se habría lanzado contra tus regimientos sin pensárselo dos veces. Algo debe pasar para que se quede dentro.

—¿Crees que está sometido a alguien? —preguntó Galahad.

—¿Me estás interrogando? —contestó Daira desafiante.

—Solo trato de averiguar algo que me sea útil para derrotar a Traful.

—¡Estás hablando de mi padre! —estalló la joven de repente. En algún momento debía salir aquella rabia mezclada con congoja.

La joven se alejó de allí a grandes pasos. Dafne la siguió con la mirada antes de apurar la carne y echarse a dormir.

Derrotar a Traful era el equivalente a darle muerte, Galahad comprendía lo que Daira sentía. Su enemigo no dejaba de ser su padre. El joven la encontró en su tienda sentada en el camastro.

—Lo siento. —Fue lo único que acertó a decir.

Daira levantó la mirada con los ojos anegados de lágrimas.

—¿Qué debo hacer? —dijo—. Se supone que tengo que proteger a los de mi sangre, defender a mi pueblo pero... estoy al otro lado. No puedo luchar al lado de alguien que me hace ir en contra de mis ideales, ya lo he sufrido bastantes años. ¡Pero me pides que traicione a mi pueblo!

Galahad no sabía bien qué decir. No estaba acostumbrado a consolar a nadie y menos a una mujer bárbara.

—No pido que traiciones a tu pueblo, Daira. Te pido que me ayudes a liberar una ciudad repleta de inocentes. Entiendo que no quieras hacerlo, pero hacer lo correcto a veces conlleva sufrimiento, e incluso ser odiado por el resto. Puede que tu pueblo te condene, que te odie ¿Pero qué más da eso ya? Estás lejos de todo eso, y en tu corazón sabrás que lo has hecho bien.

—Sabiendo que mi padre está ahí dentro, que es tu enemigo... ¿Quieres que luche a vuestro lado? ¿No temes que pueda traicionaros?

Galahad negó y secó una de las lágrimas de Daira.

—No quiero que combatas a mi lado si no quieres, Daira. Quiero que entiendas que debo cumplir con mi trabajo y que Traful se interpone. La guerra que se acerca está muy por encima de mí, de

tu padre y de Ithender. Lo que está por llegar nos supera a todos pero... de ti depende decidir en qué lugar quieres estar. Quiero que hagas lo que creas conveniente.

Daira había oído decir que Alanys se preparaba para invadir el este con un gran ejército y se lo preguntó a Galahad.

—¿Qué pretende con eso?

—Alanys va recuperar Ethelor y va a enfrentarse al Sin Rostro. Quiere unificar los dos mundos para vivir en paz, como hace mil años.

Evocar al señor de los Colmillos Negros provocó un sobresalto en la joven bárbara.

—Él es el responsable de esto. Él ha corrompido la mente de mi padre.

Galahad no estaba seguro de comprender las palabras de Daira.

—¿El Sin Rostro?

—Sí, pasó por nuestras tierras antes de proseguir su marcha. Nadie sabe que habló con mi padre pero cuando regresó estaba cambiado. Estoy segura de que él está detrás de esto.

El comandante asintió. Ya tenía algo. Si el Sin Rostro había extorsionado a Trafal quizá Galahad podría ofrecer unas condiciones de paz. El padre de Daira no tenía por qué morir.

—¿Qué pacto hicieron? —preguntó Galahad.

—Ya he dicho que no lo sé. Viajaron lejos.

—¿A dónde?

Daira suspiró.

—Al Valle Azul. Fueron a Ethelor y mi padre vio algo que ningún mortal ha visto en un milenio. Vio a Syraz. Dicen que ha regresado —sincerarse era el mejor modo de calmarse y sentirse mejor, más liberada, con menos remordimientos.

—¿Un dragón? Daira los dragones se extinguieron hace milenios, no puede haber ninguno.

—Cree que esos altos muros le protegerán de su fuego, pero no lo harán. Mi pueblo está condenado —añadió Daira ignorando las palabras de Galahad.

Entre jirones de niebla, humo y polvo se levantaba la inmensa fortaleza de los Colmillos Negros. Situada en el extremo norte de las Tierras Baldías, el castillo estaba construido bajo los cimientos de la antigua fortaleza del rey oscuro Morvan. Morvan fue el primer y el último rey de su estirpe. Obsesionado con dominar el mundo, lideró a los ejércitos oscuros para arrasar un pueblo tras otro hasta llegar a enfrentarse en el campo de batalla contra la Primera Reina. Perdió el combate, su ejército y perdió también la vida. Hirió de gravedad a la reina pero no le bastó para que tomaran y arrasaran su fortaleza.

Todo el recinto y los campos que lo circundaban fueron quemados y las tierras quedaron yermas para siempre.

Durante mil años las Tierras Baldías permanecieron malditas, olvidadas por todos y nadie, ni siquiera las aguerridas tribus de guerreros de los Pueblos Grises, se atrevieron a internarse en ellas. Hasta que Gorteyrn, el Sin Rostro de Occidente, decidió ocupar las ruinas malditas del castillo del rey oscuro. Levantó una muralla almenada con piedra negra de la que sobresalían afiladas torres dentadas. Todo el complejo era negro e intrincado y de aspecto siniestro, las púas y los picos afilados estaban presentes por doquier y su punto más alto eran dos torres inclinadas la una frente a la otra, como dos colmillos de dragón.

Era una fortaleza inexpugnable, un bastión de muros altos y torres bien pertrechadas. Ningún ejército podría tomar los Colmillos Negros. La roca de sus murallas era tan dura y resistente que podía soportar el fuego de las catapultas. Situada en medio de ninguna parte, era imposible de asaltar.

Los visitantes que se hallaban en las puertas estaban completamente atezados por el terror que la visión de la fortaleza inspiraba. Uno de ellos dirigió su vista hacia arriba y solo vio la neblina que revoloteaba inquieta entre las negras almenas de la muralla.

Las puertas se abrieron como empujadas por un hechizo, sin apenas hacer ruido, y Rugila y Ernak, caudillos de las huestes de Ronión y Ruelen respectivamente, entraron al castillo.

Por dentro resultaba aún más siniestro que por fuera. Todo era lúgubre y con un aspecto ruinoso. Y apenas se veía a nadie salvo a unos pocos esclavos encapuchados y encorvados embutidos en toscas ropas de lana áspera y gruesa. Los caballos piafaban y se oían rugidos sobrecogedores de bestias que debían ser lince negros.

Nadie les dirigía ni una palabra y un esclavo de rostro cubierto les guiaba a través de laberínticos pasillos. No hablaba y apenas producía algún sonido ronco e ininteligible. No tardaron en desorientarse. Para cuando llegaron a la estancia principal tenían la sensación de llevar años dentro del castillo.

Toda la sala estaba en penumbra y al fondo, sobre un pedestal de mármol negro, se hallaba sentada una figura con el rostro oculto bajo una capucha negra. Nadie diría que tuviera vida hasta que habló. Pero de su garganta no emergió voz humana alguna, sino una mezcla de tañido y sonido ronco y gutural.

—Sois bienvenidos a mi morada —dijo el Sin Rostro.

Ni Rugila ni Ernak supieron qué decir.

—Sois osados llegando hasta aquí, decidme ¿Por qué habéis venido? —Pero ante el silencio de los dos guerreros Gorteyrn siguió hablando—. ¡Habéis venido a rendirme pleitesía, desde luego! Esto es mucho más acertado que hacerme frente.

Ernak fue el primero en hablar.

—Mi señor... —dijo titubeando—, una coalición de tribus atacará la frontera de la Liga de Occidente, pensamos que... que... quizá es el momento de...

—¿Es el momento? —dijo un divertido Gorteyrn—. El momento lleva siendo ya mucho tiempo, todo está dispuesto. Solo los que estén de mi lado podrán gozar de grandes poderes y riquezas.

Aquellas palabras parecieron soltar un poco más lengua del callado Rugila.

—¿Qué queréis de nosotros? —preguntó.

—Para empezar a vuestros ejércitos —dijo Gorteyrn—, los necesitare para aniquilar a la Liga de Occidente.

Rugila y Ernak se miraron. Entre los dos no tenían ni la mitad de las fuerzas de las que la Liga disponía.

—Pero...mi señor... —dijo Ernak—, no tenemos fuerzas suficientes para enfrentarnos a la Liga.

—La Liga no es un problema, amigos míos. Alanys es quién debe preocuparos.

—¿Alanys? ¿Está en el este?

—No... pero lo estará pronto. Acompañadme, tengo algo que mostraros.

Gorteyrn les guio por un corredor lúgubre que desembocaba en una enorme terraza en la cara sur de una de las torres. Allí, el señor de los Colmillos Negros se apartó la capucha que ocultaba permanentemente su rostro y dejó al descubierto una cara de piel pálida, como esculpida en mármol grisáceo, con unos labios finos, delgados y negros, que no eran más que una pequeña fisura en la boca. Los dientes, afilados y amarillentos recordaban más a la dentadura de un lobo que a la de un humano. Y los ojos hundidos, de color rojo como la sangre, envueltos en la negrura de unos párpados también hundidos, miraban a los humanos con expectación y superioridad. Dirigió su mano, blanca como el hielo, al borde de la gran terraza.

Los caudillos Rugila y Ernak, antes altivos y orgullosos, ahora miraban asustados sin saber bien qué hacer. No creían en lo que veían, o mejor dicho, no querían creerlo, pues de hacerlo el miedo, el terror hacia el ser que ahora les miraba y les dominaba, se volvería tan poderoso que no podrían evitar salir corriendo. Aquella cosa sonriente rebosaba malicia a la par que poder. Ambos hombres

se arrepintieron de lo que acababan de hacer, y eso que aún no eran conscientes del alcance de sus actos.

Y finalmente lo que vieron en la gran explanada que se extendía bajo las torres les dejó sin aliento y ese miedo que tanto temían les alcanzó.

Abajo se concentraban miles, decenas de miles de seres con aspecto humano, pero que no tenían nada más en común. Formaban en gigantescos cuadrados y portaban lanzas y armaduras desgarradas, como desgarradas y ajadas por el tiempo estaban también las pieles de sus cuerpos. Estandartes rotos, raídos por los siglos. Y las caras marrones, negras, grises y desfiguradas. Algunos tenían ojos rojos, y otros solamente conservaban sus cuencas. Los había con yelmos oxidados y antiguos, y también había guerreros con la cabeza descubierta, sin pelo, o con mechones grisáceos llenos de barro y apelmazados por la suciedad.

Lanzaron un sonoro rugido cuando su señor Gorteyrn les hizo un gesto.

—¿Quién eres? —preguntó un aterrorizado Rugila.

Los ojos rojos de Gorteyrn se clavaron en el caudillo de Ronión.

—Soy Gorteyrn y he venido a vuestro mundo para acabar lo que empecé hace mil años, soy el azote de vuestra civilización y haré de todos los reinos y castillos mi morada. Los linajes morirán, las grandes ciudades perecerán bajo los fuegos de la guerra. Los humanos os someteréis a mi poder o desapareceréis. Aquellos que os unáis a mí seréis bien recompensados y gobernaréis al resto siguiendo mis designios.

—¿Pero...? —Fue lo único que Ernak acertó a decir mientras contemplaba el gigantesco ejército de Gorteyrn.

—Antaño fueron guerreros humanos, como vosotros. Son los fieles a mí, los que me servían cuando atacé Ethelor por primera vez. Cuando traté de destruir este mundo y liberarlo de los humanos. Ahora han vuelto para cumplir mi voluntad y no

descansarán hasta que así sea. Yo domino sus almas igual que vosotros domináis a los seres inferiores. Ya no tienen nada de humanos, han vivido ocultos durante siglos, tantos como he tardado en prepararme de nuevo pero ahora... ahora el mundo los verá resurgir de las cenizas del olvido.

Los humanos guardaron silencio. Estaban petrificados. Acababan de aliarse con el mismo demonio. Sus aspiraciones de ampliar sus tierras ahora parecían meras estupideces. La raza humana iba a ser aniquilada y ellos se habían decantado por su aniquilador.

—Marcharéis a Valle Azul, a las ruinas de Ethelor, y allí esperaréis a Alanys para caer sobre ella y acabar con cualquier resistencia humana.

—¿Nosotros solos? —preguntó Rugila—. No tenemos capacidad para rechazar a Alanys.

—Yo os daré la capacidad de hacerlo.

Entonces un alarido llegó desde el centro de la fortaleza. Un alarido seguido de un batir de alas. Y es que, salido del subsuelo de los Colmillos Negros, un enorme dragón, grande como las torres en las que se había posado, estaba listo para acompañar a los dos caudillos a las ruinas de Ethelor.

—Este es Syraz, el mismo dragón que arrasó y quemó Ethelor hace mil años. El último dragón que queda y el más poderoso de todos. Él os ayudará.

La bestia rugió desde lo alto de las torres del castillo. Tenía la piel cubierta de escamas negras y más duras que el mejor acero. Sus garras podían levantar un caballo sin problemas y sus colmillos afilados eran tan poderosos como espadas. El fuego que escupía derretía hasta la roca de las murallas. Syraz era tan enormemente grande que podía ocultar el sol cuando extendía sus negras alas de muerte.

El terrible dragón había estado presente en leyendas y cuentos, siempre como una bestia alada que no dejaba rastro de vida. Ahora

parecía que esas historias podían ser ciertas. Quién controlase al dragón, sería capaz de dominar el mundo. No había ejército, ni rey, ni caudillo, no existía arma capaz de rivalizar con el poder de Syraz. Sus ojos, rojos y amarillos como el fuego que desprendía, brillaban poderosos en la oscuridad que crecía en los Colmillos Negros.

Gorteyrn se quedó solo en la terraza de la fortaleza, observando como Syraz se alejaba batiendo sus enormes alas negras.

Ni Ernak ni Rugila conocían sus verdaderos planes. El dragón acabaría con Alanys y con la Liga de Occidente... y también con ellos dos. ¿Cómo podían pensar que les necesitaba de veras?

De ese modo, cuando ya no quedasen humanos, él sería el nuevo caudillo del mundo. De un mundo de tinieblas y oscuridad.

Su mundo.

Campamento de Dordinas, retaguardia.

Las tropas de Ámbarin estaban dispuestas para el combate. Habían sufrido importantes bajas frente a las defensas del Muro de Hiperión, pero aún reunían más de quince mil hombres y varios centenares de jinetes.

Hacía cinco días que habían dejado atrás la frontera para internarse en las tierras de los bárbaros. Siglos habían pasado desde que un ejército de occidente entrara en oriente con la intención de hacer la guerra.

Las fuerzas de Lord Scyles, casi intactas tras la toma de las Torres Arcadias, permanecían en la frontera con el objeto de guarnecer las defensas y mantener abiertas las líneas de suministros. Aun con todas las precauciones, tanto el ejército como los convoyes de abastecimiento habían sufrido ataques casi constantes por parte de bandas de bárbaros.

Tras la caída de la frontera, la batalla, los asaltos y los ataques nocturnos, lo cierto es que los soldados no se hallaban en las mejores condiciones para iniciar una batalla. Pero ahí estaban, listos y en perfecta formación, una formación que muy pocos comprendían. Y el significado de dicha disposición era lo que, a última hora, Dordinas estaba discutiendo con sus generales.

—Mi rey —decía uno de los más veteranos—, lo adecuado sería colocar a la caballería en los flancos, para protegerlos, no tenemos demasiados jinetes pero desde allí pueden ayudar a desbordar a los bárbaros por detrás.

El resto del consejo asintió, el general tenía razón.

—¡No! ¡No, no y no! ¡Son bárbaros, por los dioses! No entienden de estrategia, les golpearemos de frente, con toda nuestra fuerza, un ataque directo contra sus filas y huirán como ratas.

Nadie se atrevió a replicar más al rey. Pero todos sabían que los salvajes no retrocederían. Y menos ante el ejército de Dordinas, demasiado cansado y escaso como para resistir una batalla prolongada. Mano de Hierro se había empeñado en colocar a los pocos jinetes con los que podía contar en la vanguardia, para que iniciaran el combate con una carga que desbaratase la primera línea bárbara. Pero el plan de Dordinas tenía un fallo. Y es que los enemigos eran más de sesenta mil. No retrocederían por un ataque de cuatrocientos jinetes.

Los generales y mandos se miraron entre ellos. Lo único que podían hacer era morir con honor.

Dordinas dio la orden de salir e iniciar la batalla. Estaba tan convencido de la victoria que ni siquiera se molestó en dar algún discurso o en decir unas palabras que inspirasen a sus hombres.

Al fin y al cabo...solo eran bárbaros.

Caballería de Ámbarin.

Los jinetes formaban una única línea. No había para más. Portaban armaduras de bronce y protecciones de cuero y los caballos apenas llevaban ningún tipo de defensa. Eso era un fallo, con tantos enemigos lo adecuado era llevar algún tipo de coraza, tal como cota de malla o planchas de bronce.

Las trompas sonaron indicando el ataque. El líder de los jinetes, un tipo alto y joven perteneciente a la nobleza del reino y llamado Edorix, se ajustó bien el yelmo a tiempo que se ponía al frente de sus caballeros. Suspiró. Era joven pero no un estúpido y sabía que de esa carga no saldrían con vida, aunque logran abrir una brecha entre los bárbaros, que ya era bastante decir, sería muy complicado maniobrar para poder escapar pues quedarían atrapados entre los enemigos y su propia infantería.

A Edorix nunca le había gustado la manera que tenía el rey de dirigir al ejército, como tampoco le gustó traicionar a la Liga en pos de ese reyezuelo del norte. Pero era un soldado y tenía que obedecer. Los caballos piafaban y daban coces en la tierra, eran bestias entrenadas para el combate, bravas y ágiles.

El joven paseó durante unos segundos la mirada por sus jinetes, todos eran jóvenes y la mayoría procedían de aristocracia del reino, pues servían durante algún tiempo en el ejército con el objeto de obtener después algún tipo de cargo político o militar. Percibió en los ojos de sus hombres miedo y temor.

<Qué manera más absurda de desperdiciar la caballería>, pensó Edorix.

—¡Adelante, cargad, por todos los dioses! —gritó el joven—. ¡Si vamos a morir hagámoslo llevándonos a esos salvajes por delante!

Edorix clavó los talones en su cabalgadura y ésta respondió avanzando con fuerza hacia la marea enemiga. Sus caballeros le siguieron levantando una nube de polvo.

Vanguardia bárbara.

—¡Armas en ristre! —gritó Etelgis mientras él mismo inclinaba su escudo y bajaba la lanza.

Gundahar había organizado de manera muy efectiva al gigantesco ejército bárbaro para tratar de enfrentarse a las mejor armadas fuerzas occidentales.

Etelgis, el jefe de las fuerzas de Los Arcos, había sido designado para comandar la vanguardia del ejército, que incluía a sus guerreros y a algunos miles de hombres procedentes de diversas tribus.

Esta sería la primera prueba que deberían superar para ver si estaban a la altura. Los bárbaros bajaron sus armas mientras

esperaban tensos la carga de caballería.

Ninguno de ellos llevaba las mismas armas o equipos. Los hombres de Los Arcos iban ataviados por ejemplo con lana y cuero endurecido, y portaban lanzas, largos tridentes y arcos y flechas. Había otros guerreros equipados con grandes escudos de mimbre o madera y espadas e iban sin ningún tipo de armadura, y había otros, aunque pocos, que llevaban corazas de bronce o hierro que portaban cuchillos y picas de madera.

Pero todos obedecieron la orden y se prepararon para recibir la carga de la caballería. Etelgis era lo suficientemente listo como para saber que ese ataque estaba destinado al fracaso, por muy superiores en técnicas de combate que los jinetes fueran, eran demasiado pocos para derrotar a la vanguardia. Como mucho superarían la primera línea, quizá la segunda, pero nada más.

A medida que los caballos se acercaban, los guerreros bárbaros podían escuchar el estrépito de los cascos contra el suelo y los relinchos y gruñidos de los animales.

El líder apenas se inquietó por ello, era veterano de batallas y combates, muchas veces contra otros salvajes y había matado a decenas de caballeros y jinetes. Dio una orden y docenas de flechas salieron disparadas hacia la marea de hombres de Ámbarin.

Siempre pasaba lo mismo en una batalla. Todo sucedía demasiado rápido. Gritos, hombres que caen traspasados por las flechas, caballos moribundos...y luego el choque final.

La caballería cargó con gran fiereza y las lanzas de los jinetes hirieron mortalmente a docenas de bárbaros y mataron a otros muchos. Habían cobrado más velocidad de la que Etelgis había previsto y la primera línea se vio superada de inmediato. Él mismo tuvo que hacerse a un lado para evitar ser arrollado por un caballo. La segunda línea trabó combate contra los caballeros pero también retrocedía.

—¡Maldita sea! —masculló el caudillo mientras dejaba la lanza y desenvainaba la espada—. ¡Reuníos todos! ¡Hay que formar de

nuevo la línea!

Retaguardia de Dordinas.

—Todo marcha bien —decía el rey desde su puesto privilegiado.

Dordinas era un gran amante de la guerra, pero hacía ya tiempo que había perdido el gusto por el combate en primera fila. En lugar de eso, le habían montado una tarima elevada desde la que se dominaba el campo de batalla. Permanecía sentado, mientras bebía y comía en abundancia.

Sus jinetes, aunque escasos, habían logrado abrirse paso por entre la vanguardia bárbara abriendo un hueco mucho mayor de lo esperado. Dordinas, fijada su vista en el centro del combate, había dado orden inmediatamente para que la infantería cayera rápida sobre ese hueco con objeto de dividir en dos al ejército enemigo.

Algunos oficiales fueron a replicar pero les hizo callar con un arrogante gesto de mano. La decisión estaba tomada.

Retaguardia bárbara.

Gundahar sonreía abiertamente, estaba rodeado por una docena de guerreros y por varios caudillos que le acompañaban y todos ellos también reían, aunque ninguno de ellos comprendía el motivo de dicha risa.

Dordinas estaba actuando tal como Gundahar había previsto, reconocía que la bravura de la caballería de Ámbarin le había sorprendido pero ni siquiera eso sería suficiente para hacerle perder la batalla. Ambas infanterías estaban a punto de entablar combate.

—El momento ha llegado —dijo.

Era hora de asestar el golpe mortal.

Vanguardia bárbara.

Etelgis se estaba viendo desbordado. El sudor le perlaba la frente, pero no era un sudor fruto del cansancio de la batalla. Era un sudor frío, fruto de la desesperación de no saber qué hacer. Espada en mano miraba a un lado y a otro sin decidirse a ordenar nada. La caballería enemiga había destrozado la primera fila y causado grandes bajas a la segunda. Si bien su ímpetu iba en deceso, seguía mostrándose fiera y mortal. Por otro lado el caudillo no podía dar la orden de cargar contra ella porque la infantería de Dordinas se le echaba encima. Estaban rodeados de cualquier modo.

Los supervivientes de vanguardia recogieron todas las armas arrojadas que pudieron y las lanzaron contra los hombres de Ámbarin y éstos respondieron soltando sus propias lanzas y jabalinas.

Dos de los proyectiles mataron a sendos hombres que se encontraban a los lados del caudillo. Etelgis cargó entonces lleno de furia contra sus enemigos seguido de buena parte de sus hombres.

Lanzó su cuerpo contra el primer enemigo con el que se topó y su propio peso derribó al soldado, Etelgis aprovechó ese instante para clavar la espada en el pecho del joven. Con agilidad apuñaló por la espalda a otro soldado y se encaró con un tercero. El primer golpe de Etelgis chocó con el escudo de su oponente y tuvo que interponer el suyo propio para evitar un tajo.

<Están bien entrenados>, pensó.

La mayoría de los hombres del ejército de Ámbarin eran muchachos jóvenes, ágiles y bien adiestrados y Etelgis tenía que reconocer que ya no era el mismo de años atrás. Su enemigo dio varios golpes más y Etelgis siempre lograba detenerlos con el escudo en el último momento. Uno de los golpes fue particularmente fuerte y el escudo se astilló. El caudillo atacó entonces con toda la

velocidad que pudo reunir para golpear a su enemigo por debajo de la protección de la coraza, justo en el vientre. El muchacho levantó el escudo pensando que el golpe vendría de arriba y no llegó a tiempo de protegerse. La espada de Etelgis atravesó el cuero y destrozó el vientre del soldado que tiró las armas tratando de sujetarse los intestinos que sobresalían de la herida abierta.

El combate era encarnizado y muy sangriento. Pronto la tierra se convirtió en un lodo repleto de sangre, miembros amputados y cadáveres.

Caballería de Ámbarin.

Los jinetes estaban agotados. Agotados y menguados. Edorix luchaba a pie pues un bárbaro había degollado a su caballo.

De cuatrocientos jinetes apenas quedaban ciento cincuenta, y más de la mitad ya no tenía montura. Habían logrado mucho más de lo que ellos esperaban en un principio, desde luego, pero ahora perdían terreno y se veían cercados por docenas de enemigos.

La infantería trataba de abrirse paso por entre los restos de la vanguardia enemiga pero no lograba demasiados progresos. No iban a llegar a tiempo de rescatarles.

—¡En círculo, formad en círculo! —gritó Edorix sacando la espada del cuello de un enemigo.

Los supervivientes formaron un círculo con los escudos para protegerse unos a otros. Los que habían podido hacerse con armas arrojadas se colocaron en el centro para atacar desde ahí.

El oficial se agachó y pinchó en la pantorrilla de un enemigo, el corte fue lo bastante profundo para desgarrar los tendones de modo que, al caer al suelo, Edorix solo tuvo que rematarle. La espada del joven chocó contra la de un bárbaro enorme y por poco no la perdió. Por el rabllo del ojo vio como una flecha atravesaba el cuello de uno de sus hombres, que se desplomó en el acto escupiendo una

sangre oscura por la boca. Edorix empujó a su atacante y avanzó la espada para acertarle un tajo el muslo. La sangre manó fluida y, cojeando, el bárbaro le dio un golpe en el mentón que le hizo perder el equilibrio. Justo cuando se iba a abalanzar sobre él, Edorix alzó la espada y atravesó de parte a parte al bárbaro.

El círculo poco a poco se estrechaba más a medida que los jinetes eran masacrados. El joven se debatía con fuerza hasta que notó como las vértebras de su espalda cedían a la vez que la punta de acero de una lanza emergía de su pecho manchada de su propia sangre. El cuerpo de Edorix se desplomó sobre la tierra, incapaz de moverse o de articular ninguna palabra pues la lanza había destrozado su sistema nervioso. Apenas notaba un lejano dolor. La sangre de su boca le dejaba un regusto amargo y salado a la vez. Se quedó en el suelo, tendido sin que nadie le prestara atención. Tardó aún un rato en morir, y casi no notó como los bárbaros le pisotearon y le rompieron varios huesos mientras avanzaban y destrozaban a los jinetes del rey Dordinas.

Unos momentos después la caballería de Ámbarin había dejado de existir.

Ala izquierda de Ámbarin.

La infantería había trabado un duro combate contra las fuerzas de los salvajes y a duras penas podían resistirlo.

La idea era tratar de ganar la posición por los laterales y así envolver al enemigo y encerrarle por tres sitios a la vez. Sin embargo, había demasiada confusión en el campo y tanto polvo que apenas se podía ver unos pasos más allá.

Los hombres del flanco izquierdo debían maniobrar conjuntamente con los del flanco derecho, pero hacía ya rato que estos estaban listos y no sabían nada de sus compañeros.

El oficial al mando de dicha sección estaba a punto de ordenar el ataque por el lateral cuando una enorme bestia, surgida de entre el polvo, le arrancó la cabeza de un solo mordisco.

Nadie tuvo tiempo de saber qué pasaba y mucho menos de organizar una respuesta. Los jinetes de lince negro cayeron sobre ellos y destrozaron el lateral, acabando con cientos de hombres.

Vanguardia bárbara.

Los restos de la vanguardia seguían luchando a duras penas en primera línea. Habían resistido la carga de la caballería y contenido al grueso de las tropas del rey Dordinas. También habían muerto cientos y otros muchos estaban heridos, pero aún mantenían las líneas.

El mismo Etelgis acababa de resultar herido cuando el resto de las fuerzas de Gundahar acudió en su auxilio.

Todo pasó muy rápido, el centro bárbaro avanzó contra los enemigos haciéndoles retroceder, y el ataque de los lince negro provocó la pérdida de los flancos.

Mientras se arrancaba la flecha del brazo derecho, Etelgis pudo ver la maniobra que los hombres de Ámbarin habían preparado, justo la que ellos mismos estaban haciendo. Gundahar había sido muy listo copiando la estrategia de su enemigo y, aprovechado la superioridad numérica de sus tropas y la fiereza de los lince, no tardaría en superar al ejército de Dordinas.

Retaguardia de Dordinas.

El rey no podía dar crédito a lo que sus ojos presenciaban. Su ejército estaba siendo masacrado a millares por unos salvajes. Los lince no dejaban rastro de vida, la caballería había sido aniquilada,

y los bárbaros habían roto la infantería del centro. La batalla estaba perdida. No solo eso. La carrera política de Dordinas también, y podría ser que perdiese incluso la vida.

Los bárbaros, tan inferiores y tan ridículos, le habían vencido. Por primera vez Dordinas fue consciente de lo que sus actos habían causado. No solo Ámbarin se quedaría sin rey y sin ejército, sino que, al tomar el Muro de Hiperión, todo occidente quedaba a merced de esos salvajes que ahora se entretenían en asesinar a todo soldado de Ámbarin que se cruzase en su camino. Occidente estaba tan perdido como aquella batalla.

—“...soledad” —esa era la palabra que la pluma de Alanys había plasmado en su diario. Allí se detuvo, sin saber bien qué escribir en el papel. Tenía mucho que decirle a esas páginas en blanco, pero a la vez no había más que plasmar. Solo soledad. Una soledad insomne que había hecho del corazón de la joven su hogar. En aquel momento, sentada frente al papel, con la pluma inmóvil impregnada de una tinta tan negra como la noche, el mundo de Alanys se reducía a esas cuatro paredes de vieja piedra.

Fría era la madrugada y tan solo el canto coral de los lobos de las montañas del norte osaba contradecir al implacable silencio que se había adueñado de los muros del castillo.

Desde que abandonase Bastión de Plata, Alanys apenas había tenido tiempo de escribir nada en su diario, teniendo siempre la mente ocupada con la guerra que se avecinaba, consiguiendo alianzas y preparando la campaña.

Vanora y ella habían llevado sus huestes hasta el Castillo de Orión, una vieja fortaleza situada en las faldas de la Cordillera Cruzada. El enclave fue levantado originalmente como una pequeña atalaya defensiva contra los incursores del norte hacía ocho siglos por la Senescal Intisara. Posteriormente, la fortaleza fue utilizada como punto estratégico para unir a Nurúne y Meredorn con Luneber, más al este. Durante varios años recibió muchas visitas y el comercio la enriqueció de modo que fue ampliada hasta ocupar una gran extensión de terreno. Se rodeó al castillo con una muralla fortificada que partía desde la base de las montañas hasta la cara sur de la edificación principal, esto le otorgó un perímetro el doble de grande. Sin embargo, el paso de los años y la decadencia de Nurúne habían obligado a abandonar ciertas estancias y el castillo que encontró Alanys estaba en un estado mucho peor del que podía imaginar.

Vanora había enviado mensajeros a Meredorn convocando a su gobernador junto con todos sus jinetes y entre tanto Alanys se había ocupado de reparar la fortaleza. En primer lugar reconstruyó los almacenes y los establos. Reparó las cocinas y amplió los barracones. Sus hombres trabajaban día y noche y a los pocos días de estancia la entrada de la muralla volvía a contar con una puerta de madera gruesa y una reja metálica. Se repararon todas las grietas de los muros y se levantaron nuevas almenas para suplir a las que habían caído.

La cara oeste de la torre de homenaje se hallaba derruida y la joven no tardó en reconstruirla.

Faltaba una hora para el amanecer y Needle llegaría esa misma mañana. Al hacerlo encontraría una fortaleza en muy buen estado custodiada por más de cuarenta mil hombres. La caballería del gobernador sería muy útil cuando invadiesen el este. Se habían levantado enormes caballerizas de madera a los pies de la muralla para dar cobijo a las bestias.

Alanys cerró el diario. Lo que quería expresar no podía plasmarlo en el papel, no encontraba las palabras. En ese momento solo deseaba sentirse querida y apreciada, no en el sentido en el que todos la adoraban, sino como mujer que era. Galahad era el único que podía profesarle cierto amor, pero estaba a un mundo de distancia y ¿Quién podía saber si el joven había dejado de verla como la niña pequeña que alguna vez fue?

Por unos instantes las lágrimas asomaron a sus ojos, pero se contuvo. No podía llorar por esas cosas. Ella era hija de Argarion y heredera al trono de Ethelor, tenía una guerra que librar.

La ventana de su aposento se hallaba situada en la cara este de la torre de homenaje, de modo que Alanys pudo ver los lejanos relámpagos que hendían el cielo nocturno del este mientras que sobre el Castillo de Orión reinaba el manto estrellado, libre de todo.

<La tormenta descargará en el este>, pensó con ironía Alanys.

La joven decidió subir a lo más alto de la torre a contemplar las vistas. Lo hacía en la ciudadela de Bastión de Plata y le gustaba ver los amaneceres desde sitios con buena perspectiva. Le gustaban los amaneceres, la oscuridad de la noche, con sus terrores y sus fantasmas, desaparecía bajo una nueva luz.

Se vistió, abrigándose con la capa negra y subió los peldaños con pesadez, escuchando el eco de sus botas perderse entre las estancias y pasillos del castillo.

El viento frío del cercano amanecer la recibió cuando llegó a la gran azotea de la torre. Aquel sitio era el único de toda la fortaleza que no estaba pensado para la defensa, parecía diseñado específicamente para el disfrute de sus moradores. No había almenas ni ningún tipo de estructura defensiva, tan solo dos mástiles de metal en el centro que ahora lucían los estandartes de Nurúne y Bastión de Plata.

La capa de Alanys se agitó inquieta cuando el viento trató de acariciarla y ella levantó sus ojos grises hacia el manto estrellado del cielo nocturno. Desde que Alanys podía recordar le había gustado mirar aquellas gotitas de luz blanca y azul que brillaban como el rocío vespertino del amanecer estival.

Pero enseguida la joven se percató de que no estaba sola. Justo en el borde de la azotea, mirando hacia el este, una capa roja se mecía igual que la suya. Alanys reconoció al nuevo comandante de los Capas Rojas, Larodar. El joven parecía muy concentrado, como si meditara desde las alturas sobre cosas aún más elevadas.

—Comandante —dijo Alanys—, pensaba que los Capas Rojas no realizaban labores de guardia, menos aún su comandante en jefe.

El joven se volvió sobresaltado, como si acabara de ver a un fantasma.

<Me teme>, pensó Alanys.

—Alguien debe ocuparse de la seguridad de la Senescal —dijo carraspeando.

Alanys se acercó al joven.

—Mucha gente me teme, y la mayoría tiene motivos de sobra para hacerlo, pero no sois uno de ellos. No tenéis que preocuparos, comandante.

Durante unos instantes, que parecieron horas debido al silencio del joven, Alanys observó un poco a Larodar y fue entonces cuando se dio cuenta de lo increíblemente joven que era. Mucho más que ella.

—Sois demasiado joven para ser comandante.

—La Senescal me eligió hace poco para liderar su guardia de jinetes —respondió Larodar.

Los Capas Rojas eran un cuerpo de caballería compuesto por doscientos caballeros que durante siglos fueron respetados y temidos. Su sola presencia en el campo de batalla asustaba a cualquier enemigo y en tiempos de la Senescal Olga, la primera de todas, eran invencibles. Pero actualmente era una unidad cuyo único prestigio era el nombre, y su capacidad de combate era bastante limitada sin el apoyo de grandes fuerzas de jinetes e infantería.

—Tengo entendido —dijo Alanys—, que el Comandante de los Capas Rojas es una persona que procede de buena familia, adinerada y con importantes cargos políticos. No quiero ofenderos... pero no me parece que hayáis tenido tiempo de labraros una buena carrera en la política. Vuestra familia debe ser muy importante.

Larodar sonrió con melancolía.

—Mi familia nunca fue importante, mi señora, de hecho, vivíamos en un rincón apartado lejos de la capital.

Alanys empezó a sentir curiosidad.

—¿Dónde os criasteis?

—En una guarnición de frontera. Mi padre trabajaba como artesano para los hombres de la Atalaya de Arietis. Como bien

decís, no he tenido tiempo de labrarme una reputación en política, y no es algo que me preocupe. Si estoy aquí es por mis méritos como militar.

—Últimamente manejar la espada es como ser un político —dijo Alanys riendo—, bueno o malo será mejor que lo dejemos a quienes nos conocen o nos temen.

El comandante esbozó una tímida sonrisa mientras sus ojos volvían a perderse en el este.

—Veo que habéis sonreído, parecía casi una misión imposible.

—Pronto partiremos a la guerra, mi señora, sonreír es difícil teniendo en cuenta a lo que nos vamos a enfrentar.

Alanys asintió.

—Lleváis razón. Supongo que la guerra es así, pero creo, joven comandante, que debemos aprovechar los momentos de paz y bienestar que podamos, como este. Encerrándonos en lo peor no conseguiremos nada.

—Con el debido respeto, mi señora, no creo que consigamos nada de ningún modo. En el este no hay victoria, no veo cómo vamos a salir vivos.

—Luchando, joven, peleando por lo que creemos.

—Ningún ejército occidental que se halla internado en el este ha salido vivo —dijo Larodar.

—Os equivocáis de nuevo, comandante —repuso Alanys.

—¿Vos combatisteis allí? —preguntó Larodar dándose cuenta de lo que la joven quería decirle.

Ella asintió.

—Así es. ¿Queréis oír la historia? No soy muy buena contándolas, y nunca lo he hecho de modo que no sé si os resultará interesante.

—Contádmelo, quizá pueda ayudarnos.

<No puede>, pensó ella.

—Lo dudo mucho, tuve que retirarme, pero al menos salvé la vida y casi todo mi ejército. Veréis... fue hace cinco años, perseguía al Sin Rostro —Alanys seguía llamándole así para evitar que nadie más conociera su nombre—, conduje a mis regimientos hacia el este, imaginaos, veinticinco mil hombres adentrándose en unas tierras que nadie había pisado en más de doscientos años.

El joven asintió.

—¿Hasta dónde llegasteis?

—El objetivo de la expedición era llegar al Bosque de Arion y retomar las ruinas de Arionoth, suponiendo que aún existiesen.

—¿Lo lograsteis?

Alanys rompió a reír, como si le hiciera gracia una inocente pregunta formulada por un niño.

—¡Desde luego que no! Apenas acabábamos de llegar al Pantano de Thared cuando una multitud de bárbaros se lanzó a por nosotros. Nos vimos cercados entre el río y la laguna. Esos salvajes no tienen una organización tan perfecta como los reinos de occidente, no dividen sus ejércitos en líneas diferenciadas ni piensan estrategias complejas, pero confían ciegamente en su victoria, confían en ellos mismos y luchan por su libertad. Eso es lo que nos falta, convicción, pensamos que el este es el cementerio de cualquier motivación pero eso es precisamente por nuestra falta de ella. Me he enfrentado a ejércitos mucho mayores que el mío, he luchado en clara desventaja, me he visto en situaciones muy complejas, pero siempre he creído que podía sobrevivir, por ello no he perdido.

—¿Cómo escapasteis del pantano? —preguntó Larodar.

—Los bárbaros habían destrozado mi vanguardia y habían conseguido penetrar hasta la tercera línea de la infantería pesada, no podíamos salir de allí. Era increíble, algunos de esos guerreros llevaban horas combatiendo pero no estaban para nada agotados.

En cambio nosotros no podíamos más. Se me acercó un gigantesco bárbaro con un hacha enorme manchada de sangre. La mitad de mis guardias habían muerto y la otra mitad estaban heridos o luchando contra otros guerreros. El caso es que me enfrenté al enorme enemigo y me di cuenta que luchaba con mucha más fuerza de lo normal. Tenía miedo, y ese miedo era el responsable de su fiereza. Todos ellos estaban desesperados por rechazarnos, sabían que si les vencíamos jamás nos iríamos de sus tierras. El temor, comandante, es valioso si sabes controlarlo. Aquel bárbaro casi me mata y tuve que hundirle la espada tres veces antes de desarmarlo, y aun así se levantó para continuar peleando ¿Haríais algo así? ¿Seguiríais adelante, aun con todo perdido? Ahí me di cuenta de que podíamos salvarnos, podíamos escapar con vida, no teníamos nada para seguir ofreciendo resistencia, las filas rotas, sin orden ni estrategia pero tenía que hacerles ver a todos que debían creer en la victoria, que podía hacerse.

Alanys le contó al joven el resto de la sangrienta batalla. Sus hombres no paraban de retroceder por más que ella ordenara lo contrario de modo que, jugándose la vida, agarró un escudo del suelo y se colocó varios pasos por delante de sus soldados. Éstos, al ver a su líder luchar sola, corrieron a ayudarla y consiguieron rehacer el frente.

Aquel día murieron más de ocho mil hombres de Alanys y casi doce mil bárbaros llenaron el campo de batalla.

—Hasta ahora ha sido el combate más sangriento que he librado. Escuchadme, comandante, no puedo deciros que creáis en la victoria, pues yo tampoco lo hago, os pido que creáis en vos y en vuestros hombres, ninguno de los peligros que nos aguardan son peores que los que ya hemos pasado.

El amanecer se hizo visible en el horizonte y llegó acompañado del sonido de un cuerno.

Tanto Alanys como Larodar se giraron para ver de qué se trataba y la joven sonrió. La caballería de Meredorn había llegado con la primera luz.

<Sí —pensó Alanys—, quizá pueda hacerse>.

Los primeros rayos del amanecer iluminaron el gran Castillo de Orión ante los ojos del gobernador Needle. El gobernador era un hombre ya maduro, algunos se atreverían a decir que demasiado viejo para seguir persiguiendo aventuras guerreras. Pero lo cierto es que solo los que no lo llegaban a conocer serían capaces de decir algo así. Con sus cincuenta y un años, Needle era un habilidoso jinete y aún mejor guerrero. Todavía conservaba buena parte de su fortaleza física y era capaz de cabalgar a galope tendido sosteniendo su pesada maza.

Le acompañaban las huestes de Meredorn, seis mil jinetes bien pertrechados y dispuestos al combate.

Meredorn se hallaba en la Cordillera Cruzada, una plaza de muy difícil acceso situada en las montañas. La ciudad principal estaba levantada en gris roca y sus muros se integraban con los de la montaña. A lo largo de sus más de mil años de historia solo había sido tomada una vez.

Si bien apenas poseían soldados de infantería, Meredorn podía presumir de contar con la mejor caballería del mundo. Sus jinetes eran gentes acostumbradas a las condiciones extremas, ya que, en la frontera entre las tierras occidentales y las del norte, el clima era siempre cambiante e inestable. La mayoría tenía el pelo largo y recogido en trenzas, solían vestir con cuero y pieles de osos y lobos y llevaban hachas de guerra, mazas y grandes espadas. Montaban en caballos que, si bien no eran demasiado grandes, eran fuertes y robustos y muy rápidos en la batalla. Los Capas Rojas de Nurúne eran los únicos que quizá pudieran rivalizar con ellos.

Los gobernadores de Meredorn siempre habían tenido magníficas relaciones con las Senescales de Nurúne de modo que ambos reinos colaboraban siempre a la hora de desplazar fuerzas, proporcionando caballería uno e infantería otro.

A los pies del castillo, muy mejorado a los ojos de Needle, se levantaban un gran campamento en el cual el gobernador pudo ver a miles de hombres trabajar duro. Reconoció a los soldados de Alanys, estaban por todas partes, como una plaga. Needle comprendió que la joven debía de haber desplazado todo su ejército. El gobernador no sentía ninguna simpatía hacia esa niña que gobernaba Bastión de Plata.

<Ciudad de mendigos y malhechores>.

No pensaba desde luego otorgarle ningún mando, ella ahora tenía que acatar las órdenes de la Liga, y la Liga ya solo estaba constituida por Nurúne y Meredorn.

Needle había esperado que al menos Alanys hubiera organizado todo para recibirle como era necesario, pero enseguida le quedó claro que la joven no tenía el sentido de la cortesía tan arraigado como los reinos civilizados.

Al pasar por entre los soldados vio que todos estaban sucios y cubiertos de barro, sin duda debían llevar trabajando horas, días incluso. A medida que acercaba a la muralla del castillo vio el fruto de dicho trabajo. No recordaba que el Castillo de Orión estuviera en tan buen estado. Ahora sus muros almenados contenían decenas de hombres armados y piezas de artillería. Needle sabía que ese trabajo y esas máquinas sin duda debían ser de Alanys puesto que la Senescal Vanora no tenía recursos para eso. Hasta le sorprendía que la joven señora de Nurúne hubiera tenido capacidad para reunir doce mil hombres. Una pequeña comitiva esperaba a las puertas del castillo. Needle distinguió a Vanora y a unos cuantos miembros de los Capas Rojas, además de a su nuevo comandante, el tal Larodar. El gobernador lo había conocido antes de ocupar el cargo y le había causado buena impresión pero de ahí a dirigir a tan prestigiosa unidad...no lo veía del todo claro.

Vio también a una chica joven, ataviada de negro que montaba sobre un caballo también negro, estaba rodeada de siete hombres, cinco de los cuales llevaban llamativas armaduras y pudo deducir que se trataba de altos oficiales.

Needle dirigió su montura hacia ellos mientras que los miembros de la Guardia de Plata formaban un pasillo a ambos extremos.

—Bienvenidos al Castillo de Orión —dijo Alanys levantando una mano enguantada—, lamento no haberos recibido con más honores, mi señor, pero opino que debemos aprovechar el tiempo al máximo y coincidiréis conmigo en que hay demasiadas cosas por hacer.

<Arrogante —pensó Needle—, bonita, pero arrogante>.

—Os saludo, mis señores —contestó Needle mirando a los presentes.

—Permitidme que os presente de nuevo a Larodar, mi señor, como comandante de los Capas Rojas —dijo Vanora—, os damos la bienvenida al castillo y agradecemos vuestra ayuda.

La palabra ayuda no era la que Needle había pensado. La guerra que se acercaba era una guerra de gran envergadura y como miembro más veterano y experimentado debía ser él quien liderase la nueva alianza. Así al menos pensaba el gobernador.

—Larodar —repitió Needle—, veo que habéis prosperado mucho desde la última vez que os vi. Solo espero que la decisión no resulte errónea.

El aludido no supo qué decir de modo que guardó silencio y se limitó a inclinar la cabeza.

<No, definitivamente no es válido para el puesto>.

—Mi señor —dijo Alanys volviendo a captar la atención—, antes de entrar en la fortaleza os quiero presentar a los hombres que me acompañan. En primer lugar, os presento a Baethan, capitán de mi Guardia de Plata. Y estos hombres de aquí forman parte de mi estado mayor, son los generales de regimiento, Raedhan, Devion, Galantyne y Norwyn.

Needle les saludó a todos con un gesto de cabeza mientras les examinaba para sus adentros. No parecían malos guerreros. Desde luego debían ser ellos quienes en realidad gobernarán el creciente reino de la joven Alanys. Todos eran guerreros ya maduros y tenían

pinta de ser disciplinados y fuertes. Sí, parecían capaces de gobernar bien.

—Hemos habilitado varios lugares del castillo para que vuestros hombres puedan descansar, además se han construido caballerizas suficientes para las monturas. También hemos dado orden de suministrar alimento y bebida a todos los guerreros que os acompañan —dijo Vanora—. Quizá deseéis descansar un poco y comer algo antes de reuniros con el resto para debatir los asuntos que nos han traído hasta aquí.

Lo cierto era que Needle estaba bastante cansado y sentía necesidad imperiosa de un baño y una comida. Estaba a punto de confirmar las palabras de Vanora cuando sus ojos se cruzaron con la mirada gris de Alanys. La joven le devolvía la mirada sin apartarla lo más mínimo. Todos allí parecían obedecerla, y además había algo más en todos aquellos hombres, incluso en Vanora... Needle pudo distinguir, por encima de la obediencia y la disciplina, la lealtad, todos allí guardaban gran lealtad a la joven de Bastión de Plata. Empezó a sentir curiosidad por aquella muchacha tan distinta a todo lo que el veterano gobernador conocía. Alanys no tenía pinta de haberse ganado esa ciega devoción dedicándose solo a comer y permanecer en un trono. Alanys era de las que se mojaban con sus hombres en la lluvia, comía con ellos, se reía con sus rudas bromas y paseaba por el barro. Needle había oído que la joven luchaba en primera línea de combate y que más de una vez había resultado herida. Viéndola ahora, todas esas cosas le parecían completamente ciertas.

De modo que el gobernador declinó la oferta, por mucho que se sintiera tentado, para pasar directamente a lo importante.

—Agradezco el gesto, mi señora —dijo al fin—, pero tenemos cosas importantes que hacer y no creo oportuno perder tiempo en menesteres triviales.

—Como queráis, gobernador —dijo Alanys con energía y girando el caballo—, os ruego que me sigáis.

Alanys y la comitiva guiaron al gobernador Needle por todo el castillo rumbo al salón principal. Needle se dio cuenta de que daban un rodeo excesivamente largo para que pudiera ver la magnitud del trabajo realizado y la capacidad que tenía Alanys de dirigir una empresa como esa. Pudo ver docenas de máquinas de guerra de varios tipos, desde lanzadores de flechas y jabalinas, hasta pesadas piezas capaces de disparar enormes rocas. Había herrerías y armerías en abundancia y almacenes por todas partes. Cabalgaron bajo las explicaciones de una Alanys entusiasmada. Se notaba que se sentía muy a gusto entre soldados.

<Parece que esta chica se toma las cosas muy en serio>.

—Bajo el castillo hay una serie de túneles y galerías, al parecer su existencia se desconocía, de modo que hemos tenido que trabajar mucho para rehabilitarlos. Ahora son empleados como almacenes de víveres y provisiones para la invasión.

<¿Invasión?>

Finalmente llegaron a la torre principal de castillo, custodiada por una decena de Capas Rojas que se apresuraron a abrir las grandes puertas de madera reforzada.

El salón estaba preparado para la reunión. Allí se encontraba todo el alto mando de Bastión de Plata, y los más importantes cargos de Nurúne junto con el gobernador de Meredorn.

Se había servido comida y bebida para que el gobernador probara bocado.

—Lo cierto es que me parece que habéis hecho un trabajo colosal con este castillo, mi señora —dijo Needle reconociéndolo con esfuerzo—, recuerdo que la última vez que lo vi estaba en un estado deplorable. Las murallas se hallaban caídas y de la torre principal es mejor no hablar.

—Así es —dijo Alanys—, hemos trabajado mucho. Tanto los hombres de la Senescal como los míos se han esforzado para que

esto vuelva a ser una fortaleza. Está listo para servirnos de base a la invasión.

Needle se dio cuenta que ya iban dos las veces que pronunciaba la palabra “invasión”.

—¿Invasión decís? —preguntó—. ¿Invasión de qué?

El gobernador miró de reojo a Vanora y ésta mantenía su mirada fija en Alanys, era obvio que ambas ya estaban de acuerdo con la supuesta invasión.

—Del este. Me propongo retomar Valle Azul y llegar hasta los Colmillos Negros —respondió Alanys como si tal cosa.

—Mi señora... —dijo el gobernador tratando de no sonar demasiado brusco— los recursos de la Liga de Occidente no están disponibles para vos los uséis como os venga en gana. Y tenemos cosas más importantes que atender que vuestro sueño de conquistar el este. Me temo que no puedo autorizar que la Liga haga efectiva vuestra petición de fuerzas.

Alanys sonrió.

<¿Pero que se cree?>

—Mi señor Needle —dijo la joven—, la Liga de Occidente no existe, murió el día en que perdisteis el Muro de Hiperión. Os digo también que no os estoy pidiendo ayuda ni recursos. Pero si queréis sobrevivir a lo que se acerca deberíais escucharme. Dejadme acabar, os lo ruego.

—¡No se puede invadir el este! —estalló Needle—, los bárbaros atacan la frontera, son cientos de miles, nuestra prioridad es rechazarles ¿Cómo vas a lanzar una invasión si los invadidos somos nosotros?

—Los bárbaros emigran al oeste por una razón, mi señor —dijo Vanora—. Algo les empuja a hacerlo, el nuevo rey de los Colmillos Negros es la razón. Por ese motivo debemos derrotar a ese rey.

— ¿Y quién es ese rey?

—Se llama Gorteyrn —respondió Alanys—, aquí le conocéis con el sobrenombre de Sin Rostro.

Needle negó con la cabeza.

—Lo que pretendéis es vengar la muerte de vuestra familia. Todo el mundo sabe el odio que guardáis a ese hombre.

—Mi odio hacia Gorteyrn es infinito, es cierto. Pero no me creáis estúpida, pues hay más cosas de las que debéis ser informado. No estoy tan loca como para hacer que todo el mundo entre en guerra únicamente para asesinar a Gorteyrn.

—¿Qué más debo saber, mi señora? —preguntó Needle.

—Quizá debáis saber que Gorteyrn es el mismo hombre que ha hecho que los bárbaros emigren a vuestras tierras. Quizá debáis saber también que mi objetivo es recuperar Valle Azul y retomar Ethelor.

—¿Ethelor? —dijo el gobernador de Meredorn en un tono entre asombrado y divertido.

<Esta niña cree que vive en un cuento>.

—Ethelor fue destruida hace más de mil años, todo el mundo lo sabe, algunos incluso dudan de su existencia, entre los que me incluyo. No conozco a nadie que diga que haya visto esas ruinas —añadió.

—Esas ruinas están ahí, custodiadas por el mismo mal que acabó con la ciudad. Por eso voy a ir allí y voy recuperar la ciudad. Es la única manera de unir oriente y occidente y es la única vía que nos queda para derrotar a Gorteyrn y a sus ejércitos de Deformes.

Needle se permitió reír abiertamente. De lo que no se dio cuenta fue que nadie más le imitó.

—¿En qué mundo creéis que vivís? —dijo—. Habláis de seres mitológicos, de ciudades perdidas y de viejas leyendas, cuando en realidad deberíais plantearos la forma de derrotar a esos bárbaros.

—Mi señor —dijo Vanora carraspeando—, creo que nuestra señora Alanys sabe muy bien de lo que habla. Creo — y desvió su mirada hacia Alanys— que debéis enseñar al gobernador lo mismo que me mostrasteis en el Castillo de Oreth, quizá eso le convenza.

La joven de Bastión de Plata guardó silencio unos momentos y nadie osó molestarla, acto seguido suspiró, como si no quisiera hacer caso de las palabras de Vanora pero no le quedase más remedio.

—Sea, Senescal —dijo quitándose el cinturón del que colgaba su espada y arrojándolo a los pies de Needle.

El gobernador miró la vaina y la empuñadura del arma con asombro y desconcierto.

—Una espada —dijo al fin—. ¿Queréis convencerme de vuestras palabras mostrándome una espada?

—Lo que os muestro, gobernador —dijo Alanys—, es la espada de la Primera Reina, podéis desenvainarla si queréis y comprobarlo.

Needle abrió más los ojos sin apartarlos del arma y sin atreverse a tocarla, si las palabras de Alanys eran ciertas, se encontraba ante una espada milenaria, codiciada por reyes, príncipes y caudillos durante generaciones. Una espada que solo alguien destinado a grandes cosas podía empuñar.

<Alguien capaz de unificar los dos mundos>.

—¿De dónde la habéis sacado? —preguntó atónito.

—La encontré en la Gruta de las Lanzas, hallé el sarcófago de la Primera Reina, y allí estaba. Con esta arma podemos conquistar Ethelor de nuevo.

—Los viejos linajes se extinguieron hace siglos ¿Con qué derecho habéis cogido esta espada? Ni siquiera debo tocarla.

—Gobernador Needle —dijo Vanora—, Alanys es hija de Argarion, descendiente del mismísimo rey Cador, la única que queda del linaje de los antiguos reyes, Ethelor y el Reino Único le

corresponden por derecho. Y nosotros le debemos lealtad. Solo ella puede portar esa espada y derrotar a Gorteyrn.

Alanys hizo un gesto a Vanora y ésta calló. El gobernador permaneció en silencio, observando la espada y mirando también a su dueña. Needle podía ser muchas cosas, pero tenía honor.

—Os pido disculpas, mi señora Alanys. Yo conocí a vuestro padre y lamenté su muerte, como lamento haber dudado de vos. Desde ahora contáis con mi lealtad y con la de mis hombres, mi reina.

—No soy vuestra reina, gobernador, no soy reina de nadie. No estoy aquí como monarca ni vosotros como súbditos. Aquí somos todos iguales, y si recupero el trono de Ethelor seguiremos siendo iguales. Os he convocado en el Castillo de Orión para formar una alianza que nos permita defender nuestra libertad.

—¿Qué proponéis, mi señora? —preguntó Needle, dejando atrás sus reticencias iniciales.

—Nuestro primer objetivo ha de ser el Castillo de Diana. Hay que retomar esa fortaleza cueste lo que cueste.

Vanora negó con la cabeza.

—El Castillo de Diana es una fortaleza muy poderosa, está cerca de la frontera y fue diseñado para resistir un asedio por parte de las huestes bárbaras. No será nada fácil tomarlo, por no hablar de que Lord Scyles cuenta aún con más de siete mil hombres para defenderlo —dijo Vanora.

—Son más de siete mil —afirmó Needle—, de camino aquí mis exploradores apresaron a varios guerreros mercenarios del norte. Según parece Lord Scyles ha contratado los servicios de todo un ejército mercenario. Por lo que hemos podido averiguar son unos doce mil, puede que más.

Todo eso elevaba bastante la capacidad de combate del norteño. Y desde luego el norte debía de haber quedado esquilmado de fuerzas significativas.

—No sé cómo podemos vencer a Lord Scyles.

El silencio se adueñó del lugar. Todos pensaban pero ninguno tenía idea de qué hacer, y en el fondo esperaban que fuese Alanys quién diese con la solución. El Castillo de Diana era un enclave moderno, pensado para la guerra y no para la funcionalidad. Tratar de someterlo por asedio era un disparate. Sus almacenes podían albergar víveres y armas para varios años y con unas fuerzas suficientes, como las que Lord Scyles tenía, era inexpugnable.

—Le venceremos con los mercenarios norteños —dijo Alanys al fin.

Todos la miraron extrañados.

—Es Lord Scyles quien les ha contratado —dijo Larodar tímidamente—, tiene dinero de sobra para hacerlo.

—Nosotros no tenemos recursos para pagar un ejército mercenario —dijo Vanora—, no abandonarán a Scyles por menos de lo que él le haya dado.

—Necesitamos ese Castillo, y pienso tomarlo —afirmó tercamente Alanys—, es cierto que no tenemos fondos para pagar semejante ejército, la economía de Bastión de Plata es sólida, podría ser suficiente, pero mantener mis propios regimientos y acometer los proyectos de la ciudad lo hace imposible. Sin embargo, hay otra fuente de financiación diferente y en la que no hemos pensado.

—¿En qué? —preguntó Vanora.

—Pagaremos a esos mercenarios con el dinero de Lord Scyles. Por muy fuerte que sea, el Castillo de Diana no deja de estar aislado, y que yo sepa, su dinero está en Dineren.

—Y Dineren está desprotegido... —dijo Needle dibujando lo que parecía el principio de una sonrisa.

—Así es, mi señor. Haremos lo siguiente: yo iré al norte con tres de mis regimientos y la mitad de la caballería. También me llevaré parte de la artillería, por si acaso. Vosotros dirigiréis al resto de vuestras fuerzas, junto con uno de mis regimientos, al Castillo de

Diana. No será necesario que lo asaltéis, tan solo debéis evitar que reciban suministros o realicen alguna salida. Rodead el enclave y levantad una empalizada.

—Vos cogereis el dinero de Scyles y pagareis a los mercenarios.

—Exacto, Senescal —dijo Alanys—, atravesaré la Cordillera Cruzada antes de que la nieve bloqueé las rutas y bajaré después por el norte desde Luneber. Tenemos que ser rápidos y tratar de evitar el combate. No podemos permitirnos pérdidas innecesarias. Tras la caída de Scyles, ya veremos qué rumbo toman las cosas. Tengo la impresión de que ese hombre guarda sorpresas que pueden jugar en nuestra contra.

Libro IV
LA GUERRA

El campamento de Galahad estaba tranquilo. La noche lo envolvía y, como ya era tarde, apenas quedaban algunos fuegos encendidos. Todos estaban cansados pues llevaban casi un mes atacando la ciudad día y noche sin lograr abrir un hueco en las murallas. Pese a todos los ataques, golpes y bombardeos con las catapultas, Ithender seguía mostrándose inexpugnable. Sus muros resistían cada uno de los golpes que le lanzaban los soldados de Galahad. El comandante había hecho traer nuevas máquinas de guerra y más suministros pues no había pensado que el asedio se prolongase tanto.

En cualquier caso la ciudad acabaría cayendo, de un modo u otro lo haría. Esa noche el ejército dormía plácidamente. El campamento era un lugar ruidoso. Durante el día se escuchaban gritos, se aullaban órdenes, se oía el sonido del metal de las corazas, de las botas al marchar, se podía sentir como los caballos piafaban, como los herreros reparaban las armas dañadas, se escuchaban hasta los gritos de los heridos cuando los médicos les atendían. Había heridas de todo tipo. Cortes y flechas clavadas en brazos y piernas las más habituales, pero también había otras, tales como huesos fracturados de hombres al caer de las torres de asedio, miembros amputados, quemaduras y hasta esquirlas de metal. Incluso algunas infecciones fruto de la humedad y el calor, acompañadas de fiebres.

Pero el ruido que más estruendo causaba y el que siempre estaba presente era el traqueteo continuado de las catapultas. Las había de variadas maneras y tamaños. Algunas lanzaban grandes piedras de decenas de kilos y otras solo eran ballestas de gran tamaño que disparaban dardos y saetas con extrema precisión.

Pero pese a ello y contra todo pronóstico, ahí seguía la ciudad, intacta. Ahora rodeada de sombras y sin ninguna luz que pudiera iluminarla, Ithender parecía una bestia del mundo antiguo. Inmóvil y

siniestra esperaba que los ejércitos de Galahad se estrellaran una y otra vez contra sus murallas.

Por todo el perímetro del campamento doblemente amurallado se alzaban tiendas y pabellones repletos de soldados, jinetes, artilleros, oficiales y mandos. Frente a las puertas de la ciudad y custodiado por media docena de hombres se encontraba la tienda del rey Vangio y su esposa. Éste era un pabellón de gran tamaño, apropiado para un rey, aunque, en opinión de Galahad, demasiado ostentoso para la tarea que estaban haciendo, toda vez que Vangio apenas salía del mismo.

En esos momentos los reyes de Ithender hablaban. La reina estaba furiosa por el desarrollo de las cosas. Llevaba más de un mes fuera de las comodidades de su ciudad y empezaba a tener la sensación de que era más una prisionera que una reina.

—¡Deberíamos estar ahí dentro! —dijo señalando con el dedo índice la dirección de la ciudad—. ¡Jamás debiste dejar que ese comandante de Bastión de Plata entrase en Ithender y mucho menos esa salvaje y su monstruo!

Todos conocían la antipatía que Wallia sentía hacia Galahad y en especial hacia Daira.

Ella era miembro de la tribu de Trafal, al menos lo había sido, y la culpaba porque su padre hubiera tomado la ciudad solo para apresarla.

—Si no fuera por ellos ahora estaríamos muertos —decía Vangio en tono conciliador—, recuerda que nos sacaron a tiempo de la ciudad.

—Sí —repuso Wallia—, justo el día que los mercenarios que nos defendían decidieron amotinarse ¡qué casualidad!

—Pues sí, sí fue una casualidad. Y un acierto también, Wallia, pues si ellos no hubieran estado presentes nosotros ahora estaríamos muertos.

—¿Crees que Alanys te permitirá conservar la ciudad una vez que sus regimientos la recuperen? ¡Claro que no, por los dioses! ¡Claro que no! Se la quedará y la añadirá a su creciente imperio.

La imagen que tenía Vangio de la joven de Bastión de Plata antes de conocer a su comandante distaba mucho de la que ahora tenía. Todas esas historias que circulaban sobre ella y sus ejércitos malditos parecían ser fruto de la invención de quienes se habían enfrentado a ella y habían caído derrotados.

El rey conversaba a menudo con Galahad y éste le contaba muchas cosas de las campañas pasadas. Alanys había tenido que abrirse camino sin ayuda de nadie. A la muerte de sus padres acudió a la Liga de Occidente a pedir asilo y ayuda militar. No era más que una adolescente pero sabía bien como dirigir un ejército, el pacto que le ofreció a la Liga fue de lo más apetecible. Ellos le proporcionaban un ejército para atrapar al Sin Rostro y a cambio ella les entregaba cada una de las fortalezas que tomase junto con el botín. La Liga la tomó por loca y solo recibió risas y desprecios. Ahora Alanys tenía el ejército mejor armado y la ciudad más próspera. Y todo lo había logrado con su esfuerzo e ingenio. Incluso la lealtad de sus hombres era fruto de ese esfuerzo.

Con todo lo que había pasado, todas las batallas, la muerte de sus padres, los fracasos...era normal que la joven se mostrara tan brutal y desafiante, pero esos tiempos habían pasado. Tras la caída del Castillo de Oreth y la huida definitiva del Sin Rostro a las tierras del este, algo cambió en la joven, algo la hizo ver que debía emplear sus recursos, que eran muchos, en hacer que el mundo mejorase.

Y Vangio creía en ello. Tenía que hacerlo. Todos debían creer que aquella joven de mirada gris, desafiante y poderosa, tenía el poder de cambiar las cosas, de hacer que se unieran bajo una misma bandera para pelear contra esa oscuridad que se cernía sobre todos. La rueda del destino giraba, ajena a los triviales problemas de los hombres, hacia un puerto que no auguraba un final feliz. Pero con Alanys todo era posible. Ella era capaz de derrotar al mismísimo destino, era capaz de alzarse donde todos caían, capaz de empuñar

una espada cuando las demás se habían quebrado. Alanys lo haría, seguiría en pie, resistiría. Alanys vencería.

—No creo que Alanys se quede con nada —dijo Vangio—, nos ayudará, ya lo verás.

Wallia quiso seguir discutiendo pero en lugar de eso una lágrima asomó a sus ojos.

—No, no mi querido esposo —dijo—, no veremos el fruto de esa ayuda. Moriremos todos en esta guerra. Mi hermana ya habrá sido asesinada, lo sé. Y pronto nos tocará a nosotros.

El rey de Ithender fue a contradecir a su esposa pero no encontró las palabras. Quizá tenía razón Wallia. La guerra les había alcanzado de lleno, la guerra les había quitado su ciudad, pero aún podía quitarles la vida. En cualquier caso ¿qué les quedaba? Eran reyes, cierto, pero... ¿de qué? Se encontraban en un campamento ajeno, cuyos soldados habían jurado lealtad a una mujer desconocida para ellos.

Pero quizá aún se podía hacer algo, quizá no fuese el fin de Ithender ni el suyo propio. Vangio lo vio claro, todavía les quedaba esperanza.

—¡Nada está saliendo como dijisteis!

El puñetazo en la mesa sonó fuerte. Seco. Traful miró fijamente al hombre que lo acababa de dar. Era un hombre rudo, que vestía ropa señorial y de buena calidad pero venida a menos por los muchos años que tenía. El hombre respondía al nombre de Thorlak. Thorlak era líder de los mercenarios de Ithender y había decidido enfrentarse a Traful.

Los mercenarios habían sido contratados por Vangio para defender la ciudad comercial de posibles ataques. Era poco probable un ataque de los bárbaros del este pero había ciudades rivales y enemigos ocultos que podían ansiar el poder de Ithender. Normalmente la ciudad siempre había estado defendida por voluntarios y los propios ciudadanos, o en ocasiones, por tropas de la Liga de Occidente o destacamentos de Dineren, pero hacía unos meses, con la escalada militar de Alanys y las crecientes incursiones bárbaras, Vangio había tenido que buscar sus propios medios para defenderse, no tenía suficientes voluntarios para crear un ejército, además eso le llevaría tiempo en entrenarlos, armarlos adecuadamente y prepararlos para el combate, de modo que buscó una solución rápida: contrató un pequeño ejército mercenario. La decisión fue muy criticada en un principio, pues suponía el desembolso de gran cantidad de dinero, pero si de algo no carecía Ithender era de dinero.

Thorlak podía tener muchos defectos, pero uno en particular eclipsaba los demás. Era enormemente codicioso. Siempre quería más. Por eso no dudó aceptar la oferta de Lord Scyles para traicionar a Vangio. El plan era fácil. Matar al rey y a su esposa y entonces todas las riquezas de la ciudad serían para él y sus hombres. El rey del norte deseaba acabar con la mayoría de los reinos del occidente antes de golpear a los bárbaros, desde luego tenía los recursos para hacerlo, pero ninguno de los dos había contado con la irrupción de Traful y sus veinte mil Degolladores.

¿Nadie? Thorlak empezaba a tener la sensación de ser el único que no sabía nada.

—¿Qué está ocurriendo Traful? —preguntó el mercenario—, quiero saber qué diantres pasa o ahora mismo...

—¿Ahora mismo qué? —dijo Traful harto de tanta altanería—. ¿Qué vas a hacer?

—Llevamos soportando más de un mes de asedio, muchos de mis hombres han muerto, exijo el dinero que se nos debe por nuestro trabajo. Mis mercenarios y yo no matamos gratis.

—Tus mercenarios y tú tendréis lo que queréis cuando cumpláis con vuestro trabajo, el trabajo que Lord Scyles os encomendó. El de matar a Vangio y a su esposa, si lo hubierais hecho, ahora no estaríamos en esta situación y tendrías la ciudad.

—Nadie me habló de la llegada de bárbaros. Además, en caso de ausencia del rey, yo estoy al mando —replicó Thorlak.

—¿Ausencia del rey? —gritó Traful—. ¡Que yo sepa el rey de Ithender está allí mismo!

El caudillo del este señaló hacia el campamento de Galahad.

—¡Esta ahí junto con ese comandante de Bastión de Plata y todo un ejército! Gracias a ti tengo que enfrentarme a esos regimientos además de a las fuerzas del norte.

Thorlak frunció el ceño. ¿De qué hablaba? Traful, al ver la extrañada expresión del jefe de los mercenarios decidió explicarse.

—Unos emisarios de Lord Scyles llegaron hace unos meses, al parecer, el rey de Dineren quiere controlar todo el oeste, pero antes debe vencer a la Liga de Occidente y a los rebeldes bárbaros que se agolpan cerca del Muro de Hiperión. Para ello necesita que los recursos del sur, es decir, de Ithender, no se interrumpan. Pero Vangio se negó a apoyar una rebelión aduciendo que no podía hacerse. Se equivocó. El muy estúpido se equivocó. Lord Scyles se alió con Dordinas para atacar la frontera y tomar sus fortificaciones antes de asaltar el este.

—Eso lo sabemos todos —dijo Thorlak.

—Sí, pero a su vez Scyles también hizo un pacto de alianza conmigo. Yo debía garantizar los suministros del sur, envíos de armas, provisiones...hacia el Castillo de Diana para mantener al ejército de Dineren. Lord Scyles ha contratado muchas tropas, las suficientes para resistir el ataque de la Liga, pero me necesita para mantenerlas alimentadas y armadas. Además, los bárbaros rebeldes también son aliados suyos.

—¿Cómo? —Thorlak empezaba a perderse en esa compleja trama de alianzas—, tenía entendido que tanto Lord Scyles como Dordinas querían aplastarles.

—Exacto. Pero no se puede combatir contra la Liga por el oeste y contra los rebeldes por el este. Es demasiado. De modo que los bárbaros pueden cruzar la frontera sin oposición pues Scyles les apoya. Lo que no saben es que mi pacto con el rey incluye el ataque a esos salvajes. Mi misión, una vez asegurada esta ciudad, es subir por el norte, a través del Río Mayor, y atacarles por la retaguardia mientras que Lord Scyles lo hace por el frente. Cerrarles en una pinza y atraparles.

Las palabras de Trafal abarcaban una dimensión enorme. Todo occidente sucumbiría, al igual que la mayoría de los pueblos del este. Thorlak trataba de pensar en qué posición le dejaba eso. En una muy mala posición.

—¿Y qué pasará con Bastión de Plata? —preguntó, no con tanta altanería como antes.

—Bastión de Plata y su líder guerrera estaban tranquilos en sus tierras hasta que fallasteis en vuestro cometido. Y eso es un error que no nos podemos permitir. Ya veremos qué hacemos con la ciudad de esa salvaje. Lo que sí tengo claro es lo que voy a hacer contigo.

—¿Conmigo?

La expresión de Traful pasó de enfadada a sonriente. Dos Degolladores se pusieron a su lado con las manos en las espadas.

—Thorlak, amigo, no puedo permitirme tener a mi alrededor gente que no cumple con su trabajo. De modo que quedas arrestado y condenado, desde este mismo momento. Lleváoslo —les dijo a sus hombres sin inmutarse lo más mínimo.

Ambos guerreros agarraron al líder mercenario por los brazos y lo sacaron a rastras de allí.

—Colgado de las murallas de la ciudad. A él y a todos los oficiales de su ejército —dijo Traful.

Mientras sacaban al prisionero para ejecutarlo en las murallas, los Degolladores se lanzaron sobre los barracones del resto de mercenarios, que desarmados como estaban ante la ausencia de ataques de los sitiadores, fueron masacrados. La sangre corrió abundante por las calles mientras los hombres de Traful cumplían con su misión de matarlos a todos. La brutalidad y la saña con la que se empleaban resultaba aterradora y los habitantes de Ithender se encerraron en sus hogares, a la espera de ser rescatados o ejecutados.

El amanecer bañó la ciudad y el campamento enemigo. Pero había algo más en esa nueva mañana de asedio. Todos, atacantes y defensores, saludaron al nuevo día con los ojos vistos en las veinte cruces que adornaban las murallas de Ithender. Veinte cruces con veinte cuerpos desnudos y torturados que aún se resistían a morir mientras se retorcían de dolor.

—¡Maldita sea! —exclamó Alanys dándole una patada con todas sus fuerzas a una piedra—. ¡Maldita sea, maldita sea y maldita sea!

La nieve había llegado demasiado pronto y bloqueaba los pasos de montaña, de modo que el ejército había quedado atrapado en lo más alto de la Cordillera Cruzada. Estaban a punto de alcanzar el Valle del Invierno pero en lugar de eso llevaban tres días atascados en las malditas montañas. Tres días. Tres días de retraso. Ya podían estar cerca del Castillo de Dineren pero en lugar de eso seguían atrapados.

El ejército se había detenido en el peor lugar posible. Un lago de hielo. Apenas podían encender fuegos para calentarse pues el hielo podía derretirse llevándoselos a todos al fondo. Pero el frío era demasiado intenso de modo que Alanys hizo que varias hogueras ardieran en las laderas de las montañas y que los hombres fueran allí por turnos. Pero ahí no terminaban los problemas. No. Las provisiones no tardarían en empezar a agotarse ya que nadie, ni siquiera la precavida guerrera, había contado con quedar atrapados en las montañas.

La situación era complicada. Peligrosa. Alanys había rodeado el campamento con una empalizada de madera, no porque esperase un ataque, sino para evitar que un inesperado desprendimiento pudiera sepultarles. Un murete de madera no era gran cosa pero era más que nada.

El sendero que llevaban atravesaba el corazón mismo de aquellas montañas y el lago sobre el que se encontraban se había formado en un pequeño valle bien resguardado. Pero a partir de ahí la ruta se convertía en un ancho desfiladero bloqueado por toneladas de nieve y roca. El viento del oeste golpeaba con fuerza la cara de la montaña, de modo que la nieve que arrastraba se acumulaba allí impidiendo el paso. Habían tratado de despejarla

pero era una tarea titánica e inútil. Cuando conseguían avanzar algo, al poco tiempo quedaba otra vez cubierto.

Era mediodía y la joven estaba desesperada. Se hallaba sola, sentada en un saliente de roca, moviendo rítmicamente las piernas mientras tiraba piedras contra el muro de nieve que bloqueaba el sendero. Estaba irritada, enfadada y furiosa. Nadie la había vencido en el campo de batalla, nadie la había puesto en un aprieto como ese y tenía el mejor ejército que podía tenerse. Pero allí, en medio de las grandes moles de pétrea piedra que eran las montañas de la Cordillera Cruzada, ni las espadas y ni ninguna otra de sus poderosas armas valían de nada.

Además había más problemas. A medida que ella avanzaba hacia el norte, las fuerzas de Vanora y Needle, junto con el II regimiento al mando de Devion, se dirigían al Castillo de Diana para cercar a Lord Scyles. Alanys no podía retrasarse a riesgo de que el enemigo rompiera ese cerco. Lord Scyles tenía unos diecinueve mil hombres y entre las tropas de Nurúne y Meredorn, junto con el regimiento de Alanys unos veintitrés mil, pero sus hombres eran los únicos que estaban capacitados. Sí, debía darse prisa porque todo dependía de ello. De la velocidad, de la celeridad.

Alanys alzó la vista y miró a su alrededor. Sus ojos grises contemplaron las enormes y majestuosas cumbres de las montañas, blancas por la nieve. Ese día al menos había amanecido sin viento y sin tormentas. El sol calentaba la capa de nieve y caía sobre los soldados que se amontonaban sobre el hielo. La joven no se preocupó demasiado por eso. El frío aún era demasiado intenso como para que el tímido sol alpino derritiera el lago.

—Mi señora —dijo una voz a sus espaldas.

—Baethan —respondió ella girándose—. ¿Qué tal van las cosas?

—Dentro de lo que cabe... —dijo el capitán de la guardia— he hecho que los generales organicen patrullas de exploración para intentar buscar alguna ruta alternativa, pero creo que no hay muchas, al menos ninguna por la que todo el ejército pueda pasar.

—Tenemos que buscar la manera de derribar esos muros de hielo, Baethan.

El capitán negó con la cabeza. Aquel hombre era un veterano, había visto muchas batallas, había marchado con innumerables ejércitos y atravesado montañas altísimas. No había manera de abrirse camino por ese sendero. Y sabía lo que se avecinaba.

—Mi señora... creo que debemos prepararnos para pasar aquí bastante tiempo.

Alanys se giró sorprendida por el consejo de su capitán.

—Al contrario, capitán. Creo que debemos movernos lo antes posible.

—¿Y hacia dónde, mi señora? Los pasos están cerrados por la nieve, y eso que aún no ha llegado el invierno. Quizá se pueda abrir alguna ruta por la que traer suministros y reabastecernos aquí. Hasta encontrar alguna salida o esperar que se abran los pasos deberíamos quedarnos. Aquí al menos estamos protegidos.

—¿Protegidos, Baethan? —dijo Alanys con bastante brusquedad—. ¿De verdad crees que estamos protegidos? Tengo a veinte mil hombres durmiendo sobre una capa de hielo que se puede romper en cualquier momento. Si la capa no se rompe puede ser una ventisca, una tormenta, o cualquier otra cosa lo que los mate, las congelaciones no tardarán en aparecer.

Baethan bajó la cabeza, abochornado. De repente sintió que todas las heridas de viejas batallas le dolían. Maldita sea. El veterano soldado no podía dejar que una estúpida montaña le venciese.

—No, mi capitán —prosiguió Alanys—, pienso salir de aquí. Y pienso hacerlo hoy mismo.

La mirada de la joven se clavó en el enorme muro de hielo que les bloqueaba el paso. Se levantó con decisión y se dirigió de nuevo a su capitán.

—Di a todos que recojan el campamento, que dejen atrás aquello que no sirva. Y que se refuercen esas empalizadas. Quiero que el ejército esté preparado en una hora.

Baethan se disponía a obedecer cuando una duda le asaltó.

—¿Qué queréis decir con que se refuercen las empalizadas? —dijo—. Se supone que debemos desmontarlas.

Baethan era un gran soldado y un buen táctico militar, pero su mente no alcanzaba a ver grandes cosas fuera del campo de batalla más allá de lo obvio.

—Quiero decir que no se desmonten, capitán. Enterrad bien los maderos, y tapadlos todos para que la nieve no pase. Amontonad piedras y poned más madera. Quiero que la empalizada parezca un muro impenetrable, es más, quiero que esa empalizada sea un muro impenetrable.

Cinco minutos más tarde el campamento era un hervidero de soldados y oficiales organizando todo para la marcha.

Alanys suspiró. Aquella guerra acababa de empezar y ya se le estaba atragantando. Quizá toda aquella empresa fuera demasiado incluso para ella. Ni siquiera Baethan parecía querer continuar. Los hombres estaban agotados desde el principio. Sabían que no podían ganar. Iban a una guerra que acabaría con todos. Eso si no lo hacía la montaña antes.

Pero no. Alanys no iba a cejar en el intento. No podían rendirse. No, eso no. Tenía que decirles algo a sus hombres. Tenía que darles esperanza.

Una hora después, tal como estaba previsto, el ejército estaba listo para iniciar la marcha al norte. La nieve seguía bloqueando el paso. Alanys cabalgaba a lomos de Edain por la primera fila. Allí estaba todo lo que necesitaba. El viento arreciaba del este y traía frío pero ninguno de sus soldados se movía. Escudos y lanzas preparados para cualquier cosa. Era el momento.

—¡Soldados! —gritó desmontando y subiendo a una roca—. ¡Mis valientes soldados! ¡Me habéis acompañado durante seis años, seis! Decidme ¿cuántas batallas hemos librado? ¿Cuántos enemigos hemos vencido? ¿Cuántos rivales cayeron bajo vuestro acero? Ese muro de hielo no es más fuerte que los escudos de los guerreros a los que ya habéis vencido ¡Estas montañas no serán quiénes os derroten! Podemos quedarnos aquí y morir de frío mientras nuestros amigos mueren en el campo de batalla ¡O podemos abrirnos paso e ir a luchar con ellos! ¿Qué es lo que queréis? ¿Queréis morir aquí? Os diré una cosa, soldados ¡Yo no pienso dejar mi vida en estas montañas! Seguiré al norte. Si he de morir en esta guerra lo haré ¡Pero será contra un enemigo en el campo de batalla! ¡No aquí!

Cogió un pedazo de nieve y la deshizo entre sus manos. El líquido cayó a la roca desnuda.

—¿Lo veis? ¡Podemos pasar! ¡Podemos hacerlo! ¡Vamos a una batalla, por los dioses! ¡A una batalla! —La joven desenvainó la espada y la hizo chocar contra el escudo—. ¡A una batalla! ¡Hoy no vamos a morir! ¡Sois soldados! ¡Sois los mejores hombres del mundo! ¡Ni siquiera estas montañas podrán con vosotros! Dicen que solo los dioses y los grandes héroes del pasado las atravesaron ¡Hoy podéis ser mejores que los dioses, hoy podéis superar a los héroes!

Volvió a golpear el escudo y el sonido se extendió con el eco por las montañas. Algunos pedazos de nieve temblaron.

—¿Queréis ser dioses? ¿Queréis superarlos? —preguntó a viva voz

Algunos hombres respondieron gritando y golpeando los escudos. Desde luego que querían ser como los dioses.

—¡Atravesemos esas montañas! ¡No vamos a quedarnos aquí a morir! ¡Adelante, marchemos a la verdadera guerra! ¡Vayamos a la batalla!

Esta vez el estruendo fue general. Veinte mil gargantas gritaron y golpearon los escudos con las lanzas.

—¡A la batalla! ¡A la batalla! ¡Por Alanys! ¡Por nuestra reina!

Todo el valle se llenó con el atronador sonido de los ejércitos de la joven. Las rocas temblaban y la nieve se agitaba. Pronto el muro que bloqueaba el paso se agitó y resquebrajó. Enormes bloques y trozos de hielo empezaron a caer ladera abajo y se estrellaron contra la empalizada reforzada. Durante un momento todos temieron lo peor pero el muro resistió.

Sin embargo, las toneladas de nieve que taponaban el paso cedieron sin que nada las frenara y se precipitaron al vacío. En unos minutos el valle quedó en silencio. Solo quedaban los regimientos de Alanys y un sendero que cruzar.

Un sendero que llevaba al norte. A la guerra.

A la esperanza.

Lord Scyles se movía de un lado a otro en la sala principal del gran Castillo de Diana. La fortaleza era bastante nueva, apenas contaba con unas decenas de años y todavía no había tenido que enfrentarse a un asedio. Sin embargo, podía resistirlo sin problemas. El Castillo de Diana estaba diseñado exclusivamente para la guerra. Su proximidad al Muro de Hiperión y a la frontera hacía de él un bastión inexpugnable.

La misión de dicho enclave era garantizar el aprovisionamiento de las guarniciones que servían en primera línea y mantener las rutas de suministros. Además, era un nudo de comunicaciones entre la frontera y las grandes ciudades del interior.

Podía cobijar a todo un ejército y sus gruesas murallas estaban bien protegidas por torres y catapultas. Contaba con almacenes gigantescos y tenía sus propios artesanos y armeros, amén del personal civil que trabajaba allí, como agricultores y médicos.

La Liga había organizado la defensa de la frontera del este en tres líneas que debían servir para evitar cualquier posible invasión bárbara. La primera línea estaba constituida por las atalayas de Nurúne, que más que rechazar un posible ataque, debían contenerlo el tiempo suficiente para que las tropas de la segunda línea, en el Muro de Hiperión, se pudieran preparar. Finalmente, si algún enemigo lograba abrir una brecha en dicho muro y en sus poderosas fortificaciones, se decidió levantar el Castillo, como tercera línea de defensa.

Con el paso del tiempo, Nurúne tuvo que abandonar las atalayas casi por completo, por lo que el Castillo de Diana cobró más poder, y como dependía por entero de Ámbarin no se vio afectado por los recortes de presupuesto militar.

La sala principal del castillo se hallaba situada en el centro de la torre este. Dicha torre se había levantado para albergar al comandante de la plaza y sus mandos. En ese momento daba

cobijo a Lord Scyles, a varios de sus oficiales y al líder de los mercenarios que había contratado, Brinno. El líder era un mercenario del norte, y como tal, era arrogante, brusco y muy interesado. Brinno no movería un solo dedo si no supiera que podría sacar tajada. El propio rey de Dineren no se fiaba un pelo del mercenario pero no le quedaba más opción si quería salir del atolladero en el que estaba.

El ejército de la alianza había llegado a sus muros hacía tres días, levantando una empalizada y preparando su artillería. Era cuestión de tiempo que iniciasen el ataque. Sin embargo, el rey no había prestado demasiada atención a las fuerzas que lo rodeaban, no era ése el mayor de sus problemas, al fin y al cabo, esas fuerzas pertenecían a Nurúne y a Meredorn, los únicos que quedaban en la Liga. El primero apenas tenía tropas para comenzar un asedio y los ejércitos del segundo estaban compuestos de caballería y Lord Scyles no veía de qué podía servir un caballo a la hora de asaltar unos muros como los del Castillo de Diana.

El caso es que, pese al ejército que acampaba cerca, estaba tranquilo. Mejor dicho, había estado tranquilo hasta esa mañana, pues todas las malas noticias habían llegado de golpe.

Lord Scyles era madrugador. Le gustaba hacerlo pues las intrigas requerían tiempo para gestarse. Había pactado una alianza con Dordinas pero había dejado que el de rey de Ámbarin fuera solo a la batalla. Ahora estaba muerto, tal como quería. ¿Por qué ibas a matar a tu enemigo cuando otros podían hacerlo? Estaba en la ventana sur de la torre, observando como la luz del sol bañaba los campos y meditando sobre el siguiente paso a dar, ese ejército aliado era lo suficientemente importante como para obligarle a modificar sus planes, cuando vio una paloma que volaba directamente hacia allí. Su vuelo era rítmico, delatando así que no era silvestre, venía del sur. Aquello solo podía significar que Trafal le estaba enviando un mensaje. Seguramente se habría puesto en marcha para atacar a los bárbaros de la frontera, su plan se ponía en movimiento. La paloma se posó en la ventana y dejó que Lord

Scyles le quitara el pequeño rollo que llevaba en una pata. Era un ave hermosa, de colores grises y blancos y pico negro. El rey de Dineren desplegó con cuidado el mensaje, la letra, aunque muy apretada y escrita de forma rápida, era elegante.

<Se lo habrán escrito, no creo que ese ignorante sepa siquiera escribir>.

Pero su rostro palideció según leía.

“Mis Degolladores y yo hemos tomado la ciudad de Ithender de acuerdo a nuestro pacto. Desgraciadamente, los mercenarios del interior no lograron asesinar al rey Vangio, quién logró escapar con la ayuda de unos caballeros de Bastión de Plata”.

<¿Bastión de Plata? ¿Qué estaban haciendo allí?>

Siguió leyendo, enseguida lo comprendió.

“Según parece, Alanys ha reconstruido la antigua Ojos Verdes y ha creado un segundo ejército allí para atacar el este, aunque no sé cuál es su verdadero propósito, la cuestión es que la joven necesita Ithender para armar y aprovisionar sus ejércitos y Vangio, junto con treinta mil soldados de Bastión de Plata, acampa ahora frente a los muros de la ciudad, llevamos semanas resistiendo, pero todas mis armas son inútiles para derrotar a esos regimientos. Ni siquiera los lince negros pueden con ellos, su caballería ha encontrado el modo de rechazarlos. Nuestras provisiones empiezan a escasear y he tenido que acabar con los mercenarios pues se han rebelado exigiendo el pago de sus servicios. Es por esto que no podré llevar mi ejército al norte para caer sobre los bárbaros rebeldes y solicito tu ayuda para liberar la ciudad. Solo así se podrá vencer a esos soldados de Bastión de Plata”.

Terminó de leer. Lord Scyles estaba pálido como un cadáver. En sus manos temblaba el mensaje, bien por rabia, odio hacia esos bárbaros y sobre todo por temor. Sí, el rey estaba asustado. Sus alianzas estaban cayendo y no estaba logrando nada. Al contrario.

Pero no era aún lo peor. Lo peor vino a continuación. Scyles hizo trozos el mensaje y lo arrojó por la ventana. Mientras miraba como aquellas malas nuevas caían pudo ver como desde el campamento enemigo se montaban piezas de artillería de gran tamaño. Además, las armaduras y uniformes de aquellos soldados no correspondían a los que usaban las tropas de Nurúne ni los jinetes de Meredorn. No. Aquellos soldados venían de...

<Bastión de Plata>, pensó Lord Scyles.

Durante unos momentos su mente no pudo pensar en otra cosa.

<Alanys>.

<Bastión de Plata>.

Rápidamente llamó a sus oficiales y a Brinno y les explicó la situación.

—Traful está atrapado en Ithender, las fuerzas de Alanys bloquean cualquier acción suya por el sur. A pedido ayuda, pero nosotros mismos estamos asediados.

—Podríamos romper el bloqueo y viajar al sur —dijo un oficial—, no parece que el enemigo tenga grandes fuerzas.

—Vanora y Needle cuentan con el apoyo de Bastión de Plata. No sé exactamente cuántas tropas habrán traído pero puede que sean suficientes como para plantearnos una batalla, por no mencionar que no tenemos demasiada caballería.

—¿Cómo es posible que Alanys pueda desplazar tropas a Ithender y a la vez aquí?

Lord Scyles suspiró. Había cometido un error grave al subestimar a la joven.

<Tan grave que puede costarnos la vida>.

Alanys y su ciudad estaban demasiado lejos, en el sur, como para que pudiera representar una amenaza. La sombra de un ataque a occidente por parte de la joven llevaba años instalada sobre todos, pero nadie podía pensar que Alanys fuese capaz de desplegar

tantas tropas con esa celeridad y en sitios tan alejados como el Castillo de Diana e Ithender.

—Lo cierto es que no sabemos nada de Alanys salvo que tiene un gran ejército, como ahora queda demostrado, y que es peligrosa.

—¡Pero está demasiado lejos! —replicó el oficial, como si no acabase de creerse que el enemigo estuviese a sus puertas.

—¿Demasiado lejos? —dijo Lord Scyles visiblemente irritado por el empecinamiento del oficial—. ¿Y dónde crees que está, imbécil? Justo ahí abajo hay miles de sus hombres. Con ella o sin ella al mando está claro que están bien dirigidos, podrán hacernos frente en batalla.

—Mientras nos quedemos entre estos muros podremos rechazarles, por muy buenos soldados que sean, no creo que haya más de veinte mil hombres en total, más o menos los mismos que tenemos nosotros, y además contamos con la protección de las murallas y las catapultas. Tenemos las de ganar —dijo Brinno.

El líder mercenario llevaba toda la razón. Las cosas no pintaban tan mal, aunque las tropas de Alanys hubieran venido.

—Bien, creo que nuestro recién llegado amigo tiene razón —dijo Lord Scyles—, nos quedaremos en el castillo. Si ellos quieren esperar un mes antes de atacar, que lo hagan, nosotros tenemos reservas de víveres más que de sobra, y si se deciden a asaltar estas murallas no tenemos más trabajo que el de rechazarles. El Castillo de Diana es inexpugnable.

La reunión parecía haber terminado, pero uno de los oficiales aún quiso preguntar algo.

—¿Y qué pasa con Traful y el asunto de Ithender?

—Traful tendrá que resistir él solo y esperar —dijo Lord Scyles antes de despedir a todos.

Los presentes fueron abandonando aquella sala mientras el rey daba sus últimas instrucciones.

—Reforzad las puertas, tened la artillería a punto y doblad los turnos de guardia, sobre todo de noche ¡Por los dioses, solo faltaría que nos atacaran sin que les viéramos! —Y justo cuando el líder mercenario iba a salir, añadió—: Brinno, quedaos un momento, quiero hablar con vos.

El guerrero dio media vuelta y volvió hacia la mesa. Iba vestido con el atuendo típico de los guerreros del norte. Cuero grueso y endurecido sobre una cota de malla, botas para caminar sobre nieve y barro e iba armado con una larga espada. Como todos los guerreros mercenarios Brinno era un tipo duro, bastante directo y rudo, igual que sus hombres. Sin embargo, era inteligente, sabía leer bien las batallas, interpretar situaciones y tratar con grandes personalidades, por eso estaba dirigiendo a uno de los mayores ejércitos mercenarios que quedaban en el mundo. Brinno era un buen estratega que ya había sobrevivido a innumerables batallas.

—Los razonamientos que habéis dado son buenos —continuó Lord Scyles—, pero no he podido evitar darme cuenta, de que calláis más de lo que decís. Ese ejército lleva tres días acampado ahí fuera, sin atacar.

—Así es, mi señor.

—¿Y por qué no ataca? —preguntó Lord Scyles— Creo que vos lo sabéis, o al menos lo intuís, ahora que estáis a mi servicio, creo que debo conocer todo lo que me pueda afectar directamente ¿Por qué la alianza no nos ataca? Tienen a las fuerzas de Alanys, se supone que son las mejores del mundo.

Algo que hacía que Brinno fuese tan bueno en su trabajo era su conocimiento de todos y cada uno de los reyes, caudillos y líderes que había. Brinno tenía constancia de cualquier alianza o pacto, bien para encontrar nuevos clientes a los que vender su espada, bien para conseguir información que le pudiera servir de provecho. El mundo era un constante campo de batalla, bien en guerras, o bien durante la paz. Él tenía trabajo incluso en la paz. Sabía de alianzas comerciales, dónde estaban las mejores minas o canteras y sabía qué reyes iban morir de enfermedades o con quién se

acostaban los príncipes. La información, los datos, eran muy valiosos y se pagaban bien. Solo había que saber a quién era conveniente revelarlos.

—Yo no sé por qué están ahí sin hacer nada, aunque basándome en la información que tengo puedo hacer varias conjeturas y hay una en especial que me tiene preocupado.

Lord Scyles frunció el ceño. Aquel tipo empezaba a gustarle.

—¿De qué trata?

—Bueno... según he podido saber, Alanys reconstruyó Ojos Verdes con el objeto de crear un nuevo ejército que le permitiera lanzar una invasión en el este. Tres regimientos completos, con su infantería pesada y sus fuerzas auxiliares, todo un ejército de invasión. Alanys ha movido tropas hasta Ithender para liberar la ciudad, según Trafal son treinta mil, puede que más. Treinta mil hombres son tres regimientos con todas sus fuerzas auxiliares. En resumen, Alanys ha enviado todo el ejército de Ojos Verdes hacia la ciudad de Vangio.

El rey escuchaba y asentía, pero no lograba comprender a dónde quería llegar el líder mercenario.

—Tres regimientos, mi señor. Tres regimientos atacando el sur. Pero en Bastión de Plata, la joven señora concentraba su ejército de veteranos, con los que partió a occidente antes de que le perdiera el rastro. Ese ejército estaba compuesto de cuatro regimientos, con pocos auxiliares. Y ahora aquí, en esta misma fortaleza han aparecido sus tropas, y a juzgar por lo que he visto, creo que solo es un regimiento. Uno solo. Uno que está aquí y tres que se encuentran en Ithender son cuatro. La pregunta que me hago es la siguiente ¿Dónde están los tres regimientos que faltan, el grueso de sus veteranos?

—¿Tenéis alguna idea de su paradero?

—No, no la tengo mi señor. Pero creo que la alianza no nos ataca porque está esperando refuerzos. Alanys vendrá aquí con el resto

de sus ejércitos. Ahora mismo las fuerzas están igualadas pero esa igualdad desaparecerá en cuanto Alanys llegue. Es la única explicación que encuentro. Solo han de impedir que podamos escapar hasta que ella llegue.

Brinno tenía razón.

<Maldita sea, tiene razón, esté donde esté Alanys vendrá aquí y barrerá este sitio>.

—¿Qué me aconsejáis? —preguntó Lord Scyles.

Brinno meditó un momento su respuesta mientras su mano derecha acariciaba el pomo gastado de su espada.

—Ahora mismo nuestras fuerzas están bastante igualadas, salvo porque nuestra caballería es escasa.

—Debe de haber algún modo de subsanar eso.

El líder mercenario pensaba. Lord Scyles callaba. Dordinas había subestimado a la joven, y ahora él. Sin siquiera pretenderlo, Alanys le había ganado la partida. Pero aún podía darle la vuelta, aún podía salir con vida de allí. De repente el Castillo de Diana se había convertido en una ratonera sin salida. ¿O sí la había?

<Ahí fuera solo hay un ejército que destruir, solo uno>, pensó Scyles.

—Ataquemos —dijo Brinno—, ataquemos esta noche.

Los tambores se empezaban a hacer audibles. El eco de las montañas los repetía cada vez más fuertes, más estruendosos. Más terribles. Aquellos tambores anunciaban que la muerte se acercaba en forma de lanzas y espadas. Y esa muerte iba ataviada con pieles de oso y lobo. Era una bestia vociferante, violenta, un animal acostumbrado al frío, a las marchas entre la nieve. Eran los tambores de guerra del norte.

Alanys miraba con sus ojos grises a las montañas que habían dejado por fin atrás. Todos estaban exhaustos. Habían ganado la batalla al frío, al viento, a las tormentas...el paso por las montañas del norte había sido sin duda la prueba más dura por la que Alanys y sus hombres habían tenido que pasar.

Y ahora los mensajeros de avanzadilla le traían más malas noticias. La joven pensó en un principio que la campaña para solventar el asunto de Lord Scyles sería rápida, un ataque fulminante sobre su castillo en el norte y el rey pondría fin a sus aspiraciones, pero tras el paso por las montañas y las nuevas que le traían todo indicaba que la campaña podía alargarse. Por unos momentos se preguntó si las fuerzas de Vanora también tendrían problemas.

Alanys había hecho levantar un campamento improvisado al pie de las montañas para que el ejército pasara la noche y descansase algunas horas antes de afrontar el siguiente reto. En su pabellón, situado en el centro, se hallaban reunidos los altos mandos en un apresurado consejo. Allí estaban Baethan, en representación de la Guardia de Plata y como segundo al mando, Raedhan, al mando del I regimiento, Galantyne, con el III regimiento y Norwyn, general del IV. Había además varios oficiales de las fuerzas auxiliares y el oficial al mando de la expedición de reconocimiento.

Alanys entró y se sentó. Sin más preámbulos conminó al jinete a empezar a hablar. El oficial comenzó. Al parecer la expedición se

había topado con fuerzas enemigas bastante numerosas que aguardaban al ejército de Bastión de Plata.

—Calculo que serán unos veinte mil, puede que algunos más. Se encuentran a tan solo unas horas de nuestra posición —decía el oficial, bastante asustado por cierto—, casi puedo asegurar que al amanecer se lancen a por nosotros.

Alanys lo miró seriamente y el soldado comprendió que su último comentario sobraba.

—Esas consideraciones no son asunto tuyo —repuso ella con firmeza—. ¿Qué habéis visto? Necesito saber qué armas tienen, cuánta infantería, y sobre todo de cuánta caballería disponen.

El hombre, ya nervioso, trató de pensar rápido y lo único que logró fue atascarse más.

—Cálmate oficial, respira y piensa —dijo Baethan.

—Sí señor, veamos, su infantería es más o menos igual, salvo por unidades de lanceros, que tienen bastantes, distinguí los estandartes de Dineren sí, pero también los de Nueva Esperanza, creo que el rey Drustan IV ha venido. Tampoco vi grandes cantidades de caballería, seguramente el número de sus jinetes sea parecido al nuestro.

Alanys no había traído gran cantidad de caballeros porque no pensaba entrar en batalla directa. No le pareció necesario.

—De acuerdo, oficial, habéis hecho un buen trabajo. Ahora retírate.

El jinete salió de la tienda y se hizo el silencio. Aquella batalla era difícil y el ejército no estaba en las mejores condiciones para luchar. Esta vez nadie dijo una palabra y los ojos de todos aquellos hombres, de esos grandes hombres y guerreros, se clavaron en Alanys. Ella era la única que podía mantener la mente fría en esa situación y sacarlos con vida del aprieto en el que estaban.

—No tienen arqueros —dijo Alanys en voz baja, casi como un pensamiento—, bien, no tenemos tiempo de levantar empalizadas ni

defensas. El enemigo espera atacarnos al amanecer, pero se dará de bruces contra nuestro ejército.

—Los hombres están demasiado agotados para atacar —replicó Norwyn.

—Atacando sobreviviremos, general. Confíad en mí. Está atardeciendo, no creo que sepan con exactitud cuántos somos en realidad. Eso juega a nuestro favor. Quiero que se enciendan hogueras y fuegos cuando caiga la noche, pero éstos deben ocupar mucha más extensión de la que abarca el campamento. Que se realicen patrullas por todo el perímetro, les haremos creer que somos el doble. Una hora antes del amanecer todas nuestras fuerzas deberán estar preparadas, armadas y formadas para el avance. Colocaremos a los arqueros en vanguardia, seguidos de la infantería ligera y de los regimientos. Caballería en flancos.

—Pero... —comenzó Galantyne en tono dubitativo.

—No es momento para los “peros”, general, estamos entre iguales, di lo que desees decir —dijo Alanys.

—Nuestra caballería no es suficiente para desbordar al enemigo en los laterales.

Los demás le secundaron.

—Lo sé, llevas razón mi general y soy consciente de ello. Pero en esta ocasión la batalla se decidirá en el centro. De modo que actuaremos del siguiente modo —dijo Alanys bajando el tono de voz de forma inconsciente.

Cuando la reunión se dio por finalizada Alanys salió al exterior. Los hombres corrían y preparaban todo como ella había dispuesto. La joven se encaminó a una parte más tranquila, quería tener un poco de soledad para pensar.

¿Cómo le iría a Galahad? Hacía mucho tiempo que no lo veía y deseaba estar con él para fundirse en sus brazos. La guerra ya había empezado y ¿Quién podía saber si esa batalla sería la primera de muchas o la última? Los últimos informes del

comandante decían que seguían atacando la ciudad de Ithender. Al parecer esos salvajes plantaban una resistencia enconada.

Le quería. Así de simple, así de certero fue ese pensamiento. Le quería.

<Le quiero, le quiero>, pensaba una vez y otra.

Alanys estaba segura de con quién quería pasar el resto de sus días, si es que podía disfrutarlos. Siempre había estado ocupada en otros asuntos, su mente viajaba hacia destinos lejanos, inalcanzables, pero que ahí estaban, esperando que alguien tuviera el valor de desafiarles a ser alcanzados. Pero en algún punto de ese viaje a tierras desconocidas, su corazón ansiaba descansar y ser querido y amado. Alanys había dejado de ser una niña, tampoco era ya una adolescente. Era una mujer, una mujer guerrera, pero mujer al fin y al cabo. Una mujer que vagaba de un lado a otro en soledad, sin nadie que la consolase en las oscuras noches de invierno. Y constantemente su corazón se preguntaba si el joven Galahad la correspondería, si aquel niño que tanto la quiso, si ese hombre que comandaba sus ejércitos siguiendo sus órdenes con lealtad infinita querría ser también el hombre que prometiera amarla para siempre.

<Nada de todo eso importará si no gano la batalla de mañana>, pensó la joven.

El enfrentamiento iba a ser el más duro que hubiera afrontado. Sus hombres nunca habían estado tan al norte, por no mencionar su estado de agotamiento y frío.

<Mañana será un día de muerte>.

Volvió a su pabellón. Dejó la espada apoyada en la cama, bebió un trago de agua como hacía siempre y, tras comprobar que una daga reposaba bajo la almohada, se tumbó. Arrebujada bajo las pieles, la joven Alanys no tardó en rendirse al sueño y al cansancio que llevaba acumulado desde hacía varias jornadas. Soñó con una nieve teñida de sangre y con los estandartes de sus ejércitos abandonados en medio del campo de batalla.

Campamento norteño, al amanecer.

Los cuernos de alarma despertaron al rey Drustan de su plácido sueño. Habían dado tres toques, señal de ataque enemigo. Esa Alanys era osada, tenía que reconocerlo.

Drustan, rey de Nueva Esperanza y cuarto de su nombre, había acudido en ayuda de las fuerzas de Dineren en cuanto supo que la señora de Bastión de Plata estaba atravesando las montañas. El rey había sido un hombre corpulento hacía años, pero ahora caminaba algo encorvado fruto de los fríos del norte, y es que Nueva Esperanza se hallaba situada en el extremo más alejado de todo, en los confines del norte, donde el verano apenas derretía la nieve unos días. El poco pelo que aún conservaba le caía lacio por los hombros y su barba necesitaba un arreglo inmediato.

Nueva Esperanza no era una ciudad al uso, no era una gran fortaleza y sus muros habían sido de madera hasta hacía pocos años. Pero era un lugar que carecía de enemigos, tranquilo. Drustan no tenía relación, ni buena ni mala, con Alanys y tampoco le caía muy bien el rey de Dineren, pero al menos en el norte se respiraba cierta paz. Sí, Dineren estaba en guerra, pero sus ejércitos luchaban al sur, cerca de la frontera y no parecía que hubiera grandes amenazas.

Sin embargo, las cosas parecían complicarse y con la llegada de las fuerzas de Alanys aquella relativa paz amenazaba con romperse. Que esa joven, de tan terrible reputación, estuviera por allí cerca era malo para todos. Por ese motivo había que detenerla antes de que su presencia hiciese mayores daños.

El rey Drustan se acercó a Sigimer, el hombre que Lord Scyles había dejado al mando de Dineren.

—Hay que reconocer que es valiente —dijo el rey.

—Es estúpida —contestó Sigimer secamente.

Sigimer era, al igual que Lord Scyles, demasiado arrogante. Pertenece a la nobleza del reino y su familia era la segunda más poderosa, justo por detrás de la del propio líder. Incluso estaban lejanamente emparentados. Lord Scyles no se había pronunciado aún en el tema de la sucesión y había varias opciones, de modo que Sigimer pensaba que obteniendo una gran victoria sobre Alanys, al fin las dudas se disiparían y sería elegido como sucesor. Derrotar a la joven sobre el campo de batalla se había convertido en primordial.

Sigimer estaba convencido de su triunfo y acudió al encuentro de Alanys apenas con las fuerzas de la guarnición de Dineren y unos cuantos voluntarios, ni siquiera envió emisarios a Drustan pidiendo auxilio, y desde luego le desagradaba la idea de tener que compartir una victoria con el rey de Nueva Esperanza.

Pero a Drustan eso le daba igual, si por él fuera les dejaría a todos esos reyes y caudillos aniquilarse mutuamente. Él solo quería disfrutar de sus libros bajo el calor del fuego. Salir de caza de vez en cuando y dar largos paseos por la orilla del río, rodeado del verdor de los árboles de su bosque de lobos.

—Pero nuestro plan de atacar primero ha desaparecido —replicó el rey—, ha hecho exactamente lo mismo que íbamos a hacer nosotros.

—Sí, y tiene menos hombres lo que esperábamos, por no decir que su caballería es escasa.

<Igual que la nuestra, idiota>.

Los ejércitos del norte apenas contaban con jinetes ya que en esas tierras era complicado hallar caballos con los que luchar. No había muchos debido a las bajas temperaturas y los pocos que se podían capturar eran usados por los aristócratas para largas jornadas de caza y recreo.

—Saldremos ahora mismo —sentenció Sigimer—. Ordenaremos un avance frontal de la infantería, la caballería cargará al galope

contra los jinetes enemigos. Les frenaremos y no nos flanquearán.

—Nosotros tampoco a ellos —observó Drustan.

—No, pero sus tropas están agotadas por el paso de las montañas, eso debilita a cualquiera. Alanys ha cometido el error de subestimarnos, no se puede ganar una batalla con un ejército cansado. Su infantería será presa fácil.

Drustan miró directamente a las tropas de Bastión de Plata. Se movían despacio, en formación. Ante sus ojos estaba el mejor ejército del mundo. Quizá Sigimer tuviera razón en lo referente a su debilidad por el viaje a través de las montañas, pero el rey estaba completamente seguro de que presa fácil no serían. Habría bajas. Puede que demasiadas.

De repente, Drustan IV no vio clara la victoria ¿Y si perdían?

Retaguardia de Alanys.

—Ya salen —apuntó Baethan.

—Así es —dijo Alanys mirando el despliegue del ejército enemigo.

No llevaban demasiada infantería ligera. Dirigió sus ojos a sus propios hombres. Todos estaban listos. Ella habría querido luchar en primera línea pero todos sus mandos se lo habían desaconsejado, de modo que se quedó en retaguardia protegida por la Guardia de Plata y por Baethan.

—Ahí viene su caballería —señaló Alanys—, que la nuestra les rechace ¡Y por los dioses, que resistan el golpe!

Caballería norteña.

Los jinetes del norte se habían lanzado con toda la fuerza de sus cabalgaduras sobre la caballería enemiga. Llevaban espadas largas y hachas, y confiaban en la fuerza y velocidad de sus caballos para desbaratar las líneas enemigas. Igual hasta conseguían acabar con la caballería de Alanys y envolver a su infantería.

Los caballeros del norte galopaban a toda velocidad, tanta que no vieron como los jinetes de Bastión de Plata ponían en ristre sus largas lanzas, y cuando quisieron darse cuenta era demasiado tarde para refrenar los caballos o desviarse. Las lanzas del sur chocaron de lleno contra las débiles protecciones de los jinetes y derribaron a decenas de ellos. El golpe fue terrible cuando ambas caballerías trabaron combate cerrado. Las espadas se cruzaron y el sonido del metal se mezcló con los gritos agónicos de hombres con la garganta o el estómago abiertos y los relinchos de las bestias que mordían, daban coces o se retorcían de dolor.

Vanguardia de Alanys.

—¡Tensad los arcos! —dijo el oficial.

La orden se extendió rápidamente y los arqueros se prepararon para soltar una mortal descarga.

Alanys había hecho que tras la infantería de primera línea, formase un cuerpo de arqueros para equilibrar un poco la superioridad numérica enemiga antes del choque.

Las flechas salieron propulsadas y se elevaron durante unos segundos antes de precipitarse sobre el enemigo, clavándose en brazos y piernas. La primera andanada no causó muchos daños pues aún estaban lejos, pero la segunda y sobre todo la tercera provocaron docenas de bajas.

Después fue el turno de la infantería de primera fila. Cada hombre llevaba dos jabalinas que soltaron cuando el enemigo estuvo a tiro y finalmente recibieron su embestida. Ambas fuerzas

se enfrentaron en un cuerpo a cuerpo sangriento. Los hombres del norte eran corpulentos y luchaban con ferocidad tratando de hacerles perder terreno. Por otra parte los soldados de Alanys se defendían con bravura tratando de resistir, pero era una misión imposible. Desprovistos de lanzas y armas arrojadas no podrían seguir manteniendo las líneas por más tiempo.

El lugar del choque estaba cubierto de cadáveres de ambos bandos y la sangre lo impregnaba todo, pero ahora las fuerzas de Dineren y Nueva Esperanza habían hecho retroceder a la vanguardia de Bastión de Plata casi un centenar de pasos. La infantería ligera plantaba un combate feroz pero era evidente que se estaba viendo desbordada.

Debían retirarse y dar paso a los soldados segunda línea o corrían el riesgo de ser masacrados.

Retaguardia norteña.

—¡Lo ves! —decía Sigimer presa del júbilo—. ¡No han resistido el empuje! ¡Ni siquiera arrojándonos lanzas y flechas!

El ataque había empezado bien. Había empezado muy bien. La caballería de Alanys no podía avanzar, bloqueada como estaba por la propia caballería del norte y su vanguardia estaba siendo destrozada a las primeras de cambio. Los soldados de Alanys no estaban preparados para los rigores del norte.

La batalla se empezaba a prever más corta de lo que todos pensaban.

—¡Que ataque el resto! —ordenó Sigimer—. Acabaremos con todos en un abrir y cerrar de ojos.

Drustan asentía sin decir nada. Era evidente que Alanys estaba perdiendo aquella batalla rápidamente, pero le costaba mucho creer que algo así pudiera pasar. La joven siempre había ganado todas

las batallas libradas y poseía docenas de conquistas. Su fama de excelente guerrera la precedía, y sin embargo sus hombres retrocedían...poco a poco la vanguardia cedía un paso tras otro hasta que sonaron los instrumentos para dar paso a la infantería pesada.

IV Regimiento.

—Nos toca —decía Norwyn mientras se ajustaba el yelmo—, hay que resistir como sea.

Alanys había dispuesto a sus regimientos en damero y los había dividido en tres líneas que se relevarían para tener soldados frescos en el frente de forma continuada.

El general no se sentía para nada cómodo en aquella batalla. Sin la caballería ayudándoles y con la vanguardia en clara retirada, Alanys se había visto forzada a adelantar la entrada de la infantería pesada en combate.

La primera fila del IV ya tenía los escudos levantados y había entablado una lucha feroz con el enemigo justo cuando pasaron los hombres de vanguardia. ¿Cómo les iría al I y al III? Norwyn miró a los laterales pero no vio nada debido al tumulto de la batalla.

Los soldados de los regimientos serían una prueba mucho más dura para esos guerreros del norte. Pero Norwyn quedó asombrado por el arrojo de esos hombres, no solo rechazaron a sus tropas, sino que también las hicieron retroceder. El IV regimiento jamás había dado un paso atrás en una batalla y por todos los dioses que eso no podía ser.

<Ya sabía yo que esta batalla sería difícil>.

Norwyn era un guerrero experimentado que sabía cómo dirigir a los hombres bajo su mando, su filosofía era la de no rendirse jamás y ver como el IV se retiraba le provocaba una rabia incontrolable.

Había que seguir resistiendo, apenas llevaban un rato en combate y ya estaban retrocediendo.

III Regimiento, ala derecha.

Galantyne desenvainó la espada mientras los instrumentos indicaban un segundo relevo en las filas. Los enemigos seguían atacando desesperados por romper al ejército de Alanys y de momento lo estaban logrando.

Sus tropas se habían replegado tanto que la caballería se hallaba tan lejos que apenas era visible. Aunque de poco les iba a servir tenerla cerca pues estaba siendo masacrada.

El general agarró con fuerza el escudo y se abrió paso a empujones mientras maldecía a todos en voz alta.

—¡Malditos seáis todos! ¿Es que va a hacer falta todo el ejército para que seáis capaces de frenar a esos idiotas? Cualquier imbécil con una espada lucha mejor que vosotros, perros. ¡Hasta un mercenario habría vencido ya!

Y así, entre imprecaciones y gritos, llegó el general a primera línea.

—¡Más os vale que dejéis de retroceder u os juro por todos los dioses que yo mismo os mato! ¡Jamás he tenido cobardes entre mis filas!

El general Galantyne detuvo un golpe enemigo con el escudo y aprovechó que su rival perdió pie para degollarle. Segundos después su espada cercenaba una nueva garganta norteña. Galantyne había sido soldado toda su vida. Soldado, mercenario y de nuevo soldado. Y ahora dirigía uno de los regimientos del ejército más poderoso del mundo. No era una mala carrera. Se agachó para evitar un golpe y desde abajo pinchó en las piernas de su enemigo. No le prestó atención mientras se desangraba.

El veterano soldado llevaba con Alanys cinco años, cuando ésta le contrató para una campaña, ni siquiera recordaba el lugar. El caso es que quedó tan impresionado por el carisma, liderazgo y habilidad de la joven que devolvió sus emolumentos y juró combatir por ella siempre. Galantyne estaba allí por lealtad.

Luchaba con tanto ahínco que los enemigos comenzaron a huir al verle. Nadie quería acercarse a él. Galantyne entre tanto acabó con otros dos y dio un paso al frente. Una espada le hizo frente pero el casco evitó males mayores y el general, preso de la ira, arremetió con todas sus fuerzas mientras hundía la espada en las entrañas del osado guerrero. Un paso más. Y otro, y otro.

—¡Avanzad, malditos, moveos! —gritó.

Los soldados del III regimiento rehicieron sus filas y formaron un frente de escudos y espadas. Avanzaron. Los enemigos les lanzaban jabalinas y todo tipo de armas arrojadas, muchas de las cuales hacían blanco, pero aun así el III avanzaba.

El propio Galantyne seguía combatiendo. Tenía el escudo abollado y lleno de golpes, incluso tenía varios cortes pero parecía moverse como si acabara de entrar en primera fila.

El esfuerzo que estaban haciendo era colosal. Galantyne era consciente de que sus hombres no aguantarían mucho más. Habían recuperado algo del terreno perdido, cierto, pero era solo un espejismo. Habían sido necesarias tres líneas para hacer retroceder a los norteños, las bajas eran altas y ni siquiera sabía qué pasaba en el ala izquierda.

No importaba ya. Había que seguir manteniendo las posiciones.

Retaguardia de Alanys.

—La caballería cede en el ala izquierda —observó Baethan.

Era cierto. En la lejanía podía verse como los jinetes que Alanys había enviado allí se estaban viendo superados poco a poco. Había que evitar eso a toda costa. Si las alas cedían la infantería podía verse en un aprieto serio. Mejor dicho, en un aprieto mayor que en el que se encontraban.

—Sí, y los regimientos tampoco lo están pasando bien. Mira —dijo Alanys señalando la batalla—, el III se ha estancado, ha dejado de avanzar ¿sabes qué significa eso?

—No podrá envolver al enemigo por el flanco —contestó Baethan.

—No, no podrá, cierto, pero no tardará en retroceder y perder lo poco que han ganado. Pero hay más, mira el otro flanco, el de Raedhan, el I ni siquiera sé qué hace. Una parte de su línea avanza y la otra se rompe. Si no actuamos pronto lo vamos a perder ¡No podemos permitir que un regimiento sea aniquilado!

Alanys prefirió no hablar sobre la situación del IV. El regimiento de Norwyn luchaba con valentía y trataba por todos los medios de mantener sus posiciones, pero estaba muy atrasado con respecto al I y III.

—Si el IV sigue cediendo el ejército quedará dividido y será masacrado.

—No veo cómo podemos evitarlo. Quizá si nos replegamos despacio podamos volver atrás y reagruparnos.

Alanys miró el campo de batalla. Baethan llevaba razón, había que retirarse y con suerte podrían volver a las montañas, donde morirían por falta de provisiones y frío.

<Es ahora o nunca>, pensó la joven.

—No —dijo Alanys—, seguimos adelante, no podemos perder esta batalla. No vamos a ser vencidos. Ahora, no. Envía mensajeros a todos los regimientos, diles que entro en batalla. Y tú dirígete al ala izquierda de la caballería. Organízala y que los arqueros y la infantería ligera apoyen los flancos con armas arrojadas.

Baethan obedeció raudo y partió a cumplir las órdenes. Era un buen guerrero, un buen militar y leal hasta el final.

Alanys se ajustó el yelmo y desenvainó la espada. Cogió el escudo que uno de sus guardias le tendía y echó a andar. Podía ir a caballo pero decidió caminar. Mejor así. Lucharía a pie, codo con codo con su maltrecha infantería.

<No he cruzado esas malditas montañas para morir ahora a sus pies>.

La joven caminaba decidida, con fuerza. Se sentía fuerte. Estaba rodeada de su ejército, el mismo ejército con el que había cruzado medio mundo, los mismos hombres que cruzaron esas altas montañas para luchar a su lado. Todos allí habían sangrado por ella, todos combatían con valor, manteniendo sus puestos y resistiendo pese a todo.

IV Regimiento.

—¡Alanys está aquí! —gritaba Norwyn desesperado—. ¡Rehaced esa maldita línea!

El general estaba fuera de sí. Sangraba profusamente por varias heridas y se encontraba agotado pero no por ello iba dejarse vencer. Sus órdenes eran las que eran y las iba a cumplir, pagando con su vida si era necesario.

Norwyn vio como la joven llegaba hasta su posición, en segunda línea. Sonreía.

—Parece que tenéis algunos problemas, general —dijo ella.

<¿Cómo puede sonreír?>

—Mi señora, lamento haber perdido la posición —dijo.

—No lamentéis nada, habéis hecho una gran labor —respondió ella alzando el tono- ¡Todos vosotros! Estamos a un paso de vencer.

¡Mirad hacia el norte! ¿Qué es lo que veis?

Los soldados miraron en dirección norte y vieron decenas de enemigos atacando la primera línea. No tardaría en caer pues los norteños habían cargado ya con todo.

—¿Veis lo mismo que yo? Allá en el norte se encuentra nuestro destino, solo hemos de quitarnos a esos hombres de en medio — dijo ella señalando con la espada—. ¡Ya les hemos dado bastante ventaja! ¡Luchemos en serio! ¡Luchemos como sabemos hacerlo!

Los hombres rieron. Luchar como ellos sabían, decía Alanys. Sí, quizá ya fuese el momento.

—¡Victoria! —gritó ella al lanzarse al tumulto de la batalla.

—¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria! —gritaron todos siguiéndola.

La joven llegó a primera línea. Allí el caos era total y la sangre y los gritos lo llenaban todo. Había que tener cuidado para no tropezar con los cadáveres.

Alanys superó la línea de escudos de sus hombres y se abalanzó contra el primer norteño que vio. La espada le atravesó como si fuera de papel. La joven arrojó el escudo y siguió con su nueva arma. Era magnífica, ligera y mortal. La blandía con precisión y otros dos enemigos cayeron con sendas gargantas abiertas. Apenas podían seguirla los guardias que la escoltaban pero, fuera como fuese, los hombres del IV avanzaron.

La joven se sentía en su terreno, hacía mucho que no combatía en primera línea pero enseguida recuperó la costumbre. Todo lo que ella sabía de batallas lo había aprendido precisamente en el campo de batalla. Luchando por sobrevivir. Y aquella arma...su nueva espada era increíble. Apenas debía hacer fuerza para sostenerla, Renacer, un nombre que le iba bien.

Un enemigo atacó a la joven esgrimiendo una larga espada. La joven arqueó hacia atrás la espalda y esquivó el primer golpe. Al incorporarse adelantó el arma y el filo de la espada segó el acero

rival sin resistencia. El enorme norteño murió sin saber quién lo había matado y qué clase de arma era esa.

Alanys dejó atrás al guerrero muerto y se encaró con otro. Dos golpes le bastaron para desarmarlo y un tercero para separar la cabeza del cuerpo.

—¡Avanzad, avanzad! —gritó ella con el rostro cubierto de sangre enemiga.

Siguió combatiendo con fuerza. La batalla se tornó en una carnicería. La sangre corría por doquier y los cadáveres llenaron todo el frente. Pero esa vez eran los enemigos quiénes retrocedían. La mayoría pensó que esa repentina energía de las fuerzas de Bastión de Plata eran propias de los que estaban a punto de ser derrotados, los últimos estertores antes de morir. Pero no sabían que Alanys estaba allí, luchando, como tampoco sabían que el IV regimiento, ni ningún otro, volverían a retroceder jamás.

Caballería de Alanys, ala derecha.

Las filas del ala derecha se acababan de romper justo cuando sus jinetes vieron como Alanys entraba en el campo de batalla. Docenas de buenos jinetes habían caído y los supervivientes estaban divididos y sin dirección pues su capitán había muerto cuando una lanza norteña le atravesó la nuca y le destrozó el cráneo.

Vieron como el flanco izquierdo era reforzado con nuevos efectivos mientras que ellos siguieron solos. Quizá Alanys había tenido que elegir y los jinetes del ala derecha se quedasen solos.

En esas estaban cuando decenas de flechas y proyectiles silbaron por su retaguardia, todos se sorprendieron, pensando que el enemigo les había rodeado, pero esas flechas pasaron de largo y fueron a caer sobre la caballería enemiga.

Los arqueros y la infantería ligera venían en su ayuda y Dagmar, un joven oficial, decidió entonces tomar las riendas. Alguien debía hacerlo. Adelantó su caballo y se dirigió a los supervivientes.

—¡Es nuestra oportunidad! —gritó—. ¡Agrupaos en torno a mí!

Los jinetes obedecieron. Mejor eso que no tener a nadie al mando. La caballería de Bastión de Plata se reagrupó y cargó contra el enemigo.

Los jinetes norteños aún estaban tratando de reponerse de las flechas cuando docenas de enemigos se abalanzaron sobre ellos.

Retaguardia norteña.

Sigimer estaba clavado en su sitio con el rostro pálido y los labios contraídos en una mueca de rabia, odio e impotencia. Drustan,

mirando de reojo, vio como la mano del joven estaba cerrada en torno a la empuñadura de la espada y, a juzgar por los nudillos blancos y el temblor, Sigimer debía de haber concentrado toda su ira en esa mano.

—¿Cómo es posible que esto esté pasando? —gritaba Sigimer—. ¡La batalla estaba ganada! ¡Por todos los dioses! ¡Ganada, y ahora mira!

Drustan estaba muy atento al desarrollo del combate pero, no sabía por qué, aquello no le sorprendía.

La caballería de Alanys se había repuesto y, ayudada por arqueros y lanceros, ahora atacaba con fuerza a los jinetes del norte, ya agotados por el gran esfuerzo. Era solo cuestión de tiempo que los jinetes fuesen aniquilados. Por otro lado estaba la infantería. Sigimer había cometido un grave error, que ahora estaba pagando. Los regimientos de infantería pesada de Bastión de Plata se habían visto momentáneamente sorprendidos y habían retrocedido bastante, más aún cuando Sigimer ordenó el ataque con todas las fuerzas disponibles, pero no había advertido que el enemigo aún tenía una línea más en reserva. Drustan admiró la estrategia de la joven. Ahora entendía por qué sus soldados formaban en damero. Así, según se cansaran, los hombres de primera línea podían ser sustituidos por otros. Alanys había reservado hasta el último momento su último relevo y ahora tenía todo un frente compuesto por soldados que no habían luchado en toda la batalla mientras que sus propias tropas estaban ya al límite de sus fuerzas.

—Deberíamos replegarnos —dijo Drustan—. Si lo hacemos ahora podemos salvar buena parte del ejército.

Sigimer lo miró como quién mira a un perturbado.

—¿Replegarnos? ¿Acaso no has visto que Alanys está luchando en primera línea? ¡Hay que matarla, idiota! ¡Si acabamos con ella su ejército quedará descabezado y será presa fácil!

<¿Se ha vuelto loco?>, pensó Drustan.

El rey no era muy avezado a las batallas ni se consideraba un buen estratega, pero no era tan idiota como para no ver que esa batalla estaba perdida, con suerte podrían retirarse para luchar otro día. Eso suponiendo que el enajenado de Sigimer no cometiera ninguna locura.

—¿Y cómo piensas matarla? —preguntó Drustan, ya con tono malhumorado e imaginando la respuesta.

—Yo mismo lo haré, solo que hay que ir al corazón de la batalla y acabar con ella. No es más que una niña jugando a ser reina.

Fue en ese momento cuando el rey Drustan IV comprendió que aquel hombre les llevaría a una derrota absoluta a menos que él hiciera algo. ¿Pero el qué?

Con parsimonia y tranquilidad Sigimer se encaminó, espada en mano, hacia la batalla. Pero Sigimer no era ni gran dirigente ni gran guerrero. Moriría junto a su ejército. De repente Drustan lo vio muy claro. La mayoría de los hombres de Dineren ya habían muerto, pero sus tropas estaban casi intactas, aunque era cierto que no tardarían en ser aplastadas. Una vez que la máquina de guerra de Bastión de Plata se ponía en marcha era imposible frenarla, y en ese momento no dejaba rastro de vida a su paso.

El centro de la batalla se había estabilizado y los regimientos habían iniciado sus maniobras envolventes y en cuanto la caballería destrozase a los jinetes norteños la trampa quedaría cerrada. Se dirigió a uno de sus aterrados oficiales.

<Nueva Esperanza no está hecho para la guerra>, se dijo.

—Tocad los cuernos de retirada. Que toda nuestra infantería salga del maldito campo de batalla.

—Pero mi señor... —dijo el oficial, totalmente confundido.

— ¡Haz lo que te digo! Alanys va a masacrar a ese ejército, pero quizá si nos retiramos antes puede que nos perdone, incluso podremos negociar un acuerdo de paz. Si quiere quedarse con Dineren por mí puede quemar ese maldito castillo.

Los cuernos sonaron una, dos y hasta tres veces de forma prolongada, indicando así que las fuerzas de Nueva Esperanza se retiraban de aquella batalla.

No podían hacer más, antes de verse rodeados y destrozados era mejor rendirse. Puede que tacharan de cobarde a Drustan, pero al menos regresaría a casa con miles de hombres que podrían volver a ver a sus familias. En cualquier caso, Drustan calculaba que había perdido dos o tres centenares de soldados.

IV Regimiento, posición de Alanys.

La infantería pesada se había rehecho por completo. Sus líneas habían sufrido dos relevos más desde que la joven entrase en combate, pero ella seguía en primera línea, exhortando a sus hombres y luchando con gallardía. No tenía rival en el uso de la espada.

El frente enemigo quedó destrozado y el I y el III regimiento habían tomado los laterales. Solo quedaba la caballería y todo terminaría. En cualquier caso la victoria estaba asegurada.

Alanys se detuvo un momento para recuperar el aliento. Estaba agotada y sentía dolor en los brazos cubiertos de sangre. Se veía obligada a cojear un poco debido a un pequeño corte en el muslo izquierdo. Dos soldados cubrieron su puesto.

—¿Cuántos hombres calculas que hemos podido perder? —preguntó a Norwyn jadeando.

El general, antes de responder, intentó examinar la procedencia de la mucha sangre que la joven llevaba encima de manera disimulada.

—La mayoría es sangre enemiga, general —dijo ella percatándose—, salvo un leve arañazo. No te preocupes Norwyn.

Norwyn asintió y empezó a hacer un cálculo rápido.

—Unos trescientos o cuatrocientos muertos, mi señora, puede que más, y varios miles de heridos. Habrá más muertos al término de la batalla.

—Son demasiadas bajas para los hombres de que dispongo —dijo ella en voz baja, como un pensamiento.

—Creo, lo digo con el debido respeto, que no ha ido mal, teniendo en cuenta como ha empezado la batalla.

—Sí, es posible que tengas razón, general. Acabemos pronto con esto.

En ese momento un jinete apareció. Estaba exhausto y le costaba respirar. Venía cubierto de sangre y polvo.

<Mi leal caballería ha sufrido demasiado>, pensó.

—Mi señora... —dijo el jinete entre jadeos—. las tropas de... Nueva Esperanza se...se retiran...se van. Hemos...hemos oído los cuernos...se acabó...todos se marchan...

Alanys contuvo un grito de alegría. Aún quedaban enemigos en el campo de batalla.

—Bien hecho, soldado —dijo poniendo una mano sobre el hombro del mensajero—. Buen trabajo.

Las fuerzas enemigas se dispersaron poco a poco, salvo algunas bolsas de resistencia compuestas por hombres de Dineren o grupos de soldados aislados que no podían retirarse. Alanys dio orden de no matar a los guerreros de Nueva Esperanza.

Pero en medio de aquella desbandada general de enemigos, apareció un hombre que gritaba y les instaba a seguir a pesar de tenerlo todo perdido. Estaba fuera de sí y vestía ropas de calidad y una lujosa armadura.

—Debe ser el que está al mando de las fuerzas de Dineren —dijo Norwyn.

Sigimer llegó a primera línea y degolló a uno de los soldados de Alanys. Ésta apretó los labios.

—No va a vivir para ver la derrota de sus hombres —dijo ella encaminándose hacia él nada más presenciar cómo ese loco mataba a uno de sus hombres.

Alanys llegó a la altura de Sigimer espada en mano.

—¡Ha llegado tu hora, niña! —gritó nada más verla—. Voy a matarte, aunque sea lo último que haga.

Alanys lo miró fijamente. Sonrió. Pobre imbécil. Con la batalla perdida y seguía subestimándola. Lo que más le molestaba es que lo hacía por considerarla una mujer, pues bien, una mujer se llevaría por delante a aquel idiota ambicioso.

La sonrisa de la joven enfureció aún más al comandante de Dineren y arremetió contra ella. Lanzó una, dos y hasta tres estocadas con la espada, pero Alanys esquivó todos los golpes. Era mucho más rápida. Sigimer atacaba con más corazón que cabeza y no tardó en quedar agotado. Ese combate nunca estuvo destinado a durar mucho. Sigimer no tenía destreza ni fuerza para enfrentarse a Alanys. La espada de la joven segó de un solo tajo la garganta de Sigimer. El comandante cayó de rodillas tratando de sujetarse la garganta abierta. Murió ahogado en su propia sangre.

Un poco después, justo cuando todos los enemigos depusieron sus armas, la batalla finalizó.

Al otro lado del campo un jinete, rodeado de una pequeña escolta con una bandera blanca, se colocó a la espera de que Alanys hiciera lo mismo.

—Montemos un campamento, dad prioridad a los heridos. Yo iré a ver qué desea el rey Drustan. Quizá ganemos otro aliado —dijo la joven adivinando de quién se trataba y qué intenciones tenía.

Alanys montó en su yegua, Edain, y partió al encuentro del rey.

Cuando Alanys llegó a la altura del rey de Nueva Esperanza no pudo evitar echar la vista atrás y observar el campo de batalla. Había miles de cuerpos tendidos en el suelo. El combate resultó muy sangriento. Algunos murieron con flechas y lanzas atravesándoles, otros se desangraron a causa de los miembros mutilados, también los había aplastados por sus compañeros al avanzar o pisoteados por los cascos de los caballos.

Aquello había sido una masacre innecesaria. Esa batalla no tendría que haberse librado. El rey Drustan fue el primero en hablar.

—Os ruego que no ejecutéis a los supervivientes —dijo el rey, cabizbajo.

—No estáis en posición de rogar nada —respondió Alanys—. No teníais motivos para alzaros contra mí.

Drustan sabía que la joven llevaba razón. Había cometido un gravísimo error de cálculo.

—Cierto, mi señora —respondió—, me precipité y os pido perdón.

—Pedirme perdón, mi señor, no me hará recuperar los cientos de hombres que he perdido hoy. Hombres que necesito para salvar vuestra tierra.

Drustan no comprendió esas palabras. ¿Salvar su tierra?

Alanys siguió explicándose. Hablaba de forma clara, sin rodeos absurdos ni largas charlas aristocráticas. Lo suyo era el cara a cara.

—Sin duda sabréis que Lord Scyles ha tomado la frontera del oeste y que los bárbaros pronto invadirán el territorio, pero no sabéis lo que vendrá tras los bárbaros... ¿Cómo vais a saberlo? Lo único que habéis conseguido es hacerme perder hombres, recursos y un tiempo precioso. Y tiempo, rey Drustan, tiempo es precisamente de lo que menos dispongo.

El rey permaneció en silencio. No comprendía a qué podía referirse Alanys con aquellas palabras pero le quedó claro que lo que había hecho podía traer consecuencias aún más terribles.

—Solo pretendía defender mis tierras, mi señora —se defendió el rey—, todo el mundo ha oído hablar de vos y cuando en Nueva Esperanza se supo que vuestros ejércitos habían cruzado al norte la gente enloqueció. Todos pensaban que ibais a dirigiros allí y a destruirlo todo.

Alanys suspiró y negó con la cabeza, no podía culpar a Drustan de su merecida fama.

—No tengo nada contra Nueva Esperanza, ni siquiera ahora. Me dirijo al Castillo de Dineren para cortar los suministros de dinero que van al sur. Hay mucho en juego, rey Drustan. Pero... ya que estáis aquí...quizá haya algo que podáis hacer.

—Decidme, mi señora —dijo el rey ante la oportunidad de congraciarse con ella.

Drustan temió entonces que la joven de Bastión de Plata le pidiera involucrarse directamente en la guerra.

—Ya que vuestros guerreros han luchado contra los míos no creo que sea acertado integrarlos en mi fuerza expedicionaria. Pero quiero que seáis vos quién dirija el norte en estos tiempos de guerra. Necesito que mantengáis las rutas de abastecimiento abiertas —le dijo, para su sorpresa.

Tras unos minutos más de charla Alanys alejó de allí a caballo para regresar al campamento. Había muchos heridos y los hombres estaban al límite de sus fuerzas. Aquello había pasado de ser una incursión rápida a una campaña. Y había que tener cuidado con ello, mucho cuidado. Una campaña podía desangrar a su ejército poco a poco hasta que no quedase nada.

Aún había algunos incendios en las empalizadas y en el interior del campamento. El ataque había sido repentino y duro. Lord Scyles había atacado con todas sus fuerzas. Afortunadamente lograron repelerlo. Por poco, pero lo habían logrado. No había muchas pérdidas pero los hombres estaban desmoralizados y cansados, toda la noche en vela, apagando incendios y combatiendo contra las sombras. Además aún no se sabía nada de Alanys.

Nadie había podido pegar ojo y los daños eran cuantiosos. Vanora, Devion, Needle y Larodar estaban situados frente a la fortaleza, detrás de las ennegrecidas empalizadas.

Se sentían cansados pero no podían conciliar el sueño.

—Ya deberíamos saber algo de Alanys —dijo Larodar.

Aquellas palabras ponían voz a los pensamientos de todos. No había llegado ningún mensaje del norte. Nada. Ni una sola noticia. Como si Alanys y sus veinte mil hombres hubieran desaparecido, engullidos por las montañas y el frío.

—Es cierto —dijo Needle—, tengo la impresión de que esto va a ser más difícil de lo que pensábamos. Parece que Lord Scyles no está dispuesto a quedarse detrás de esos muros.

—Ese es nuestro trabajo, gobernador —dijo Vanora—, evitar que Lord Scyles rompa este cerco. Y eso haremos.

La mañana era hermosa. El sol brillaba y, pese a la fresca brisa, hacía un día agradable. A Vanora le gustaban esos días, le gustaba el olor de la humedad y el aire puro del viento otoñal. Pero esa mañana el viento solo arrastraba el olor de la madera quemada.

—Alanys vendrá —dijo Devion mirando al imponente castillo.

El general llevaba varios años a su servicio. La conocía bien.

—Ella lleva años viajando y luchando, sabe bien cómo hacer su trabajo. Si está en apuros, sabrá resolverlos. Alanys jamás ha

dejado de llegar a dónde quiere. Dijo que vendría, y vendrá. Podéis estar seguros.

—¿Y mientras qué hacemos? —preguntó Vanora.

—Si Lord Scyles quiere combates, combates tendrá —respondió Devion.

—Habrá que reparar las defensas —dijo Needle.

—Lo haremos, doblaremos el tamaño de las empalizadas y nos encargaremos de mojarlas para que no prendan. Luego dispondremos la artillería que tenemos y no dejaremos de golpear esos muros. Le demostraremos a ese norteño a quién se enfrenta.

Habían pasado dos meses desde que los caudillos Rugila y Ernak abandonaran la fortaleza de los Colmillos Negros. Dos meses reclutando hombres y guerreros para la expedición que su nuevo amo les había encomendado.

Ambos líderes habían logrado reunir una fuerza de catorce mil efectivos apoyada por varios cientos de jinetes y algunos lince negros. Nunca habían tenido tantas tropas.

Había pocas ciudades propiamente dichas en oriente y Ronión y Ruelen eran dos ellas, y con diferencia las más importantes. Eran grandes y de murallas fuertes, aunque no tanto como siglos atrás. Ambas ciudades formaron parte del imperio del rey oscuro Morvan y las dos fueron destruidas durante la Guerra de los Reinos. Estuvieron deshabitadas durante siglos, hasta que algunas tribus tuvieron valor suficiente para volver a morar entre sus malditos muros.

Estaban situadas en el territorio comprendido entre las Tierras Baldías y las Llanuras Áridas, rodeadas de parajes yermos en los que no crecía nada.

Nunca nadie había tomado demasiado en serio a Rugila ni a Ernak y tan solo se tenían el uno al otro. El caso es que cuando Gorteyrn se instaló en los Colmillos Negros, los pueblos orientales se unieron para expulsar a ese aspirante a rey y Ronión y Ruelen estaban en un punto estratégico. Jamás los Pueblos Grises, como se llamaba a los orientales, se habían unido para hacer frente a un enemigo común. Ni Rugila ni Ernak veían claro que aquella alianza, por muy fuerte que pareciera ser, tuviera poder de derrocar al nuevo rey. Negociaron durante varias jornadas con Gundahar y el resto de líderes tribales y se acordó que la alianza podría atravesar sus tierras y aprovisionarse. Sin embargo, ninguno de los dos envió tropas a la batalla, y esa decisión, cobarde para muchos, fue lo que salvó ambas ciudades de la destrucción.

La batalla que siguió en los Colmillos Negros puede resumirse en un horror de sangre y muerte. Las fuerzas de la alianza, las pocas fuerzas que quedaron, tuvieron que huir a occidente, donde ahora luchaban por sobrevivir.

Lo cierto es que, sin tener ninguna intención, ambos caudillos se habían metido de lleno en una guerra en la que tenían escasas posibilidades de vencer. Pero Gorteyrn les había dado esas posibilidades. Syraz había partido de los Colmillos Negros con el ejército y aunque hacía varios días que no lo veían, sabían con certeza que volaba con ellos hacia Ethelor.

Algunas veces lo veían planear entre las nubes como una negra sombra. Durante la marcha ya había carbonizado y devorado a seis caballos y cuatro lince, sin contar docenas de cabezas de ganado como vacas, ovejas y terneros. Nadie se sentía a gusto con la presencia del dragón. Esa bestia no distinguía un bando de otro y cuanto más lejos estuviera mejor se encontraban todos. Si quería volar lejos del ejército, mejor que mejor.

—Mientras aparezca cuando empiece la batalla por mí puede hacer lo que venga en gana —decía Rugila.

—Hará lo que le dé la gana de todos modos —contestó Ernak mirando al cielo en busca del gran dragón—. Me pregunto si sabrá a quién debe escupir su fuego.

Rugila miró a su homólogo.

—Ya sabes, cuando estemos en medio de la batalla... ¿Crees que distinguirá a sus aliados?

Habían atravesado la Cadena Antigua con mucha rapidez y también habían dejado atrás las Puertas Rojas. Las Puertas habían sido el escenario de una de las mayores batallas que el mundo había conocido. En ese paraje se decidió el destino de los hombres libres.

Aquel combate enfrentó al último de los ejércitos occidentales contra las huestes que quedaban de Morvan y los Pueblos Grises.

La primera Senescal de Nurúne consiguió la victoria, aunque lo pagó con la vida. Tras esa batalla nació el Reino Único, Ethelor.

Y eso era lo que el ejército tenía ahora ante sus ojos. Ethelor. Las ruinas de aquella gran ciudad se alzaban ante ellos. El enclave aún conservaba buena parte de sus murallas en pie, cubiertas de plantas y musgo, había casas y edificaciones medio derruidas por todas partes. Ethelor se hallaba situada en el centro del Valle Azul, lindando al norte con las montañas que componían la Cadena Antigua y al sur con las Tierras de los Lagos, que antaño pertenecieron al Reino Negro. Al este estaba el Río Negro y al oeste el Río Mayor.

El valle era un lugar de hermosa estampa. Praderas verdes y agua por todas partes. Parecía mentira que nadie viviese allí, pero lo cierto era que desde que Gorteyrn, ayudado por el dragón Syraz, arrasó aquellos parajes, nadie se había atrevido a morar en esas tierras. Ni tan siquiera las aguerridas tribus semisalvajes que vivían más al sur osaban perturbar el silencio del lugar.

Aquella era una mañana soleada, despejada y silenciosa. Ni siquiera las aves atravesaban los cielos de Ethelor. Rugila y Ernak callaban, como si no quisieran romper la paz del lugar. Las ruinas de la milenaria ciudad daban sepultura a miles de personas que murieron aquella aciaga noche. Allí el tiempo llevaba detenido diez siglos, toda una edad de un mundo que seguía envuelto en guerras y masacres, como si nadie hubiese aprendido nada de la caída de Ethelor.

Los caudillos estaban anonadados y temerosos ¿Qué estaban haciendo allí? Iban a colaborar con el destructor de semejante belleza, iban a ser cómplices de la aniquilación de toda una raza ¿Y para qué? ¿Para qué les serviría? Comprendieron que el mundo era mucho más amplio de lo que ellos podían imaginar. Mucho más grande, mucho más bello y valioso. Quizá deberían dar media vuelta y regresar, viajar al lado de los que se oponían a la aniquilación... viajar al lado de Alanys.

Syraz apareció justo cuando ambos hombres se disponían a ordenar el cambio de rumbo. El enorme dragón estaba posado en la gran torre que sobrevivía en el castillo al paso de los siglos.

Desde allí alzó el vuelo y se elevó, aún resultaba imposible creer que esa bestia fuese real. Pero el sonido de sus alas al cortar el viento era muy real, y el rugido de su boca al abrirse, mostrando sus terribles dientes también fue muy real. Syraz plegó sus gigantescas alas e inició una caída en picado sobre los hombres que le miraban estupefactos.

—Viene hacia nosotros —dijo Ernak.

Rugila miró unos momentos más antes de hablar.

—Por todos los dioses... nos va atacar ¡Disparadle flechas o lo que sea! ¡Dispersaos!

Pero esas órdenes llegaron demasiado tarde y la primera bola de fuego cayó justo en mitad de la columna de guerreros. Las llamas de dragón se extendían rápido y los hombres morían calcinados sin siquiera tener tiempo de sentir dolor.

Nadie entendió el repentino ataque de tan feroz bestia. Rugila y Ernak no vieron como sus guerreros caían bajo las llamas. Una gigantesca llamarada los engulló y ambos pudieron sentir, bajo un intenso y doloroso calor, como la piel de sus rostros ardía seguida de los músculos y hasta de los huesos. La temperatura que alcanzó el fuego de Syraz bastó para derretir el acero de las espadas. Rugila y Ernak se convirtieron en dos antorchas y sus cuerpos se llenaron de ampollas supurantes que estallaron en llamas. Su última visión solo estaba compuesta de fuego y sangre antes de que sus ojos se deshicieran y fundieran con jirones de piel y trozos de carne quemada.

Ni una sola alma de aquellos catorce mil guerreros sobrevivió a la ira del mortífero dragón Syraz. De ese ejército de hombres libres solo quedó un montón de huesos ennegrecidos que tiznaban de oscuro el hermoso cielo y un nauseabundo olor a carne quemada.

Gundahar y sus ejércitos de bárbaros pusieron pie al fin en la frontera entre oriente y occidente. El líder de los bárbaros cabalgaba al frente de todos rodeado de otros líderes y oficiales entre los que se encontraban Segovax, segundo al mando y Etelgis, que aún llevaba un brazo en cabestrillo y lucía varias heridas recibidas durante la batalla contra Dordinas. El líder de Los Arcos había resistido en su posición de vanguardia hasta el final, pero a costa de un gran número de pérdidas.

Dordinas fue derrotado y su ejército aniquilado. Había sido una gran victoria y la primera que conseguían los bárbaros frente a una fuerza occidental de importancia en siglos. Normalmente se producían pequeñas escaramuzas y ataques que se saldaban con varias muertes en ambos bandos, pero en cuanto la Liga enviaba algún ejército bien armado y organizado los salvajes eran derrotados de forma decisiva. Pero esa vez había sido diferente, jamás los bárbaros habían reunido una fuerza tan enorme y nunca habían tenido un líder que supiera comprender y diseñar estrategias audaces. Gundahar había llevado a esas tribus de bárbaros a una victoria sin precedentes, pero no era suficiente ni por asomo. Los ejércitos combinados de Nurúne, Needle y sobre todo de Alanys les esperaban.

Gundahar no tenía aún intención de invadir occidente pero había llegado un mensaje de su aliado Lord Scyles pidiéndole ayuda. Al parecer se había atrincherado con sus tropas en el Castillo de Diana y estaba sufriendo asedio.

Ahora que veía el alcance de los actos de Dordinas empezaba a pensar que quizá tuvieran alguna opción de vencer. El caudillo bárbaro había llevado sus tropas hasta las Torres Arcadias, tomadas por las fuerzas de Lord Scyles. La fortaleza presentaba síntomas de haber sufrido un duro ataque. Las murallas estaban derruidas en varios puntos y las puertas descansaban en el suelo. En el interior las paredes tenían manchas de sangre y había restos de flechas

rotas y armas inservibles que los atacantes no habían podido aprovechar. El centro del patio de la fortificación quedaba adornado por los cuerpos de varios oficiales que habían sido ahorcados.

Además varias partes del Muro de Hiperión fueron derribadas para permitir el paso del ejército. Pese a haber perdido más de seis mil hombres en la batalla, Gundahar aún contaba con más de cincuenta mil guerreros.

Los principales líderes se instalaron en la fortificación principal, dañada y con importantes desperfectos pero que ofrecía más seguridad que dormir al raso. El resto de oficiales se quedaron a los pies del muro para organizar el paso del ejército. No solo iban a pasar guerreros, también había que asentar a mujeres, niños y ancianos, con docenas de animales de carga, carros y ganado. También había caballos y los grandes linceos negros. Además había muchos heridos que necesitaban descanso para reponerse.

—Deberíais haber visto este lugar hace años —decía Gundahar con cierta añoranza

El caudillo de Yelmoroto visitó la frontera una vez, hacía muchos años, cuando no contaba más de siete inviernos. En aquel entonces viajó al oeste con su padre, para negociar un envío de alimentos por parte de la Liga de Occidente hacia Yelmoroto debido a una intensa sequía que provocó la pérdida de las cosechas. El pago fue excesivo y los suministros recibidos a cambio no fueron tan elevados como esperaban pero tuvieron que aguantarse. Era eso o morir de hambre. El caso es que el viaje le sirvió al joven Gundahar para comprender el poder de occidente. El Muro de Hiperión se elevaba, enorme y ancho, como una cadena montañosa imposible de franquear. Millares de soldados, con armaduras de bronce y acero, custodiaban su cima almenada y repleta de catapultas y escorpiones. Gundahar tuvo la sensación de que aquella mole de piedra no pudo ser levantada por humanos, no sin magia o sin ayuda de otras bestias ¿Cómo era posible levantar esos inmensos sillares de roca a alturas tan impensables? Ni siquiera un dragón podría elevar ese peso.

Y ahora esos puestos que Gundahar creía imposibles de atacar se hallaban abandonados y en ruinas. Era irónico, si al final Gorteyrn atacaba desde el este, ellos serían los encargados de defender la frontera occidental.

—El camino de aquí al Castillo de Diana está despejado, según informan las avanzadas —decía Segovax—, si nos damos prisa podremos llegar allí en cuestión de un par de días.

Gundahar pensaba. No quería ir demasiado rápido.

—Me temo que Lord Scyles tendrá que esperarnos un poco más —dijo al fin—. Usaremos esta fortaleza para recuperarnos, aquí estamos más o menos a salvo. Pasaremos unos días aquí y luego partiremos con los guerreros, el resto se quedará bajo la protección de las murallas. O de lo que queda de las defensas.

El resto se miró entre ellos confundidos y sorprendidos.

—Yo no pensaba venir tan pronto al oeste —se explicó Gundahar—, mi plan era esperar donde estábamos a que la Liga lanzara un ejército tras otro contra nosotros, así podíamos debilitarles poco a poco, ellos serían los que luchasen en un territorio desconocido. Pero aquí somos nosotros los que estamos en una tierra que no conocemos, debemos ser cautos. No podemos dar un paso en falso o todos moriremos.

—¿Qué propones entonces que hagamos? —dijo uno de los caudillos.

—Etelgis se llevará a un grupo de guerreros a modo de avanzada. Recorrerá toda la frontera hasta el Fortín de Ío y tomará las aldeas y pueblos que encuentre.

Aquella expedición era un modo de recompensarle por su gran valor en la batalla de la Atalaya Sombría.

—Con cuatro mil hombres será suficiente. Dentro de diez días partiremos al Castillo de Diana.

La reunión se dio por concluida y cada uno se dirigió hacia las zonas que sus respectivas tribus ocupaban.

Gundahar permaneció un rato más en la estancia. Las paredes estaban prácticamente desnudas salvo por un estandarte, cuyo dibujo era tan viejo y estaba tan gastado que era imposible saber de quién era, y un mapa de gran tamaño enmarcado con gruesa madera. El mapa tenía diversos puntos señalados que marcaban las posiciones de los ejércitos aliados y enemigos pero era evidente que no habían tenido tiempo de actualizarlo cuando las fuerzas de Dineren atacaron. Los bárbaros aparecían al este de la Atalaya Sombría. Durante unos momentos fijó su vista en Bastión de Plata, morada de Alanys. Incluso en las lejanas tierras del este se conocía la existencia de la joven y se decía también que el mismo Gorteyrn había aparecido en los Colmillos Negros precisamente para huir de la ira de la señora de Bastión de Plata.

Muy pronto tendrían que conocer a esa Alanys. Y Gundahar no estaba seguro de que sus guerreros tuvieran suficiente fuerza para derrotarla.

—Conozco esos pasadizos —decía Vangio—, dentro de seis noches la luna estará llena, podremos entrar sin necesidad de llevar antorchas.

Aquel concilio había sido convocado por el rey Vangio aludiendo que tenía un plan para entrar en Ithender. Allí se hallaban el propio rey, el comandante de las fuerzas de Bastión de Plata Galahad, el general del V regimiento Kilian, el general del VI, de nombre Arzhul, el general al mando del VII regimiento, llamado Magloar y el capitán de la nueva caballería pesada, Tristán, además de Daira.

En vista de los últimos fracasos en la toma de la ciudad y a pesar de que todos estaban admirados ante la tenaz resistencia de los bárbaros, Vangio había propuesto un plan alternativo. Tan solo tres días antes los soldados de Bastión de Plata habían empujado dos gigantescas torres de asedio hacia las murallas de la ciudad. En un esfuerzo titánico consiguieron acercarse lo bastante como para disparar y habrían logrado engancharlas a los muros de no ser por los proyectiles enemigos que, ardiendo, hicieron que las grandes moles de madera se vinieran abajo envueltas en llamas. Docenas de hombres murieron en el infructuoso ataque. Galahad había desistido por completo en volver a acercar su infantería a las murallas de la ciudad. En lugar de eso habían redoblado el bombardeo de las catapultas, disponiendo toda la artillería disponible para que golpearan cada uno de los puntos de aquellos infranqueables muros.

Ithender se estaba convirtiendo en un enemigo formidable y el comandante ya no sabía qué hacer para abrir una brecha en las defensas. Se negaba a pedir ayuda a Alanys, quería demostrar que él también podía tomar una ciudad, pero cada vez creía menos en esa idea.

En plan de Vangio no parecía, en principio, una mala propuesta.

—Esos túneles llevan justo a mi palacio, allí podemos capturar a Trafal y negociar una rendición.

—Mi tribu es fuerte, pero necesita un líder, no sabrán qué hacer sin mi padre —dijo Daira—, y elegir a otro líder en medio de un asedio es difícil. Puede hacerse.

— ¡Un momento! —Dijo Arzhul—. ¿Queréis meter al ejército bajo tierra? ¿Cómo vamos a luchar en los túneles?

—El ejército se quedará aquí —dijo Vangio—, iré yo.

Los oficiales se miraron entre ellos. No veían a Vangio abriéndose paso por la ciudad a golpe de espada. Era demasiado mayor para eso ¿Y cómo podía un hombre solo contra todo un ejército bárbaro? Necesitaría varios hombres, algunas decenas quizá.

—No podéis ir vos solo, alteza —dijo Galahad—, podríamos organizar un pequeño grupo. Pero por otra parte demasiados hombres serán vistos, y si van pocos no podrán protegeros.

Aquel plan era audaz e innovador pero presentaba demasiados riesgos y Galahad no estaba dispuesto a sacrificar más hombres de forma absurda. Ya había perdido demasiado en aquel asedio infinito.

—No puedo prescindir de más soldados, mi rey —añadió finalmente, tomando una decisión. Era un buen plan, pero muy arriesgado en ese momento.

Todos los generales estaban de acuerdo y nadie iba a ofrecerse voluntario para ir a una muerte casi segura.

—No hace falta que vayan tus hombres —dijo Daira—, iré yo. Yo acompañaré a Vangio. Solo necesito que me guíe por los túneles, puedo hacerlo, sé cómo enfrentarme a mi tribu y podré hacer entrar en razón a mi padre.

—¿Y si esos túneles están vigilados? —preguntó Tristán antes de que nadie rechazase el ofrecimiento de Daira.

—No lo estarán. Es bastante improbable que los hayan descubierto. Es la única opción que nos queda. Nos guste o no, es

la forma más rápida de acabar con esto.

Galahad habló tras pensarlo un momento.

—De acuerdo... —dijo al fin—, lo intentaremos a vuestra manera, alteza. Daira y vos os colaréis en Ithender dentro de seis días. Entre tanto seguiremos con los ataques sobre las murallas.

<Seis días —pensó Galahad—, seis días y pondremos fin a este asedio>.

Gaheris fue conducido al patio de armas del Castillo de Diana. No sabría decir cuánto tiempo había pasado en cautividad. Parecía que su derrota en el Muro de Hiperión se había producido una vida atrás.

Ni siquiera sabía qué destino le había esperado al ejército de Dordinas en su viaje al este, estaba seguro de que todos estaban muertos. Igual que sus hombres. Tuvo que presenciar como los ejecutaban uno a uno en la horca o decapitados. Luego vino el encierro. Los días se transformaron en semanas. La oscuridad de la celda fue su única acompañante. Hablar con esa oscuridad había sido la forma de no volverse loco. Recibía las sobras de la tropa y vivía entre ratas y pulgas.

Pero esa mañana había sido diferente. Lo asearon un poco lanzándole un cubo de agua helada y le habían devuelto su ropa y su armadura. Todo le quedaba grande, desde luego, pues había perdido mucho peso en la celda y la barba era bastante más larga de lo que acostumbraba a llevar. Gaheris se sentía tan débil que apenas podía con el peso de sus ropajes. De fondo escuchaba el sonido inconfundible de las máquinas de guerra lanzando su mortífera carga y los golpes de las murallas al recibirla. Seguramente fuesen bárbaros que ya habían penetrado las defensas de la frontera. La luz del sol que no había visto en varias semanas le resultaba cegadora y tardó bastante tiempo en acostumbrarse. Notaba los músculos de las piernas entumecidos fruto de no ejercitarlos en absoluto. Nadie le había dicho nada del lugar en el que se encontraba pero por el aspecto de lugar, Gaheris reconoció el Castillo de Diana.

¡Bum! Otro golpe de catapulta. El antiguo comandante miró a su alrededor tratando de buscar soldados de Ámbarin o del cualquier otro reino aliado pero solo distinguió mercenarios y algunos hombres del norte. Soldados de Lord Scyles. Si los bárbaros atacaban el castillo ¿Por qué había solo hombres del norte y mercenarios? ¿Y dónde estaban los ejércitos de la Liga?

—¿Los bárbaros han atravesado la frontera? —preguntó a su escolta sin la certeza de que le fueran a responder.

—No... —dijo uno de ellos—, quién ataca es tu Senescal. Llegó hace días con los jinetes de Meredorn y se hace acompañar de las tropas de Bastión de Plata.

Gaheris no dijo nada y dejó que le guiaran hasta llegar al patio de armas. Vanora estaba al otro lado de las murallas...la Senescal había acudido con sus ejércitos. Y según parecía había conseguido una alianza con Alanys, de Bastión de Plata. Aquello era una muy buena noticia. Alanys tenía el mejor ejército que se podía tener. Si alguien podía tomar las impresionantes defensas del Castillo de Diana era ella.

En ese momento otra cuestión asaltó su mente ¿Cómo podía cruzar las murallas y regresar a sus líneas? Prestó atención a los comentarios que oía, nadie se cuidaba de no hablar en su presencia, al parecer ya no le consideraban un militar. Para los soldados de Lord Scyles Gaheris era un prisionero, poco más que escoria. Un cadáver andante y, ante los cadáveres, daba igual hablar.

Gaheris se enteró que las tropas de Alanys atacaban con dureza Ithender y el Castillo de Diana y que además había tres regimientos que nadie conseguía encontrar. Supo también que Lord Scyles había pedido auxilio a los bárbaros del este para que rompieran el cerco y que Trafal y su belicosa tribu se refugiaban en Ithender. Por último, tuvo noticias de Dordinas. Al parecer su ejército había sufrido una aplastante derrota en la Atalaya Sombría y sus pérdidas se contaban por decenas de miles mientras que el propio rey se hallaba prisionero de Gundahar y sus tribus. Los reinos de Nurúne y Meredorn se habían aliado con Bastión de Plata para organizar una fuerza que plantase cara a la invasión bárbara. Invasión que ya se estaba produciendo pues habían visto guerreros al oeste en las Torres Arcadias y en el Fortín de Ío.

Las cosas pintaban mal para occidente.

<Occidente se muere, igual que lo haré yo>, pensó Gaheris, alegrándose en parte por no ver como su ciudad ardía.

Enseguida empezó a distinguir los sonidos de los combates, y es que el instinto guerrero de un hombre acostumbrado a vivir en el campo de batalla nunca se perdía. Conocía el impacto que producían las grandes piezas de artillería y los silbidos mortíferos de los dardos de los escorpiones.

Supuso que le usarían como moneda de cambio para detener el asedio o para convencerle de dirigir la defensa de la plaza. Tuvo que reconocer que le gustaría seguir al lado de Vanora y luchar de nuevo pero sabía que eso sería imposible. La Senescal no debía caer en la trampa de renunciar al enclave por un solo hombre. Un hombre que jamás volvería a estar preparado para el combate. Gaheris moriría allí.

<Al menos moriré como comandante>, pensó al mirarse la armadura.

Ni siquiera se habían molestado en limpiarla y aún mostraba manchas de sangre y barro. Pero al viejo comandante eso no le importaba y procuraba caminar lo más recto que sus castigados huesos le permitían. Era sangre enemiga lo que lucía. Sangre de esos miserables que le tenían apresado.

Finalmente llegó al patio de armas y lo primero que sus ojos vieron fue el cuerpo de una mujer medio desnuda clavado a una cruz. Tenía el rostro ensangrentado y los cuervos habían dado cuenta de parte de su piel y del ojo izquierdo durante la noche.

Lord Scyles esperaba con la cara divertida que Gaheris llegara hasta su altura. Estaba sentado en un gran sillón de madera y con cojines ribeteados en oro, rodeado por varios sirvientes y mercenarios. A su lado se encontraba Thorlak, con la mano apoyada en una gran espada que pendía de su cinto.

—¡Aquí está! —exclamó Lord Scyles poniéndose en pie—. ¡El valiente comandante Gaheris, protector de la frontera oriental de la Liga de Occidente!

A Gaheris le sonaron vacíos los títulos con los que el Lord se acababa de referir a su persona. Protector... si hubiera sido un protector eficaz la frontera aún estaría bajo control de la Liga.

—Tenéis un aspecto bastante desmejorado desde la última vez que os vi —dijo Lord Scyles con una sonrisa irónica.

—Las comodidades que ofrece una celda bajo tierra son bastante limitadas. —Se limitó a contestar Gaheris.

Lord Scyles simuló enojarse por el comentario del comandante.

—¡No seáis descortés, mi buen comandante! Sois mi invitado y como veis estamos en medio de un asedio particularmente peligroso, solo me he preocupado de que ocupaseis un aposento debidamente resguardado de los proyectiles del enemigo.

Gaheris era un soldado, acostumbrado a enfrentarse a la muerte todos los días, a dar órdenes y a acatarlas. Gaheris era un hombre valiente, de honor, y la Senescal siempre había apreciado su sinceridad. En sus mensajes siempre se ahorra los cumplidos y la adulación absurda. Iba directo al grano, tal y como iba a hacer ahora.

—Mi señor, con el debido respeto: mi enemigo está entre estos muros.

El rostro de Lord Scyles se volvió serio. Gaheris supo que había enfadado a su captor.

—Veréis, comandante, todos aquí tienen un propósito o son de utilidad. Por ejemplo, necesito a los médicos y sanadores para que atiendan a los soldados heridos. Necesito artilleros que sepan manejar las catapultas, arqueros y guerreros que defiendan los muros, necesito también buenos oficiales que transmitan mis órdenes al resto con precisión ¿Entendéis a dónde quiero llegar? —preguntó Lord Scyles.

Gaheris casi podía imaginar lo que el rey quería decir pero prefirió guardar silencio.

—La gente que no tiene nada que aportar no me sirve entre estos muros, lo único que hacen es consumir recursos de forma absurda, y eso es algo que no me puedo permitir. ¿Reconocéis a esa de ahí? —preguntó Lord Scyles señalando a la mujer de la cruz.

El comandante giró su cabeza para ver de quién se trataba la desdichada. La conocía...ese rostro cubierto de sangre le resultaba familiar. Lo había visto hacía mucho tiempo, hacía varios años, pero pudo reconocerlo.

—Es... es... ¡Por todos los dioses! ¿Qué habéis hecho? —preguntó Gaheris— Habéis asesinado a vuestra esposa.

—Sí, es cierto. Pero como ya he dicho, no necesito gente que no me sirve alrededor. Mi esposa cumplió durante un tiempo su utilidad, pero ya no. Idelisa me aseguraba la lealtad de Ithender al ser hermana de la reina. Esperaba contar con sus recursos cuando empezase la guerra. Pero la guerra empezó hace tiempo e Ithender lo único que ha hecho ha sido causarme problemas. Hay una cruz parecida a esa para vos, comandante. De lo que decidáis dependerá ocuparla o no.

Gaheris suspiró. Estaba seguro que iba a ocupar la cruz.

—No voy a ayudaros en nada, mi señor. Tendréis que crucificarme, os aseguro que no obtendréis nada más de mí.

—Vamos, vamos, ni siquiera habéis escuchado mi proposición. Solo tenéis que ir al campamento de vuestra Senescal y pedirle que deponga las armas y se una a mí. He llamado a los ejércitos bárbaros que se agolpan en la frontera, en la frontera que vos perdisteis. Si queréis salir con vida de aquí y que vuestra Senescal también lo haga no tenéis más remedio que aceptar lo que os digo. Muy pronto docenas de miles de bárbaros llegarán hasta aquí.

Gaheris supo entonces que iba a morir. Lo tuvo tan claro como el agua fresca de la primavera. Y ya que iba a morir, decidió hacerlo diciéndolo todo tal como lo pensaba.

—Decidme ¿Habéis pensado en otra vía? Hay otra opción —dijo dando un paso al frente.

Lord Scyles no pudo evitar fijarse en que no había añadido las palabras “mi señor” pero estaba demasiado intrigado para reprochárselo.

—¿Otra vía?

—Sí —dijo Gaheris—. ¿No habéis pensado que esa nueva alianza puede tomar este castillo y luego derrotar a los bárbaros? No conozco a esa Alanys pero parece que jamás ha perdido una batalla.

—¡Eso es imposible! ¡Alanys no podrá luchar contra todos!

El comandante rompió a reír.

—No luchará contra todos. Su enemigo está al este, los bárbaros aún están alejados, pero vos estáis cerca. Primero irá a por vos ¿Creéis que los muros del castillo os van a defender? Arrasará esta plaza, os masacrará a todos y luego seguirá su camino. Mi Senescal sobrevivirá, aliada de ella. Aquí solo veo pompa y una falsa apariencia de seguridad. Deberíamos haber contado con Bastión de Plata mucho antes, intuyo que a la joven Alanys no le gustan los traidores ni los cobardes. Y vos tenéis los dos atributos. Ahora lo veo claro, Alanys es lo que el mundo necesita, alguien que no está corrompida por el poder. Vos y los vuestros sois las manzanas podridas y la fruta podrida se aplasta y se tira.

La cara de Lord Scyles estaba roja de ira y vergüenza.

—Lo único que voy a lamentar es no vivir lo suficiente para ver cómo Alanys acaba con todos vosotros. Reconozco que me habría divertido mucho.

—¡Apresadlo! ¡Crucificadlo! ¡No quiero ver más a este miserable!

Pero Gaheris no estaba dispuesto a darle el placer de ver cómo le torturaban. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas propinó un fuerte puñetazo al soldado de su izquierda y le rompió la nariz. Tuvo el tiempo justo de arrebatarse la espada y volver a girarse para

clavarla en el pecho del otro guardia. Viéndose rodeado dirigió la punta del arma ensangrentada hacia su propio corazón.

—¡Vais a morir todos! —exclamó antes de hundir la espada.

Apretó con fuerza para que la hoja se abriese paso entre el metal de la armadura. La mordedura del acero no fue tan dolorosa como Gaheris había pensado. La espada penetró piel y carne y halló el camino entre los huesos para finalmente atravesar el corazón. Gaheris se desplomó ante los ojos de todos antes de que nadie pudiera evitarlo.

Lord Scyles volvió a sentarse en su asiento.

—Decapítadlo y atadlo a un caballo —dijo—, es hora de que regrese con su Senescal.

El caudillo de Dineren se quedó allí sentado, meditando si las palabras del difunto comandante del Muro de Hiperión eran ciertas. “Vais a morir todos”, había dicho.

¿Llevaría razón?

La noche ya había caído sobre Ithender. Era una de esas noches desapacibles, fría y húmeda. El cielo estaba completamente despejado, moteado por miles de estrellas de diferentes colores y la luna, la enorme y blanca luna llena, iluminaba pálidamente las murallas de una Ithender que había cambiado de dueño tres veces en unos pocos meses. Una Ithender que había pasado de ser una ciudad carente de cualquier importancia estratégica a verse asediada por el ejército de uno de los reinos más poderosos del mundo.

Vangio esperaba a la entrada del pasadizo oculto que llevaba a la ciudad mientras que Galahad hablaba con Daira. El rey sin reino iba ataviado con una coraza de bronce sin adornos sobre una cota de malla y una capa roja. Al cinto colgaba su espada.

—No quiero perderte —decía Galahad a la joven, casi en un susurro.

El comandante tenía que admitir que cada vez apreciaba más a aquella bárbara. Se sentía muy cómodo a su lado y reían mucho el uno con el otro. Había días incluso en los que se permitía no añorar a Alanys.

Ella por su parte también disfrutaba de la compañía del joven militar de Bastión de Plata. Era uno de los pocos hombres en el mundo que la trataban con respeto, sin reírse ni menospreciarla por su condición de bárbara.

—¿Temes aún que os traicione y salga de nuevo para mataros a todos? —dijo ella riendo.

Galahad esbozó una sonrisa.

—Temo que entres en la ciudad y no salgas —respondió él, medio en broma, medio en serio.

Daira siempre había vivido rodeada de guerreros duros que no sabían lo que era tratar a una mujer con dulzura. Y lo cierto es que

aquel juego de coquetear con Galahad le divertía. De todos modos no pensaba que el comandante se fijara de verdad en ella.

—He entrado en sitios peores, Galahad —mintió—, no te preocupes, que aún tendrás que soportarme algún tiempo más.

—Ten cuidado, Daira, y no hagas ninguna tontería.

—Volveré, tú espera mi regreso con una copa de ese vino tan bueno que bebéis los occidentales. Reconozco que tenéis mejores hábitos que nosotros los bárbaros, al menos para ciertas cosas.

Y con esas palabras se dio la vuelta y se dirigió a la entrada de la galería. Comprobó de nuevo las armas. Una espada corta, sus dos mortíferas dagas atadas a la espalda y dos cuchillos en las botas. Iba bastante bien armada pero dados los enemigos que había en la ciudad tenía la sensación de ir desnuda. Llevaba además ropas de cuero endurecido, sin armadura ni coraza, para tener mayor libertad de movimiento. La clave de Daira era la velocidad. También llevaba una larga capa negra que Galahad le había regalado una noche particularmente fría.

Vangio y Daira se internaron en el túnel. Pese a la luna, la oscuridad los envolvió. La joven notó como a medida que avanzaban subía la temperatura.

—Tengo que reconocer que habéis tenido una buena idea. Espero que no tengamos que toparnos con demasiados enemigos —Daira había aprendido a hablar con respeto al rey, precisamente por ese cargo.

—Precisamente por eso has venido, por si nos topamos con algún enemigo. Todos dicen que eres la mejor guerrera que hay en ese ejército.

—El comandante también sabe pelear muy bien, al igual que sus oficiales, y vos mismo, no se llega a rey sin ser un buen guerrero. Al menos así se elige en mi tribu a los líderes.

—En occidente hay más cosas aparte de la destreza con las armas. El parentesco, por ejemplo. Aquí tú serías la heredera de tu

padre, independientemente de si sabes usar o no la espada. Aunque para gobernar tendrías que casarte, en Ithender no hay reinas en solitario.

<Gente curiosa>, pensó la joven.

Caminaron un poco más en silencio. Solo se escuchaba el sonido del metal de las armas y de las pisadas sobre el suelo húmedo. El ambiente olía a musgo y la luz de la luna llena se filtraba a través de los agujeros de las paredes. En algunos puntos se escuchaba una corriente de agua.

—Estas galerías son enormes —dijo Daira.

La joven aún se impresionaba por las grandes construcciones de occidente. Quería visitar las defensas de la frontera de la Liga y sobre todo quería ver la impresionante Bastión de Plata. Galahad no paraba de hablarle de lo increíblemente grande y majestuosa que era la ciudad.

—Algunas de las galerías no son más que las alcantarillas de la ciudad.

—¿Alcantarillas?

—Sí —respondió Vangio, un poco sorprendido porque Daira no supiera qué era una alcantarilla—, verás, ese correr de agua que escuchas no es sino el agua sucia que baja de Ithender. Dicha agua se lleva los excrementos y buena parte de la basura y la transporta lejos. El alcantarillado de Ithender es viejo y pequeño, se construyó hace muchos siglos. Posteriormente se levantaron túneles y galerías anexas o se aprovecharon otros ramales de agua ya en desuso. Algunos sirven para almacenar provisiones y otros, como éste, conducen al palacio para garantizar su evacuación en caso de ataque.

—Pues han resultado inútiles —dijo Daira encogiéndose de hombros.

Vangio sonrió ante el comentario de la joven. Ella hablaba sin pararse a pensar. Pero llevaba razón. Esos túneles debían

garantizar la supervivencia del rey sacándolo de la ciudad, pero no solo no lo habían sacado, sino que además lo guiaban de vuelta a una Ithender invadida.

—Gira a la derecha —señaló el rey en dirección a un estrecho corredor.

Daira notó como el pasadizo se inclinaba levemente hacia arriba.

—Estamos subiendo- señaló.

—Así es —dijo Vangio—, este corredor lleva directamente a la torre principal del palacio. La torre se encuentra cerca de una colina de modo que esa colina será nuestra entrada a la ciudad. El túnel muere justo por encima de las puertas de la torre, puertas que seguro están vigiladas.

—Dejad eso de mi cuenta, alteza —dijo Daira—. ¿Cómo pensáis hacer que mi padre entregue la ciudad?

—A decir verdad no lo sé, esperaba que me sirvieras de ayuda.

—Los bárbaros solo sabemos de guerra —dijo la joven guerrera—, y mi padre es especialmente testarudo. Sinceramente alteza, no creo que tengáis éxito en vuestra misión. Como consejo solo puedo deciros que no os mostréis altivo ni prepotente o mi padre os cortará la garganta antes que terminéis la primera palabra.

Daira no sabía qué más podía decirle al rey de Ithender. Durante unos breves instantes recordó la charla que había tenido con su padre antes de partir para la Colmena a la masacre de niños y mujeres. Su padre la había amenazado de muerte y ella le había traicionado. Pero Trafal había perdido la razón. El asunto de Ithender quedaría resuelto esa noche, y Daira sabía que uno de los tres iba a morir próximamente.

—Ya se ve el final —anunció Vangio—, es ahí ¿Lo ves?

Lo veía. Al final de aquel pasadizo estrecho y asfixiante estaba la salida. La joven indicó a Vangio que permaneciera quieto mientras ella echaba un vistazo. Como buena guerrera bárbara que era, Daira sabía leer el terreno y era una magnífica rastreadora. Además,

Galahad le había enseñado la mejor manera de planificar un ataque y tenía algunos conocimientos de estrategia.

—Hay solo dos guardias en la puerta, puede que en el interior haya alguno más, pero no parece que mi padre tenga demasiada vigilancia. El resto de la ciudad está tranquila. Debemos ser rápidos. No hay más entrada que la puerta, por lo poco que he visto toda la torre ha sido tapiada.

Vangio miró hacia abajo. Dos guerreros, cubiertos con pieles y armados con hachas custodiaban la entrada.

—¿Pretendes que salte sobre esos hombres? —preguntó

—Yo iré delante. Esperad mi señal.

Vangio asintió y Daira se puso de pie en el borde del túnel. Incluyó levemente su cuerpo hacia delante y se dejó caer al vacío. Extendió su capa para caer justo entre los dos guerreros. Se agachó al tocar el suelo y, rápida como una centella, sacó uno de los cuchillos que llevaba en la bota y lo hundió hasta el mango en la garganta del hombre situado a su izquierda. Cuando el otro quiso reaccionar y dar la alarma se encontró con que la hoja de la joven lo había degollado.

Vangio vio la señal que la joven le hacía para bajar. Nunca había visto a nadie acabar con dos hombres a esa velocidad.

—Entremos —dijo ella.

Abrieron la puerta despacio. La torre del rey era bastante simple. Una sala a modo de entrada y una escalera de caracol que subía hasta sus aposentos.

Otros dos guardias bajaban dicha escalera. Iban riendo y no vieron a los nuevos visitantes. Vangio desenvainó la espada bajo la extrañada mirada de Daira.

—Con el debido respeto, alteza, pero no tenéis ninguna opción frente a esos guerreros. Dejádmelos a mí, vos subid tan rápido como podáis.

La joven cogió una de sus dagas y la disparó hacia uno de los guerreros. El arma completó tres giros antes de acertar en la frente de su objetivo. El golpe fue tan brutal que destrozó el cráneo de su víctima, que se desplomó en el suelo con cabeza convertida en un amasijo de astillas de huesos, sangre y trozos de cerebro.

—¡Corred! —gritó la joven disparando el segundo cuchillo.

Pero esta vez el bárbaro evitó el golpe y el arma se estrelló contra la pared. El hombretón se lanzó a por ella con el hacha en la mano. El arma fue a golpear el pecho de la joven y ésta tuvo el tiempo justo de desenvainar su espada e interponerla. El metal chocó con fuerza y el brazo de Daira notó un fuerte dolor que le recorría desde la mano hasta el hombro.

Vangio desapareció escaleras arriba.

<Si no me doy prisa mi padre le matará>.

Daira rodó por el suelo, seguida de cerca por el bárbaro que no cesaba en su ataque. En uno de esos ataques el filo del hacha acertó en la mejilla de la joven y le hizo un pequeño corte. Desde el suelo Daira lanzó un tajo hacia arriba que se estrelló contra el arma enemiga. Ella aprovechó ese instante para clavar una de las dagas que llevaba en la espalda en el muslo de su adversario. Reponiéndose de los ataques del enorme bárbaro, Daira se hizo a un lado e incorporándose hundió la espada en el estómago del rival. Sujetando el arma clavó la daga entre las costillas.

Con las tripas destrozadas y un pulmón perforado el bárbaro cayó al suelo. Daira subió corriendo las escaleras pero llegó tarde. Cuando abrió las puertas del aposento Trafal sujetaba a Vangio mientras apretaba un cuchillo contra la garganta del rey.

—¡Veo que mi hija ha regresado al lado de su padre! —exclamó triunfante—. ¡Y me ha traído al antiguo rey de Ithender como presente!

—Suelta a ese hombre- contestó ella con la voz gélida.

Daira era consciente de que debía de ser cauta en sus palabras pues la vida del rey Vangio dependía de ello.

—Él es el rey legítimo de la ciudad, padre —continuó ella—, déjale o será terrible para todos.

—¿Todos? —replicó Traful—. Llevas un mes al lado de esos inútiles de Bastión de Plata, mi querida y traidora hija, y lo único que habéis logrado es acercaros dos veces a estas murallas y ser rechazados. Ithender es mía, Daira, mía y de nadie más. Y tú responderás por haberme traicionado.

—Si no le sueltas inmediatamente esos hombres que están ahí fuera acabarán entrando y te matarán, padre. Rinde la ciudad y ven conmigo. Puedo salvarte la vida.

—¿Salvarme la vida? ¿Tú? ¿Tú que me traicionaste y te pusiste de parte de esos occidentales? Mírate, niña ¿Desde cuándo te ha importado tanto hacer el bien? ¿Desde cuándo te dedicas a salvar vidas? No eres más que una traidora y una exiliada y jamás regresarás a mi lado.

Daira tragó saliva y contuvo las lágrimas. Su padre sabía cómo hacerle daño. Siempre se le había dado bien.

—Suelta a ese hombre, padre. Suéltale o...

—¿O qué, traidora? —interrumpió Traful—. ¿Me matarás? Eso si no te mato yo antes.

Traful apretó la empuñadura del cuchillo contra la garganta del rey hasta que finalmente la piel se abrió y sangre empezó a manar. La hoja siguió su avance implacable y destrozó por completo el cuello de Vangio, que murió degollado. Traful se recreó en esa muerte y siguió cortando la garganta del rey hasta abrirla de oreja a oreja.

Tiró el cadáver del rey caído y desenvainó su espada.

—¡Ahora puedo centrarme en ti! —gritó el caudillo.

Daira atacó con su espada con la esperanza de sorprender a su padre, pero éste adivinó de donde vendría el golpe y lo detuvo sin problemas. Ambas armas chocaron varias veces, cortándose las trayectorias la una a la otra. Hasta que una de las veces la espada de ella acertó en el brazo del caudillo y le hizo un corte no demasiado grave. Éste, completamente enfurecido, atacó con más fuerza y rabia y golpeó a su hija en la cara. Daira notó como la sangre manaba de su nariz y pudo escuchar como decenas de guerreros ascendían por la escalera. La alarma se había dado al ver los cadáveres de la puerta. Tenía que salir de allí. Como fuese. Vio la ventana que había tras ella y tomó una decisión. El golpe sería grande pues más abajo había un tejado de madera.

Los guerreros entraron en el aposento y vieron el cadáver del rey Vangio. Ella disparó la daga que le quedaba y acertó al primero. Luego se dirigió a su padre.

—Lo siento, padre —fue lo que dijo antes de lanzarse.

Luego solo vino la oscuridad de la noche.

—¡Se acerca un mensajero! —dijo el oficial que estaba de guardia.

Los ataques con las catapultas debían de estar siendo efectivos pues las fuerzas Lord Scyles no habían vuelto a salir del castillo. Las puertas se abrieron únicamente para dejar salir a ese caballo que avanzaba a toda velocidad hacia ellos.

Devion, que estaba cerca de la entrada al campamento supervisando su artillería enseguida detectó algo raro.

—Avisad a la Senescal y al gobernador, que vengan rápido —dijo.

Los soldados abrieron la puerta para dejar paso al caballo y al jinete que venía en él. Un jinete al que le faltaba la cabeza.

—¡Gaheris! —exclamó Vanora nada más verle.

—¿Le conocíais? —preguntó Devion impertérrito. El veterano general estaba acostumbrado a las crueldades de la guerra.

—Sí, era el comandante de la frontera antes de que Dordinas la atacase.

Bajaron el cuerpo del caballo y Needle advirtió que llevaba un mensaje colgado al cuello. Lo leyó bajo la mirada de todos. Su rostro palideció. Al terminar dirigió su mirada al Castillo de Diana y luego hacia el este.

—Los bárbaros... están aquí —fue lo único que dijo.

El silencio se hizo dueño del lugar. El ejército bárbaro había llegado sin que Alanys estuviera presente. Aquello pintaba muy mal para las fuerzas aliadas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Vanora, asustada.

Needle guardaba silencio. Era un veterano guerrero pero nunca se había visto en una situación así. Tan solo Devion parecía

conservar cierta calma, aunque en su fuero interno sabía que Alanys hacía días que tenía que estar allí. ¿Qué debía ordenar? ¿Qué haría su señora en esa situación? Tenía que pensar. Pero no quedaba tiempo.

Un corro de soldados se había arremolinado en torno al grupo de oficiales.

—¡No he dado orden de que las catapultas dejen de abrir fuego! —rugió Devion—. ¡Seguid disparando, por todos los dioses de este maldito mundo, seguid!

Tras meditar unos momentos el general del II regimiento se dirigió al gobernador Needle.

—Ordenad a vuestros hombres que se preparen. Necesitaremos a toda la caballería disponible.

—¿Para qué? —preguntó el gobernador.

—Porque la única cosa que podemos hacer es atacar antes que ellos. Es lo único que no esperan. Un ataque ahora puede resultarles devastador.

—Nos superan enormemente en número —dijo Vanora—, no podemos atacar y vencer.

Por un instante la joven Senescal pensó que había cometido un error grave al seguir a Alanys en aquella loca carrera hacia el este. Al menos los muros de Nurúne la habrían protegido.

—No tiene que ser un suicidio, pero esos bárbaros estarán cansados y confiados, no creo que se entretengan en construir empalizadas y estructuras defensivas. Si les pillamos en un ataque rápido y certero, antes de que los lince nos puedan rechazar, les causaremos bastantes pérdidas, quizá las suficientes para ganar más tiempo.

—Nosotros también perderemos hombres —dijo Larodar.

Devion asintió.

—Perderemos más si atacan estas empalizadas, un muro de madera no resistirá el golpe de los bárbaros y de las tropas de Lord Scyles.

Finalmente se aceptó el plan de Devion y se dieron las órdenes necesarias para iniciar el ataque. En poco tiempo todos estarían listos. Needle iría al combate, pero el resto de oficiales no. Alguien debía quedarse atrás por si las cosas se torcían.

Mientras los caballos se preparaban y los jinetes se vestían la armadura y se colgaban las armas, el sonido de un cuerno de guerra retumbó por todo el campamento. Un sonido grave, poderoso y largo. El mismo sonido se repitió otra vez, y luego una tercera. Todos pensaron que el ataque enemigo llegaría antes de lo esperado y Vanora se preparó para la batalla.

—¡Arqueros a los muros! ¡Reforzad la entrada! ¡Y traed agua para mojar la empalizada, solo queda que esos malnacidos prendan fuego al campamento!

Devion sin embargo no se movió y agudizó el oído. Ese sonido... ese sonido era familiar. Demasiado familiar para tratarse del sonido de un cuerno bárbaro.

—¡Oficial! —aulló llamando a uno de sus hombres.

El oficial se acercó lo más rápido que pudo.

—Haced sonar el cuerno del regimiento ¡Rápido!

Cada uno de los regimientos poseía un cuerno que les distinguía. El objetivo del instrumento era orientar a los soldados en la batalla. Si el frente se rompía o las tropas perdían su formación, los cuernos de los regimientos sonaban indicando las nuevas posiciones, de ese modo el ejército permanecía siempre estable y en formación.

El instrumento del II regimiento sonó, potente y agudo y Devion aguzó su oído. Durante un momento no pasó nada pero al cabo de un par de minutos el mismo cuerno de antes volvió a tronar por encima del inminente campo de batalla.

—¡No son enemigos! —gritó para captar la atención de Vanora—. ¡No son enemigos!

Y no lo eran, Devion reconoció al fin el sonido del cuerno del I regimiento que venía del norte.

—Mi señora —dijo cuando llegó a la altura de Vanora—, Alanys está aquí. Ese cuerno es de sus regimientos ¡Por los dioses, reconocería ese sonido en cualquier parte!

La Senescal miró desconcertada al general. Cada día entendía mejor el motivo por el cual Alanys ganaba todas sus batallas. Su ejército era una perfecta máquina de guerra.

Devion llevaba razón. Descendiendo pesadamente del norte, como una enorme bestia que se acercaba a su presa, los ejércitos de Alanys llegaban.

—Es nuestro turno —decía Devion—, salimos a campo abierto.

—¿Fuera del campamento? —preguntó Vanora.

—Exacto. Alanys contendrá el ataque bárbaro mientras nosotros acabamos con Lord Scyles. Después rodearemos el castillo y caeremos con la caballería y los Capas Rojas sobre la retaguardia bárbara. No tienen linceos suficientes para rechazarnos.

A las palabras del general siguió un desfile de tropas. En poco tiempo las fuerzas conjuntas de Bastión de Plata, Nurúne y Meredorn se hallaban listas para la batalla que se acercaba con paso firme.

Campamento de Gundahar.

La alarma se extendió rápido. Un ejército había irrumpido por el norte sin previo aviso. Y no era un ejército cualquiera, aquella fuerza fantasma era nada más y nada menos que el poderoso ejército de Alanys. Gundahar estudió a su enemiga unos momentos, él no entendía de regimientos pero calculó unos veinte mil hombres,

divididos en infantería pesada y ligera, además de varios cientos de jinetes. Una fuerza de combate bien armada y bastante numerosa, pero nada que no pudieran vencer. Sin embargo...la presencia de Alanys hacía de esos veinte mil hombres un enemigo que podía resultar letal.

—He dado orden para que la mitad del ejército se prepare para combatir —dijo Segovax.

Gundahar miró a su campamento y vio como unos treinta mil hombres encaraban sus lanzas y espadas en dirección norte. Etelgis llegó entonces al lado de los dos caudillos, estaba exhausto por la carrera y cubierto de sudor.

—¡Los occidentales salen de su campamento! ¡Se preparan para el combate con todo su ejército! —gritó—. ¡Debemos atacar ya!

El caudillo de Yelmoroto no daba crédito. Los occidentales trataban de hacerle dividir sus tropas. Y no le quedaba más remedio que hacerlo si querían salir de ahí. Pero luego pensó otra cosa para poder sobrevivir.

—¡Que nadie haga nada! —gritó de repente—. Creo que hoy no vamos a entrar en batalla.

Todos se giraron esperando una explicación.

—¡Ese miserable de Scyles nos ha engañado como si fuéramos estúpidos! —bramó—. ¡Dijo que le estaban asediando y que necesitaba ayuda, pero no dijo nada de ese segundo ejército!

—Somos superiores en número —se atrevió a decir uno de los caudillos.

<¿Cómo pueden ser tan imbéciles?>

—Sí, somos superiores, y también parecemos idiotas. Nuestro número es mayor si permanecemos unidos, pero si queremos derrotar a los dos ejércitos necesitaremos dividirnos. Y divididos nos matarán. No tenemos linceos suficientes y somos muy inferiores en caballería. Lord Scyles nos ha traído a la muerte. Personalmente

no tengo tanto aprecio a ese hombre. Si quiere luchar que salga con sus tropas y luche, nosotros nos quedamos.

Y justo en ese momento, las pesadas puertas del Castillo de Diana se abrieron de par en par para escupir miles de soldados y mercenarios.

Tropas de Lord Scyles.

—¡Adelante, adelante! —exclamaba un entusiasmado Lord Scyles.

A su lado iba Brinno protegido por varios hombres de su máxima confianza. El rey estaba muy contento ese día. Los bárbaros iban a masacrar a Alanys y él iba a hacer lo propio con las tropas aliadas.

Brinno no estaba del todo convencido de aquel plan. Por más que miraba hacia atrás no veía que las tropas bárbaras se moviesen.

<Algo está pasando>.

La alegría de Lord Scyles duró poco tiempo.

—¡Mi señor! —gritó un oficial—. Gundahar no se mueve de su campamento. Al parecer no va a hacer nada hasta que la batalla no dé comienzo.

—¡Por los dioses! ¡Estamos solos! ¡Y solos venceremos! —alzó su espada completamente enajenado.

Siguieron avanzando. Ese día pintaba bien. Era un día de victoria.

Posiciones de Alanys.

La joven Alanys miraba el campo de batalla. Estudiaba las consecuencias de entrar en combate. Si daba la orden de ataque la

batalla que daría comienzo sería de enormes proporciones. Por un lado los bárbaros se debatían entre dividir sus tropas o quedarse donde estaban, y Lord Scyles y su ejército de mercenarios estaban preparados para cargar contra Vanora y Needle. Todos esperaban que fuera ella quién tomase la decisión.

Alanys seguía mirando. No estaba segura de poder ganar y no le gustaba arriesgar demasiado en las batallas. No era un buen momento para arriesgarse a nada. Se podía vencer, cierto, pero a costa de grandes bajas y el premio no merecía la pena.

El Castillo de Diana era un enclave estratégico importante, valioso para la guerra pero la joven era consciente de que no podían perder tantos hombres para tomarlo. Y los bárbaros...de repente, algo iluminó su pensamiento. Después de todo aún podía salir reforzada de esa situación.

—Traed todo el botín que hemos cogido de Dineren —dijo—, quizá podamos parlamentar con todos a un tiempo.

Alanys no tenía ninguna intención de entablar una batalla. No podía enzarzarse en combates cada vez que alguien se pusiera en su camino pues no se podía permitir el lujo de perder demasiados hombres. Y ya había sufrido fuertes bajas en el norte. Después de la batalla llegó al Castillo de Dineren, pero necesitó todavía cinco días para someterlo. Los habitantes plantaron resistencia hasta el final. Cuando al fin logró abrir una brecha dejó que sus tropas saqueasen la fortaleza y la quemaran. No estaba a favor de esos actos pero después de todo lo pasado, el frío, las montañas y la batalla, esa era una buena forma de compensar a los soldados. El día de la caída de Dineren estuvo marcado por el derramamiento de sangre, por violaciones y por mucha destrucción. Pero ahora ya tenía lo que necesitaba para seguir con su plan. El norte había supuesto una prueba muy dura para sus hombres y para ella misma. Habían sufrido mucho y tenía que reconocer que a veces solo siguió adelante para volver a ver a Galahad.

Pero habían regresado. Habían regresado para meterse de lleno en algo mucho más difícil, en algo mucho más grande.

Un pequeño y austero pabellón fue levantado a toda prisa para que la entrevista pudiera celebrarse. La tienda no era muy grande, suficiente para dar cabida a los miembros del cónclave. Una estancia situada en el llano que se extendía entre Alanys y las fuerzas bárbaras. Se había dispuesto algo de comer y de beber y todo el pabellón estaba custodiado por miembros de la Guardia de Plata. El propio Baethan vigilaba la entrada a la estancia con la mano permanentemente cerrada en torno a la empuñadura de su espada. No dudaría en atravesar con ella a cualquiera que amenazase la vida de Alanys. La joven, fiel a su costumbre, esperaba sentada en una silla de madera la llegada de sus invitados. Se habían dispuesto asientos para Gundahar, Vanora, Needle, Lord Scyles y Brinno. A Alanys le habría gustado que sus oficiales estuvieran también presentes pero no podía ser. Si algo le pasaba serían ellos los encargados de dirigir el ejército. Y además Baethan estaba cerca, siempre dispuesto a protegerla. Lo único que podía suceder era que no se alcanzara un acuerdo pacífico y hubiera que librar una batalla. Y ya era bastante malo para todos.

Gundahar fue el primero en aparecer en la tienda. Alanys había oído decir que era un gran guerrero y caudillo de Yelmoroto, la tribu más poderosa del este. Poderosa según decían, pero que había huido como todo el mundo evitando a Gorteyrn. No protestó cuando varios soldados le desarmaron antes de dejarle entrar. Eso era bueno.

—Os saludo, noble Gundahar —dijo Alanys poniéndose en pie.

—Os saludo, Alanys, señora de Bastión de Plata —respondió él con la mayor cortesía que un bárbaro podía reunir.

—Mientras los demás llegan podéis comer y beber lo que deseéis, mi señor. Gozáis de mi hospitalidad completa, como ya debéis saber, no tengo nada en contra de vos ni de vuestra gente.

Gundahar pareció dudar un momento. Casi daba la impresión de estar asustado. Un hombre el doble de corpulento que la joven y mucho más mayor, parecía nervioso ante la presencia de Alanys. Quizá lo mejor que el caudillo podía hacer era ser sincero. Él no estaba hecho para tanta pompa y protocolos, y por lo que observaba, Alanys tampoco.

—Debo declinar vuestra oferta, mi señora, e ir al grano. He venido por la promesa de Lord Scyles de tierras y riqueza para mi gente. El este ha caído en manos de algo terrible y temo que seamos destruidos. Dordinas cruzó la frontera con su ejército para atacarnos, nosotros no provocamos esa batalla y solo llegamos al Muro de Hiperión cuando Lord Scyles nos aseguró que podíamos llegar sin problemas. Y ahora al venir aquí me encuentro con vos y vuestro ejército y me piden que os ataque. Eso es algo que no entraba en mi pacto, y no veo claro que pueda venceros.

Alanys se sorprendió por la sinceridad del caudillo y decidió hablar con la misma sinceridad.

—Quizá sí que podríais vencerme. Mis hombres y yo misma estamos agotados pues venimos del norte, de tomar Dineren. Escuchadme bien, Gundahar, ni mis aliados ni yo hemos venido aquí para luchar contra vos. Lord Scyles debe pagar su traición y de Dordinas ya os encargasteis vos, pero el objetivo de este ejército es recuperar Ethelor, me dispongo a invadir las tierras del este para liberarlas de Gorteyrn, el Sin Rostro. Arrasaré los Colmillos Negros si es necesario. Pero no voy a dejar que ese ser se haga con todo. Y para ello necesito pedir algo. Necesito que me apoyéis, que os unáis a mí. Si consigo ganar, ya no habrá una frontera que divida nuestros mundos. Eso os lo juro por mis antepasados.

—¿Antepasados?

—Sí —respondió la joven—, los antiguos reyes de Ethelor hasta llegar a Argarion, mi padre. Ethelor me corresponde ¿Qué me decís, Gundahar? No os pido que volváis al este, pero no deseo entrar en batalla contra vosotros, soy consciente de los muchos que han muerto en el viaje. Os necesito en retaguardia para mantener las

líneas de suministros abiertas y proteger nuestras ciudades en caso de que seamos derrotados. ¿Podré contar con vos?

Gundahar pensaba. Demasiada información en unos minutos, aún tenía que asimilarlo todo. Aquella joven, casi una niña a sus ojos, resultaba que era en verdad la única que podía hacer frente al terrible enemigo que, lentamente, se preparaba en los Colmillos Negros. Por un momento le pasó por la cabeza el pensamiento de que las palabras de Alanys eran solo un puñado de mentiras, quizá la mentira de una enajenada que las creía. Pero era indudable que no, alguien como ella, con esa seguridad en sí misma, con ese poder, con esa fuerza que irradiaba, tenía que estar diciendo la verdad. El pacto que Alanys le proponía era un pacto que no podía tener un buen final para nadie, enfrentarse a Gorteyrn era difícil pero hacerlo en su tierra era directamente un suicidio, pero allí estaba esa joven, dispuesta y decidida a todo, a intentarlo, a combatir hasta el final. Una niña que se atrevía a hacer lo que nadie tenía coraje para afrontar. Gundahar era un guerrero por encima de todo. Aquello que se avecinaba era algo grande, algo que podía cambiar el destino del mundo. No una mera disputa por el poder. Y por los dioses que él no iba a perderselo.

—Contad conmigo, mi señora —dijo Gundahar al fin—, si vamos a morir, quiero hacerlo riéndome de esos seres del infierno.

Alanys sonrió. Gundahar llevaba razón.

—Devolveremos a esas cosas al infierno, Gundahar. Os doy mi palabra.

El caudillo de Yelmoroto aún tenía muchas preguntas para la joven pero tuvo que posponerlas pues el resto comenzó a entrar. Primero pasó Vanora, con un chaleco de cuero encima de un jubón de gruesa piel. Al cinto llevaba una espada y una daga. Tras ella entró Needle, ataviado con la armadura de bronce y cuero endurecido propia de los jinetes de las montañas. Iba armado con una espada, pero el veterano gobernador hubiera preferido llevar su maza.

—No os alarméis, mi nuevo amigo —dijo Alanys al ver que Gundahar miraba a los recién llegados a sus armas con recelo—, son mis aliados. No os pasará nada.

El líder mercenario Brinno fue el siguiente en pasar tras ser desarmado por los miembros de la Guardia de Plata. Llevaba una pesada armadura gastada que en su día estuvo pintada de color blanco. Alanys le invitó a tomar asiento.

El último en entrar, tras maldecir a los guardias y protestar por ser desarmado, fue el causante de todo aquel embrollo, Lord Scyles, recientemente autoproclamado como rey de Occidente.

—¿Qué forma de tratar a un huésped es esta? —preguntó Lord Scyles sentándose en el único sitio que quedaba libre, justo enfrente de Alanys.

Nadie contestó.

—Mis hombres actúan siguiendo mis órdenes —dijo ella con la voz fría como el hielo.

Alanys sería muchas cosas, pero jamás actuaría de forma traicionera y desde luego no toleraba a los traidores.

—No tengo tiempo para estas cosas —siguió, sin dar tiempo a más impertinencias—, tengo mucho trabajo de modo que iré al grano, Lord Scyles. A mis oídos ha llegado que habéis asesinado a vuestra esposa, Idelisa, hermana de la reina de Ithender, también sé que apresasteis y decapitasteis a Gaheris, el noble comandante del Muro de Hiperión. Por no hablar de las múltiples traiciones que habéis cometido traicionando a la Liga y luego a Dordinas, ya de por sí un traidor. Y no solo eso, alcanzasteis un acuerdo con los invasores del este, para que os socorrieran, pero vuestro plan era deshacerlos de ellos también. De modo que antes de ordenar vuestra ejecución os doy una oportunidad de defenderos.

—¡Un rey no tiene que dar explicaciones! —gritó Lord Scyles—. ¿Creéis que porque hayáis venido con unos cuantos miles de soldados vais a intimidarme? Tengo más del doble de guerreros que

vos. ¡No voy a dejar que una salvaje como vos me amenace! Retirad vuestras palabras u os prometo que antes de que el día acabe vuestra cabeza estará clavada en una pica colgada de mis murallas.

Allí nadie conocía a la joven tan bien como Galahad o Baethan como para sorprenderse por su reacción, por su falta de reacción mejor dicho. En cualquier otra ocasión Alanys se habría levantado y hubiera clavado su espada hasta atravesar el corazón de ese idiota y después se habría lanzado sobre el castillo para borrarlo del mapa.

Pero no esa vez. En lugar de eso permaneció sentada en su asiento, con media sonrisa en la cara y con la voz calmada habló.

—Decís que tenéis más del doble de hombres, pero yo os digo que no habéis contado bien ¿Por qué no revisáis vuestra alianza con los pueblos del este?

Los grises ojos de la joven miraron a Vanora y al gobernador Needle y les sonrió de forma disimulada. Ellos se dieron cuenta y comprendieron que Alanys había logrado evitar la batalla aquel día.

Lord Scyles miró a Gundahar lleno de ira. Empezó a darse cuenta de que su plan se estaba viniendo abajo.

—¡Tenías una alianza conmigo! ¡Te ordeno que destruyas a esta arrogante! ¡Obedéceme, bárbaro, hazlo o verás mi ira!

Gundahar no estaba dispuesto a dejarse insultar por alguien como Lord Scyles.

—Nuestra alianza no incluía enfrentarme a la heredera de Ethelor. No, Lord Scyles, me habéis engañado, no debisteis tenerme por un idiota, yo no necesito de grandes palacios para aparentar ser poderoso. Lo siento, pero nuestra alianza se ha roto.

El rey de Dineren se puso rojo de vergüenza y furia.

—¡Sois todos unos traidores! ¡Acabaré con todos vosotros! — bramó mientras se levantaba e indicaba a Brinno a hacer lo mismo.

—No he terminado, Lord Scyles —dijo Alanys—, será mejor que os sentéis.

Scyles se sentó. Algo más iba a pasar y presentía que tenía que ver con el único aliado que le quedaba.

—Brinno —dijo Alanys sacando una bolsa de piel y lanzándola hasta el líder de los mercenarios—, aquí tenéis un pago por los servicios que habéis prestado. Hay mucho más esperándoos.

Esta vez Lord Scyles rompió a reír.

<Ríe, idiota, ya veremos qué cara pones ahora>, pensó Alanys.

—Tengo miles de bolsas más grandes que esa repletas de monedas de oro en mi castillo en el norte.

Alanys extrajo una moneda de oro y la tiró al rey.

—Mucho me temo que son estas las monedas que guardabais en vuestra fortaleza inexpugnable.

—¡Dineren no puede ser tomado por nadie! No es posible.

—Eso fue lo que pensé yo cuando vuestro amigo Sigimer se interpuso, pero yo misma le maté en batalla. Debo reconocer que fue un duro combate, sois valientes en el norte. Pero al final la ciudad cayó. Dineren fue tomada por mis regimientos a sangre y fuego y este es el dinero que con tanto ahínco guardabais. El norte está ahora en manos de rey Drustan IV y este oro será para pagar a los mercenarios que contratasteis. No tenéis nada, Lord Scyles. Habéis perdido vuestro reino y este castillo, habéis perdido la guerra. Todas las intrigas que pusisteis en marcha se han vuelto contra vos.

Lord Scyles estaba pálido. Lo había perdido todo. Absolutamente todo.

—No podéis hacerme esto... —dijo con un hilo de voz—. Brinno ¡Soy el rey!

Brinno habló por primera vez desde que se sentó.

—Me prometisteis el oro de Dineren, y eso es lo que he recibido. Por mi parte no tengo nada más que decir, mis servicios aquí han terminado.

El rey miró a todos los presentes. Nadie iba ayudarle. Al final Brinno había llevado razón y Alanys estaba ocupada en otra parte. Aquel asedio era una pantomima para evitar que escapase.

—Supongo que ahora entendéis porque no vine con el ejército hace días. Todo esto no era más que una distracción para poder ocuparme del norte sin vos. Ha sido más difícil de lo esperado pero aquí estoy. Os he atrapado a vos y pronto caerá vuestro otro aliado en el sur.

¿Sabía aquello también?

—Vuestro plan, aunque complejo, es fácil de seguir. Trafal no vendrá a ayudaros pues mis regimientos del sur le asedian en Ithender. Estáis solo, Lord Scyles.

—¡No podéis hacerlo! ¡Yo gobierno sobre occidente!

—Ya no —siguió una impasible Alanys—, no sois rey de nada. Desde este mismo momento quedáis arrestado y condenado a muerte.

Tras las palabras de Alanys una ola de silencio barrió el lugar. Desde luego nadie iba a interceder por Lord Scyles. Pero de repente el rey caído se levantó y se dirigió contra la joven de Bastión de Plata.

—¡No vas a ser tú quién me mate! —gritaba mientras se abalanzaba sobre ella dispuesto a estrangularla con sus propias manos—. ¡No! ¡Yo no voy a morir!

Needle trató de detenerle pero fue demasiado lento, al igual que Brinno y Gundahar. Alanys se echó a un lado y sacó su espada, pero el arma no llegó a tocar a su agresor pues fue Vanora quién le detuvo. La espada de la Senescal atravesó el estómago de Lord Scyles hasta que la punta del acero asomó por la espalda. Ni siquiera tuvo que hacer fuerza pues la propia inercia de Lord Scyles

hizo que el arma se hundiera en su cuerpo hasta destrozarle las entrañas.

Baethan entró con la espada desenvainada pero solo encontró el cadáver de Lord Scyles en el suelo, bocabajo y rodeado de un charco de sangre que cada vez incrementaba su tamaño.

Libro V
LA IRA DE ALANYS

Daira llegó al campamento de Galahad con el cuerpo encogido de dolor. Tenía muchas heridas producidas por el golpe al lanzarse desde la torre. Cojeaba de la pierna derecha y tenía un hombro bastante dañado, por no mencionar el enorme moratón de la sien y el labio partido.

La misión había resultado un completo fracaso. No habían podido capturar a Trafal, ni tampoco matarlo, además el rey Vangio había muerto degollado. ¿Cómo iba ella a explicar aquel fracaso? Mejor haber muerto con una espada en la mano.

Cada paso que daba le costaba un esfuerzo enorme. Estaba amaneciendo y había tenido que permanecer oculta para poder escapar de los hombres de su padre. Tras la huida tuvo que matar a otros cuatro guerreros y meterse en los túneles del alcantarillado. Allí abajo el hedor era nauseabundo pero al menos logró escabullirse de sus perseguidores. Busco el pasadizo oculto que Vangio le había enseñado y esperó allí hasta que amaneció. La noche fue larga y pesada y el sueño, el cansancio y el dolor amenazaban a cada instante con capturarla. Apenas halló consuelo en las lágrimas que derramó. Lloró por su padre, por Galahad y por Vangio. Ni siquiera pudo sacar su cadáver de la ciudad.

Otro paso. Una mueca de dolor cruzó su rostro. Al fin llegó a las puertas del campamento. Los soldados que estaban de guardia la reconocieron y abrieron inmediatamente. Una vez dentro se vio rodeada de soldados por todas partes, por su aspecto dedujeron que la misión había fracasado. Daira los miró a todos, buscando a Galahad, necesitaba apoyarse en alguien. Tenía frío y dolían todas las heridas, pero la que más dolía era la que se había abierto en su orgullo.

Wallia fue la primera en aparecer. Sabía que la esposa de Vangio la odiaba, la odiaba solo por ser una bárbara. Apenas le hizo caso.

Si por Wallia fuera, ella podía morir allí mismo. Luego llegó el resto de oficiales.

—¿Dónde está mi esposo? —preguntó la mujer.

Galahad apareció entre los soldados que le habían hecho un pasillo.

—¡Mantened las defensas! ¡Aquí parados no pintáis nada!

El joven comandante se dirigió a Daira para cubrirla con su capa. El frío del amanecer era intenso y ella había pasado muchas horas entre la humedad y la oscuridad.

—¡Vangio! —aullaba la reina—. ¿Dónde está?

Todos sabían que estaba muerto. Incluso Wallia lo sabía en su fuero interno. Preguntaba con la diminuta esperanza que da absoluta desesperación por el ser amado que no volverá.

Al sentir como los brazos de Galahad la rodeaban la joven se sintió con la fuerza suficiente para acercarse a la, todavía, reina de Ithender.

—Lamento ser yo quién os dé esta noticia, mi señora —dijo con la voz quebrada por la tristeza y el dolor del labio partido—, pero el rey Vangio cayó en esta desastrosa misión.

La reina Wallia dio un paso atrás, mirando a todas partes, incapaz de creer lo que estaba oyendo. Daira siguió hablando, como si hacerlo mitigara el dolor que esa veterana mujer sentía en su corazón.

—Luchó con honor y murió como un valiente. Pocos hombres han tenido el coraje de enfrentarse a Trafal a solas, pero el rey Vangio lo tuvo, eso le honra.

Daira prefirió no dar los detalles de la espantosa muerte del rey. Ni siquiera ella podía olvidar como la hoja de Trafal rajaba la garganta de Vangio, lentamente, tomándose su tiempo, paciente. Disfrutando.

El rostro de la reina se transformó en una mueca de odio hacia todos.

—¡Esto es por vuestra culpa! —gritó—. ¡Todos sois unos miserables, malditos seáis! ¡Yo os maldigo, a vosotros y a vuestra ciudad! ¡Malditos, malditos una y mil veces!

Wallia se dirigió hacia el comandante Galahad, gritando y llorando a la vez. Nadie se dio cuenta pero la reina empuñaba un pequeño cuchillo. Un cuchillo que iba a cobrar el precio de la muerte de su esposo. Todos allí iban a morir ¿Qué más daba el modo?

—¡No habéis hecho nada para evitar esto! ¡Lo único que queréis es mi ciudad!

La reina se acercó a Galahad y lo apuñaló en el costado. El joven apenas se dio cuenta del acero que penetraba en su carne, pero la sangre manó rápida y oscura, síntoma de una herida profunda. Casi al instante el comandante notó como le faltaba el aire y sus piernas se hicieron demasiado pesadas para sostenerle.

Wallia atacaba a todos con el cuchillo manchado de sangre pero tan solo Daira tuvo la rapidez suficiente para reaccionar. La espada de la joven fue certera, entró por la espalda y atravesó el corazón limpiamente. Wallia murió al instante, ni siquiera percibió la sangre que salía de su boca. Cayó al suelo envuelta en sangre y dolor. Su corazón había dejado de latir.

Daira sacó fuerzas de flaqueza y se arrodilló junto a Galahad. La sangre de su herida había formado un pequeño charco que manchó los pantalones de la joven.

—¡Médico, médico! —gritaba ella.

Galahad la agarró con fuerza.

—La ciudad... —dijo entre jadeos—, tienes que tomar la ciudad... se... se lo prometí... Alanys... le di mi palabra... tomarla...

Galahad cerró los ojos y no habló más.

Varios soldados lo cogieron para llevárselo al hospital del campamento, aunque la herida era demasiado grave para que se pudiera hacer nada.

La joven bárbara permaneció de rodillas, al límite de sus fuerzas, con miles de hombres rodeándola. Todo un ejército que había quedado sin líder.

Daira miraba a su alrededor confusa y aterrada ¿Qué iban a hacer en esas tierras? ¿Y cómo podían tomar la ciudad? Galahad estaba herido, puede que ya estuviera muerto y no había nadie más con capacidad de retomar Ithender. Aquella batalla se complicaba en exceso. Aquella batalla parecía que no se podía ganar. Quizá la maldición que Wallia había lanzado sobre el ejército se cumpliera. Todos estaban malditos y absolutamente todos iban a morir. Daira sabía que Trafal aprovecharía la debilidad del ejército de Bastión de Plata para atacarles y acabar con todos ellos de un solo golpe.

Tristán, el jefe de la caballería, se acercó a la joven y la ayudó a levantarse.

—Debéis descansar, mi señora —dijo el joven—. Creo que la vamos a necesitar.

Daira se dejó levantar y se apoyó en Tristán. Mientras andaban hacia el hospital del campamento Daira escuchó los gritos y las órdenes de los oficiales. Había que mantener intactas las defensas y la artillería tenía que seguir disparando, pero aparte de eso nadie sabía qué más ordenar.

La joven miró hacia atrás, a Ithender, allí seguían esos malditos muros que se resistían a caer. Necesitaban algo más, algo más poderoso y mientras no recurrieran a esa arma la ciudad seguiría cobrándose vidas.

Pero si Daira hacía lo que iba a hacer estaba segura de que Ithender desaparecería de la faz de la tierra y todos morirían, incluyendo su padre. ¿Pero que importaba eso ya? Su padre era un monstruo, un ser cruel que llevaría a todos a la ruina.

<Traful debe morir>, fue el último pensamiento que cruzó la mente de Daira.

El asedio al Castillo de Diana había concluido. Al fin. Había sido corto, pero muy duro. Y se habían tenido más bajas de las esperadas. Sin embargo, se lograron los objetivos. Mejor que eso, se lograron alianzas.

Alanys paseaba por los alrededores del castillo mirando el entorno. Era un día hermoso, despejado y cálido. Apenas soplaba un poco de brisa y resultaba agradable.

La joven tenía prisa por partir hacia el este, quería ver el estado de las defensas del Muro de Hiperión antes de la invasión. Pero con la explicación de Gundahar le bastó. La frontera estaba prácticamente en ruinas y los fortines en bastante mal estado.

Su mirada gris vio en el cielo una bandada de aves que venían del este. No acertó a ver qué aves eran pero sonrió al verlas.

Brinno y sus mercenarios se habían ido ya. Volvían al norte. Ni siquiera el dinero que les habían entregado bastaba para hacerles ir al este. Por lo que decía Gundahar, allí no quedaba nada. Únicamente muerte y desolación. Y allí era a dónde irían.

Alanys y sus oficiales habían tenido una reunión con los líderes de los demás reinos y habían acordado dar un breve descanso a las tropas antes de partir. Los regimientos de Alanys estaban exhaustos tras el viaje al norte, la batalla y la toma de Dineren. Gundahar y sus fuerzas se quedarían en retaguardia, custodiando y reparando las defensas de la frontera. En caso de derrota, ése sería el punto dónde intentarían hacerse fuertes. No merecían volver al este, ya habían sufrido demasiado a manos de ese ser de inframundo. Allí había muchos guerreros, pero también mujeres y niños, gente enferma o simplemente demasiado vieja para combatir. Alanys sintió tristeza por esas personas que, si fracasaban, morirían. La guerra era así.

La joven se alejó de la fortaleza y caminó en dirección al este. Allí se encaminaría dentro de poco tiempo con el mayor ejército que occidente había visto en siglos. Mientras andaba y contemplaba las aves sus pensamientos se dirigieron hacia el sur, a Galahad. Habían pasado muchos días desde que recibiera noticias sobre el asedio. Solo sabía que Traful rechazaba un ataque tras otro y que había ejecutado a todos los mercenarios de la ciudad. A partir de eso, solo silencio.

<Quizá debería ir allí>, pensó.

Pero ir allí significaría reconocer la incapacidad de su comandante en jefe para tomar la ciudad. Ir allí podría traer problemas, pero no ir también. Estaba en una encrucijada. Alanys no se podía permitir tener tres regimientos completos atascados en Ithender. Y además se moría de ganas por ver la nueva caballería pesada que el joven Galahad había creado.

No sabía bien qué hacer. Por otro lado estaba ansiosa por emprender su propio viaje, el que la llevaría a Ethelor, mejor dicho, a lo que quedase de la ciudad. De su ciudad. Desde siempre Alanys se había sentido atraída por el este, recordaba días felices en esas tierras, no muchos, pero aún podía recordar algunos. Recordaba cuando su padre la sostenía en brazos, lanzándola al cielo, antes de volver a caer en su poderoso regazo, con el sol del mediodía bañando los valles rodeados de enormes montañas.

Algunas noches, cuando las pesadillas y los negros sueños no venían a visitarla, Alanys volvía a ser pequeña, a ser solo una niña que jugaba con su hermano mayor a ser grandes caballeros. Luchaba con una espada de madera y pasaba las horas del día matando monstruos, dragones y hasta poderosos lince negros. Subía a las más altas rocas y veía como el sol se hundía en el horizonte mientras que el manto aterciopelado del cielo nocturno se extendía allende ríos y montañas. Alanys dejaba que la brisa acariciase la suave piel de su cuerpo mientras mecía esa melena corta y negra que Galahad acariciaba a veces. Y en medio de las oscuras noches del estío, los grandes y vivaces ojos grises de la

joven escudriñaban, ávidos de curiosidad, las tinieblas que daban cobijo a los búhos, lechuzas y cárabos que se movían sigilosos entre las copas de los árboles. Tiempos que habían quedado atrás, tiempos tan lejanos que la bruma de la muerte había hecho desaparecer. La muerte, siempre presente, siempre acechando bajo cualquier forma. Alanys miró al este de nuevo, hacia la negra e insomne muerte que se acercaba, pero no la miró con miedo o desazón. La miró a los ojos, le sonrió. La mirada gris de Alanys desafió entonces a la misma parca.

El sonido de unos pasos la sobresaltó y la sacó de sus pensamientos. Unos pasos rápidos, como de alguien que corre. Se giró y vio la figura del joven Larodar, comandante de los Capas Rojas. Alanys se fijó en que llevaba la coraza e iba armado con su espada. Era un buen guerrero. Alguien valioso. La joven le había tomado mucho aprecio y le animaba a que expresara sus opiniones en público, opiniones por norma bastante coherentes y acertadas.

—¡Larodar! —exclamó la joven—. ¡Hermoso día!

El comandante se permitió un momento para mirar hacia ambos lados y luego al cielo, no venía precisamente con buenas noticias. Se había ofrecido voluntario para ir a hablar con Alanys pero ahora no estaba tan seguro. El sol acariciaba su rostro y la brisa hacía que su capa roja ondease. No se veía capaz de decir lo que tenía que decir pero debía hacerlo.

—Mi señora... —dijo con un nudo en la garganta—, ha llegado un correo urgente desde Ithender.

Larodar tendió un rollo a Alanys. Ella lo cogió y miró al joven con desconfianza.

—Un oficial de vuestra caballería lo ha traído. Ha cabalgado sin descanso durante días. Nadie lo ha leído, mi señora. Yo mismo me he encargado de ello.

Las palabras del joven comandante eran ciertas. Aquel mensaje era de las tropas de Bastión de Plata para la señora de Bastión de Plata. Solamente ella podía leerlo.

Larodar fue testigo del cambio de Alanys a medida que leía el contenido de aquel rollo que venía del sur. Primero se borró su sonrisa, una de las pocas que Alanys había lucido desde que la conocía. Luego sus manos, siempre firmes, certeras en el uso de las armas, empezaron a temblar. Su mirada se volvió de repente fría, gélida como el hielo que había atravesado en las montañas.

—Déjame —fue lo que dijo, con la voz quebrada por la furia, el odio y también aderezada con sincera tristeza.

Larodar se alejó sabiendo que algo terrible iba a pasar. Miles de muertes iban a producirse muy pronto.

Alanys siguió caminando sopesando lo que acababa de leer. Era un informe de las tropas de Ithender, pero escrito por una bárbara. Al parecer las fuerzas del sur estaban en una situación desesperada, crítica. Sin apenas suministros y con los mandos casi en rebeldía. Y lo peor de todo, su comandante Galahad, su amigo, su mejor baza, su amor y su vida, estaba herido de gravedad. Ya podría estar muerto.

La decisión de Alanys fue más motivada por la ira que por la necesidad. La furia la invadió y sintió como por sus venas corría la sangre sedienta de más sangre.

Alanys viajaría al sur, lo haría acompañada por todo su ejército. Y cuando llegase...cuando llegase no quedaría rastro de esa ciudad maldita. La arrasaría hasta los cimientos y acabaría con todo lo que se pusiera en su camino, no cejaría hasta ver como Traful moría desangrado con el cuello abierto.

Esta vez no miró al este, sino al sur. A Ithender. Alanys haría desaparecer hasta el último vestigio de la antigua ciudad.

Suspiró. De nuevo la guerra amenazaba con quitarle lo que más quería. Pero esta vez no iba a dejar que eso sucediera. Por un momento quiso llorar y gritar y maldecir a todos los dioses por la vida que le habían dado, pero se contuvo. Respiró hondo y volvió sus pasos al campamento. Caminaba rápido, con decisión. No podía

dudar, no podía flaquear jamás. Ella era Alanys, heredera al trono de Ethelor.

Al llegar al campamento percibió que todo el mundo estaba tenso. Era evidente que sabían que algo pasaba. Baethan aguardaba a las puertas.

—Trae a ese oficial a mi tienda —dijo Alanys—, que venga también Vanora ¡Rápido!

Baethan dio las órdenes a sus hombres y éstos se apresuraron en cumplirlas. Nadie quería hacer enojar a Alanys.

El capitán de la Guardia de Plata conocía lo bastante bien a la joven para saber que estaba muy furiosa, su tono de voz gélido así lo denotaba, pero también percibió algo de inquietud e inseguridad. ¿Qué era lo que estaba pasando?

Alanys entró en la tienda sin siquiera mirar a los dos soldados que estaban apostados a la entrada y sin reparar también en un Baethan que a duras penas podía seguir el ritmo de la joven.

—Reunid a todo el ejército, a todos, los cuatro regimientos, con toda la caballería —dijo Alanys mientras se ponía la cota de malla y las protecciones de cuero y metal—, preparad las provisiones y la artillería, partimos de inmediato.

Se colocó su capa negra y se ajustó la espada. Para cuando Vanora entró en la tienda Alanys estaba más que lista para la marcha.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Hay mucho que hacer —respondió Alanys—, Baethan, ve a cumplir con mis órdenes, lo quiero listo en una hora ¿Entendido?

Una hora no era suficiente para recoger y prepararlo todo.

—Una hora no es tiempo sufici...

—¡Una hora, Baethan! —gritó Alanys, fuera de sí—. ¡Una!

El comandante salió de la tienda con una centella. No era prudente contradecir a Alanys en ese estado.

—Escucha, Vanora. Necesito que te hagas cargo del ejército. Llévalo hasta el Muro de Hiperión, reconstruye la frontera y espera allí. Yo he de ir al sur pues Ithender está causando demasiados problemas y mi comandante está gravemente herido. Llevaré mis regimientos y tomaré la ciudad.

—¿Y luego? —preguntó Vanora.

Alanys se detuvo en seco. No sabía que responder. ¿Qué haría después de tomar Ithender? ¿Qué vendría después?

<La invasión del este>, pensó.

Se sentó.

—Luego no lo sé, Senescal. No sé qué va pasar luego. Ni siquiera sé si Galahad está aún con vida ni el estado del ejército del sur. Tengo que pensar.

Un soldado entró a la tienda y saludó militarmente.

—El oficial del sur está a la entrada, mi señora —dijo.

Alanys asintió.

—¿Y qué pasará con Ithender? —dijo Vanora.

La joven guerrera se detuvo en la puerta de la tienda y habló de espaldas.

—Ithender está muerta —dijo.

Y salió dejando a Vanora sola.

Daira miraba hacia Ithender desde la puerta de su tienda. Hacía días que Galahad fue herido y desde entonces apenas habían lanzado algún ataque sin consecuencias sobre la ciudad. Los hombres de Trafal se mostraban cada vez más audaces y se aventuraban a golpear el muro de la empalizada, mientras que las tropas de Bastión de Plata se encontraban cada vez más desmoralizadas y en graves aprietos. Ni siquiera los generales de los regimientos se ponían de acuerdo sobre qué hacer. Los suministros estaban reducidos al mínimo y con los intensos combates que se vivían en el norte las líneas de abastecimiento habían desaparecido. Ni siquiera las grandes catapultas disparaban ya sus mortales cargas sobre las murallas de Ithender.

La joven bárbara se había repuesto de sus heridas y había recuperado buena parte de su fuerza pero sin Galahad allí se sentía perdida. El comandante empeoraba cada día y las fiebres, que primero aparecieron de forma ocasional, habían hecho presa en él y ya eran permanentes. La herida del costado había resultado ser más profunda de lo esperado y además estaba infectada. Si vivía o si moría era toda una incógnita. Nadie allí podía saber si el valiente Galahad pasaría de esa noche o de la siguiente. Lo que todos tenían claro era que necesitaban un nuevo plan, ya fuera para defenderse o para volver al ataque.

Daira, que pese a ser una bárbara no era una idiota, era consciente de que no podían esperar a que Galahad se recuperara. El ejército tenía que actuar y así se lo hizo saber a los generales de los tres regimientos de infantería que ahora formaban la cabeza del ejército de Bastión de Plata destacado en el sur. Pero aquellos altos oficiales apenas se inquietaron por sus palabras de preocupación.

—Este ejército es numeroso y está bien armado —dijeron—, tu desazón es infundada por el miedo. No pasará nada.

<Arrogantes>.

La joven estaba más que harta del trato despectivo que recibía de aquellos militares engreídos. Galahad siempre decía que los había escogido porque no había nada más que escoger. Esos regimientos no podían compararse con las poderosas fuerzas de Alanys, aquellas sí eran tropas invencibles. Lo que Galahad tenía era en verdad un ejército de treinta mil hombres sin experiencia en combate. La media de edad era muy baja y apenas había oficiales veteranos a quienes pedir consejo, y desde luego no pensaba dirigirse más veces a los generales de regimiento. Tan solo Tristán, el joven capitán de la caballería pesada, parecía escucharla y tenerla en cuenta.

Los mandos habían decidido en una reunión, a la que Daira ni siquiera fue invitada, que en un par de semanas, si Galahad no se recuperaba, el ejército plantara una batalla en campo abierto contra las tropas de Traful. Aquello era el colmo de la estupidez, Traful era inferior en número pero cada uno de sus guerreros valía por cinco soldados occidentales. Traful era un rival superior a aquellos tres regimientos. Daira pensó en qué debía hacer y se jugó el todo por el todo. Una noche se encaminó a la tienda de Tristán para hablar con él. De eso hacía ya varias jornadas.

—Tú sabes que este ejército no está listo para el combate en campo abierto contra mi padre —dijo nada más entrar—, lo sabes, Tristán ¿Por qué no has hecho nada para impedirlo?

Aquella irrupción en medio de la noche desconcertó al oficial.

—Daira... ¿Qué haces aquí?

—¿Por qué no estás en contra de la decisión de los generales? ¡Dímelo! Tú no puedes ser tan imbécil ni tan arrogante como para no ver que se trata de una decisión del todo absurda.

Tristán tragó saliva.

—Los generales han decidido la estrategia, yo sólo soy un capitán de caballería, no puedo hacer nada. Lo único que puedo hacer, lo que todos debemos hacer, es obedecer.

Daira no se defendía muy bien con los rangos del ejército. Y no entendía como Tristán, para ella mucho mejor guerrero que los generales de la infantería, tenía que acatar las órdenes de los demás.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó ella—. Tú estás en su consejo de iguales.

—No es un consejo de iguales, Daira. Ellos son el estado mayor del comandante, por eso son generales. Ellos están al mando en caso de ausencia del comandante. Los demás oficiales, nos guste o no, debemos obedecer pues se supone que ellos están por encima de nosotros porque saben más sobre estrategias y batallas. Son los encargados de guiar al ejército en momentos de crisis, por eso existe la cadena de mando. Es lo que nos diferencia de los... —pero Tristán calló de golpe.

—De nosotros los bárbaros ibas a decir... —completó Daira—, no importa, y me da igual lo que pienses, pero tú sabes tan bien como yo que esos generales tuyos van a guiarnos a todos a la muerte. ¡Debemos hacer algo! Tienes casi tres mil jinetes a tu mando, Tristán, tienen que escucharte.

—No lo harán —respondió él—, y tampoco voy a usar a mis hombres para cometer una traición.

Se hizo un silencio que Daira rompió al cabo de unos segundos. Tenía que encontrar la manera de convencer a ese capitán como fuera.

—Hay que avisar sobre la situación del ejército a Alanys. Tenemos que llamarla a ella, solo ella puede arreglar esto mientras Galahad se recupera.

—Daira... no van a llamar a nadie. Saben que si Alanys viene tendrán que responder por su falta de progresos. Ellos son responsables en buena parte de lo que ocurre. Pero con Galahad herido y Alanys en el norte pueden hacer lo que quieran aquí sin que nada ni nadie les detenga.

—Yo les detendré —dijo Daira.

—Tú has cometido un error muy grave al expresar tus pensamientos. Los soldados te aprecian, saben que eres una buena luchadora y has salvado a muchos de ellos en los combates, pero los generales ven en ello una amenaza. Creen que puedes iniciar una rebelión entre los hombres. Para ser sincero contigo yo también he pensado que deberíamos avisar a Alanys, pero te tienen completamente vigilada. Puedes ir y venir por el campamento, pero no salir. Y ten cuidado con lo que dices, Daira, morir aquí es muy fácil.

—Ya lo sé, no quiero salir, necesito que uno de tus hombres, uno en quién confíes, vaya al norte con un mensaje. Solo eso. Alanys vendrá. Estoy segura.

En plan de Daira no era demasiado arriesgado y Tristán podía enviar algún correo con cualquier pretexto. Solo necesitaba al hombre adecuado.

—Creo que tengo a la persona que buscas. Tú dime cuál es ese mensaje y saldrá para el norte. Con un poco de suerte Alanys vendrá antes de que sea demasiado tarde.

Daira sonrió, sonrió preocupada. Esperaba que nadie les pillara en aquella acción, y esperaba de corazón que aquel jinete fuera de verdad leal a Tristán y a Galahad, y no un descerebrado como la mayoría de los integrantes de aquel ejército.

La joven salió de la tienda, y se fijó en dos soldados que la seguían a una distancia prudencial. Se permitió una sonrisa en su rostro. Dos hombres no eran ni por asomo suficientes para acabar con ella. No importaba, si la fortuna acompañaba, Alanys y su gran ejército llegaría dentro de poco para poner orden.

Sin embargo, una pregunta recorría la mente de la joven guerrera ¿Quién era ese mensajero destinado a llevar tan importantes y funestas nuevas? Ya lo sabría, ahora se encaminó directamente al hospital del campamento, donde Galahad se debatía con la fuerza

propia de los titanes entre el mundo de los vivos y el negro abismo de la muerte.

Las inmensas puertas de los Colmillos Negros estaban abiertas de par en par. Y dichas puertas vomitaban, escupían, cientos, miles de seres de inframundo. Seres que ya solo vivían en las leyendas que las ancianas contaban a los pequeños para hacerles dormir. Deformes, así les llamaban los bárbaros del este, pues deformes estaban. Algunos decían que eran hombres que antaño sirvieron al mal, otros que venían del mismo infierno del que Gorteyrn procedía. Y lo cierto, la terrorífica verdad, era que ninguna de esas dos historias era mentira. Hombres convertidos en demonios al servicio de un demonio mucho mayor, mutilados y condenados a servir por toda la eternidad al mal. Un mal del que ellos mismos eran portadores. Un terrible y oscuro poder que comenzaba a extenderse por el mundo y que nadie lograría detener.

Y Gorteyrn apareció por fin, con su rostro pálido y sus ojos hundidos. Su mueca muerta parecía dibujar una sonrisa maliciosa. Sí... el oeste esperaba. Estaba seguro de que Alanys iría a los Colmillos Negros, y gustosamente él la esperaría allí. Pero mientras... ¿Por qué no dejar una tierra desolada y yerma?

Él y sus ejércitos de tinieblas partieron hacia los pueblos que aún quedasen en el este.

Alanys caminaba al frente de sus hombres en dirección sur. Avanzaban a marchas forzadas, caminando a toda velocidad para llegar lo antes posible y la joven iba a pie para dar ejemplo.

Ya habían dejado atrás el Fortín de Ío, la fortaleza situada más al sur del gran Muro de Hiperión y era con diferencia la que en mejor estado se hallaba. También habían cruzado el Río Mayor y ahora andaban por su orilla oriental en dirección a Ithender. Había sufrido algo de retraso al tener que vadear el río pero ahora el camino era bastante sencillo, sin grandes accidentes geográficos y aparentemente sin enemigos. Solo era caminar al sur, caminar y caminar...

Pensar que a cada paso Alanys se acercaba a Galahad le hacía sentirse más fuerte, más capaz, y cada día que pasaba, en vez de mostrar cansancio ella andaba más rápido. Sabía que sus hombres resistirían ese ritmo, estaban acostumbrados. Había traído a todos sus regimientos para aquello. Primero marchaba ella, a la cabeza, seguida de Baethan y de la Guardia de Plata. Luego, tras ellos y en contra de lo habitual, estaba el IV regimiento y su general, Norwyn. El IV había destacado en la batalla contra las fuerzas del norte y por eso Alanys le premiaba con marchar por delante de los otros.

La tercera sección de la columna estaba formada por la mitad de la caballería y por toda la infantería ligera, que daban protección a los carros y animales que transportaban la impedimenta y las provisiones además de las valiosas piezas de artillería.

Y, por último, la cuarta sección de aquel gran ejército. Los tres regimientos restantes. Quince mil hombres de infantería pesada que formaban la impresionante retaguardia de las fuerzas de Alanys.

El número de efectivos superaba los veinticinco mil hombres listos para el combate. Amén del personal no combatiente, artesanos, médicos, artilleros...todo el poder de Bastión de Plata

convergiendo hacia Ithender a marchas forzadas. La batalla por la ciudad acabaría pronto.

El oficial designado por Tristán para la misión de enviar el mensaje caminaba al lado de la joven líder. Apenas había tenido tiempo de comer algo y quitarse el polvo del camino cuando toda la maquinaria de guerra de Alanys se puso en marcha. El jinete, de nombre Harald, estaba impresionado por el enorme poder de las tropas de Alanys. Eran todos soldados veteranos, curtidos en el combate y expertos en el uso de cualquier arma. Viendo la manera de marchar, su velocidad, sin perder siquiera un ápice de ritmo o emitir queja alguna, viendo como formaban, como hablaban y lo disciplinados que eran, a Harald no le costó comprender porque esos cuatro regimientos eran la fuerza de combate más mortífera que existía.

—¿Has combatido, Harald? —preguntó Alanys de repente.

El aludido se sorprendió de que Alanys hubiera aprendido su nombre. Normalmente la gente de su categoría no recordaba los nombres de los soldados. Pero aquella mujer era completamente diferente a todo.

—Así es, mi señora —respondió Harald—, combatí contra los lince negros al lado del comandante y luego contra los mercenarios de Ithender la noche que traicionaron al rey.

Alanys frenó un poco su marcha para mirar directamente al oficial. Le estudió con esos penetrantes ojos grises. Quería saber si en verdad ese oficial era un hombre de honor.

—Cuéntamelo.

Harald no sabía por dónde empezar, de modo que se decidió por comenzar el día que conocieron a Daira.

—Viajábamos de camino a Ithender, el comandante no quería demasiados hombres, para no alarmar al rey, de modo que solo éramos treinta.

—¿Jinetes de caballería pesada? —preguntó Alanys.

—Sí, mi señora. El caso es que viajábamos al este cuando vimos a un grupo de lince negros que perseguían a una bárbara. El comandante Galahad ordenó entonces que nos preparáramos para la lucha. El enemigo nos superaba por mucho pero aun así nos preparamos y pusimos las armas en posición de ataque —Harald intuía que Alanys quería escuchar de primera mano si sus jinetes acorazados funcionaban o no en la batalla—. Los lince nos golpearon con fuerza pero resistimos muy bien, las protecciones de los caballos aguantaron las mordeduras de las bestias, mi señora. No tardamos en vencer y tampoco perdimos a ningún hombre.

—Veo entonces que Galahad ha hecho un gran trabajo con nueva caballería —dijo Alanys con voz satisfecha.

—Sí mi señora. La caballería es poderosa, fue en ese combate donde conocimos a Daira, una fugitiva de los Degolladores.

—Daira... —dijo Alanys—, esa bárbara que escribió el mensaje que tú trajiste ¿No es cierto? Parece que se ha convertido en alguien influyente.

El oficial no sabía qué responder a eso. No estaba seguro si Alanys aceptase que una bárbara fuese importante para el ejército, mucho menos cuando le dijera de quién era hija. Harald se aclaró la garganta y continuó hablando.

—Daira es quién escribió el mensaje que vos leísteis. Es una guerrera muy audaz que ya ha salvado la vida de muchos valientes soldados. Es... es... es hija de Traful, el mismo hombre que tiene Ithender en su poder. Y además... —el oficial guardó silencio.

Alanys le miró de nuevo.

—¿Además? —dijo—. Has demostrado ser valiente viniendo hasta aquí tú solo, di lo que debas decir sin temor a nada.

Harald no sabía si hablar o no, pero Alanys se lo había pedido de modo que no le quedaba más remedio.

—Es hija de Traful, como he dicho, pero no es como su padre. Daira tiene honor, tiene principios. Días después de ser rescatada

por nosotros, llegamos a Ithender para negociar envíos de artesanos y provisiones a Ojos Verdes, el comandante quería contar con la ciudad comercial para la proyectada invasión del este. No conseguimos eso, pero descubrimos un complot para asesinar al rey y mientras el comandante lo sacaba de la torre principal, Daira se las ingenió para hacernos resistir, de no ser por ella nos hubieran pillado totalmente desprevenidos pero Daira se anticipó el tiempo necesario para que pudiéramos escapar. Incluso la hirieron de gravedad en la huida.

Alans escuchaba con interés. Harald tenía pinta de ser un gran combatiente, disciplinado y leal, de modo que esa bárbara debía de ser verdaderamente buena en el combate y una persona de honor.

—Se recuperó y luchó codo con codo con nuestros hombres —siguió—, incluso se ofreció voluntaria para una misión nocturna acompañando al rey Vangio por los túneles de la ciudad para capturar a su padre. La misión fracasó por completo y Vangio murió. Daira mató a varios de sus compatriotas y se enfrentó a su padre, pero salió gravemente herida. Aun así tuvo fuerzas de volver sola al campamento y de dar la noticia a la esposa de Vangio. Ésta, en un ataque de ira por la muerte del rey, acuchilló al comandante y le hirió de gravedad, pero antes de que pudiera matarle Daira clavó su espada en el cuerpo de la reina, matándola en el acto.

—Parece una guerrera muy valerosa. ¿Qué puedes decirme del estado del ejército? Quiero saber qué voy a encontrarme cuando llegue. Necesito que seas sincero, no importa lo que debas decir, Harald.

Al oficial de la caballería no le gustaba hablar mal de sus superiores, pero esa vez no le quedaba más remedio si quería que las cosas cambiaran.

—Con el comandante Galahad todo iba bien, dentro de lo que cabía, los bárbaros resistían en su fortaleza pero las cosas estaban organizadas. Ahora... hay poco orden, los generales de los regimientos han suspendido los ataques con la artillería y planean una batalla en campo abierto que seguramente no podamos vencer.

Los suministros están al límite y la moral de las tropas es muy baja, además los hombres de Trafal, conscientes de nuestra debilidad han lanzado varios ataques contra la empalizada que han costado docenas de bajas. La joven Daira y el capitán de la caballería, Tristán, decidieron en secreto que debían avisaros de lo que estaba pasando para que vos decidierais qué hacer. Daira se ha ganado el respeto de todos, pero los generales la tienen bien controlada para que no inicie un motín. No me extrañaría que la asesinasen.

—¿Por qué no han sido ellos quiénes me han escrito pidiendo auxilio?

—Ellos son bastante responsables del estado en el que se encuentra el ejército, si los Degolladores están envalentonados es por su culpa. Nunca debieron suspender los ataques de la artillería, tendríamos que haber seguido atacando. Pero en lugar de eso no hacen nada. No os avisan porque tienen miedo. Y con el debido respeto, mi señora, usarán sus tropas antes que responder ante vos. Ni siquiera les conviene que Galahad se recupere. Son peligrosos, mi señora. Ithender se ha convertido en un lugar terrible, el día de mi partida Trafal asesinó a todos sus habitantes y se quedó únicamente con los guerreros, así tocan a más provisiones.

Alanys asintió y guardó silencio. No necesitaba saber nada más. Tenía mucho trabajo por hacer. Esos generales debían pagar por su incompetencia. Cada cosa a su tiempo. Primero los generales, y luego Ithender.

La joven líder de Bastión de Plata decidió no preguntar sobre el estado de Galahad. No era prudente que nadie supiera de los sentimientos de Alanys hacia el comandante. Apreciaba a sus hombres y les confiaría su vida, pero prefería guardar sus sentimientos para ella.

En fin...pronto llegaría a su destino.

La Senescal Vanora miraba el atardecer desde lo alto de una torre del Muro de Hiperión. Habían llegado a la frontera esa misma mañana y levantaron un campamento en las Torres Arcadias. Todo aquello había sido ocupado por los bárbaros que huían del este con lo poco que les quedaba. La joven Senescal había pasado el día inspeccionando el débil estado de las defensas y mirando a aquellas personas que hasta hacía bien poco eran sus enemigos. No parecían una amenaza, desde luego.

Todo aquello era una locura. Una pesadilla de la que no podía escapar. Bárbaros y occidentales aunando sus esfuerzos para hacer frente a un enemigo común, eso era lo más inaudito de todo. Y desde luego había sido gracias a Alanys. La joven guerrera había logrado en unas horas lo que nadie había hecho en años. Ni siquiera Argarion pudo unificar ambos mundos. Pero allí estaban, gente venida de todos los rincones: Nurúne, Meredorn, exiliados de occidente, gente del este... todos estaban allí.

El gobernador Needle había entablado una buena amistad con Gundahar, el líder de todos aquellos orientales, pero la mayoría de los soldados seguía mirando con desconfianza a los bárbaros. Quizá hubiera algún incidente.

Gundahar les había enseñado todo el trabajo que habían realizado, que por otra parte no era demasiado. A excepción de algunos techos de madera y paja para resguardarse de la lluvia, un par de almacenes y reparaciones básicas en el muro, todo estaba prácticamente ruinoso. Vanora era consciente de que no podían hacer mucho para repeler un ataque enemigo con unas defensas como aquellas. Se requería gran cantidad de recursos y tiempo para reconstruir todo eso.

Entre Dordinas y Lord Scyles habían echado a perder el único punto en el cual los occidentales podían montar una defensa adecuada.

<Más nos vale que Gorteyrn no llegue tan lejos>, pensaba Vanora desde la torre.

Aunque en el fondo sabía que, ya fuera allí o frente a los muros de los Colmillos Negros, Gorteyrn era quien llevaba todas las de ganar.

Alanys estaba convencida de la victoria, al menos así se lo hacía creer a todo el mundo, pero lo cierto es que esa batalla final que estaba cada día más próxima era imposible de vencer.

Los salvajes que ya se habían enfrentado a Gorteyrn una vez no dejaban de hablar de seres infernales que vestían armaduras y armas oxidadas por el tiempo, siniestras figuras con forma humana que acababan con todo aquello que tuviera vida. Nada les detenía. Contra las huestes del infierno, ninguna espada valdría para nada. Y Alanys no estaba, había partido al sur con sus ejércitos para arrasarlo todo a su paso. Vanora, desde que la conocía, nunca había visto a la joven tan furiosa, y a la vez tan fría. Durante unos momentos sintió lástima por la ciudad de Ithender, pero pensó que quizá así, viendo como una gran ciudad era aniquilada y borrada de la faz de la Tierra por una sola persona, Gorteyrn sintiera temor de provocar la ira de una Alanys que de momento se mantenía invicta sobre el campo de batalla. Quizá se replegara para no volver nunca. Pero por muy fuerte que Alanys fuera ¿Qué tenía ella para llevarles a la victoria? ¿Qué podían oponer al ejército de aquel diablo?

Vanora miró hacia el oeste y vio como los últimos rayos de luz solar se hundían en el horizonte mientras que en el este ya avanzaba la oscuridad cubriéndolo todo de tinieblas. Ellos representaban esos últimos rayos de sol, ellos eran el último bastión que le quedaba al mundo. Ellos, liderados por Alanys eran la última fuerza, la última esperanza, el último recurso que separaba a la humanidad de su total aniquilación. Si ese variopinto ejército multinacional era destruido, si perdían, si caían derrotados, el mundo que se había conocido hasta entonces moriría para siempre. Los humanos serían cazados como animales para borrarlos del planeta, sus ciudades serían pasto de los saqueos y la ruina, los

grandes monumentos caerían derribados por un nuevo orden que gobernaría con puño de hierro. Se libraba donde se libraba esa batalla, estaba en juego el destino de toda una raza.

—Puede que al final salgamos victoriosos —dijo la voz de Larodar a espaldas de Vanora—, es posible que lo hagamos, de hecho tenemos que hacerlo.

El joven era muy perspicaz, había aprendido mucho de Alanys y en ese momento se daba cuenta de que Vanora era presa del desánimo más absoluto.

—¿Habéis pensado en lo que ocurrirá si vencemos? —preguntó Larodar—. El mundo será un lugar unificado.

—El mundo quedará destruido, arrasado —dijo ella.

—Las casas, mi señora, los monumentos, las ciudades...todo eso se puede volver a levantar, se puede reconstruir. Podemos levantar un nuevo mundo si logramos seguir con vida.

Vanora observó el arrojó del joven Larodar.

—La juventud os dota de gran valentía, mi joven comandante. Pero la valentía por sí sola puede ser peligrosa. En una campaña hay más cosas a tener en cuenta, recursos, suministros, el tamaño de los ejércitos...Gorteyrn nos supera en todo. ¿Cómo podemos matarle? Ni siquiera llegaremos a rozarle. No importa que vayamos allí o que él venga hasta la frontera. Esta batalla, mi fiel comandante, esta batalla no se puede ganar.

—Pero aun así vais a luchar en ella, sin esperanza, sin posibilidades. Si tan convencida estáis de la derrota ¿Por qué seguís aquí? ¿Por qué lleváis esa espada al cinto si no es para luchar? Si todos vamos a morir mejor hacerlo en nuestra casa. No, mi señora, no creo que estéis tan decidida a morir. Tampoco creo que la victoria vaya a ser nuestra. Aquí todos debemos estar decididos a luchar, a librar batalla. Puede que nos superen en número, que vengan de otro mundo, pero nos queda la esperanza. Esperanza, mi señora, en eso tenemos que creer, mientras creamos

que queda esperanza en el mundo, podremos luchar para defenderlo. Vendrán horas oscuras, mi señora. Vendrán días de dolor y lágrimas, pero hoy no es uno de ellos. Hoy es un día de brillo, un día de esperanza. Mirad a vuestro alrededor y decidme que veis.

Vanora hizo caso a su comandante y dio una vuelta sobre sí misma. Sólo vio ruinas en una más que creciente oscuridad.

—Solo hay ruinas, Larodar ¿No lo veis? Muerte y desolación por todas partes, y lo peor es que todo esto nos lo hemos hecho unos a otros. Muchos valientes han muerto en este sitio por defendernos y ha resultado ser en vano.

—No lo ha sido, mi señora. Nada de todo lo que ha ocurrido ha sido en vano, ninguna muerte ha sido en vano, pues seguimos aquí, seguimos vivos para luchar otro día. Y pese a todo, pese a las guerras, pese a nuestras diferencias y a pesar de todo lo que nos hemos hecho unos pueblos a otros, estamos todos juntos, unidos como nunca lo hemos estado para luchar, no por unas tierras nuevas o por los muros de un castillo, estamos unidos para luchar por nuestras vidas, por nuestra existencia. Y esa batalla, mi señora, la posibilidad de superar la adversidad, es esperanzadora.

Tras el silencio de Vanora, Larodar descendió de la torre. Creía como el que más en el triunfo. Alanys le había hecho creer, como había hecho que todos los pueblos se unieran bajo una misma bandera.

<Sí, quizá lleve razón>, pensó Vanora.

Dónde la Senescal solo veía edificios en ruinas y torres derribadas, Larodar veía una oportunidad para renovar un mundo decadente. Quizá esa nueva guerra valiera para algo, quizá el mundo avanzase, más fuerte y más unificado de lo que nunca lo había estado. Quizá las palabras de Larodar fuesen acertadas, esperanza. Mientras siguieran viviendo les quedaría esperanza.

Roni3n haba sido la primera ciudad en caer. Ni siquiera plant3 batalla, sus habitantes fueron masacrados sin remisi3n. Gorteyrn querfa demostrar a todos que no podfan hacerle frente. Sus fuerzas habfan entrado en la ciudad sembrando la muerte y la destrucci3n y habfan sido met3dicos en ese asunto. Unas horas despu3 del ataque Roni3n habfa dejado de existir.

El caudillo de los Colmillos Negros estaba sonriente y satisfecho. En el este solo quedaban dos ciudades habitadas. Mejor dicho, solo quedaba una ciudad libre tras la destrucci3n de Roni3n. Los lderes de ambas ciudades habfan cometido una estupidez pensando que ponfan aliarse con alguien como Gorteyrn y para cuando quisieron darse cuenta del engafo estaban ardiendo bajo el fuego del drag3n.

El plan de Gorteyrn era bastante simple. Pr3cticamente todos los pueblos del este habfan caido bajo su yugo, habfan sido masacrados o bien emprendieron la huida hacia occidente, de modo que todas las tierras al este del Muro de Hiperi3n estaban completamente asoladas. Solo quedaban Roni3n y Ruelen y la primera ya habfa sido aniquilada. Si Alanys decidfa invadir el este y dirigirse a los Colmillos Negros se encontrarfa con parajes yermos y ciudades muertas donde le serfa imposible hallar refugio en caso de ser derrotada. La misi3n de Alanys era un suicidio. Gorteyrn no perderfa el tiempo viajando a occidente, donde los humanos tenfan m3s fortalezas y suministros con los que armar sus ej3rcitos. No es que le diera miedo, claro que no. Pero era un viaje innecesario. Disfrutarfa desde su trono oscuro viendo como las tropas de Alanys se marchitaban y morfan antes incluso de la batalla final.

Escuch3 los gritos de las mujeres y los ni3os que estaban siendo asesinados sin piedad por sus huestes. A Ruelen y todas sus gentes les quedaba poco tiempo de vida.

Todo estaba bien. Todo estaba saliendo muy bien.

El campo de batalla estaba desolado. Los ojos grises de Alanys miraban a todas partes en busca de vida entre aquel mar de muertos y sangre. Todo era sangre y cuerpos caídos. La tierra del suelo era ahora un lodo nauseabundo repleto de vísceras y miembros en el que las botas de la joven se hundían. Solo estaba ella. No quedaba rastro de su infantería, ni de sus regimientos. No había nada salvo el rumor de la brisa ensangrentada que agitaba débilmente los restos de tela de los estandartes. Todos habían muerto, Galahad, Baethan, Daira...nadie había sobrevivido. Durante unos momentos la mirada de la joven se posó en la fiera de la bárbara. Dafne, creía recordar que se llamaba, yacía en el barro atravesada por decenas de lanzas.

Las lágrimas comenzaron a anegar los bellos ojos de Alanys. Unas lágrimas amargas que se mezclaban con la sangre de sus mejillas. Entonces llegó el dolor. Sangraba profusamente por una herida abierta en la tripa. Alanys notó como sus órganos internos pugnaban por salir fuera de su cuerpo. Se los sujetó y cayó de rodillas. Había perdido su primera batalla y también la última. Su mente empezó a fallar a causa del dolor terrible que atenazaba cada parte de su joven y bello cuerpo. El que la había herido lo hizo consciente de que el sufrimiento que experimentaría sería horrible. No tenía fuerzas ni para maldecirle. Con suerte ya no sufriría mucho más. Alanys se estaba muriendo. Lo sabía, se moría con cada gota de sangre que escapaba de su debilitado cuerpo. Moriría sin saber qué batalla había sido ésa y sin saber si había podido besar a Galahad al menos una vez. Su cuerpo pesaba tanto que ni siquiera podía mantenerlo de rodillas. Se tumbó en el lodazal de sangre pero apenas sintió nada. Sus brillantes ojos grises se cerraban poco a poco a medida que la dulce muerte, liberadora del horror, se postraba ante ella para llevársela. Lo último que vio fue una inmensa fortaleza negra y las gigantescas alas del dragón que custodiaba sus torres.

Notó como su cuerpo era levantado por los muertos y llevado a través del inframundo al descanso eterno. Todos estaban allí, sus padres, su hermano, todos sus antepasados y todos aquellos a los que había dado muerte a lo largo de los años.

Los espectros la rodearon. Espectros azulados y grisáceos, como una niebla matinal, todos en silencio, expectantes. Muertos. Alanys había llegado al mundo de los muertos. A un inframundo donde pasaría el resto de la eternidad.

La joven abrió los ojos sobresaltada. Había sido otra pesadilla más. Miró a un lado y a otro buscando un punto de referencia en medio de la oscuridad. Tenía la boca seca. Últimamente las pesadillas eran demasiado frecuentes y vívidas. Como un presagio del futuro. Alanys se llevó la mano al estómago, como para cerciorarse de que todo seguía en su sitio.

Se encontraban ya muy cerca de la ciudad de Ithender y si todo marchaba según lo previsto alcanzarían el enclave al día siguiente. El ejército estaba nervioso. Todos sabían que la posibilidad de un motín era bastante elevada y una cosa era luchar contra mercenarios o cualquier otro enemigo y otra muy diferente era combatir contra tus propios compañeros. Además estaba esa caballería blindada...esperaban no tener que luchar.

Alanys se levantó del jergón y salió al exterior. El campamento entero dormía al amparo de la noche y tan solo se escuchaba el rumor del leve viento que soplabá del norte y que hacía inclinarse el fuego de las pocas fogatas que quedaban encendidas. Estaban en territorio hostil, de modo que los soldados habían levantado una alta empalizada de madera para protegerse en caso de ataque. Numerosos centinelas daban vueltas alrededor del perímetro y cada hora eran relevados por un nuevo turno. Además, varias patrullas de caballería habían partido para asegurarse de que nadie se acercaba al campamento en medio de la noche.

La mordedura del frío fue intensa pero Alanys sabía que no podría volver a dormirse, no con las terribles visiones que inundaban su sueño, de modo que decidió dar una vuelta por las tiendas de los

soldados. Pensaba. No sabía bien qué hacer al llegar a Ithender, y, a decir verdad, no sabía cómo seguir con aquella guerra. ¿Qué habría hecho su padre? ¿Y qué pasaría después de la caída de la ciudad?

<Empezará la verdadera guerra>, se dijo.

Y era cierto, la guerra de verdad aún no había empezado. El este sería complicado. Gorteyrn era el verdadero enemigo y no estaba segura de poder derrotarle. Tenía un plan pensado desde hacía muchos meses pero a medida que se acercaba la hora aumentaban dudas. ¿Y si fracasaba? Con Galahad malherido no podía pensar con claridad, primero tenía que ir a Ithender y luego ya vendría el resto.

El cielo nocturno se cubrió de nubes y las estrellas desaparecieron bajo esa segunda capa. Un relámpago hendió el firmamento e iluminó el campamento donde dormían miles y miles de hombres. El trueno que siguió fue tan poderoso que soldados y bestias se asustaron.

Alanys sintió como las primeras gotas de la tormenta chocaban contra su rostro. El amanecer estaba próximo y los veinticinco mil soldados del ejército empezaron a prepararse para la marcha. Estaban muy cerca de Ithender y una tormenta no iba a detenerles. La joven permaneció inmóvil bajo el agua que purificaba su espíritu y se llevaba los malos pensamientos. Algo en su interior le gritaba que Galahad seguía con vida, una vocecita interna le impulsaba a seguir adelante.

La líder de Bastión de Plata siempre se había guiado por su instinto, por un impulso que la llevaba de un lado a otro y que hasta ahora no le había fallado. Tenía el instinto propio de los grandes guerreros. Sabía a ciencia cierta que en Ithender se derramaría sangre. Solo pensar que Galahad podía morir hacía que la ira la invadiese de nuevo.

Sí, Ithender moriría pronto, y todos los que estuvieran allí caerían al abismo de sangre y muerte que ella iba a abrir.

Se puso frente a su ejército cuando todo estuvo listo y, a lomos de su yegua Edain, inició la marcha al sur seguida de veinticinco mil hombres que caminaban al son de los rayos y del estruendo de los truenos como si fueran gigantescos tambores de guerra.

<Yo soy la auténtica tormenta de Ithender>.

A Daira seguía repeliéndole el hospital del campamento de Galahad. Odiaba recorrer las estancias de aquella maldita construcción. Los gemidos y gritos de los moribundos y los heridos llenaban cada rincón del hospital. Había heridos a cientos. La mayoría de esas heridas eran fruto de flechas o jabalinas que habían impactado en brazos y piernas. También soldados con numerosos cortes en los muslos y quemaduras producidas por los incendios de las empalizadas. Los regimientos V, VI y VII estaban sufriendo mucho. La falta de acción de los generales estaba causando estragos entre las filas de Galahad.

En el último ataque Daira había tenido que emplearse a fondo para poder salir con vida. Las tropas de Traful habían penetrado en el campamento, rompiendo las defensas. La joven se hizo cargo de las fuerzas de Bastión de Plata y consiguió rechazar el ataque a duras penas.

De eso hacía solo unas horas. La joven Daira ni siquiera se había quitado las ropas de cuero que usaba en el combate y aún llevaba el rostro y las manos cubiertas de sangre. Caminó con paso lento y pesado entre los camastros donde se agolpaban los heridos. Había miembros amputados y sangre por todas partes y los médicos militares no se daban abasto para atender a todos los hombres que había.

Al fondo de uno de los pasillos más tranquilos se hallaba una habitación en la que Galahad descansaba. El joven comandante apenas se había despertado dos veces desde que fuera herido hacía doce días. Las fiebres no le abandonaban y sufría constantes delirios fruto de la misma. Su frente estaba perlada de sudor y Daira y los médicos no sabían que más hacer por él. Solo les quedaba rezar por la recuperación de Galahad. Ella se daba cuenta en ese momento de lo que empezaba a sentir por el joven y no sabía que pasaría cuando Alanys llegase. Le aterraba la idea de que la señora

de Bastión de Plata estuviera allí, sabía que Ithender no tardaría en caer y que todos los hombres de su padre morirían. Quizá ella también. Pero no escribió ese mensaje pensando en ella sino en el bien de Galahad. El comandante había sido la única persona que la había tratado con respeto y cortesía. Además se sentía bien a su lado y le gustaba escucharle. Pero como mujer que era, también sabía que Galahad estaba profundamente enamorado de su señora. ¿Qué sería de ella? Su tribu estaba a punto de ser masacrada y desaparecería y en occidente... en occidente no tenía sitio.

—Recupérate pronto, Galahad —dijo ella cerrando su mano en torno a la mano de él.

Entre tanto la tormenta arreciaba con fuerza. La lluvia se estrellaba contra la tela de las tiendas y la madera medio quemada de las empalizadas mientras que los generales Kilian, Arzhul y Magloar permanecían en su enorme pabellón, comiendo y bebiendo e ignorando la situación de su ejército. Solo esperaban el momento adecuado para salir del campamento y desafiar a Traful a una batalla abierta. Quizá la caballería pesada de Tristán les diese la victoria, pero sufrirían miles de pérdidas innecesarias. Las tropas estaban cada vez más descontentas con sus generales, al menos con Galahad no les faltaban cuidados y provisiones, ahora todo estaba empezando a escasear. Los soldados debían obedecer a sus mandos pero éstos tenían que velar por sus hombres, así era como se conseguían las victorias. Había muchas cosas detrás de una batalla. Daira había aprendido eso de Galahad.

Llevaba lloviendo durante horas y no parecía que fuese a terminar pronto. Las nubes de tormenta llegaron del norte acompañadas de inmensos rayos y truenos. En otro tiempo, parecía ya que una vida, Daira habría subido a su colina a presenciar el poder de los cielos. Pero ya no. Su colina estaba lejos, su tierra, si es que tenía alguna ya, estaba lejos. No, todo eso ya no era para ella.

Los cuernos y los instrumentos sonaron dando la alarma. Daira ya se había acostumbrado a eso.

<Un nuevo ataque>.

Comprobó que sus mortales cuchillos siguieran envainados en su espalda y, sin que nadie la viera, depositó un cálido beso en la frente de Galahad antes del salir a la batalla.

La tormenta no había cesado en ningún momento pero las tropas de Alanys, moviéndose a marchas forzadas, estaban frente a los muros del campamento de Ithender. Alanys detuvo al ejército a una distancia prudencial y examinó la zona. La ciudad estaba rodeada de una doble empalizada y sus murallas presentaban numerosos golpes de las catapultas. Luego dirigió sus ojos al campamento de sus ejércitos y su mirada se endureció. Las empalizadas estaban rotas y medio quemadas y apenas quedaban torres de vigilancia, por no decir que las piezas de artillería se encontraban repartidas por el campamento en un estado bastante deplorable. Esos regimientos no parecían estar en situación de combatir.

—Debemos solucionar esto ya —dijo Alanys dirigiéndose a Baethan.

Alanys había creado esos regimientos para reforzar sus propias fuerzas de cara a la guerra contra Gorteyrn y en lugar de eso, se encontraba con tres unidades completas en un estado lamentable. Pero lo peor estaba aún por llegar.

—Levantad el campamento aquí, será mejor que no entremos ahí —ordenó—, y tú, Baethan, quiero que organices a la Guardia de Plata para dirigirnos dentro del campamento de Galahad, con doscientos jinetes será suficiente, tú me acompañarás.

—Así se hará, mi señora —respondió el capitán de la guardia.

Alanys y su escolta galoparon hacia el campamento del comandante Galahad bajo la lluvia. Las puertas se abrieron a su paso y entraron en el recinto bajo la mirada de miles de soldados. La joven observó todo con atención. Aquello era un desastre. En primer lugar se fijó en los hombres, estaban serios y demacrados. Las corazas se hallaban sucias y, en muchos casos, incompletas y repletas de golpes. Las armas arrojadas eran escasas y pocos disponían de lanzas largas.

El campamento entero estaba destrozado, con tiendas que se agolpaban por todas partes y fogatas mal apagadas. No veía fuentes ni armerías cercanas y había pocos centinelas patrullando por los muros. Muchas de las piezas de artillería estaban sin cubrir con telas y sus cuerdas se habían destensado y humedecido haciéndolas inútiles para el ataque. Alanys no vio atisbo de disciplina en ese ejército.

—Será complicado recuperar estos regimientos para el combate —le dijo a Baethan en voz baja.

La joven siguió paseando pero a cada paso que daba el estado del campamento empeoraba, ahora comprendía por qué Ithender seguía resistiendo. No quería admitirlo pero el ejército de Galahad era un completo desastre. Y aquello tenía pinta de ser culpa de los mandos militares. Galahad sin duda tenía el mando supremo de los ejércitos de Bastión de Plata situados en las tierras del sur, pero no era menos cierto que los oficiales y mandos designados por éste habían sido pésimas elecciones. Alanys no estaba segura de en quién podía confiar allí dentro más allá de Harald, el mensajero que había llevado el mensaje de Daira, y de la propia guerrera bárbara, por quien sentía especial curiosidad. De repente doscientos caballeros de escolta le parecieron pocos.

La joven líder llevó a su soberbia yegua de batalla hacia lo que parecía ser el centro de aquel caótico campamento. Un poco antes de llegar, Daira se cruzó en su camino y se arrodilló ante ella.

—Mi señora —fue lo único que dijo mientras mantenía la mirada agachada.

Alanys descendió del caballo y sus botas pisaron la tierra del sur convertida en barro debido a la cantidad de agua que caía del cielo.

—Levanta de ese barro —dijo Alanys cogiendo a Daira por el brazo—, debes de ser la joven que ha escrito el mensaje que me llegó hace unos días. Daira es tu nombre ¿Verdad?

La voz de Alanys sonaba dulce y tierna, nada que ver con ese tono frío y cruel que la bárbara había imaginado en su mente.

—Así es mi señora, yo soy Daira. No sé si hice bien pidiéndoos ayuda y si no es así lo lamento, pero no veía otra salida.

—Hiciste lo que debías hacer —dijo Alanys sin mirar siquiera a los generales que se acercaban a saludarla y darle la bienvenida—, admiro tu valor y tu sinceridad al contarme lo que ocurre aquí. Ya he llegado y he venido para poner las cosas en orden. Tranquila Daira, no te pasará nada.

Alanys miró un momento a todos esos generales que esperaban bajo la lluvia el momento de dirigirse a su señora bajo falsas sonrisas y movimientos agradecidos.

—Quiero ver a mi comandante —dijo Alanys.

Los mandos se miraron entre ellos, no esperaban que Alanys quisiera ver a Galahad tan pronto. Pensaban que se reuniría con ellos para que la informasen sobre el estado de las cosas.

—El comandante está descansado en estos momentos, mi señora —dijo Arzhul, general al mando del VI regimiento—, no sería prudente visitarle ahora.

La mirada de Alanys no pudo ser más intimidatoria y gélida. Pareció que sus grises ojos eran dos afiladas dagas que atravesaron al general que acababa de hablar. ¿Pero qué se creían aquellos traidores?

—He dicho que quiero ver a mi comandante, no he pedido opiniones ni nada parecido. Cuando desee conocer las opiniones del resto te lo haré saber, general. Y ahora llevadme hasta Galahad y no se os ocurra abrir la boca.

Alanys acababa de desbaratar el plan de Arzhul, Magloar y Kilian para hablar con ella antes de que Daira pudiera hacerlo. Pero apenas tuvieron tiempo de pensar en nada para impedirlo pues la joven siguió dando órdenes.

—Baethan —dijo dirigiéndose a su capitán—, conduce a estos oficiales al pabellón de Galahad y aguardad allí mi llegada. Daira, acompáñame.

La aludida y la señora de Bastión de Plata se encaminaron bajo la inmisericorde lluvia hacia el hospital del campamento.

—¿Qué puedes decirme de esos generales, Daira? Necesito que seas completamente sincera. Esto es una situación delicada.

Daira se sentía intimidada por el poder que emanaba de Alanys.

—No puedo decirles mucho más de lo que os puse en el mensaje, mi señora. He estado vigilada en todo momento y mis movimientos por el campamento han sido controlados. Solo tenía acceso a mi tienda y al hospital, nada más. Con Gala... —Daira se corrigió—. con el comandante era distinto, formaba parte de su consejo militar. Pero creo que esos tres tramazan algo, no sé qué piensan hacer pero parece que desean lthender para ellos, y hay otro más involucrado en ello.

—¿Otro? —preguntó Alanys—. ¿Quién más?

—El médico del ejército, mi señora. Se llama Vestein, creo que está al servicio de los generales de los regimientos.

Alanys asintió.

—¿Qué te hace pensar una cosa así?

<No somos tan distintas —pensó Alanys—, dos mujeres guerreras en un mundo de hombres>.

—Bueno... he visto muchas heridas así entre los guerreros de mi tribu, es grave pero... con el tiempo que lleva así y los remedios que se le han aplicado ya debería estar sanando. No soy tan buena como los médicos que vuestro ejército tiene, pero algo sí que sé de esas cosas y os digo que Vestein no está haciendo su trabajo bien, y lo está haciendo adrede. Muchos de los soldados que atiende con heridas similares se están recuperando poco a poco. Todos lo hacen menos el comandante. No puedo hacer estas afirmaciones con total seguridad y tampoco se lo he podido hacer saber a nadie más, porque si empiezo a cuestionar las decisiones que se toman no tardarán en ejecutarme por traidora.

Daira guio a la joven por el campamento hasta la entrada al hospital. La guerrera bárbara se percató de la expresión decepcionada de Alanys, era consciente de que el ejército que ella esperaba encontrar allí estaría en mucho mejor estado.

—Perdonad mi osadía, mi señora, pero el ejército ha cumplido bien con su cometido, el comandante Galahad ha mantenido a los regimientos bien organizados. Este estado que veis ahora es fruto de los mandos actuales.

Una vez dentro de la estructura los gritos de los heridos y el hedor a carne infectada y podrida apagó la conversación. Antes de llegar hasta la habitación de Galahad Alanys paseó un poco por el recinto para visitar a los soldados. No quería parecer desesperada por ver al fin al comandante.

Se detuvo unos instantes a hablar con un joven que estaba sufriendo convulsiones. El muchacho no tendría más de veinte años. Se moría, apenas le quedaban unos minutos. Tenía el cuerpo completamente quemado y su piel se desprendía a jirones. Había perdido todo el pelo y tenía llagas supurantes por todo el cuerpo que expulsaban un pus amarillento.

Otro soldado que estaba junto a él se levantó al reconocer a la señora Bastión de Plata, pero la joven le hizo un gesto para que volviera a sentarse.

—¿Qué le ocurrió para sufrir semejantes heridas?

El soldado habló con un nudo en la garganta.

—Es... es mi hermano, mi señora. Le cayó una de las torres de la empalizada que estaba envuelta en llamas. Todos saltamos del muro pero él se quedó arriba luchando y contuvo al enemigo. Mató a seis bárbaros y nos salvó. No...no merece este final...

Alanys miró de nuevo al soldado que agonizaba en la cama y trataba de hablar. La joven se inclinó para escucharle.

—Una... una... es... espada —dijo el muchacho—, dadme una... para morir... empuñando una espada.

No había ningún arma cerca. Alanys desenvainó su soberbia espada y la colocó entre las manos del moribundo y cerró sus puños en torno al arma.

—Mi valiente soldado —dijo Alanys—, ve, ve con gloria y honor. Que la espada de la Primera Reina te guíe a la morada de los muertos. Encuentra la paz.

El joven soldado intentó esbozar una sonrisa y cerró sus ojos con expresión serena. Su dolor acabó de repente y sus manos se relajaron. El pecho bajó por última vez y murió. Alanys volvió a guardar la espada en su vaina y antes de salir habló con el hermano del guerrero caído.

—Tu hermano cayó con honor. Me ocuparé de que reciba un funeral propio de héroes. No ha muerto en vano, la muerte de tu hermano será vengada. Te doy mi palabra, soldado.

La joven salió de la estancia sintiéndose mareada. Tras caminar un poco más y visitar a otros soldados por fin llegó a la habitación de Galahad. El comandante herido dormitaba con el torso descubierto y con una venda cubriendo su costado. La tela estaba impregnada de sangre.

—La herida no cicatriza, mi señora —dijo Daira.

Alanys se dirigió a uno de los dos guardias armados que la escoltaban.

—Haced venir a Gardar, él se ocupará de Galahad en adelante —dijo Alanys.

Uno de los guardias salió raudo a cumplir con las palabras de su señora. Luego pidió a la joven bárbara si podía dejarla un momento a solas. Era una petición extraña para alguien de su posición pero no le importaba. Quería gozar de un momento de intimidad con Galahad, aunque él ni siquiera la viera.

Durante unos segundos Alanys no se movió, sólo podía mirar a su amigo sin pestañear. No parecía el apuesto y hermoso joven que partió de Bastión de Plata hacía ya mucho tiempo, quizá demasiado.

Ahora el rostro de Galahad estaba más afilado, delgado y un tanto demacrado. Su piel, morena y curtida por el sol del sur, era ahora marmórea como las frías columnas de la Ciudadela de la capital. Era como ver un cadáver. El joven y valiente comandante luchaba con todas sus fuerzas contra las fiebres que trataban de llevárselo, llevaba combatiendo durante muchos días y parecía estar perdiendo la batalla.

Alanys se arrepintió de no haber ido antes a Ithender, quizá todo aquello podía haberse evitado. Tenía que haberse dado cuenta que Galahad no podía acometer esa empresa solo. Podía haber hecho tantas cosas...pero ya nada de eso importaba. Al fin estaba allí y pronto Ithender, Traful, los Degolladores y todos aquellos que se interpusieran en su camino serían aniquilados.

La joven limpió el sudor de Galahad con un paño frío y le besó en los labios. Jamás había sentido algo así y seguramente de haber estado el comandante despierto no lo habría hecho. Fue un beso metódico, largo y cálido como Alanys no había dado nunca, como ella misma no sabía que podía dar.

Alanys no alcanzó entonces a verlo, pero justo en ese momento, justo cuando los labios de ambos se juntaron en ese extraño beso, en medio de aquella tormenta impetuosa que barría cada rincón de tierra, algo despertó en el débil corazón de Galahad. El beso de Alanys trajo consigo una voz que conminó al comandante herido a seguir luchando por su vida. Luchando para volver a besar esos labios de la mujer que le había hecho regresar del abismo negro de la muerte.

Entonces la voz del guardia que custodiaba la puerta rompió ese momento de paz completa. El médico de Alanys esperaba para atender a su nuevo paciente.

Gardar era un hombre de mediana edad, algo encorvado y con el pelo más blanco que la misma nieve de la cumbre de las montañas. Llevaba al servicio de la joven señora de Bastión de Plata desde que ésta empezó sus campañas hacía casi siete largos años. Venía del Bosque de Ceroneth, lugar que se decía encantado. Sus árboles

milenarios llevaban siglos custodiando viejas leyendas. Se decía que todo el bosque estaba protegido por un encantamiento. Gardar había curado innumerables heridas del cuerpo de Alanys y salvado la vida a cientos de soldados tras las batallas. Sabía de enfermedades y conocía bien el cuerpo humano. Sus remedios normalmente eran efectivos y Alanys le tenía en gran estima. Incluso levantó un edificio en Bastión de Plata en el que Gardar pudiera impartir clases para que otros aprendieran sus conocimientos de medicina. Si conseguía varios médicos como el veterano Gardar, los regimientos de Alanys serían prácticamente invulnerables. La mayoría de las muertes se producían tras las batallas debido a heridas e infecciones.

Sin embargo, la joven pensaba que quizá para Galahad fuera demasiado tarde. Gardar era un buen médico pero no podía hacer milagros.

—Decidme si podéis hacer algo —dijo Alanys a su médico.

Ella siempre trataba a Gardar con la máxima cortesía y educación posibles pues consideraba que alguien con los conocimientos y la sabiduría de aquel hombre tenía que ser tratado con mucho respeto.

—Enseguida lo sabremos —dijo el médico retirando con cuidado las vendas que cubrían el cuerpo del joven.

Enseguida se hizo evidente que Vestein había hecho un pésimo trabajo de curación. Aquella herida ni siquiera estaba limpia, por eso nunca cicatrizaba. Una pequeña esquirla de metal seguía infectando la carne del comandante. No era tan grave como él esperaba. Sin embargo, ese pequeño trozo de acero llevaba allí demasiado tiempo. Había que actuar rápido.

—Con el debido respeto, mi señora. Pero si ese médico ha hecho un trabajo similar con todos los heridos este ejército habrá tenido muchas bajas.

Gardar estaba acostumbrado a decir lo que pensaba sin importarle quién hubiera delante o si era el momento propicio para

hacerlo. Esa sinceridad era criticada por muchos pero apreciada por Alanys. La joven suspiró.

—¿Podéis curarlo? —preguntó con cierto tono impaciente.

—No es muy difícil, mi señora. En realidad solo hay que extraer el trozo de acero que infecta la herida. Luego la limpiaré y volveré a vendarla. No tardará en sanar, aunque...

—¿Aunque, qué?

—Aunque nunca he tratado una herida infectada durante tanto tiempo, no sé bien qué puede ocurrir. Pero es lo único que se puede hacer por salvar la vida del comandante.

Alanys asintió.

—Haced lo que creáis conveniente. Si por desgracia muere, no será culpa vuestra —dijo antes de salir.

La joven salió del hospital a toda prisa, no quería permanecer ni un minuto más allí dentro. Se encaminó directa a la tienda donde se hallaban los generales de los regimientos. Aparte de Kilian, Arzhul y Magloar también estaban presentes Baethan, Tristán y Daira. Los tres primeros, en un intento por agasajar a su señora, habían dispuesto lujosos manjares y vino de excelente calidad para comer mientras charlaban. Todo ello servido en lujosos vasos, copas, platos y bandejas de oro y plata y atendidos por sirvientes, por no decir que más bien eran esclavos, apresados durante los combates. Tenían listo un elaborado informe sobre los ataques, las batallas y los enemigos abatidos en el transcurso del asedio. Cifras normales que, dichas de cierta manera, podían ser espectaculares, como si se hubiera conseguido un gran logro.

Cuando Alanys entró Magloar fue el primero en levantarse, copa en mano, y saludar efusivamente a la joven.

—¡Nos honráis viniendo hasta aquí! —exclamó antes de beber todo el contenido de la copa.

Alanys, que no tenía ganas de entrar en una conversación absurda, decidió ir por la vía directa.

—No he venido para recibir halagos, y menos de unos traidores como lo sois vosotros —dijo.

Los tres hombres se quedaron petrificados en sus cómodos asientos.

—Mi señora... —dijo Kilian con un nudo en la garganta—, no somos traidores...el...el asedio avanza y los ataques...

— ¡Silencio! ¡No oses interrumpirme! ¿Pensabais quedaros con todos los tesoros de Ithender? ¿Qué tenéis que decir?

Los tres callaron.

—Por fortuna aún quedan personas leales en este campamento desastroso. Jamás conseguiríais tomar la ciudad con un ejército tan lamentable como este.

—Mi señora —comenzó Arzhul—, os juramos que no sabíamos que...

—¡Que llegaría! —bramó Alanys—. Eso es lo que no sabíais. Pero os habéis equivocado. Aquí estoy, y pienso arreglar esto ahora mismo. ¡Traed al médico!

Baethan salió un momento y volvió con Vestein fuertemente asido del brazo.

—Eres el médico encargado de atender al comandante ¿Verdad? —comenzó Alanys sin preámbulos ni rodeos estúpidos.

Vestein dudó antes de responder, pero ante la presencia de Alanys era mejor decir la verdad. Al menos por una vez tendría que decirla.

—Sí, lo soy, mi señora. Yo soy el médico del ejército, el médico principal al menos, y sí, mía es la tarea de sanar al comandante Galahad.

—¿Y por qué no está sanado ya? —dijo Alanys—. Mi propio médico militar dice que su herida es fácil de tratar ¿Acaso sois tan inútil que no sabéis extraer un pedazo de acero de una herida infectada?

El médico se puso completamente rojo y agachó la mirada. No podía decir la verdad, pero le costaba aceptar esa humillación. Sabía que no debía mezclarse en los asuntos de los mandos, pero una vez que le contaron sus intenciones no podía decir que no. Y no pudo decirlo por miedo, pues si rechazaba la oferta de Magloar, Kilian y Arzhul corría el riesgo de ser asesinado. Vestein era un buen médico pero también era un cobarde. Sabía que sería imposible incriminar a los tres generales si le pasaba algo. Cualquiera soldado puede emborracharse una noche, perder los nervios y desenvainar una espada.

Aunque el motivo por el cual aceptó no fue el miedo, al menos no tuvo todo que ver en su decisión, aceptó sobre todo por las enormes cantidades de oro que le darían si el comandante no sobrevivía a esa oportuna herida. Se decía que el rey Vangio tenía escondida una enorme cantidad de dinero en oro y plata en la intrincada red subterránea de la ciudad.

Vestein decidió decir la verdad. Quizá la honestidad le salvara.

—Sí que sé extraer un trozo de acero de una herida mi señora... el motivo...el motivo por el cual no...no lo hice fue... fue porque... porque... los generales, aquí presentes, me dijeron que bajo la ciudad hay todo un tesoro escondido y parte de esas riquezas serían para mí si el comandante no vivía. Mi cometido era limpiar su herida y simular que trataba de curarle pero... pero... —aquí Vestein guardó silencio y carraspeó antes de seguir—, ninguno podía esperar que vos apareciérais.

Alanys clavó sus ojos en ese hombre. Las palabras del médico militar resonaban en su cabeza y la ira la invadió por dentro. Se acercó a Vestein y sacó una pequeña daga que llevaba oculta. Aquellos miserables no merecían morir por su noble espada.

—Seguro que esto tampoco lo podías esperar —dijo mientras hundía la afilada hoja en el vientre de Vestein.

Alanys hizo que la daga cortara los intestinos y buena parte de la carne hasta que el médico muriera. Enseguida se formó un charco

de sangre oscura en el suelo del pabellón. Vestein murió mientras trataba de mantener unidas sus tripas.

Después la joven miró los tres generales, que blancos, esperaban su sentencia. No tuvo que decir nada. Baethan, que conocía a Alanys mejor que a sí mismo, fue el que habló.

—Kilian, Arzhul y Magloar —comenzó—, generales de los regimientos V, VI y VII, desde ahora perdéis vuestro mando y quedáis arrestados y condenados a muerte por traición a nuestra señora, ruptura de vuestros votos de lealtad a su persona, incumplimiento de las órdenes y por poner en peligro la integridad del ejército de Bastión de Plata y sus intereses en el sur.

Una docena de guardias entraron en la tienda y se llevaron a los tres hombres, desprovistos ya de todo poder.

Entre tanto la noche había empezado a caer y las estrellas poblaban el cielo por encima de las nubes de tormenta que habían dado una tregua al ejército de Alanys. Aún quedaba trabajo que hacer allí. De hecho, quedaba lo peor.

Alanys salió fuera de la gran tienda y miró los muros de Ithender. Parecían impenetrables y así había sido a este momento.

En su mente comenzó a dibujarse un plan.

Gardar había logrado extraer la esquirla de metal del costado del comandante, después limpió meticulosamente la herida y la vendó de nuevo. Los esfuerzos del médico se hicieron visibles en unas pocas horas. Las fiebres desaparecieron y Galahad comenzó a respirar más tranquilamente.

Con las primeras luces del alba abrió los ojos. Había tenido sueños extraños, sabía que Daira que había estado siempre con él pero en las últimas horas había notado algo que jamás había sentido antes, algo parecido a un beso, una sensación en sus labios maravillosa y misteriosa a la vez. Además, esa presencia... era extraña pero agradable y... también familiar.

—Aún estáis débil, comandante —dijo el médico—, debéis seguir descansando. Debo decir que he llegado justo a tiempo de salvaros la vida, un poco más y la gangrena habría acabado con vos.

Galahad reconoció a Gardar, el médico de Alanys y enseguida le asaltaron varias preguntas que le hicieron olvidar el fuerte dolor que aún tenía en el costado.

—¿Alanys os ha enviado para atenderme? —preguntó.

—En cierto modo, sí.

Esa respuesta suscitó más preguntas.

—¿Cuántos refuerzos han venido?

Galahad esperaba que varios miles de hombres, un regimiento completo sería genial. El médico sonrió.

—Mi señor... Alanys ha venido hasta aquí. Y sí, ha traído refuerzos, ha venido con más de veinticinco mil hombres, o lo que es lo mismo: Alanys ha traído todos sus ejércitos al completo. Cuatro regimientos enteros. Ithender está perdida.

Los ojos de Galahad se abrieron enormemente. ¿Alanys estaba allí? ¿Y había traído a todas sus tropas?

El comandante hizo el gesto de querer levantarse pero apenas pudo.

—Lo siento, comandante, primero debéis descansar. Además, Alanys se halla en una reunión del estado mayor. Ha habido muchos cambios en las últimas horas.

Tienda principal del campamento

Las ejecuciones habían sido rápidas y ante el ejército. Los tres generales fueron ejecutados sin dilación antes de que se pudiera organizar una rebelión.

Alanys había convocado a todos sus oficiales y mandos para reorganizar los regimientos y preparar el asalto a la ciudad. Allí estaban Raedhan, Devion, Galantyne, Norwyn, Baethan, los capitanes de caballería Dagmar y Tristán, el recién ascendido a oficial Harald, y Daira.

La noche anterior había sido una noche de gran actividad. Alanys había movilizado a sus cuatro regimientos al campamento doblemente fortificado de Galahad, uniendo su ejército al del comandante. Además había dispuesto todas las nuevas piezas de artillería traídas del norte para iniciar una serie de ataques sobre las murallas de Ithender.

—¿Quién se encargará ahora de los regimientos V, VI y VII? —preguntó Norwyn—. Habrá que hacer nuevos nombramientos de generales y oficiales.

Alanys negó con la cabeza, no había tiempo para nada de todo eso. Había que actuar ya.

—No. No habrá nuevos nombramientos ni nadie más se encargará de esos tres regimientos, Galahad seguirá siendo el comandante y los regimientos serán administrados por Daira y Tristán. Harald se encargará de la caballería del V, VI y VII mientras

que Dagmar seguirá ocupándose de los jinetes del I, II, III y IV — explicó Alanys—, atacaremos de golpe con todas nuestras fuerzas ¿Cuántas torres de asedio hay disponibles?

Las tropas de Alanys formaban un ejército inmenso compuesto por siete regimientos, más las fuerzas auxiliares, la caballería y la Guardia de Plata. En total eran más de cincuenta y cinco mil hombres listos para tomar Ithender.

—Disponemos de cuatro torres, las otras se han perdido en los incendios —dijo Tristán.

—Serán suficientes, las colocaremos en los cuatro puntos cardinales, atacaremos por todas partes a la vez, mientras tanto no dejaremos de disparar con las catapultas. El II y el IV tomarán posiciones en las puertas de Ithender y esperarán su apertura. El resto de fuerzas se colocará en las torres para tomar la muralla exterior, todos menos el VII, que quedará en retaguardia.

—¿Cómo abriremos las puertas, mi señora? —dijo Daira—. Estarán bien protegidas, Traful aún tiene un importante contingente de hombres.

Alanys sonrió, le costaba entender como esa chica era capaz de referirse a su propio padre como el enemigo. Hasta parecía saber que Traful debía morir.

—Es ahí donde tú entras, Daira. Conoces los túneles de la ciudad ¿Verdad?

—Sí... los conozco, quiero decir, los conozco, mi señora —se corrigió—, pero... ya sabéis lo que pasó cuando el rey entró en ellos a por Traful... murió. Entrar ahí y salir con vida es imposible.

—Sé lo que ocurrió, Daira. Lo sé. Pero esta vez será diferente, no pienses que no aprendo de los errores. Esa misión fue un error grave, pero no volverá a pasar. Esta vez iré yo, e iré acompañada por quinientos hombres, la Guardia de Plata vendrá conmigo. Necesito que seas tú quién nos guíe.

—¿Hacia la torre de Traful? —preguntó Daira.

—No, no hacia la torre. Deberás llevarnos por los pasillos subterráneos hacia las murallas. Justo ante las puertas. Las abriremos desde dentro para que el resto del ejército pueda entrar en la ciudad. Mientras están ocupados rechazando el ataque de las torres nosotros nos colaremos y abriremos esas malditas puertas de una vez.

Todos se mostraron de acuerdo. Era un buen plan. La batalla se acercaba y esta vez no sería un ataque más. Sería el combate final, a muerte. Esa batalla sería la última de aquel largo asedio.

Torre de Ithender.

Traful estaba mirando unos mapas en los viejos libros del rey Vangio. El muy idiota se creyó lo bastante fuerte como para acabar con él, y luego su hija pensó lo mismo. ¿Pero que se creían? Él era Traful, el caudillo líder de más poderosa de las tribus del este. Desde el fallido intento de asesinarlo por parte de las fuerzas occidentales, todo había ido viento en popa. Los ejércitos de Bastión de Plata habían resultado decepcionantes. Era cierto que llevaba meses atrapado en la ciudad pero cada día que pasaba sus enemigos se debilitaban más y él rechazaba cualquier intento de tomar la ciudad con sus guerreros.

Desde lo alto de su nueva torre había visto como Bastión de Plata enviaba más tropas a reforzar sus diezmadas filas.

<No importa —pensaba— que se atrevan a seguir atacando>.

Desde luego el ejército enemigo era enormemente grande pero Traful, con la seguridad que otorgan unas cuantas victorias, no pensaba en esos nuevos regimientos como una seria amenaza. Cualquier otro, comparando sus fuerzas y las enemigas, saldría de la ciudad y trataría la rendición, pero Traful no. Era demasiado orgulloso para rebajarse a eso, y menos ante su hija. Además, por

muchas tropas que Bastión de Plata llevase hasta las puertas de Ithender, seguirían sin poder atravesar las murallas.

Entonces llegó a sus oídos un sonoro golpe, seco y poderoso, que resonó varias veces antes de desaparecer. Y tras ese golpe llegó otro. Y luego otro. Fortísimos impactos que retumbaban por toda la ciudad. Traful no se alarmó demasiado, tras dos meses allí ya se había acostumbrado al sonido de los bombardeos de las catapultas. Normalmente tras los golpes se escuchaba a la población gritar y correr a esconderse y casi siempre moría alguien aplastado o pisoteado. Pero eso ya no pasaría más pues había ejecutado a todos los no combatientes hacía unos días.

Traful se acercó a la ventana de la torre y observó el campamento enemigo. Había crecido mucho durante la noche. Allí dentro podía haber más de cincuenta mil hombres. Y la artillería enemiga se había multiplicado.

Justo cuando Traful se dispuso a salir de su aposento para supervisar las defensas un guerrero entró.

—Mi señor —dijo—, Bastión de Plata ataca de nuevo, sus catapultas han comenzado a disparar.

—Sí, ya lo veo imbécil. Ya sé que están atacando ¡Y más nos vale a todos resistir!

El guerrero, tragándose su gran orgullo bárbaro siguió hablando.

—Pero señor... hay más... están preparando sus torres de asedio. Han colocado miles de soldados por todos los flancos, atacarán por todas partes a la vez. No podremos rechazarlos.

Traful lanzó una mirada de odio a ese hombre portador de nuevas noticias.

—¡Yo decidiré si podemos rechazar el ataque o no, idiota! ¡Sal de aquí y déjame en paz!

El caudillo permaneció un momento más en su aposento, mirando de nuevo por la ventana. Aquel ataque era radicalmente

distinto a los otros, la ofensiva enemiga parecía ser definitiva. Esta vez la batalla sería dura.

Por primera vez en su vida, el fiero caudillo de los Degolladores sintió la mordedura del miedo.

Hospital del campamento.

—Estoy bien, Alanys —decía Galahad—, puedo combatir. Tú médico ha llegado a tiempo.

Alanys miró a su comandante con cierta ternura. Aquel beso que le dio dos días atrás no había hecho sino avivar sus sentimientos. Incluso ahora, en ese preciso instante en que las catapultas disparaban y los ejércitos de Bastión de Plata marchaban a la batalla, quería besarle de nuevo.

Se permitió una sonrisa mientras cogía de la mano a su comandante.

—No, debes seguir descansando, Galahad. Esa herida aún no ha sanado del todo. Ya habrá más ocasiones para luchar.

—Llevo dos meses aquí y ahora en la batalla final me apartas —dijo Galahad, agarrando aún más fuerte a Alanys.

—Sí, lo reconozco, quiero llevarme la gloria —sonrió—. Necesito que te quedes atrás y supervises la retaguardia. Las cosas pueden torcerse. Si me pasa algo quiero que saques al ejército de aquí. Mantén el asedio y avisa a Vanora y al resto.

Las palabras de Alanys preocuparon a Galahad. Ella le explicó paso por paso los detalles del combate.

—No tienes porqué entrar en la ciudad. Ya has asumido demasiados riesgos —decía el joven—, quédate atrás. Baethan puede cumplir bien con la misión.

—Sí, es cierto, todos pueden hacerlo, incluso esa bárbara amiga tuya. Pero no puedo exigir a mis hombres un riesgo que yo no estoy dispuesta a correr. No puedo. Y debo ser justa con todos ellos. Debo ir.

Durante breves instantes se hizo el silencio. Ni siquiera el sonido sordo de la artillería podía estropear ese mágico momento. Pero Baethan sí lo rompió al entrar en la pequeña habitación en la que el comandante se reponía de sus heridas.

—Mi señora —dijo sin ver como Alanys soltaba rápidamente la mano de Galahad—, la Guardia de Plata está lista para entrar. Os esperan a vos.

—Voy enseguida.

Alanys se ajustó bien la capa y comprobó que la espada estuviera preparada para ser desenvainada.

Se dirigió al comandante una vez que Baethan hubo abandonado la sala. La joven se acercó a Galahad y le dio un pequeño beso en la frente.

—Recuperaos, comandante —dijo saliendo de la estancia.

Galahad se quedó en el camastro con media sonrisa en la cara. Enseguida supo qué fue aquella extraña sensación que sintió el día que Alanys llegó. Un beso. Fue un suave y cálido y reconfortante beso que los labios de la joven depositaron en su boca. El beso que le trajo de nuevo a la vida.

Se lamentó por haber fallado a Alanys. Tendría que haber tomado la ciudad hacía ya mucho tiempo. La había decepcionado y eso no podría perdonárselo. Alanys estaba ahora en peligro por su incapacidad y no quería ni imaginar qué pasaría si la joven moría allí. Las consecuencias no solo serían terribles para él y su conciencia, sino para todo el mundo. Occidente moriría si Alanys caía. Alanys era tenaz hasta la extenuación y ella sola era capaz de lograr cosas impensables para cualquier otro mortal. La joven era más fuerte que cualquiera, más poderosa que ningún guerrero y ese Trafal, en su locura de poder, había despertado su ira. Era el momento de arrepentirse.

Alanys era la única luz que le quedaba al mundo.

Entrada a los subterráneos.

Alanys pasó revista a sus quinientos hombres. La Guardia de Plata era la unidad más preparada para el combate que tenía y estaban a punto de demostrarlo. Daira y Baethan formaban la cabeza situados a ambos lados de la joven.

Daira estaba asustada. No podía evitar acordarse de la última vez que entró allí. Los impactos de las catapultas en el exterior provocaban una constante lluvia de polvo sobre las cabezas de los guerreros. Llevaba la mano sobre sus dagas dispuesta a vender cara su vida. No lo decía, pero tenía serias dudas de que el plan de Alanys funcionase.

—La última vez que recorrí estos túneles la cosa no acabó nada bien —dijo.

Alanys sonrió en la oscuridad.

—No te preocupes, todo saldrá bien —dijo la joven—, saldrá bien.

Los miembros de la guardia estaban bien armados y pese a ser pocos serían difíciles de batir. Llevaban gruesas corazas de placas de metal, yelmos de plata y cuero, grandes escudos esféricos y largas lanzas además de sus afiladas espadas. Alanys solo iba armada con su espada y un par de dagas.

—A la derecha —dijo Daira—, ya queda poco, estad alerta, en cualquier momento pueden aparecer enemigos.

Muralla norte. I regimiento.

Lentamente la gigantesca torre de asedio se acercaba a la muralla norte. Esa enorme mole de madera y metal, estaba levantada sobre cuatro ruedas y se movía empujada por docenas de soldados de la infantería auxiliar protegidos por una techumbre de

madera. Toda la estructura de la torre estaba recubierta de pieles y telas empapadas de agua para evitar que los proyectiles enemigos pudieran incendiarla. Por encima de la rampa levadiza se había construido una plataforma con parapetos para que los arqueros pudieran disparar desde una altura superior al muro.

Los soldados de infantería ligera se encargaban de dar protección a la torre en cuyo interior había centenares de hombres del I regimiento.

—¡Juntad los escudos y cubríos tras ellos! —ordenaba Raedhan—. Tened las lanzas a punto.

Se acercaba la parte que más temía el general. La bajada de la rampa y la salida de los soldados eran los peores momentos, la torre era más vulnerable y los hombres debían moverse rápido para no tener demasiadas pérdidas. La sangre correría para ambos bandos.

Raedhan cerró los ojos, la torre llegó a su destino y la rampa bajó de golpe. Los arqueros de las dos partes intercambiaron proyectiles. Varios hombres cayeron de la torre pero las primeras tropas del I consiguieron poner pie en las murallas.

—¡Adelante, adelante! —gritaba el general.

Aquella zona estaba poco defendida y no encontraron demasiada resistencia. Tras varios minutos de fiero combate los atacantes se hicieron con parte del muro.

El general estaba satisfecho. Sus hombres habían logrado tomar la muralla norte sin demasiadas pérdidas. Pero aquello solo era parte del plan de ataque. Lo difícil tenía lugar en el oeste de la ciudad.

Torre de Trafal.

—Es un ataque simultáneo. Tratarán de unir sus fuerzas en el centro de la ciudad.

El caudillo miraba el asalto y las dudas le invadían. Miles de soldados de Bastión de Plata atacaban cada rincón de las murallas.

Sin embargo, no todas las fuerzas estaban luchando, en la puerta principal, situada al oeste, era donde más tropas se acumulaban pero allí los combates eran escasos y no se veían ni torres ni arietes.

—¿Por qué no ataca la infantería pesada las puertas? —preguntó —. Solo los arqueros y unos cuantos soldados luchan allí.

Traful estaba acompañado por unos pocos guerreros de su confianza. Antes se hacía acompañar por un nutrido grupo de poderosos hombres, guerreros todos, que le aconsejaban y se podían permitir el lujo de expresar libremente sus opiniones. Sus hermanos, como solía Traful llamarles. Pero ahora ese grupo estaba muy reducido. La mayoría habían muerto en los combates y otros habían perdido el favor del caudillo.

—Quizá concentren mayor número de tropas allí para proteger el campamento —se atrevió uno de los hombres a decir.

Traful permaneció meditabundo unos momentos.

<Sí, tiene que ser eso ¿Qué otra cosa podía ser si no?>.

—Seguramente eso sea lo más probable. De momento nos centraremos en contener a esos imbéciles con todo lo que tengamos, las puertas estarán a salvo, debemos evitar que el resto entre en la ciudad. Ya hemos perdido bastantes partes de la muralla.

Todos salieron de allí a cumplir con la voluntad de su señor. Y más les valía cumplirla pues no serían los primeros en ser ejecutados por sus fallos.

Antes de salir Traful miró un rato más por la ventana. Empezaba a sentir odio por ese hueco de la torre, cada vez que miraba por allí veía algo malo para él.

No lo reconocía, pero buscaba a su hija.

Muralla sur, III regimiento.

Las tropas del III habían tomado la parte que les correspondía de muralla sin apenas esfuerzo. Los integrantes del regimiento eran todos soldados veteranos que sabían bien como cumplir con su misión.

El combate fue intenso y los bárbaros se defendieron bien y con bravura pero al final fueron derrotados por la superioridad de los hombres de Alanys. Muchos de esos soldados ya habían combatido contra los bárbaros y sabían lo que era la guerra.

—¡Mantened posiciones, mantened posiciones! —gritaba el general.

Galantyne había participado en el asalto luchando con sus hombres en primera fila. Acabó con cuatro enemigos y recibió una pequeña herida en el brazo del escudo pero no era nada grave. Hacía falta mucho más para acabar con un general.

Las fuerzas del III tenían capacidad de sobra para seguir avanzando por el muro e incluso para dirigirse al centro de la ciudad pero las órdenes de Alanys eran claras: tomar la muralla sur y atraer hacia allí al enemigo. Nada más. Era un trabajo sencillo. Una nueva oleada de bárbaros les atacó de frente. Se concentraron en el suelo y desde allí lanzaron varias decenas de flechas y jabalinas hacia los hombres de Galantyne.

—¡Cubríos con los escudos! —gritó mientras alzaba el suyo.

Los hombres obedecieron la orden y levantaron sus armas defensivas con lo que las flechas bárbaras se estrellaron en el metal de los escudos.

—¡Soltad las jabalinas! —ordenó Galantyne.

Una lluvia de jabalinas surcó el aire y aterrizó sobre los defensores. Las armas occidentales se clavaron en gargantas y pechos y causaron decenas de muertos y heridos. Los enemigos echaron a correr hacia las escaleras que daban acceso a la muralla y allí se trabó un encarnizado combate por el control del muro.

Salida del túnel.

—¡Guardad silencio! —dijo Daira mirando al exterior.

La boca del túnel estaba protegida por una reja metálica con un grueso candado. Al otro lado había docenas de guerreros fuertemente armados. En cualquier caso no había forma de salir. Aquel candado era imposible de romper.

—¿Cómo podemos salir? —preguntó Baethan—, ese candado no se puede romper.

Aquello resultaba absurdo. Con toda la ciudad envuelta en una batalla final por su dominio ellos estaban atrapados en un túnel repleto de humedad y murciélagos y lo único que les separaba del combate era una ridícula reja metálica. Alanys se acercó a la reja y desenvainó su brillante espada. Rompió el candado de un solo golpe.

Daira la miró con los ojos como platos.

—Esta espada no es como las otras —fue lo único que dijo.

Los bárbaros oyeron como la reja se rompía y se quedaron estupefactos al ver emerger del subsuelo a centenares de guerreros armados hasta los dientes.

—Vamos allá —dijo Alanys—, debemos ser rápidos.

Los enemigos corrieron hacia ellos y la Guardia de Plata respondió formando una muralla de escudos y puntas de lanza. El choque fue violento pero las lanzas de Alanys contuvieron el golpe.

Baethan clavó la punta de la lanza en las tripas de un enemigo. El arma se hundió demasiado y no pudo sacarla a tiempo. Otro enemigo llegó por la derecha y le atacó con una enorme hacha. La espada de Alanys se interpuso entre el capitán y el hacha. El acero de la joven cortó el arma del bárbaro y rápidamente segó su garganta como si cortara una hoja de papel. Alanys se agachó, rápida como una centella, y rajó el pecho de otro bárbaro. Al levantarse hizo girar la espada sobre su cabeza y en su descenso destrozó el cráneo de un tercer enemigo.

La línea establecida por la Guardia de Plata se movía lentamente, demasiado lentamente.

—¡Hay que darse prisa! —gritó Alanys—. ¡Esas puertas deben abrirse ya!

Daira luchaba mientras miraba como la máquina de guerra de Alanys destrozaba la resistencia de Trafal. La joven golpeó con el escudo a un enemigo y después le cortó la yugular. El chorro de sangre roció el rostro de Daira y la joven atacó con fuerza a otro bárbaro. Las espadas chocaron y la guerrera acertó a rasgar la piel de su rival en el costado. Una fracción de segundo después la espada de Daira entró por el mentón del enemigo y la punta asomó por el cráneo.

Los enemigos empezaban a ser muy numerosos y ellos eran pocos para contenerles. Alanys luchaba varios pasos por delante del resto. Atacó de frente a un enemigo y éste se dobló por la cintura debido al golpe, Alanys no lo pensó e hizo que su espada partiera la columna del desdichado. Otro bárbaro la atacó con una espada larga. Dos mandobles después, el confiado rival estaba en el suelo desangrándose.

—¡Adelante! —gritaba la joven—. ¡Adelante!

Ninguno de esos bárbaros era rival para ella. A medida que avanzaba Alanys sentía como crecía la ira en su interior. Galahad había estado a punto de morir por esos salvajes que asesinaron a todos los habitantes de la ciudad.

Un nuevo golpe de espada. Otro enemigo abatido.

En su avance la joven dejaba tras de sí un reguero de cadáveres. Decapitó a un gigantesco guerrero de un solo tajo y después hundió la espada hasta el mango en las entrañas de otro. La sangre la cubría por todas partes. Pero quería más. Mataba a placer, Alanys segaba una vida tras otra sin vacilar. Era tan fiera, tan poderosa y diestra que los salvajes empezaron a huir cuando ella se acercaba.

Muralla este. Regimientos V y VI.

Tristán tenía serios problemas para mantener su posición. Las tropas habían descendido de las dos torres de que disponían pero los enemigos allí eran muy numerosos y sus hombres no contaban con tanta experiencia como los regimientos que Alanys trajo consigo desde el norte.

—¡Ahgg! —gritó cuando una flecha le hizo una herida en la mejilla.

Se había quitado el yelmo para ver mejor el desarrollo del combate y ahora se daba cuenta del error.

—¡Ordena a los arqueros que tomen posiciones en la muralla! —dijo a un oficial.

El recién nombrado general se deshizo de dos enemigos y siguió voceando órdenes.

—¡Descended del muro y ocupad la calle! ¡Formaremos una línea abajo!

Bajó la escalera de la muralla protegido por una docena de soldados. Tristán mató a otro bárbaro y sus defensores hicieron lo propio con otros tantos enemigos. Una flecha acabó con uno de los soldados. Tristán empuñó con fuerza su espada y mató al rival más próximo, el escudo recibió un golpe y se agachó para evitar que una espada bárbara le arrancara la cabeza.

Una descarga de flechas hizo retroceder a sus hombres. Tristán miró un momento más allá del combate y vio a los soldados de los regimientos I y III. Todos habían cumplido su misión mientras que sus hombres perdían el poco terreno ganado.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¡Todos al frente! ¡Por los dioses, dirigíos al frente o yo mismo os mato!

Tristán agarró a uno de sus soldados por la coraza y lo empujó a primera línea. Luego se colocó a su lado. Escudo con escudo. Hacia ellos corrían cientos de enemigos.

—Mantente firme, muchacho —dijo mientras una gota de sudor caía por su rostro.

El joven general se dio cuenta del miedo que atenazaba al soldado. Los enemigos ya estaban cerca. Se sorprendió por su propia sangre fría. Mantenía su puesto con serenidad, con el escudo por delante y la espada en ristre. Pudo percibir el temor del muchacho de su derecha por la forma en que temblaba su arma.

Pero no hubo tiempo para decirle nada. El enemigo llegó y les atacó con toda la fuerza que los bárbaros tenían. Tristán alzó el escudo justo a tiempo de desviar una lanza y el joven soldado clavó la espada en el vientre del primer atacante que se le acercó. El general se movía a toda velocidad, detenía golpes con el escudo y lanzaba mandobles con la espada, pero sabía que no podría resistir ese ritmo mucho más tiempo.

El joven que luchaba con él estaba lejos y rodeado por seis enemigos, no podría salir vivo. Pero él tenía otros problemas. La espada de un bárbaro golpeó con tal fuerza en el escudo de Tristán que éste se abolló. El dolor del brazo del joven era tan intenso que tuvo que abandonar el escudo. El enemigo se le acercó y lanzó un mandoble desde la izquierda que Tristán desvió con la espada.

<¿Pero dónde están mis hombres?>

No podía mirar atrás y comprobarlo porque el bárbaro atacaba de nuevo. Tristán retrocedió y trastabilló con un cadáver. Desde el

suelo detuvo un golpe con su espada y rodó para evitar otro. El enemigo le propinó una patada en el brazo y perdió también su arma ofensiva. Sabía que ese era fin. Cerró entonces los ojos en espera de la muerte pero transcurrieron unos segundos y ninguna espada atravesó su cuerpo. Al volver a abrirlos, vio como ese gran bárbaro se retorció en el suelo con una lanza en las tripas. Los hombres del V habían recuperado terreno y ahora luchaban contra los enemigos de forma organizada. El general recuperó su espada y cogió el escudo de un compañero muerto y se dispuso a volver a primera línea. Quizá pudieran lograrlo.

Campamento. Torre de vigilancia.

Galahad miraba el desarrollo del combate desde una de las torres de la empalizada que rodeaba la ciudad. Se había puesto la armadura y su espada colgaba del cinto pero no estaba ni mucho menos preparado para el combate. Alanys había hecho bien dejándolo atrás, en el campo de batalla solo estorbaría.

Por el momento todo parecía ir bien, las tropas de los regimientos atacaban las murallas desde todos los ángulos y las catapultas habían causado numerosos incendios y media Ithender estaba ya en llamas.

Pero por otra parte... los regimientos II y IV esperaban ante las puertas sin entrar en acción puesto que Alanys aún no las había abierto. Aquello era extraño, ya debían estar allí. La infantería ligera llevaba tiempo combatiendo cerca de la gran entrada a la ciudad pero no había movimiento interno que pareciera indicar que Alanys estuviera peleando ahí.

El comandante estaba muy preocupado. ¿Y si ella y la guardia habían sido derrotados? O peor aún ¿Y Alanys había sido capturada? Trafal era terriblemente cruel y podía imaginar muchas formas de torturar el cuerpo de la joven. Casi sin darse cuenta se

llevó la mano a la empuñadura de la espada. Si era preciso entraría en Ithender y degollaría al caudillo. Sería una buena manera de darle muerte.

Pero enseguida la razón le apartó de esos pensamientos. Lo cierto era que, pese al magnífico trabajo del médico de Alanys, esa herida seguía doliendo y el mero hecho de estar allí de pie desde que comenzó la batalla le costaba horrores. Pensó por un momento en pedir un asiento, todos entendían el terrible dolor que el comandante sentía, pero declinó esa idea de forma tajante. No iba a estar sentado mientras todo el ejército de Bastión de Plata luchaba enconadamente por tomar aquella maldita ciudad.

Y de repente todas esas ideas y pensamientos se desvanecieron arrastrados por el sonido que hicieron las gigantescas puertas de Ithender al abrirse lentamente, con parsimonia infinita.

Galahad distinguió docenas de hombres armados que luchaban y justo en medio de aquellas puertas, entre polvo y humo, emergió la figura de Alanys cubierta de sangre. La armadura, la espada, su rostro, sus bellos ojos... toda ella estaba llena de sangre. El comandante sabía que debían haber muerto muchos bajo su espada. La ira de Alanys era terrible una vez despertaba, y dicha ira solo se podía aplacar vertiendo sangre. Mucha sangre.

El combate en las puertas debía de haber sido extremadamente sangriento y casi al instante docenas de heridos comenzaron a llegar, mientras que las tropas del II y del IV maniobraban para entrar en la ciudad. Galahad tenía que hacer algo, no podía luchar, no podía hacer nada. Se sentía impotente. Llamó a un oficial del VII regimiento y le mostró la llegada de los heridos. Había soldados heridos por quemaduras, cortes de hacha o espada y con flechas clavadas...

—El hospital de campamento no podrá acogerlos a todos —dijo Galahad—, organizaremos a los hombres para que se levante un pabellón donde ir colocando a todos los heridos por orden de gravedad.

—Sí, mi comandante —dijo el oficial.

—Los más graves al hospital. El resto aquí. Y además dejaremos un millar de hombres del VII en la entrada al campamento, por si Alanys necesita ayuda.

El oficial asintió y saludó militarmente antes de partir a cumplir con las órdenes.

Aquello era todo lo que Galahad podía hacer. No era demasiado, pero al menos salvaría a cientos de soldados heridos.

Resistencia bárbara, cerca de las puertas.

Traful se colocó al frente de los guerreros supervivientes en un intento por seguir defendiendo la ciudad. Estaba rojo de ira, rabia e impotencia. Se sentía como un imbécil que se había dejado engañar por alguien que consideraba muy inferior.

El ataque a las murallas solo había sido una treta para que el caudillo enviase a sus guerreros a defenderlas mientras la propia Alanys se encargaba de tomar y abrir las puertas. Traful tenía claro que esa mujer iba a capturar Ithender, pero no lo iba hacer porque sus soldados fueran mejores, no. Si Ithender caía sería porque él contaba con menos fuerzas que Bastión de Plata. Quizá aún pudiera darle la vuelta a la situación, Alanys se encontraba con un reducido grupo de guerreros luchando por proteger las puertas mientras el resto de sus tropas penetraba en la ciudad. Solo tenía que acabar con ella para descabezar su ejército. Si la líder moría nadie sabría qué hacer y el asedio finalizaría.

—¿Cuántos hombres nos quedan? —preguntó Traful a uno de los pocos consejeros que le quedaban.

Éste hizo un cálculo rápido. El ataque de los regimientos sobre las murallas había provocado pérdidas altas y además provocó la disgregación de las fuerzas.

—Si conseguimos reunir a todos los supervivientes podemos alcanzar los diez mil guerreros. Quizá alguno más.

Traful asintió.

—Atacaremos con todo lo que nos queda contra Alanys. Si acabamos con ella podremos poner fin a esto.

Los cuernos bárbaros sonaron entonces llamando a todos los guerreros que aún vivieran para librar su último combate.

—¡Adelante, adelante! —gritaba Traful—. ¡Matadlos a todos!

Vanguardia del II y IV.

Las tropas auxiliares de los regimientos II y IV alcanzaron las puertas y se unieron a los hombres supervivientes de la Guardia de Plata. Alanys se quedó atrás un momento mientras recuperaba el aliento. Estaba exhausta por el combate. Encontraron mucha resistencia de camino a las puertas pero lograron abrirse paso a base de mandobles y golpes de espada. Cuando llegaron a la entrada la infantería ligera y la artillería ya se habían encargado de despejar la muralla de arqueros y defensores.

Después siguió una dura lucha por el dominio de la entrada a Ithender. Casi un centenar de bajas después, Alanys y la Guardia de Plata se hicieron con tan valiosa posición. Los supervivientes fijaron un perímetro para que resto del ejército pudiera acceder al interior. Había sido una misión muy dura pero lo habían logrado.

Las primeras unidades de la infantería pesada llegaron y tomaron posiciones de combate para enfrentarse a los miles de guerreros que empezaban a agruparse para recuperar las puertas.

—Baethan —dijo Alanys al ver a su capitán—. ¿Aún puedes luchar?

El veterano capitán había sido herido en una pierna y sangraba profusamente del hombro izquierdo.

—Puedo luchar, mi señora —respondió el capitán.

—Bien ¿Dónde está Daira?

—Se ha quedado en vanguardia, quiere seguir peleando.

La joven bárbara se había mostrado como una valiosa compañera. Alanys estaba impresionada por su forma de luchar y por su manejo de los cuchillos. La líder de Bastión de Plata asintió satisfecha. Todos luchaban siguiendo sus órdenes. Con aquellas personas a su lado podrían vencer a cualquier enemigo.

—Dejaremos que sea Trafal quién se acerque a nosotros. Le contendremos aquí —decía Alanys—, protegeremos estas puertas con todo lo que tengamos, envía mensajeros a los otros regimientos, diles a los generales que deben mover sus tropas por el interior de la ciudad hasta llegar aquí. Cogemos a esos bárbaros por la espalda y les aniquilaremos.

Las órdenes se repartieron con celeridad, como siempre, y todos se dispusieron en formación de combate.

Daira suspiró, estaba en segunda línea, con los hombres de la Guardia de Plata. Las hojas de sus dagas descansaban un momento en sus vainas. Frente a ella estaba lo que quedaba de su tribu dirigida por el loco de su padre.

V regimiento avanzando por el interior de Ithender.

Tristán se apresuraba a cumplir con su nueva misión. Debía alcanzar la entrada de la ciudad. Había decidido avanzar solo con las tropas del V y dejar el VI regimiento detrás para cubrir la retaguardia.

Les había costado tomar la muralla sur pero al fin lo habían hecho. El propio Tristán había tenido que combatir todo el tiempo en primera fila y sufrir varias heridas.

Ahora la ciudad parecía desierta. Apenas quedaban guerreros por las calles y los pocos que había huían al encontrarse con los soldados de Bastión de Plata. Los incendios proliferaban por doquier y muy pronto toda la ciudad estaría en llamas. La batalla debía acabar pronto o todos arderían junto a Ithender.

Al llegar al centro de la ciudad Tristán se encontró con las tropas del I y el III y tras unir los tres regimientos marcharon juntos al combate.

Puertas de la ciudad, ejército bárbaro.

Los Degolladores habían entablado combate con las fuerzas enemigas. La batalla había estado equilibrada hasta ese momento, en que su propia línea empezó a retroceder ante las espadas de los soldados disciplinados. Las hachas y la fuerza bruta de los bárbaros no eran suficientes para romper la sólida línea de combate establecida por los hombres de Bastión de Plata.

Traful se había desplazado hasta la primera fila para motivar a sus hombres a seguir luchando hasta la muerte. Enseguida se dio cuenta de que las tropas que esa Alanys había movilizado desde el norte no eran como los otros regimientos. Esos nuevos soldados eran increíblemente poderosos, veteranos de decenas de campañas y batallas. Ni siquiera ellos podrían vencerles. El caudillo distinguió entre la maraña de soldados y guerreros que luchaban con valentía, a una muchacha que empuñaba una espada y que acababa de matar a dos Degolladores de forma fulminante. Traful reconoció a Daira y se dirigió hacia ella. Si iba a morir antes se llevaría a su hija por delante. El caudillo corrió cargado de furia hacia Daira dispuesto

a matarla. En su camino se cruzó un soldado al que se quitó de en medio degollándole. Atacó sin más dilación cuando llegó a su altura.

La joven bárbara esquivó el golpe de su padre de puro milagro. Echó el cuerpo hacia atrás y adelantó la espada. Ambas armas chocaron con violencia.

— ¡Has sido muy estúpida volviendo aquí! —Gritó Traful.

El caudillo volvió a golpear pero de nuevo se encontró con la espada de Daira.

—¡Has provocado una guerra que jamás podrías ganar! —replicó la joven—. ¡Tú eres el estúpido!

El comentario de Daira enfureció aún más a Traful que se lanzó a por ella con todas sus fuerzas. Daira esquivaba golpes y desviaba mandobles a duras penas. Intentó tomar ella la iniciativa del combate y golpeó a Traful con la parte plana de la espada en el hombro. Después se giró y lanzó un tajo directo al estómago pero su padre lo frenó con la espada. Atacó al caudillo por la derecha para herirle en el cuello pero volvió a errar el golpe y Traful fue quién la hirió a ella en el brazo. No fue un corte grave pero lo suficiente como para que Daira tuviera que soltar la espada.

—¡Otra vez te he vencido! —aulló el caudillo—. ¡Y ahora no tienes ninguna ventana por la que huir!

La joven sabía que lo tenía muy difícil para salir de allí con vida. La herida del brazo sangraba bastante y llevaba horas luchando.

—¡Vas a morir como la cobarde y traidora que eres! —dijo Traful poniendo el filo de la espada en el cuello de Daira, buscando el lugar idóneo para cortarle la cabeza.

Daira, en un último arrebato de supervivencia, trató de sacar sus afiladas dagas pero no fue lo bastante rápida y Traful se las arrebató. Aquel gesto le valió numerosos golpes antes de volver a apuntar.

Justo cuando la poderosa espada bárbara descendía sobre el cuello de la joven Daira, un acero se interpuso entre su piel y el

arma. Un acero blandido por alguien poderoso que hizo que Traful tuviera que apartar su espada.

—No vas a matar a tu hija, Traful —dijo Alanys señalándole con la espada.

Centro de la batalla, primera línea del II y IV.

Alanys interpuso su soberbia espada justo a tiempo de evitar la muerte de Daira. La joven se hizo a un lado y dejó que ambos líderes se enfrentaran entre sí.

—Ahora sabrás quiénes somos los Degolladores, muchacha —dijo Traful—, jamás debiste venir aquí.

La joven sonrió. Tantas veces le habían dicho eso...

—No debiste tomar esta ciudad, Traful. Tú locura de sangre y muerte ha llegado a su final.

Traful atacó por la derecha y Alanys se hizo a un lado.

—¡Has cometido un gran error, niña! —gritó el caudillo.

Alanys devolvió el golpe y su espada chocó con la del líder de los Degolladores.

—Tu error ha sido provocar mi ira, y esos errores se pagan con la vida.

Traful y Alanys iniciaron un combate intenso en que las espadas chocaban constantemente. La joven hizo girar su arma sobre su cabeza y en su descenso mortal se topó con la propia espada del caudillo. Sin embargo, éste no tuvo reflejos para detener el rápido golpe que le vino de la izquierda.

—¡Arrrggg! —gritó.

El acero de la joven cortó las protecciones de cuero e hizo un profundo corte en el costado de Traful. Sangre oscura empezó a

manar de la herida abierta. El caudillo siguió atacando ciegamente, lanzando golpes desesperados por alcanzar a Alanys. Ambas espadas volvieron a chocar y la joven deslizó el filo del arma por la de Trafal, era evidente que Alanys tenía más fuerza y con aquella espada soberbia era prácticamente invencible. Con un movimiento reflejo la poderosa guerrera hirió de nuevo al caudillo bárbaro. Esta vez la herida producida fue más grave, un corte que surcaba todo el pecho.

Daira vio como el monstruo que era su padre caía de rodillas. Trató de volver a atacar desde el suelo pero Alanys le desarmó de un nuevo golpe de espada.

Trafal tuvo una muerte rápida. La espada de la joven le atravesó el pecho y destrozó su interior. Al extraerla manchada de sangre Alanys la hizo girar y descender sobre la cabeza del caudillo. El arma cortó tendones y ligamentos y rompió el hueso que unía el busto de Trafal al resto de su cuerpo. La cabeza del caudillo de los Degolladores se desprendió del tronco de forma limpia, sin apenas sangre, pues la hoja del arma de Alanys era tan soberbia que cauterizó la herida a medida que se abría paso entre la carne. El rostro de aquel ser despreciable cayó al suelo de la ciudad con ojos aún abiertos y su cuerpo decapitado y ensangrentado se venció hacia un lado.

Los guerreros enemigos miraron como su líder era decapitado y se quedaron quietos, sin saber qué hacer. Aquello fue su gran error. La batalla por Ithender se transformó en una carnicería en la que los bárbaros fueron exterminados.

Al fin la inexpugnable ciudad había caído. Los incendios se propagaron rápido y la sangre derramada se consumió con el resto de Ithender.

Daira vio caer el cuerpo sin vida de su padre sintiendo solo cierta congoja por la muerte de alguien a quien había conocido. Alanys había arriesgado su vida por ella, nunca pensó que pudiera sobrevivir dos veces al enfrentamiento con su padre.

Todo había terminado.

La columna de refugiados llegó unas horas después del mediodía. Se respiraba paz en la frontera. Los días eran fríos pero despejados y el sol bañaba las tierras que circundaban el Muro de Hiperión.

Los trabajos para reconstruir las defensas habían avanzado considerablemente y la frontera estaba en condiciones de soportar un ataque.

Vanora y los demás esperaban desde hacía días la llegada de Alanys para iniciar la marcha al este. Los últimos mensajes afirmaban que Ithender había sido tomada y destruida y que en poco tiempo todas las fuerzas de la alianza se prepararían para la invasión del este. Todos los ojos estaban puestos en el sur, a la espera de la llegada del impresionante ejército de Bastión de Plata. Sin esos siete regimientos la victoria sería imposible.

Pero esa tarde los visitantes no vinieron del sur. La columna que llegó apareció por el este, repleta de gente harapienta y herida. Unos pocos se movían en carros y caballos pero la mayoría viajaba a pie.

—¡Abrid las puertas! —dijo Vanora al ver a los recién llegados.

—No sabemos quiénes son —repuso Larodar con desconfianza.

—No parecen una seria amenaza, además, no creo que sean más de cuatrocientos —observó acertadamente Needle.

Los Capas Rojas salieron hacia los forasteros a una orden de su comandante y justo en ese momento apareció Gundahar y varios de los caudillos del este.

—¡Son traidores! —gritaba Segovax.

—¡Malnacidos! —decía Etelgis desde lo alto del muro—. ¡Nos traicionasteis y ahora acudís aquí como si no pasara nada!

Los bárbaros empezaron a gritarse unos a otros y a increpar a los recién llegados.

—¿Qué está pasando, Gundahar? —dijo Vanora visiblemente enfadada—. ¿Quiénes son?

Entre tanto los Capas Rojas rodearon la columna y dispusieron las lanzas. Larodar se ajustó el casco y aferró la empuñadura de la espada. Eran momentos tensos y Vanora sabía que cualquier paso en falso podría desencadenar una carnicería.

—Es gente del este, mi señora —dijo Gundahar mirándolos con desprecio—, no son de fiar.

—Vos también sois gente del este, y aquí estáis. ¿Qué diferencia hay? Si queremos sobrevivir tenemos que estar todos juntos. Nos guste o no.

—Esas personas vienen de más allá de las Llanuras Áridas. Son del este, incluso para nosotros.

—¿Y? —preguntó Vanora.

—Cuando la coalición que formamos para atacar los Colmillos Negros pidió su ayuda, ellos decidieron hacer oídos sordos a nuestra proposición de alianza. Nosotros fuimos derrotados, es cierto, pero no traicionamos a nadie.

—Aquí debemos olvidar esas cosas. Tenemos un enemigo común, cualquier cosa que nos puedan decir sobre él nos será de provecho. Más vale que aprendamos a trabajar en equipo, Gundahar, porque cuando empiece la batalla habrá que jugar juntos si queremos ganar —dijo Vanora con gallardía.

Vanora repartió las nuevas órdenes y los Capas Rojas alzaron sus lanzas para permitir el paso.

—¡Id a los almacenes y traed comida, agua y mantas! —gritó Needle—. ¡Y buscad un buen sitio donde esta gente pueda descansar!

La comitiva entró despacio, casi con miedo. La mayoría del grupo estaba compuesto por mujeres y niños. Iban escoltados por un pequeño contingente de hombres demasiado heridos y agotados para ser guerreros. Habían tenido suerte de llegar al Muro de Hiperión, unos días más viaje y todos habrían muerto.

Un grupo de soldados trajo un carro con docenas de gruesas mantas que extendieron en el suelo en espera de buscarles un sitio mejor.

Needle se acercó a uno de los carromatos que transportaba niños y con delicadeza empezó a descargarlo. A cada uno de los pequeños le envolvía en la gruesa tela para protegerle del frío.

Larodar hizo lo propio con un segundo transporte y sus Caballeros Rojos ayudaron a repartir víveres. En poco tiempo los refugiados dispusieron de comida y calor para reponer fuerzas.

—¿Hay alguien al mando? —preguntó Vanora.

Un anciano encorvado se acercó apoyándose en una lanza. Bueno, a decir verdad sólo era un palo medio doblado con una hoja afilada atada en un extremo. El viejo caminaba despacio, presa del dolor de varias heridas recibidas durante la huida.

—Aquí no hay nadie que tenga el mando, pero de tenerlo alguien sería yo — respondió el anciano dejando caer su peso sobre el palo —, Lautaro es mi nombre.

Vanora asintió.

—Sois todos bienvenidos, Lautaro —Vanora se dio cuenta que debía ser rápida al preguntar pues a ese anciano le quedaba poca vida, era evidente que no podrían hacer nada por él—. ¿Qué ha pasado para que vengáis desde tan lejos?

Lautaro suspiró.

—Hace más de un mes que partimos de las Tierras Baldías. Éramos más de mil personas provenientes de Ronión y Ruelen.

—¿Han sido atacadas? —preguntó Needle.

—Ha sido Gorteyrn... —dijo Gundahar en un susurro.

El anciano asintió.

—Sí... embaucó a nuestros caudillos para que partieran a tierras lejanas, dicen que al Valle Azul, pero lo cierto es que nunca más volvimos a saber de ellos ni de nuestros guerreros. Luego apareció el Sin Rostro con sus huestes, esos seres de inframundo, y lo arrasaron todo. No hubo lucha ni prisioneros. Nuestros pueblos fueron aniquilados y quemados. Los niños y las mujeres fueron torturados hasta la muerte y los pocos guerreros que quedaban murieron en vano tratando de resistir.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó Vanora.

—Nuestros pueblos están lejos pero incluso hasta allí llegó la noticia de que una joven había reunido a la última defensa de este mundo para resistir a Gorteyrn. No teníamos a dónde ir. La mayoría han muerto en el camino, fruto de heridas, ataques de lince negros o simplemente desvanecidos por el hambre.

—Ahora estáis a salvo. Aquí hay tropas suficientes para contener un ataque enemigo y las defensas del muro son sólidas. En unos días recuperaréis las fuerzas.

El anciano Lautaro esbozó un atisbo de sonrisa.

—Mi joven señora —dijo haciendo un esfuerzo por hablar—, mis fuerzas me han abandonado y ya no volverán. Esta gente solo ha ganado un tiempo extra de vida. No hay ejército lo bastante grande, murallas lo bastante gruesas o torres lo suficientemente altas para soportar lo que llegará. Y llegará, mi señora. Gorteyrn ya no tiene nada que destruir en el este.

Aquella última frase fue escuchada por todos. El silencio se adueñó de todo el lugar y tan sólo hubo miradas preocupadas que escudriñaban el este buscando la llegada de esos seres del infierno.

Lautaro se desplomó entonces y exhaló su último suspiro.

Alanys estaba encaramada en lo alto de una atalaya de madera en lo que quedaba de la empalizada del campamento. Llevaba la cota de malla y las protecciones de cuero con las que había luchado en la batalla, aún tenía sangre seca en las manos y en la cara. Las sombras alargadas del ocaso aguardaban, silenciosas y siniestras, la llegada de la noche.

Frente a la joven la ciudad de Ithender ardía de un costado a otro incinerando los cadáveres de los miles de bárbaros que habían muerto.

Su venganza estaba cumplida. Aquella demostración de poderío había dejado claro que despertar la ira de Alanys podía ser terrible. La destrucción de Ithender, la muerte de Trafal y la aniquilación total de su tribu eran muestras más que suficientes para demostrar que los regimientos de la joven estaban más que listos para la batalla.

Galahad miraba la figura de Alanys recortada por el sol y vio como el viento mecía la capa de la joven mientras ella tenía su mano sobre la empuñadura de la espada. Estaba cabizbaja.

—Ya ha pasado todo —dijo el comandante secando una lágrima que corría audaz por la mejilla sonrojada de la joven.

Alanys levantó la mirada y fijó sus grises ojos en los de Galahad. El comandante nunca había visto una expresión tan triste en el rostro de ella. Alanys sufría, sufría sin medida. Había arrasado hasta los cimientos una ciudad, todo un enclave destruido para siempre. Y aún quedaba más. La joven soportaba bajo sus hombros el peso del mundo. ¿Cuántas vidas más se perderían en aquella cruenta guerra? Alanys se responsabilizaba de cada una de esas muertes.

—La guerra no ha hecho más que empezar, Galahad —dijo ella dejándose acariciar.

—Todo lo ocurrido no ha sido culpa tuya —dijo el comandante—, la guerra es así.

—Todo depende de mí, si fracaso el mundo que conocemos morirá. No puedo, Galahad, no puedo hacerlo. No puedo soportar esa responsabilidad. ¡Debí haber atrapado a Gorteyrn hace mucho tiempo! Esto no habría pasado.

Galahad abrazó a la joven.

—Entonces estarías muerta, todos nosotros habríamos muerto hace mucho tiempo. No estabas preparada para enfrentarte a Gorteyrn.

Los brazos del comandante rodeaban el cuerpo de ella con fuerza y ternura infinitas y las palabras de él sosegaban poco a poco el ánimo de Alanys.

—Ahora sí puedes detenerle, tienes esa espada. Y desde luego no estás sola ¡Tienes tu ejército! Y en el norte esperan Vanora y el resto de líderes. Tú has conseguido lo que jamás ha hecho nadie, Alanys, tú has unido a todos los reinos y pueblos del mundo bajo una bandera. Escucha, pase lo que pase yo voy a estar contigo, luchando hasta la muerte. Podemos hacerlo, Alanys, puedes acabar con Gorteyrn. Estás preparada. Eres la mujer más extraordinaria que he conocido, sé que estarás a la altura.

Galahad depositó un suave y tímido beso en la mejilla de Alanys y se alejó de la atalaya. Ella permaneció un momento más observando como el fuego terminaba por devorar la gran torre de Vangio y Trafal. La piedra cedió a las llamas y cayó en un mar de escombros y cenizas. Hizo un sonido sordo, seco, como si fuera el último alarido de una bestia que moría.

Finalmente Alanys descendió de la atalaya y se encaminó a su tienda. Tenía cosas que hacer. Cartas que escribir. ¿Pero a quién? Había muchos interrogantes en su cabeza. Su mente ya había diseñado el procedimiento para la campaña del este, pero aún quedaban algunas cosas por decidir. La certeza de la muerte siempre había estado ahí y ahora cobraba más fuerza. Debía elegir a alguien como sucesor. Alguien que estuviera a la altura. En su momento pensó en su joven comandante pero tenía que reconocer

que Galahad no podría llevar las riendas del gigantesco imperio que ella dominaba. Su poder se extendía desde Bastión de Plata al oeste, hasta las inmensas Llanuras Áridas en el este y desde los Marjales Rojos del sur hasta el Valle de Invierno en el norte. Y todas esas tierras las había conseguido en muy poco tiempo. Además en la capital de todo aquel inmenso reino, Bastión de Plata, se guardaban ingentes recursos y un tesoro capaz de sostener aquel tinglado durante generaciones. Alanys tenía en mente un proyecto sólido, quería construir nuevas ciudades y quería llevar cultura y civilización a cada rincón de sus tierras. Pero todo ello eran lejanos sueños ocultos tras una niebla de incertidumbre.

Y todo eso pasaba de nuevo por el tema de la sucesión. Lo más probable era que no lograra sobrevivir y alguien debía de ocuparse de todo. Alanys llevaba un tiempo pensando en la Senescal de Nurúne, la joven Vanora había demostrado ser capaz de velar por los intereses del pueblo y podía gobernar con rectitud.

La joven cogió un papel y una pluma que mojó en tinta negra y comenzó a escribir. A medida que lo hacía, las palabras iban saliendo de su mente con más facilidad. Era una carta extensa y meticulosamente explicada. En ella decía muchas cosas, tales como la disposición del ejército aliado en la batalla contra Gorteyrn. Debía asegurarse de que Vanora y el resto cumplieran con sus órdenes pues ella no estaría allí para dirigir el enfrentamiento. Alanys tenía otro plan para sí misma. Otro destino aún más audaz.

Cuando la terminó la plegó cuidadosamente y se desprendió de sus ropas de batalla. Se aseó lo mejor que las condiciones del campamento permitían, limpiándose la suciedad, el sudor y la sangre de la cara. Lavó su pelo negro y lo dejó caer por sus hombros. Luego se puso un jubón de cuero y su capa para salir al exterior.

Por un momento pensó en visitar de nuevo el hospital pero consideró que ya había tenido suficiente dosis con la primera vez y no quería estorbar a los que estaban trabajando allí. La joven fue directa al pabellón de su comandante. Los dos centinelas que

montaban guardia se pusieron firmes al ver acercarse a su señora. Galahad había declinado la oferta de tener miembros de Guardia de Plata como escolta. Todo ese tiempo atrás los encargados de las rondas y la vigilancia habían sido los soldados del V, VI y VII y él, como comandante, quería que siguiera siendo así.

Alanys estaba impaciente por entrar. Aceleró el paso. Desde el abrazo del joven estaba como distraída y tuvo que parar varias veces mientras escribía la carta para recuperar la concentración.

Al entrar vio a Galahad sentado en una sencilla mesa de madera. Llevaba solo una camisa fina y unos pantalones de piel. El interior del pabellón era cálido e iluminado por velas. El olor a cera y leña impregnó las fosas nasales de Alanys. Los músculos de los brazos del joven se tensaban y relajaban mientras escribía en numerosos rollos y papeles. Estaba tan absorto que no se dio cuenta de la presencia de Alanys. La joven quiso acercarse en silencio y abrazarse a la poderosa espalda del comandante pero se contuvo. En lugar de eso carraspeó. Estaba tan nerviosa que ni siquiera sabía que decir. Normalmente era decidida y no tenía reparos en expresarse, al fin y al cabo era heredera al trono del mundo. Pero en presencia de Galahad era únicamente Alanys, solo era ese nombre, sin títulos. Solo era una mujer, solo eso.

—Alanys... —dijo Galahad, sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

—No sabía que interrumpiera —dijo tratando de ponerse lo más coqueta que sabía.

Algunas veces la joven deseaba ser como todas las chicas, pero le resultaba imposible. Había pasado toda su vida entre soldados, de batalla en batalla. Poseía la rudeza de los soldados, la fuerza de un guerrero y el carisma de un rey, pero nunca tendría la delicadeza de una mujer.

—No lo haces —repuso el joven—. ¿A qué has venido?

Alanys avanzó hasta Galahad y le dio la carta.

—¿Qué es? —preguntó éste.

—Es un mensaje para la Senescal de Nurúne. Asegúrate de que la lea. Quiero que te lleves el ejército al norte, al Muro de Hiperión.

Galahad frunció el ceño. Alanys siguió hablando antes de que pudiera decir nada.

—En esa carta está la forma de vencer a Gorteyrn. Solo así venceréis. En ella pone también que nombro a Vanora mi sucesora, si me pasara algo, quiero que le guardes la misma lealtad que a mí. Sírvela como me has servido a mí.

—¿Pasarte algo? ¿No vamos todos juntos al norte? ¿Alanys, de qué estás hablando?

El rostro de preocupación del comandante era evidente.

<Me quiere, me quiere ¡Me quiere!>, pensó Alanys alegremente.

—Júramelo, Galahad. Es importante.

El comandante asintió.

—Lo juro por mi vida, Alanys, por mi honor.

La joven se dio por satisfecha. Galahad nunca faltaría a una palabra dada a la joven.

—No me he olvidado de ti, si muero, Bastión de Plata será para ti y seguirás siendo comandante de las fuerzas de la ciudad. Protege el reino, comandante.

Galahad asintió y dejó la carta cuidadosamente en la mesa. Esperaba una despedida de la joven pero al ver que no se iba habló.

—¿Hay alguna otra tarea que quieras encomendarme? —preguntó.

Era evidente que estaba confundido y preocupado por las palabras de Alanys pero ya se había comprometido a cumplirlas.

—No... —respondió Alanys mirando a su amigo—, no hay más tareas... solo un ruego, una petición que solo tú puedes concederme... solo tú...

Alanys se acercó a Galahad y entrelazó sus manos en las de él. Tuvo que alzarse para que los labios de ambos se unieran en un beso. Un beso largo, fuerte y dulce a la vez. Un beso que les dio la paz que tanto buscaban en un mundo siempre en guerra. La lengua de Alanys buscó con pasión la de Galahad y jugó con ella una vez se encontraron. En ese momento Alanys dejó de ser todo lo que era, dejó de ser una niña, dejó de ser una guerrera, para entregarse por completo al amor que sentía por Galahad.

—Siempre has sido tú —dijo ella con lágrimas de felicidad.

Ambos se unieron bajo la luz de las velas y el calor de sus tímidas llamas rojas y naranjas. Se besaron, se amaron como no pensaban que podían amarse. Alanys gritó el nombre de Galahad decenas de veces. Estuvieron despiertos durante toda la noche, abrazados, besándose, mimando cada rincón de sus cuerpos desnudos.

Esa fue la última noche de felicidad que pasaron juntos antes de partir hacia la madre de todas las batallas. Antes de cabalgar en busca de la muerte.

—Alanys... —dijo Galahad antes de ver como la joven cruzaba en umbral de la puerta—, te quiero, siempre voy a quererte. Has de regresar. Tienes que volver a mis brazos.

La joven se limitó a sonreír antes de partir. Quizá, solo si los dioses y la suerte lo permitían, volverían a verse.

Galahad y el ejército partían al norte mientras que Alanys iba al este. Los caminos de ambos discurrirían por senderos distintos pero quedaban unidos. El destino de todos quedó sellado esa noche.

Libro VI
LA CAMPAÑA DEL ESTE

Vanora sostenía el mensaje que Galahad le acababa de entregar.

El ejército llegó esa misma mañana y el revuelo fue general: Alanys no lo comandaba. ¿Dónde estaba? Todos allí esperaban ver el inmenso ejército de Bastión de Plata con ella a la cabeza.

La fuerza de la alianza era realmente impresionante, nunca se había reunido un ejército de esas dimensiones en el Muro de Hiperión. Concentradas en una gigantesca extensión de terreno había tropas de todas partes: Nurúne, Bastión de Plata, Meredorn y millares de guerreros venidos de todos los Pueblos Grises del este. Segovax, Etelgis y Gundahar habían decidido ir a la campaña y aportar unidades de refuerzo. Aquella fuerza conjunta superaba los ochenta y tres mil efectivos. Hacía unos meses una alianza semejante era impensable.

La joven Senescal de Nurúne lideraba aquella reunión del estado mayor. Los líderes de medio mundo estaban allí. Vanora, Larodar, Needle, Galahad, Daira, Gundahar, Tristán y todos generales y oficiales de las fuerzas aliadas.

Ya sabían que Alanys había nombrado a la Senescal como líder de la expedición, y a todos les parecía una buena decisión. Vanora era capaz de interpretar bien los planes de la joven y además contaba con el consejo de Galahad y los generales de los regimientos. Por un momento se sintió abrumada por la responsabilidad pero enseguida se calmó y se puso al frente de la situación.

—Gorteyrn ha destruido Ronión y Ruelen y se ha replegado a su fortaleza. Nos esperará allí —decía Vanora—. Desde aquí hasta los Colmillos Negros no queda nada con vida. Solo tierra yerma.

—Debemos ser rápidos —dijo Needle—, podríamos enviar algunas unidades de caballería por delante y abrir una ruta de suministros. Así nos aseguraremos las provisiones de las tropas.

—Pero nos retrasará enormemente —dijo Larodar.

—La fuerza de este ejército radica en su unidad, juntos, tenemos alguna opción de vencer —le apoyó Galahad.

—¡Eso mismo me pregunto yo! —intervino Segovax—. Pongamos que llegamos a las puertas de los Colmillos Negros ¿Cómo vamos a derrotar a Gorteyrn y a sus huestes inmortales?

Esa pregunta era la que todos allí se hacían. ¿Cómo matar a alguien que no puede morir?

Vanora cogió la carta de Alanys y la mostró.

—Aquí viene la forma. Alanys tiene un plan para Gorteyrn, un plan peligroso y arriesgado, pero es la única forma. Si el Sin Rostro muere, morirán sus seres con él. Nosotros solo hemos de contener su ofensiva, hemos de atraerles hacia nosotros. Esa es nuestra misión y eso haremos. Alanys hará el resto.

Quedaba otro interrogante por responder.

—¿Y qué pasará con el dragón? —preguntó Daira.

Tras la pregunta todos guardaron silencio. Se miraron entre ellos. No existía forma de enfrentarse a esa bestia.

—Ni siquiera sabemos si exista de verdad —dijo Needle.

—Existe —dijo Gundahar.

Se inició entonces un debate sobre la existencia o no de Syraz hasta que Vanora la zanjó.

—¿Y qué importa si existe o no? —dijo—. Nadie aquí lo ha visto y en cualquier caso poco importará que exista. Tenemos una misión, así que cumpliremos con ella. Todos los presentes nos debemos a Alanys. Si ese dragón existe, estoy segura que ella habrá pensado en él.

Aquel cónclave decidió que la marcha hacia el este daría comienzo dentro de diez días. Además se habló de los suministros, víveres y provisiones. Había que llevar maquinaria militar y decenas de médicos e instrumental. Forraje para los caballos, madera para

los campamentos. Había que transportar tiendas y miles de animales de carga.

—La columna será inmensa —dijo Galahad.

Coordinar los movimientos de un ejército de esas características era una tarea titánica y Vanora no estaba segura de poder hacerlo. De repente diez días parecían escasos para organizar una campaña como esa. Pero poco a poco todo se fue arreglando. Los generales de Alanys encontraban salidas para cada uno de los problemas que se planteaban y la Senescal comprendió porqué la joven era tan poderosa y triunfaba en cada batalla. No solo tenía los mejores soldados, sino también contaba con los mejores generales que planificaban cada detalle de las campañas. Y ahora ella tenía a todo el estado mayor de Bastión de Plata a su entera disposición.

<Podemos hacerlo>.

Daira estaba en su tienda afilando las armas. No tenía nada mejor que hacer. La piedra que sostenía con fuerza en sus manos acariciaba el acero desde la empuñadura hasta la punta. Repetía el proceso varias veces, con parsimonia, meticulosamente. Un arma roma podía costar la vida en el campo de batalla.

Las cosas habían cambiado mucho en demasiado poco tiempo. Hizo un repaso de los acontecimientos ocurridos en los últimos meses. De ser la hija del caudillo más poderoso del este a ser una prófuga de su pueblo. Luego combatió al lado de las tropas occidentales contra su propio padre y finalmente le habían dado el mando de todo un regimiento, el V. Esa unidad se había mostrado muy efectiva durante los terribles combates librados en Ithender.

Las noches en el sur no eran tan frías como allí en la frontera. Desde que Alanys había llegado apenas había tenido tiempo para nada. Apenas había vuelto a hablar con el comandante y se sentía un poco sola. Allí no había muchos con quien hablar, solo su fiel lince le hacía compañía. Dafne había crecido un poco durante ese tiempo. En el asedio no había participado y en el campamento gozaba de grandes cantidades de comida y recibía muchos cuidados. Los lince de los bárbaros dormían y vivían al raso y soportaban las inclemencias del tiempo, pero Dafne dormía bajo un techo, en las caballerizas y no pasaba frío ni se mojaba en la lluvia. La lince era tan alta como un caballo pero mucho más robusta. Ya se había acostumbrado al olor de los soldados y los caballos y no gruñía ni rugía cuando alguien pasaba a su lado. Sin embargo, solo dejaba que fuera Galahad quién la acariciara. Nadie más.

De modo que allí estaba la joven Daira, terminando de afilar sus mortíferas armas y sin nada mejor que hacer que pensar en el pasado y en el futuro. No solo iba a luchar en la batalla más grande que se hubiera librado jamás, sino que tenía más de cinco mil vidas

a su cargo. Nunca había gozado de tantos privilegios como ahora y no se sentía del todo bien.

Con el único que mantenía cierto contacto era con Tristán. Entre los dos tenían el mando de tres regimientos y debían hablar constantemente sobre las provisiones y despliegue de unidades. El joven era muy amable y cariñoso y siempre atendía a las palabras que Daira pronunciaba. La joven sentía que Tristán la apreciaba. Daira había tomado mucho cariño a su comandante pero aquello jamás podría pasar de una sincera amistad, ahora lo veía claro. Pero Tristán era diferente. Quizá...

—¿Estás ocupada? —dijo una voz a sus espaldas.

La joven reconoció la voz de Galahad, solo él podía entrar sin que Dafne se inmutase. La enorme lince descansaba a la entrada de la tienda y ni siquiera se movió cuando el comandante del ejército pasó por delante.

—No —contestó ella—, no, tranquilo no estoy haciendo nada importante.

Galahad pasó al interior de la modesta tienda.

—Bueno... desde que Ithender cayó todo está yendo demasiado rápido y aún no he tenido tiempo de darte las gracias por todo lo que has hecho. No solo me salvaste la vida...Alanys me contó cómo conseguiste mantener unido al ejército y descubriste la traición de mis oficiales.

Daira se sonrojó un poco. No estaba acostumbrada a que la agasajaran de ese modo.

—No hice nada que no hubiera hecho otro —respondió—, además, tú me salvaste de los hombres de mi padre.

Aquel combate parecía haberse producido en otro tiempo. Fue ahí donde se demostró la efectividad de la caballería pesada. Galahad sonrió.

—Tenía que probar mis nuevos jinetes —dijo quitándole importancia.

Ella respondió con otra sonrisa.

—No hice nada que no debiera hacer, Galahad.

—Alanys me ha hablado de tu carta, de cómo protegiste el campamento mientras ella llegaba y de tu valentía en el combate final. Creo que hiciste mucho más de lo que te correspondía.

—No llegué a darle las gracias por salvarme la vida.

—No tienes que hacerlo. Alanys es consciente de tu trabajo, de hecho la idea de otorgarte el mando del V regimiento ha sido de ella. Es tu premio por tu extraordinario trabajo.

Daira asintió.

—Intentaré estar a la altura.

—Lo estarás, ya lo creo que sí. Escucha Daira... esta batalla no será como ninguna otra que se haya librado nunca. Ni siquiera sé a qué vamos a enfrentarnos. No quiero perderte.

—Agradezco tus palabras, Galahad, pero antes que a mí debo proteger a mis hombres.

—Entiendo... cuídalos, Daira, y regresa viva.

El comandante salió de allí a buen paso y la joven se quedó pensativa. Debía combatir por su vida y por la de sus hombres. Aquello sería difícil.

La niebla cubría el paraje por la que la yegua de Alanys cabalgaba. La joven había sido rauda en su viaje. Debía moverse rápido si quería llegar a tiempo de socorrer a Galahad y los demás. Todo tenía que estar perfectamente coordinado.

Apenas había descansado en varios días y tanto ella como Edain necesitaban un descanso. La yegua era un animal fuerte y muy inteligente y había salvado la vida de Alanys en un par de ocasiones.

—Quieres descansar ¿Verdad? —dijo la joven desmontando y llevando las riendas del caballo hasta un árbol que había tras un muro medio derruido.

Crecía la hierba y había varios charcos fruto de la humedad. Allí estaría bien.

Alanys por su parte miró alrededor. Todo estaba en calma y muy silencioso. Aquellos parajes carecían de vida, apenas se veía nada entre la espesa niebla. Con una de sus manos enguantadas sobre la espada, Alanys se internó en la niebla y avanzó por entre las ruinas de lo que parecía ser una gran ciudad. Sus botas pisaban los charcos y el barro del tenebroso lugar. Un cuervo graznó entre las sombras.

Según sabía aquella ciudad había sido antaño una de las mayores del mundo. Arionoth se llamó hacía más de mil años. El enclave había sido destruido durante las Guerras de los Reinos, junto con las ciudades más poderosas del mundo como Nurúne y la Ciudad Blanca, la diferencia con ellas es que Arionoth jamás fue reconstruida. Las muertes fueron tantas y tan sangrientas que los hombres decidieron abandonar para siempre esas tierras y entregarlas a cuervos y lobos.

La joven caminaba por el centro de lo que quedaba de Arionoth, la calle principal estaba flanqueada por muros caídos y

construcciones destruidas. Hubo una brava resistencia pero las huestes del rey oscuro terminaron por arrasarla. Alanys tenía la sensación de ser observada y cerró su mano en torno al arma dispuesta a desenvainarla.

Notaba unos ojos fríos que la seguían por cada rincón de la ciudad.

<Este sitio lleva maldito mil años>.

Desde que Arionoth fue borrada de la faz de la tierra se decía que esas tierras quedaron malditas, las almas de sus habitantes aún moraban por las ruinas de la ciudad y se llevaban a cualquiera que viniese a profanar aquel sagrado camposanto. El bosque de Arion estaba poblado de lobos enormes y linceos negros y hasta corrían rumores de grandes gigantes.

<Cuentos de niños>, pensó Alanys, aunque en su fuero interno notó la punzada del miedo.

Los jirones de niebla la acariciaron como si fueran las manos de los muertos. En un acto reflejo, Alanys desenvainó la espada y aceleró el paso hasta llegar a la entrada de la torre principal.

La gran torre de Arionoth fue en su día una de las mayores del mundo. Ahora no era más que un montón de ruinas, aunque aún se sostenía en pie. El portón de entrada reposaba en el suelo cubierto de polvo. Alanys entró espada en mano. Casi esperaba encontrar esos seres de los que hablaban las leyendas, pero tan solo halló un puñado de huesos blanquecinos. La humedad del lugar, unido a su estado de abandono, habían preservado los cadáveres de los soldados que lucharon en la última resistencia de la ciudad. Las botas de Alanys resonaron en el gastado enlosado. Sintió la necesidad de gritar un “hola” pero sabía de sobra que nadie le iba a responder.

Siguió indagando por el interior y llegó a un gran salón en cuyo fondo había un trono de madera caído. Era un sillón sencillo pero de buena calidad. Alanys lo cogió y lo puso de nuevo en pie. Desde la perspectiva que le ofrecía el pedestal del trono pudo ver la

enormidad del salón, varios estandartes estaban en el suelo y apenas quedaban trozos de tela desdibujada y deshilachada. Aquella ciudad había sido una gran ciudad. Recogió varios pedazos de tela y ascendió las escaleras hasta llegar al punto más alto de la torre.

Allí encendió un fuego y arrojó los trozos de los estandartes. Las llamas alcanzaron una considerable altura y despejaron las tinieblas que cubrían el entorno. Aquel fuego era la primera luz que Arionoth veía en siglos.

Alanys dirigió su gris mirada hacia el norte, a Ethelor, su destino.

<Eso es —pensó—, espero que veas este fuego, bestia>.

Mientras caminaba hacia su yegua iba sumida en sus pensamientos. Ni siquiera podía pensar con claridad, todo se le amontonaba en la cabeza. Su ejército se hallaba en el norte, marchando a los Colmillos Negros rumbo a la mayor batalla que el mundo había visto en un milenio. La última resistencia que le quedaba al mundo. Galahad estaba allí, decidido a luchar siguiendo las órdenes de Alanys y a morir por ella si fuera necesario. Durante un momento sintió una corazonada, un presentimiento, como si fuera una visión de lo que estaba por llegar. Y en aquella oscura visión vio la terrible fortaleza de los Colmillos Negros, quieta e impenetrable mientras que a sus pies los ejércitos humanos agonizaban y morían bajo el calor abrasador del fuego.

Las ruinas de la Atalaya Sombría presenciaban el inmenso campamento levantado por el ejército occidental. Las fuerzas aliadas se habían dividido en dos columnas para protegerse mutuamente.

Aquel grupo estaba compuesto por el IV regimiento, las fuerzas de Nurúne, la caballería de Meredorn, los Capas Rojas y el VI y VII regimiento. Era un ejército enorme aun separado de su homólogo. Esa fuerza había acampado en la Atalaya Sombría y estaba dirigida por Vanora.

La segunda columna contaba con las tropas del I, II y V regimiento, las fuerzas auxiliares, la caballería de Bastión de Plata, los jinetes acorazados y todas las unidades de Gundahar y el resto de caudillos e iba dirigida por Galahad.

El segundo ejército había montado su campamento unas millas al norte de la Atalaya Sombría y entre ambas fuerzas estaban las tropas del III regimiento para servir de enlace entre ambos ejércitos.

Las piezas de artillería se habían dividido entre las dos fuerzas. En un principio no se pensó en llevarlas, pero Vanora contempló la posibilidad de un asedio a los Colmillos Negros y decidió incorporarlas al contingente.

El sol moría en el oeste y Larodar miraba como las primeras luces de las hogueras y fogatas comenzaban a iluminar la noche que caía lentamente. Aquella tierra estaba baldía, muerta. No comprendía como los bárbaros podían vivir allí. Desde la llegada de la columna de refugiados al Muro de Hiperión no se habían vuelto a topar con nadie más. Parecía que todo el este estuviera sometido al poder de Gorteyrn. Si no conseguían vencer pronto todo el mundo caería.

Larodar era consciente de las pocas opciones que tenían, por mucho que fuera el mejor ejército que nunca se hubiera formado,

aquella batalla tenía tintes imposibles. Necesitarían la ayuda de los dioses. Quizá Vanora tuviera razón y todos fueran a morir.

—¿Imaginabais el este así? —preguntó la Senescal apareciendo por la espalda del joven.

—Lo imaginaba mucho más terrible, mi señora —respondió el muchacho—, aquí no hay nada, no queda nada. Todo son tierras baldías.

Vanora era una gran conocedora de la historia del mundo, le gustaba pasar las noches invernales bajo el calor de un fuego y estudiar tratados y mapas antiguos. Sonrió ante el comentario de Larodar.

—No siempre ha sido así, hace milenios esta tierra estaba llena de bosques y ríos, y sus gentes eran parecidas a los reinos occidentales.

—¿Y qué pasó para que todo quedara reducido a esto? —preguntó el joven.

—¿Qué es aquello que destruye las grandes obras de los hombres y hace que los templos de los dioses mueran? La guerra, Larodar, la guerra y la crueldad de los seres humanos hace que hasta lo más bello del mundo yazca bajo su yugo. Estas tierras han sufrido siglos de batallas, de matanzas y sangrías absurdas. Luego la mano del hombre arrasó bosques y secó pantanos y ríos para nutrir sus pueblos y ciudades.

Vanora llevaba razón. Antaño el este fue fértil y rico en recursos, pero en la actualidad solo había desiertos y parajes yermos.

—En esos años de riqueza y abundancia —seguía Vanora—, oriente y occidente eran uno solo, apenas había diferencias y las relaciones entre ambos eran buenas. Pero precisamente fueron esas riquezas las que lo iniciaron todo.

—¿Quién empezó la guerra?

—No se sabe con certeza. Todo esto ocurrió en las primeras edades del mundo. Se dice que en esos años la tierra estaba

poblada por otros seres que lucharon con los humanos: gigantes, según cuentan los escritos antiguos. Dichos gigantes estaban sometidos a los designios de los hombres y fueron ellos quienes levantaron las grandes murallas de los primeros reinos. Hartos de ser esclavos, se alzaron en contra de sus amos y se inició entonces una guerra cruel y sanguinaria. El conflicto duró años pero los gigantes fueron derrotados, cazados y exterminados hasta que no quedó ninguno con vida. Aquella raza se extinguió para siempre. Los humanos ganamos aquella guerra pero los recursos que quedaron eran limitados y en el este no había prácticamente nada.

—Ese es el origen de la rivalidad entre ambas tierras... —dijo Larodar.

Vanora permaneció pensativa un momento mientras miraba al este.

—Sí... tantas matanzas, tantas batallas y los millares de muertos que ambos mundos nos hemos infligido por algo que sucedió antes de que ninguno de nosotros existiéramos. Estoy segura de que nadie conoce esta historia, solo sabemos que los de un bando debemos odiar a los otros.

—Pero todo eso ha desaparecido, míranos ahora, a todos, todos marchamos juntos, unidos contra un enemigo empeñado en aniquilarnos.

—Alanys ha hecho en unos meses más por la humanidad que cualquiera de nosotros en años, esa joven ha logrado unir de nuevo al mundo. Alanys merece recuperar el trono de Ethelor y ser reina. Gracias a ella seguimos todos con vida, debemos luchar por ella, tenemos que hacerlo, le debemos lealtad.

—Es curioso como alguien que perseguía la muerte y la guerra ahora sea el paladín de la libertad —dijo Larodar.

—Cierto, mi estimado comandante. Alanys ha debido sufrir mucho, vio morir a sus padres y cuando necesitó ayuda nadie se la prestó. Quizá ahora debiéramos arrepentirnos y pedirle perdón... quizá si en aquel entonces la hubiéramos escuchado...

—Ya no importa, el pasado ya no existe, mi señora —dijo Larodar —, solo hay presente y futuro, y si no vencemos a Gorteyrn, el futuro no será muy largo.

Ambos permanecieron en lo alto de la empalizada mientras el sol terminó por ocultarse y la noche y el silencio y la quietud invadieron cielo y tierra y sumieron el mundo en tinieblas.

Tristán caminaba por la empalizada del campamento, la noche llevaba dos horas cubriéndolo todo y al joven le gustaba comprobar que las cosas estuvieran como debían. La disciplina era la clave para lograr la victoria. Había completado tres vueltas al perímetro del muro y cuando llevaba la mitad de la cuarta se encontró con Daira. La joven acababa de regresar de una expedición de reconocimiento con la caballería. Su lince necesitaba estirar las patas y correr por la llanura para mantenerse en forma. Dafne había demostrado seguir siendo letal cuando en un descanso de los jinetes, la enorme lince dio caza a un jabalí y lo devoró en el acto.

—¿Aún sigues despierta? —preguntó Tristán con tono amigable.

Daira sonrió.

—La gente de mi tierra duerme poco. En el este el que duerme demasiado acaba muerto bajo una espada o bajo los colmillos de un lince.

—Eso no te pasará aquí —dijo Tristán—, aquí está el mayor ejército de mundo.

—Mi acero no puede matar a Gorteyrn —dijo ella—. ¿En qué difiere con el vuestro?

Esta vez fue Tristán el que dibujó una sonrisa.

—En las manos que lo manejan —respondió desenvainando la espada.

Tristán hizo girar la espada sobre su cabeza y justo cuando el arma descendía Daira interpuso una de sus dagas. El sonido que produjeron ambos aceros al chocar se extendió por todo el campamento. Durante un momento ambos jóvenes se miraron fijamente.

—Mientras estabas de patrulla el comandante Galahad reunió a los mandos para explicar el proceder.

—¿Qué ha dicho?

—Levantaremos el campamento antes del amanecer, después viajaremos a marchas forzadas, apenas habrá descansos hasta llegar a Ruelen, debemos alcanzar sus ruinas en seis días. Allí nos reabasteceremos con lo que quede.

—¿Y luego? —preguntó Daira.

—Luego iremos directos a los Colmillos Negros.

La joven bárbara asintió.

—O sea, que esta la última noche de tranquilidad que nos queda...

El general guardó silencio. Asintió

—No quiero pasarla sola —dijo Daira mientras cogía de la mano a Tristán.

—No vas a estar sola... —respondió él acercándose para besarla.

Ambos se besaron en esa última noche de paz que les quedaba.

El comandante en jefe de los ejércitos de Bastión de Plata permanecía sentado en una incómoda silla delante de una mesa gastada hecha con madera vieja. En una mano sostenía un sencillo vaso de arcilla que contenía vino en su interior. Dio un trago y suspiró. Contemplaba multitud de mapas y listados. Tenía mucho que organizar, movimientos de tropas, maniobras de combate y posicionamiento del ejército sobre el campo de batalla. Tenía que distribuir víveres y suministros. Había muchísimo trabajo por hacer.

Sin embargo, esa noche era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera Alanys, su Alanys. Se había ido y podría ser que nunca volviera. Lo que ocurrió aquella noche en la que al fin declararon su amor le hacía sentirse el hombre más afortunado del mundo, pero a la vez el dolor y la desdicha le entristecían. ¿Y si Alanys no volvía? ¿Y si su plan fallaba? Pensaba que los besos de esa noche serían los únicos que ambos se darían. La preciosa Alanys estaba convencida totalmente de su victoria, pero él no lo veía claro. Ese ejército era enorme, cierto, el más grande que el mundo hubiera visto en siglos, pero aquellos hombres jamás habían peleado juntos. Hasta hacía poco tiempo la mayoría de sus integrantes eran enemigos acérrimos. ¿Cómo podían dos hombres que se odiaban luchar codo con codo en una batalla? Bárbaros y occidentales combatiendo juntos...a Galahad le entró un ataque de risa. No sabía si por el vino o por lo absurdo que le parecía aquello. Todos iban juntos a la batalla. Miles de años de rivalidades, de guerras, de luchas sin sentido por unos pocos pedazos de tierra habían llevado al mundo a esa tesitura, a ese lugar. Durante siglos la humanidad había visto caer regímenes, alzarse tiranos, reyes y caudillos por doquier, dioses y héroes alcanzaron su cénit y luego murieron en el olvido. Pueblos y razas se habían extinguido y otros pueblos los habían sustituido.

Ahora Alanys había reunido a todos esos pueblos del mundo y los conminaba a combatir por ellos mismos, por su libertad y por su

derecho a la vida.

Galahad tenía dudas con respecto a la victoria pero aun así estaba entusiasmado con la batalla que se avecinaba. El joven permaneció sumido en sus pensamientos mientras poco a poco el amanecer llegaba e iluminaba el campamento.

Para cuando salió de la tienda, las empalizadas estaban casi desmontadas y los barracones ya estaban cargados sobre las mulas transporte. Todos parecían estar motivados para el combate.

Ambas columnas se pusieron en marcha una hora después del alba.

¿Cuántos de los que había allí sobrevivirían a la guerra?

El Valle Azul. El destino de Alanys. La joven admiraba la belleza del lugar. Las altas montañas que formaban la Cadena Antigua se alzaban desafiantes al norte, protegiendo el valle como si de una muralla impenetrable se tratara. Las aguas del Río Negro y del Río Mayor flanqueaban el lugar con sus caudales rápidos y abundantes. Todo estaba cubierto de verde hierba, como si fuesen grandes prados. Era un lugar muy hermoso.

Y allí estaban, ante los ojos de Alanys, las ruinas de su reino perdido. Una ciudad que había sido la capital del mundo. Un trono desde el que gobernar a todos los pueblos con la justicia y el honor por enseña.

Ethelor se alzaba ante ella con la majestuosidad de antaño y con la ruina del presente. Ciudad de reyes que había conocido la gloria y la decadencia.

<Este es mi reino>.

Alanys cabalgó hasta las puertas de sus gigantescas murallas, ya caídas, como caídas estaban sus altas torres y los grandes pináculos. Aquellas piedras milenarias cubiertas de moho llevaban siglos allí, siendo testigos privilegiados del paso de la historia. Ethelor, símbolo de la unión y del poder de la raza humana, yacía en forma de ruinas y muros derribados en espera del heredero de los reyes de antaño.

Y allí estaba ella, con la sangre real corriendo por sus jóvenes venas, con el valor de los grandes héroes de tiempos ya olvidados y con el poder de los mismos dioses. Alanys había viajado hasta su verdadera ciudad dispuesta a recuperarla, a convertirla en el último bastión de la humanidad.

Alanys descabalgó y sacó la espada, la misma espada que fue forjada con el fuego de la bestia que ahora guardaba las ruinas de Ethelor. La joven avanzó por entre las viejas calles y descubrió

montones de huesos quemados. Ella no lo sabía, pero eran los restos que quedaban de las huestes Rugila y Ernak. Las mismas huestes que sucumbieron al poder de Syraz.

Alanys se encaminó a la torre de homenaje del castillo, que parecía resistir el paso de los siglos sin perder su majestuosidad.

Con el arma en la mano lanzó un poderoso grito.

—¡Syraz! —Su voz, decidida e imponente, resonó por todo el valle.

El propio dragón se sorprendió por esa voz potente. No era un grito de terror ni dolor, sino una voz decidida, la voz de alguien valiente. Nadie podía atreverse a desafiarle así, él era consciente de su poder y sabía que no había ningún acero que rivalizara con su fuego, ninguno salvo una espada que se perdió hacía mil años...

La bestia emergió en lo más alto de la torre, fuerte y enorme.

<No creas que te tengo miedo>.

El dragón emitió un rugido tan fuerte que algunas piedras de los muros se desprendieron. El sonido que producía era penetrante como una cuchilla afilada. Alanys no se arredró y se puso en guardia. Su espada centelleó ante el sol del mediodía.

Syraz, en un alarde de su inmenso poder, lanzó una bola de fuego que se estrelló lejos de allí. Iba a divertirse un poco con esa arrogante muchacha antes de matarla. Pronto sabría lo que era el miedo. Las grandes alas negras de la bestia batieron el aire y el dragón inició un corto vuelo para aterrizar justo a los pies de la torre. La tierra tembló cuando sus poderosísimas garras arañaron el suelo.

La joven vio los enormes dientes aserrados y tragó saliva. Syraz avanzó hacia ella y expulsó dos chorros de fuego por sus fosas nasales. Las llamas rodearon a Alanys y levantaron un viento caliente que hizo que su capa se agitase. Pero la guerrera no se movió y continuó en su puesto sosteniendo la espada. Syraz agitó la cola y trató de golpearla con ella pero Alanys tuvo los reflejos necesarios para rodar por el suelo y esquivar el golpe. Tuvo que

esquivar otros dos coletazos antes de poder levantarse. Se colocó a la derecha del dragón y éste reaccionó rápido para atacarla de nuevo. Una lengua de fuego emergió de su boca y salió propulsada hacia Alanys. La joven corrió todo lo rápido que pudo mientras el fuego de Syraz destrozaba todo a su paso. Encontró refugio en el interior de una casa de dos plantas que tenía un sótano.

El gigantesco dragón emprendió el vuelo en busca de su presa, le sorprendía sobremanera que esa joven guerrera siguiera con vida. Entre tanto Alanys había subido al tejado de la casa y esperaba allí a Syraz. Una bola de fuego pasó le pasó muy cerca de la cara pero no se inmutó. El dragón lanzó varias más, pero Alanys siempre permaneció quieta. Estaba tranquila.

La joven vio como Syraz lanzaba una nueva bola de fuego que esta vez iba directa hacia ella. Sin pensarlo se arrojó desde el tejado y cayó al suelo aunque tuvo la habilidad de caer de pie.

—¡Syraz! —Le gritó al dragón con todas sus fuerzas.

Se decía que los dragones, aunque no podían hablar, eran capaces de entender cada palabra que se les decía.

—¡Con el poder de esta espada te ordeno que te detengas! ¡Soy Alanys, hija de Argarion y heredera al trono de Ethelor! Esta es la espada de la Primera Reina, cuya hoja fue forjada con el fuego de un dragón ¡Con tu fuego! ¡Quien empuñe esta arma tendrá tu fidelidad! ¡Cumple con ese juramento!

Syraz escuchó las palabras de Alanys. ¿Cómo era posible que esa fuera la espada que él forjó para la Primera Reina? Desde luego aquella joven tenía valor pero... de ahí a ser la heredera de todo un reino... solo había una forma de saberlo. Expulsó un nuevo chorro de fuego. El fuego de un dragón era capaz de destruir todo salvo una cosa. Pronto se vería si Alanys le estaba diciendo la verdad.

La joven vio venir el fuego de Syraz y en lugar de apartarse interpuso la espada. Había que estar loco, ser bastante temerario y tener mucho valor para hacer lo Alanys iba a hacer, pero esa guerrera era lo suficientemente temeraria y tenía el valor necesario

para plantarse ante ese chorro de fuego y frenarlo con la espada. Ningún acero resistiría eso salvo uno forjado con las llamas del dragón. Y el arma de Alanys aguantó. El chorro de la bestia se desvió en mil direcciones diferentes pero la joven salió indemne.

Alanys notó como su cuerpo cedía al poder de las llamas pero, haciendo acopio de todas sus fuerzas, siguió donde estaba con la espada en alto.

—¡Detente, Syraz! ¡No he venido a matarte! ¡No quiero hacerte daño!

La espada de Alanys resistía pero su cuerpo no. El calor era muy intenso y las llamas lo habían prendido todo. Por no decir que la fuerza del dragón era inmensamente superior a la suya.

—¡Para, por favor Syraz! ¡Gorteyrn es tu enemigo, no yo! ¡Juntos podemos acabar con él!

<Para, maldita sea>.

Syraz escuchó las últimas palabras de Alanys, Gorteyrn... ese ser lo había tenido enjaulado bajo los muros de su castillo amenazado con falsos hechizos y vanas promesas. Era curioso como la voluntad de los dragones se desvanecía ante la presencia de los demonios de inframundo. Hace un milenio Gorteyrn le obligó a arrasar Ethelor y ahora lo pretendía de nuevo. Pero ya no. Había fracasado.

El fuego se detuvo de repente. El calor cesó. Al lado de Alanys las llamas lo impregnaban todo y la espada de la joven estaba roja por el fuego. Su acero se había fortalecido enormemente. Ella estaba exhausta, no todos podían presumir de enfrentarse a un dragón y sobrevivir. La gigantesca bestia se acercó despacio a la joven, que se desplomó de rodillas agotada por el esfuerzo.

—Si vienes conmigo... —dijo respirando entrecortadamente—, podemos matar a Gorteyrn...esta ciudad tiene que volver a florecer, Syraz... tú lo sabes...

El dragón se colocó justo al lado de Alanys. Sus enormes ojos se clavaron en ella. La observaban con atención. En el silencio reinante se escuchaba el latir del corazón de la enorme bestia. Syraz se tumbó y resopló.

Alanys levantó su mirada y su rostro sudoroso encontró la cabeza del dragón. Syraz le devolvía la mirada y ella extendió lentamente la mano. Estaba un poco asustada pero contuvo el temblor que recorría cada centímetro de su cuerpo. Esa bestia era fuerte, el animal más poderoso que quedara en el mundo y Alanys tenía la sensación de que si mostraba un ápice de debilidad o miedo, Syraz no tardaría en devorarla. Su mano fue avanzando en dirección al dragón, cada vez estaba más cerca hasta que, al fin, se topó con la piel del animal. Era una piel dura, compuesta de escamas muy gruesas y tremendamente resistentes. No había nada que se le pareciera. Aquellas escamas parecían formar una armadura imposible de atravesar.

La piel del dragón era también cálida, fruto del fuego que generaba. Con solo acariciarlo, Alanys notó el poder que desprendía tan soberbio animal. Con esa fuerza que Syraz emanaba, no habría nada en el mundo que pudiera rivalizar con ella.

Sí, Vanora y el resto cabalgaban a una batalla en la que no tenían la más mínima opción de victoria, pero con Syraz todo era posible de nuevo. Ese dragón, el último de su especie, el destructor de ciudades y reinos durante generaciones, la pesadilla de los niños al recordar viejas leyendas, se había convertido, bajo el liderazgo de Alanys, en el último vestigio de esperanza que le quedaba al mundo para sobrevivir a tan terrible destino. Toda la humanidad debía aferrarse al fuego de Syraz desesperadamente.

El gran ejército aliado estaba llegando a los Colmillos Negros. Ya habían dejado atrás las ruinas de Ruelen y su plan de aprovisionarse allí no había resultado tan exitoso como se esperaba. La ciudad estaba completamente destruida y solo quedaban piedras ennegrecidas. Ni siquiera encontraron cadáveres. Las tropas de Gorteyrn debieron quemarlo todo antes de regresar a su fortaleza. La estancia en la ciudad se prolongó unos días más de lo previsto debido a que Vanora envió unidades de caballería rumbo a la ciudad de Ronión en busca de posibles supervivientes. Los jinetes peinaron cada parte de terreno y buscaron en todas las cuevas, grietas e incluso removieron las ruinas de Ronión pero no hallaron nada. Salvo el pequeño grupo de refugiados que se resguardó tras el Muro de Hiperión, nadie más había sobrevivido. Tras eso las patrullas regresaron y los ejércitos aliados se pusieron en marcha.

Uno a uno, los soldados y las unidades que formaban los inmensos ejércitos aliados se internaron en las Tierras Baldías. No vieron ni un solo ser vivo durante el trayecto. Las noches eran frías y los días eran pasto de las tormentas de arena. Un par de veces las negras nubes que encapotaban el lugar descargaron lluvias torrenciales.

A medida que avanzaban hacia el este el ánimo de todos iba menguando. Estaban en un extremo del mundo, solos, sin nadie que pudiera ayudarles y además Alanys estaba lejos, sin que se supiera dónde o qué propósito tenía. Ningún ejército había llegado tan al este desde los tiempos de la Primera Reina. ¿Dónde iban a refugiarse allí? Muchos empezaban a pensar que lo mejor hubiera sido permanecer en la Atalaya Sombría, cerca de la frontera, y esperar allí al enemigo. Si eran derrotados bastaba con volver al Muro de Hiperión y resistir ahí.

—¿Y qué esperan que hagamos allí? —decía Larodar, enfadado por las quejas de los soldados—, no importa el Muro de Hiperión, si

la guerra llega hasta él, Gorteyrn lo derribará de todos modos.

—Los hombres necesitan creer en algo, creen que la frontera es segura, y es normal que lo piensen, está a un mundo de distancia —decía Vanora—. No os preocupéis, cuando empiece la batalla todo eso se olvidará.

Larodar negó con la cabeza.

—¿De qué nos sirven unos soldados asustados?

Como comandante de los Capas Rojas, al joven le dolía sobremanera que los hombres que formaban su unidad, la más poderosa del reino de Nurúne, mostraran síntomas de miedo.

—Mis hombres jamás han tenido miedo de luchar en una batalla —decía con el orgullo visiblemente herido.

—¿Es que acaso vos, mi fiel comandante, no tiene miedo? —preguntó Vanora—. Es normal que vuestros jinetes sientan miedo, la batalla a la que cabalgamos no se parece a ninguna otra en la hayan luchado. Pero míralos, siguen aquí, avanzando, y cada paso que dan sus caballos, les acerca más a los Colmillos Negros.

Mientras hablaban las murallas de la fortaleza de Gorteyrn aparecieron en el horizonte. Los muros se hicieron enormes a medida que se acercaron. Todos los comentarios cesaron de golpe. Allí estaba aquella maldita fortaleza.

—Pues ahí están. ¡Maldita sea, no me gusta todo esto!

—Tranquilo, mi comandante, todo irá bien —dijo Vanora.

<Todo irá bien, irá bien>, pensó la joven. Y aquellos pensamientos fueron más para tranquilizarse a sí misma.

Gorteyrn estaba en lo más alto de su torre mirando el horizonte occidental. Sus ojos llevaban meses fijos en el Muro de Hiperión y había visto como las tropas aliadas invadían oriente. La insignificante raza humana había constituido un importante ejército, pero ni siquiera esa impresionante fuerza sería suficiente para acabar con él.

Gorteyrn dibujó una pequeña sonrisa en su cruel rostro, pero enseguida la cambió por una carcajada enorme.

Una vez destruido ese ejército occidental, nada se interpondría entre él y su control por el mundo. Cuando Alanys fuese vencida, la llevaría hasta Bastión de Plata cubierta de cadenas para que esa arrogante joven contemplase su poder mientras aniquilaba la ciudad.

Siguió durante varias horas allí arriba, viendo como el ejército aliado se acercaba y tomaba posiciones cerca de la fortaleza oscura. Aquella tierra sería el cementerio de cada uno de los soldados que integraban esa fuerza.

La noche envolvía el campamento que el ejército había levantado. Al día siguiente daría comienzo la gran batalla por el mundo. Esa noche Vanora reunió a su alto mando para comunicarles la estrategia a seguir.

—Combatiremos a la defensiva, dividiremos nuestras fuerzas en tres líneas diferenciadas. Nos golpearán con todo lo que tengan y nosotros resistiremos.

—Si luchamos a la defensiva no duraremos mucho —dijo Needle—. ¿Por qué no cargamos toda la artillería y echamos abajo esas murallas? Cuando salgan nos lanzamos a por ellos con una carga de caballería y les masacramos.

—Ni siquiera sabemos si esas cosas pueden morir —apuntó Larodar.

—Lo mejor es mantener las líneas del frente unidas y en formación. Si nos mantenemos juntos podremos sobrevivir —dijo Galahad—, Alanys tendrá un plan.

—¿Y dónde está? —preguntó Needle—. La batalla es inminente y ella no aparece.

—Aparecerá —sentenció Galahad en tono cortante—, tarde o temprano vendrá, solo tenemos que encargarnos de cumplir nuestra parte.

Todos estaban tensos por la situación. La batalla estaba a punto de dar comienzo y Alanys no había dado señales de vida, quizá estuviera muerta, quizá les hubiera abandonado a su suerte.

Al final todos los generales y caudillos salieron de la tienda de Vanora para descansar un poco antes de entrar en combate. Todos menos Galahad.

—Vos conocéis a Alanys mejor que nadie —dijo Vanora—. ¿Vendrá?

El comandante asintió.

—Vendrá. Estoy seguro de que lo hará.

Vanora empezaba a contemplar la posibilidad de replegar al ejército. Podría parecer cobarde retirar más de ochenta mil hombres sin siquiera luchar, pero parecía lo más sensato.

—Tenemos que darle una oportunidad, mi señora. Si dijo que vendría, lo hará. Alanys jamás ha dejado de cumplir su palabra.

—De acuerdo —dijo la joven—, le daremos esa oportunidad.

<Qué más da morir un poco antes o un poco después> pensó Vanora.

Ejército aliado. Al amanecer.

Las tropas estaban listas. Los hombres guardaban sus puestos preparados para el combate. Las lanzas temblaban nerviosas y los escudos brillaban bajo el sol. Las tropas de Nurúne y las fuerzas bárbaras estaban en primera línea. Los doce mil hombres del reino de Vanora habían sido equipados con unas lanzas extremadamente largas para resistir todo lo posible.

Tenían que retrasar los relevos de las tropas tanto como se pudiera. Aquella batalla tenía que plantearse de forma que pudiera darle tiempo a Alanys de llegar. Aunque no veían cómo podía ayudar.

La segunda línea de combate estaba compuesta por la infantería ligera de Bastión de Plata, con las caballerías en las alas. Y por último, en tercera línea se hallaban los siete regimientos de Alanys formados en damero.

El silencio era completo. Hasta los caballos parecían asustados, como si intuyeran el terrible peligro que se acercaba.

Las puertas de los Colmillos Negros se abrieron lentamente, con un chirrido de metal y poleas. Como si fueran dos fauces enormes, las puertas escupieron miles de guerreros de pieles muertas. Aquellos seres, antaño hombres, no encontrarían el descanso hasta que Gorteyrn fuese destruido. A medida que las huestes oscuras tomaban posiciones, las tropas aliadas iban retrocediendo involuntariamente. No se podía vencer, no había forma de ganar. La desesperanza se adueñó de los corazones de los hombres que iban a encontrar la muerte en la otra punta del mundo.

Vanora avanzó su caballo varios pasos.

—¡Soldados de Bastión de Plata, de Nurúne y de cada uno de los reinos libres del mundo! ¡Mantened posiciones, seguid firmes! El destino ha querido que seamos nosotros los que estemos aquí, los dioses desean presenciar esta batalla de titanes pero solamente nosotros, con nuestras espadas, con nuestra voluntad y fuerza podemos vencer. ¡Tenemos la fuerza y la capacidad para ganar esta batalla! Estamos en un extremo del mundo, en un rincón oscuro olvidado por todos, pero estamos juntos, y de lo que hagamos en este día, de nuestros actos y de nuestro valor, depende el destino de todos. Pasarán milenios y eras antes de que esta batalla sea olvidada. La humanidad hablará con pasión sobre la gesta que estamos a punto de hacer ¡Nuestros hijos e hijas, nuestros descendientes, el mundo entero recordará este día! Hoy es ese día en que unos pocos empuñaron sus armas y sus banderas para enfrentarse a la mayor amenaza de la historia ¡Hoy podemos conseguir la victoria más grande de la humanidad! No tengáis miedo, soldados, no lo tengáis pues estáis en la única batalla que alguna vez ha merecido la pena. Hoy no luchamos para ganar un castillo o por unas tierras lejanas ¡Hoy vamos a combatir por nuestras vidas, por nuestra existencia como raza! El acero de nuestras espadas se mojará hoy con la sangre de aquellos que persiguen la aniquilación de nuestro pequeño mundo.

Las miradas de los hombres estaban fijas en Vanora, que seguía hablando enérgicamente, más para sí misma y para que Gorteyrn la escuchara bien. Aquellos eran guerreros dispuestos a dar la vida por lo que creían, y la joven trataba de hacerles creer en la victoria.

—No siento miedo ¿Y sabéis por qué? Porque hasta aquí han llegado los más valientes soldados que nunca haya tenido a mi mando. Lo que siento, lo que recorre cada centímetro de mi cuerpo y fluye por mis venas es orgullo. Estoy orgullosa de dirigiros, siento que con vosotros, con todos vosotros, oficiales, generales y cada uno de los hombres de este precioso ejército, nada es imposible. ¡Ya sois héroes! Ese ser, ese monstruo que aniquila un pueblo tras otro está ahí enfrente creyendo que la raza humana está acabada.

¡Vamos a demostrarle que se equivoca! ¡Vamos a presentar la batalla más dura a la que se haya enfrentado y vamos a vencerle!

Millares de soldados respondieron golpeando sus escudos con las armas. El estruendo que levantaron hizo temblar el suelo. Quizá muriesen, quizá les masacraran en aquella batalla suicida, pero iban a permanecer en su puesto, morirían con la espada en la mano, luchando hasta la última gota de sangre que les quedase. Si lograban vencer, sería la mayor victoria que el mundo lograra. Se había conseguido, tanto si triunfaban como si caían, lo harían juntos, todos los reinos y habitantes del mundo luchaban juntos, juntos como no habían estado nunca. Y juntos, combatiendo por el hermano que está a tu lado, se pueden hacer auténticas proezas.

Galahad se ajustaba el casco, pensaba en Alanys. Todo parecía indicar que no volvería a verla.

Daira estaba al frente de su V regimiento. No pensaba en nada más allá de hacerlo bien, cerró un instante los ojos y suspiró. Miró de reojo a Tristán. Se alegraba de estar allí, entre gente que podía considerar su amiga. Todo estaba bien.

Tristán se hallaba pasando revisión de última hora a sus soldados. No quería pensar en nada, no podía hacerlo. Daira...pero eso no importaba, no ahora, ahora solo había un enemigo al que superar y una batalla por ganar. El resto, si es que vivía para ver el resto, era una incógnita.

Por su parte Vanora estaba en primera fila de combate, ya bajada del caballo e integrada con sus hombres, lista para la batalla. Tenía la mente en blanco y le temblaba el pulso.

Larodar se alzó sobre el caballo, el enemigo se preparaba. Él ya estaba preparado. Le dolía la mano de hacer fuerza en torno a la empuñadura de la espada.

Torre principal de los Colmillos Negros.

Gorteyrn observaba desde lo alto de su alta torre el despliegue de su gran ejército. Solo esperaban una orden suya para lanzarse al ataque y aniquilar a esos idiotas que aplaudían unas palabras inspiradoras. Él podría inspirar un nuevo sentimiento a la humanidad. Y solo ese ejército se cruzaba en su camino.

Finalmente, recreándose en el gesto, dio la orden de ataque y sus huestes infernales cayeron sobre los humanos.

Vanguardia, tropas de Nurúne.

—¡Ahí vienen! —dijo Vanora—. ¡Estad atentos! ¡Lanzas en ristre!

La batalla comenzaba. Los soldados obedecieron y las cinco primeras filas bajaron sus lanzas interponiendo entre ellos y los enemigos una impenetrable muralla de puntas de acero.

Los seres que se acercaban lo hacían rápido, corriendo y lanzando gritos terroríficos. Una inmensa marea que se cernía en torno a ellos. Vanora no estaba segura si sus hombres resistirían el impacto. Ella misma sujetó con fuerza su larguísima lanza.

El enemigo se estrelló de lleno contra el muro de lanzas y docenas de ellos fueron empalados por ellas. La Senescal movió un poco su arma hacia la izquierda para que una de esas cosas chocara contra la lanza. El resultado fue un enemigo atravesado de parte a parte.

—¡No retrocedáis! —gritó al ver como sus hombres daban un paso atrás por la presión enemiga.

Como pudo extrajo el arma del cuerpo inerte del ser y la dirigió a otro. El acero entró por la garganta y, tras destrozar el cráneo, emergió por la coronilla. Las esquirlas de hueso saltaron por todas partes.

Los hombres de Vanora habían acabado con muchos enemigos sin apenas esfuerzo. La línea de lanzas avanzó más y más mientras

esos seres caían bajo las armas aliadas.

Ala izquierda, Gundahar.

Los bárbaros habían trabado un intenso combate cuerpo a cuerpo con los seres de Gorteyrn. Gundahar, como todo caudillo del este, luchaba en primera fila. Empuñaba una enorme hacha con la que acababa de decapitar a una de esas cosas. Otro ser le atacó por el flanco pero lo esquivó con rapidez. Con un gesto triunfal le estrelló su arma en pleno cuello.

Un guerrero que combatía al lado del caudillo fue traspasado por una lanza y otro más cayó cuando trataba de detener una espada enemiga. Gundahar maldijo su suerte y embistió a un rival, el ser perdió el equilibrio y cayó al suelo, el caudillo aprovechó para hundir el hacha en su pecho. Un enemigo se le acercó y le atacó de repente sin que Gundahar tuviera tiempo de recoger su arma de modo que tuvo que desenvainar la espada. Detuvo uno, dos y hasta tres golpes del ser que le atacaba antes de notar un golpe en el hombro derecho. El dolor fue tan intenso que el líder bárbaro cayó al barro de sangre en que se había convertido el suelo y se giró para ver quién había sido el responsable de herirle. Se quedó boquiabierto al ver que su agresor era el mismo al que él había atravesado el pecho con el hacha. Tenía una herida abierta por la que manaba un espeso líquido negro, como sangre muerta, pero estaba de nuevo en pie.

Gundahar miró unos momentos a su alrededor, apenas quedaban hombres en la primera línea de batalla. Y lo peor de todo era que esas cosas, todos los seres que habían abatido en el combate, volvían a levantarse.

Se palpó la herida con una mano y descubrió que era grave. No importaba, un guerrero no dejaba de luchar por algo así.

<Que asco de batalla>, pensó mientras escupía en el suelo.

—¡Adelante, malditos! —gritó—. ¿Vais a permitir que los occidentales mantengan sus puestos mientras vosotros retrocedéis?

Pero sí lo hacían, toda la línea de frente se estaba hundiendo. Gundahar cerró con fuerza el puño en torno a la espada y se preparó para morir, pero su sorpresa fue mayúscula al ver que la muerte se retrasaba un poco.

La caballería de Bastión de Plata atacaba con fuerza.

Caballería aliada, ala derecha.

Para cuando los jinetes quisieron socorrer a los bárbaros todo el flanco derecho estaba hundido. Segovax fue el primero en caer. Lo hizo con tres lanzas atravesándole el pecho.

Etelgis se había hecho cargo de mantener una defensa desesperada mientras venía el relevo de la infantería.

La irrupción de la caballería del gobernador Needle fue un alivio y mientras la carga de los jinetes hacía retroceder a los seres de Gorteyrn, los bárbaros tuvieron un tiempo para reorganizar las filas. Los caballeros de las montañas atacaron con toda la velocidad que sus monturas les dieron y durante unos momentos los enemigos se batieron en retirada.

Larodar, con sus Capas Rojas, llegó a la altura de Etelgis. El caudillo sangraba por varias heridas.

—¡Esas malditas cosas no mueren! —gritó el guerrero.

El joven comandante miró un momento el campo de batalla, hombres que se batían contra seres de inframundo que no morían... aquello pintaba mal. Su mirada inevitablemente se desvió a la izquierda, en busca de Vanora, pero solo vio como los soldados de Nurúne retrocedían más y más.

—Mis jinetes y yo os cubriremos mientras rehacéis en frente — dijo Larodar—, quizá el ataque de la caballería les pille por sorpresa y podamos hacerles retroceder.

—¡Hay que ordenar el primer relevo! —gritó Etegis.

Las bajas entre los bárbaros ascendían a casi dos millares. El caudillo tuvo la sensación de estar repitiendo otra vez el desastre que ya sufrieron ante Gorteyrn unos meses atrás.

Sin embargo, los jinetes parecían aguantar el embiste enemigo.

—¡No! —dijo Larodar—, es demasiado pronto. Hay que resistir todo el tiempo posible.

Colmillos Negros.

Gorteyrn miraba con atención la enorme batalla que se libraba a los pies de su gran castillo. Todo parecía ir bien. La primera línea aliada había intentado resistir, y durante un momento casi lo logran, pero finalmente había ocurrido lo inevitable. Se vino abajo tal como era previsible. Su ejército jamás sería derrotado por una fuerza de humanos.

Sin embargo, tuvo que admitir que la carga de la caballería aliada le había sorprendido. Habían cogido a sus tropas por sorpresa y ahora retrocedían, no podían morir, cierto, al menos no si eran atravesados por cierta espada, lo único que podían hacer era intentar decapitarlos y de momento no lo conseguían. Aquella batalla sería fácil de ganar.

Ya tenía un plan para acabar con los jinetes.

Caballería pesada, ala izquierda.

Los caballeros de Bastión de Plata habían hecho retroceder a los guerreros enemigos. Las fuerzas bárbaras estaban a punto de verse desbordadas justo cuando los caballos embistieron a esos seres.

Dagmar, el comandante de la caballería pesada, luchaba contra seis enemigos a la vez. Su espada chocó contra un yelmo oxidado y logró atravesarlo y clavarse en el cráneo, el guerrero alcanzado se tambaleó pero siguió peleando, sin embargo Dagmar tuvo que hacer girar la montura pues una lanza le pasó rozando el cuello. Varias flechas habían impactado contra las protecciones que portaba sin atravesarlas. En cualquier caso, pese a la invulnerabilidad de la caballería de Alanys, no podían acabar con los malditos seres de Gorteyrn. Esquivó otro golpe y dirigió la espada al cuello de un enemigo. Golpeó con tanta fuerza que separó la cabeza del trono. Esta vez el ataque resultó efectivo, pues la criatura cayó al suelo y no se levantó.

—¡Decapitadles! —gritó—. ¡Debéis cortarles la cabeza!

Igual hasta lograban vencer.

La breve sensación de superioridad desapareció en cuanto los lince negros irrumpieron en la batalla.

Vanguardia, centro de Nurúne.

Las tropas de Nurúne se batían en retirada. La desbandada era general. Las largas lanzas habían otorgado a los humanos cierta ventaja pero ahora esa superioridad había desaparecido. Los antiguos hombres al servicio de Gorteyrn las cortaron y se entabló entonces un sangriento combate cuerpo a cuerpo en el que los aliados salieron mal parados. La propia Vanora perdió su lanza y se enfrentó a varios de esos seres.

La caballería llegó por los flancos pero su carga no fue suficiente para remediar el hundimiento del centro.

<Maldita sea>, pensó Vanora. Perdían el combate desde el inicio, y demasiado rápido.

—¡Atrás, retroceded! —gritaba.

Su espada impactó de lleno en el pecho de un enemigo y lo atravesó, la extrajo rápidamente para desviar un golpe de otro enemigo.

Retrocedían tan rápidamente que casi sin darse cuenta llegaron a la altura de la segunda línea.

El caos era total. Vanora miraba hacia los flancos en espera de ver a la caballería pero seguían solos. Un mensajero cubierto de polvo apareció a su lado.

—¡Mi señora! —dijo el soldado, que por el aspecto era de Meredorn—. Toda el ala derecha está destrozada. Los lince han barrido a la caballería y los bárbaros están siendo masacrados

Vanora debía pensar rápido, estaba al mando del mayor ejército del mundo y combatía en la mayor batalla de la historia. Y la estaba perdiendo desde el primer momento. Había que modificar el plan o por el contrario cuando Alanys llegase, si es que lo hacía, solo encontraría cadáveres.

—¡Dile a tu señor que se repliegue hasta la posición inicial y carguen de nuevo mientras los bárbaros rehacen sus líneas! Trataré de cubriros con mis hombres.

El jinete partió raudo a transmitir las nuevas órdenes.

—¡A la derecha, moveos al ala derecha! ¡Que avance la segunda línea!

Segunda línea.

La segunda fila del ejército estaba constituida por miles de soldados pertenecientes a las fuerzas auxiliares de Bastión de Plata.

Lanceros y arqueros en su mayoría. Las primeras descargas sirvieron para cubrir el repliegue general de la vanguardia, pero cuando ocuparon el centro del combate la cosa no fue tan fácil. El enemigo se estrelló contra ellos y enseguida se vieron desbordados.

Tenían que resistir como fuera.

Ala derecha.

Las tropas de Nurúne reforzaron las maltrechas filas del ala derecha pero el caos reinaba por doquier. Los bárbaros no podían más y la caballería de Meredorn estaba desperdigada y había perdido casi toda su capacidad de carga. Todo aquello era una amalgama desordenada de soldados de Nurúne, bárbaros y jinetes que trataban desesperadamente de resistir a esos seres y a los lince.

Needle combatía con energía, su espada golpeaba y destrozaba rostros, cuerpos y miembros mientras él gritaba órdenes. Le dolía la garganta.

—¡Agrupaos! —ordenaba a sus jinetes.

Varios caballeros acudieron a su lado. El gobernador movió su espada de lado a lado y se zafó de sendos enemigos. Un lince se acercó de frente y Needle tuvo que girar el caballo para evitar el mordisco. Con un ágil movimiento hundió la espada en el cráneo del animal, que murió al instante. Los lince negros habían destrozado a la valiente caballería de Meredorn pero aún podían resistir.

—¡Luchad, luchad, jinetes de Meredorn!

El gobernador atacó a un enemigo y su espada por poco no lo decapitó. Needle no tuvo tiempo de esquivar el golpe de un lince y cayó de su caballo.

<Me hago viejo para estas cosas>.

Aún estaba tratando de incorporarse cuando varios enemigos le rodearon, entre ellos varios lince. Detuvo la espada del primero, golpeó con el puño al segundo pero sabía que no salía con vida. Se agachó para atacar desde abajo y una lanza le atravesó el costado. Needle notó como la sangre inundaba su boca pero logró ponerse en pie. Un lince estaba frente a él. El gobernador hizo acopio de fuerzas y se lanzó al ataque, y lo mismo hizo la enorme bestia. La espada del veterano jinete fue veloz como una centella y atravesó la piel del animal hasta llegar a su garganta. El lince se desplomó sangrando por la garganta pero antes de morir acertó a propinar un zarpazo que destrozó el cuello del gobernador.

Needle apenas sintió como su cuello desaparecía bajo el poderoso abrazo del lince moribundo. Murió con la espada en la mano. Su cuerpo quedó junto al del enorme animal al que había dado muerte.

Etelgis fue herido de gravedad mientras trataba de reorganizar el frente con los hombres que le quedaban para volver al combate. Destruída la caballería de Meredorn, los lince negros se lanzaron a por las unidades de infantería que aún quedaban en el ala derecha. El caudillo bárbaro mató a una de esas bestias, pero el jinete que la montaba le clavó la lanza que portaba en la pierna. No podían durar más tiempo.

—¡Hasta la muerte! —exhortó a sus hombres lanzándose al corazón de la batalla.

Aquellas fueron sus últimas palabras. Etelgis fue atravesado por innumerables espadas y su sangre se derramó por un suelo cubierto ya de cadáveres.

Retaguardia aliada.

Galahad miraba el desarrollo del combate. Los regimientos aún no habían entrado en combate pero tenían que hacerlo

inmediatamente para socorrer al resto. La infantería auxiliar del centro estaba siendo masacrada y el ala derecha apenas existía.

—Hemos debido de perder más de cinco mil hombres ya —dijo a los oficiales.

—Es demasiado pronto para mover los regimientos.

—Si no actuamos ya, perderemos las dos líneas.

Tan solo el flanco izquierdo parecía guardar cierto orden. La caballería pesada resistía mejor los ataques de los lince pero estaba exhausta. Tampoco duraría demasiado.

El comandante se puso el casco.

—Que suenen los instrumentos, todos a sus puestos. Vamos a entrar en combate.

Nadie quería decirlo pero todos en aquel maldito campo de batalla se hacían la misma pregunta, ¿Dónde estaba Alanys?

Las trompas sonaron fuertes, indicando que los siete regimientos de Bastión de Plata, la fuerza de combate más mortífera del planeta, entraba en batalla.

—Vamos allá —dijo Daira en voz baja caminando al frente de su V.

Primera línea.

El V, VI y VII fueron los primeros en llegar al corazón de la batalla. Se hicieron con el control del combate en poco tiempo y ayudaron en el repliegue de las fuerzas auxiliares.

Tristán, al mando del VI, abrió una brecha en las filas enemigas para tratar de dividir al ejército enemigo. El ataque funcionó y los hombres del V y del VII pudieron avanzar y recuperar parte del terreno perdido.

El joven buscaba a Daira con la mirada y aquello fue un grave error, una flecha le alcanzó en pleno costado y atravesó su armadura.

La aguerrida guerrera bárbara vio como Tristán era alcanzado y corrió en su auxilio. Sus afiladas dagas se abrían paso entre la maraña de enemigos que intentaba rechazar a las nuevas fuerzas aliadas. Daira cortaba y apuñalaba como si una enorme energía interna se hubiera apropiado de ella. Finalmente llegó a la altura del joven general. La flecha estaba clavada en el costado derecho pero no parecía ser demasiado grave, sin embargo Tristán apenas podía moverse.

—Tranquilo —dijo ella—, yo te protegeré.

Sin más palabras la joven se lanzó al combate.

Galahad se había tomado un respiro para recuperar el aliento. Miraba la batalla con ojos tristes. No iban a ganar, ni mucho menos. Por doquier los hombres eran aniquilados, morían bajo las armas enemigas. Aquella batalla era fin de toda esperanza para el mundo de los hombres. Ya no quedaba nada por hacer salvo luchar bajo el cielo encapotado que los cubría a todos. Ni siquiera se había dado cuenta de ello. Las nubes habían avanzado y ahora amenazaban con descargar una terrible tormenta sobre el campo de batalla. Antes de volver al combate pensó en Alanys. ¿Dónde estaría? ¿Seguiría viva? Nada de eso tenía ya importancia. Todo se reducía a una muerte honrosa en la batalla. Los regimientos empezaban a deshacerse a medida que eran masacrados. Ya no había formación ni estrategia, solo luchar hasta que una espada enemiga acabase con cada hombre.

—¡Luchad, luchad, hombres de Bastión de Plata! ¡Hombres de cada reino de este mundo! ¡Luchad hasta la última gota de sangre!

Todos, guerreros bárbaros y soldados y jinetes, heridos, moribundos algunos, se lanzaron al combate final.

Ala derecha.

Gorteyrn había salido de su castillo para participar en la masacre del último ejército humano. Su sorpresa fue mayúscula al ver cómo, con la entrada de los regimientos de infantería pesada, los hombres recuperaban el control de ala derecha, la más castigada. Con su llegada las cosas volvieron a la normalidad. Los humanos se batían en retirada y él disfrutaba asesinando a todos los que su espada alcanzaba. Un hombre llegó a su altura, tenía pinta de jinete pero su montura debía de haber muerto. Le atacó con fuerza y le hizo dar un paso atrás. No podía morir pero las heridas dolían.

Larodar pensó que podía acabar con Gorteyrn él solo. Era la ilusión que otorga la juventud. Le hizo retroceder en el primer golpe y fue capaz de atacar dos veces más, luego ambas espadas chocaron y el señor oscuro le hizo caer antes de atravesarle con el acero. Larodar murió en el acto. Ni siquiera vio como Vanora llegaba a su altura para protegerle.

—¡Nooooooooooooo! —gritó Vanora al ver caer a su valiente comandante.

La Senescal de Nurúne estaba malherida, pero halló fuerzas suficientes para correr a luchar contra Gorteyrn.

Su espada rozó la piel del caudillo de las tinieblas. Éste, herido en su orgullo, propinó un sonoro golpe a Vanora que la hizo trastabillar. Sabía que sus heridas eran mortales pero se divertiría un poco prolongando su sufrimiento. Le dio varias patadas y puntapiés haciendo que la joven se contrajese por el dolor. Vanora notó como varios de sus huesos se rompían pero aún quiso agarrar su espada.

—Eres valiente, muchacha, ahora comprendes que mi victoria es inevitable.

El rostro de la joven estaba hinchado y magullado pero aún notaba como las lágrimas corrían por sus mejillas.

Gorteyrn la puso de rodillas. No quería morir de rodillas pero tenía las piernas fracturadas y no podía levantarse.

—Habéis fracasado —dijo Gorteyrn alzando su espada mientras sonreía.

Pero el arma se estrelló contra otro acero. Un acero distinto, fuerte y poderoso. Vanora reconoció la voz que habló.

—Eres tú quién va a fracasar —dijo Alanys.

Y entonces un rugido que paralizó el campo de batalla resonó por cada rincón de la tierra.

Libro VII
EL RETORNO DE ALANYS

La batalla era tan cruenta que nadie se percató ni del cielo negro ni del diminuto jinete oscuro que avanzaba hacia ellos.

Alanys había vuelto. Había regresado dispuesta a dar una nueva oportunidad a los hombres de imponer sus ansias de vivir, su ímpetu de victoria.

Su poderosa espada chocó con la de Gorteyrn justo a tiempo de salvar a Vanora. El ser hizo toda la fuerza que pudo para apartar el arma de Alanys pero ésta resistió. Alanys había pasado años preparándose para ese combate.

—Es hora de que esto acabe, Gorteyrn. No vas a acabar con la humanidad. No mientras yo permanezca en pie.

Un rugido descendió de los cielos y todos miraron hacia arriba. Las nubes de tormenta comenzaron a relampaguear a medida que una sombra negra las surcaba.

—No son relámpagos... —dijo Vanora con un hilo de voz.

Gorteyrn permanecía absorto y con la vista fija en el cielo, momento que aprovechó Alanys para acercarse a Vanora. La joven estaba herida de muerte, sangraba por todas partes y su cuerpo estaba roto por los golpes recibidos.

—No lo son, Vanora, no son relámpagos. Aguanta un poco y verás. Voy a hacer que te pongas bien, solo debes resistir más.

La joven no dijo nada. Miró de nuevo al cielo en busca de la bestia que debía resurgir de entre las nubes.

—Has conseguido lo que nadie había hecho...has salvado al mundo... —decía la Senescal— pero no puedes hacer nada por mí. Tenía que ser así.

Las lágrimas se deslizaron por el rostro de Alanys... miró a su alrededor y solo vio una tierra impregnada de sangre, muerte y desolación...

—Vanora... lo siento tanto... no puedes irte y dejarme aquí... no... tú también no...

Alanys se sintió muy sola rodeada de toda aquella gente, pero a la vez sintió como la fuerza, como el valor de todas las muertes que se habían producido en ese día entraba en su cuerpo.

La joven Vanora dejó de respirar. Había muerto, como la mayoría de los generales y caudillos de esa cruenta batalla. Pero ya quedaba poco...

—¡Syrax! —gritó Alanys a la vez que alzaba su espada centellante.

Gorteyrn rio con fuerza.

—¡Esa bestia será tu final, niña!

Alanys clavó sus ojos grises en el caudillo oscuro.

—Te equivocas, Gorteyrn, ese dragón no obedecerá tus órdenes nunca más. Hay una cosa con la que no contabas, y es con esta espada ¿La reconoces?

El señor oscuro miró el arma y notó como algo extraño se apoderaba de su interior, algo que parecía miedo.

—Esta es la espada de la Primera Reina, la espada que fue forjada por el fuego de Syraz, y con ella, Gorteyrn, con esta misma espada, voy a acabar contigo para siempre.

Syrax descendió sobre las huestes oscuras y una bola de fuego emergió de su boca. El fuego se estrelló sobre las cabezas de esos seres y provocó un estruendo espantoso. Los afectados profirieron gritos agónicos a medida que su carne muerta se deshacía bajo un calor insoportable.

El inmenso dragón se posó entre las tropas aliadas y las cosas que Gorteyrn había despertado del corazón de los infiernos. Gigantescos chorros de fuego abrasaron a miles de seres en cuestión de minutos. Los lince se retorcieron de dolor y el olor a carne quemada se extendió por el campo de batalla.

Galahad vio como el dragón descendía y destrozaba a los seres enemigos.

—Ese era el plan de Alanys... —dijo para sí mismo.

La joven solo necesitaba tiempo para que Syraz la obedeciese. No sabía cómo lo había hecho, pero allí estaba, con su espada y un dragón.

Apenas quedaban hombres en su posición y casi todos los generales de los regimientos habían muerto, y tampoco sabía nada de Daira ni de Tristán pero exhortó a sus hombres, la imposible victoria estaba cerca. Alanys estaba allí, no como señora de una gran ciudad, no como guerrera. Alanys era la reina de los pueblos libres del mundo. Y debían luchar por ella tal como correspondía.

—¡Adelante, adelante! —gritó—. ¡Por la reina!

El clamor fue general y todos, jinetes, soldados, bárbaros... todos los que aún podían empuñar una espada se lanzaron a la batalla.

Gorteyrn, por su parte, vio como todos sus planes daban al traste y montó en un lince para refugiarse en su fortaleza. Lo había perdido todo, todo. Se resguardaría allí y esperaría que Alanys fuese a buscarle. Por muy reina que fuera todavía podría matarla. Si el dragón obedecía a la espada, solo había que quitársela.

La joven reina luchaba en primera línea con los supervivientes. El arma que portaba era la única que mataba a esos seres, a excepción del fuego de Syraz, que continuaba abrasando todo cuanto se interponía en su camino. Alanys atravesó a un ser y extrajo el arma con velocidad, se agachó para evitar una lanza y golpeó a otro en el cuello antes de rebanarle la garganta. La joven interpretaba una danza sobre el campo de batalla. Su espada golpeaba desde todas partes y atacaba a cualquiera que se interpusiera en su camino. Las bestias huían al verla acercarse, y no avanzaba sola, no, tras ella combatían miles de hombres, de humanos, dispuestos a vencer o a morir por el ideal de la libertad, ideal que ahora sentían cercano, próximo. La libertad que se hallaba a un golpe de espada.

Alanys vio cómo, entre el humo y el fuego que anegaba el campo de batalla, un derrotado Gorteyrn huía a refugiarse tras los muros de su castillo. El dragón continuaba con su tarea de aniquilar a todos los seres que encontrase. Alanys tuvo una idea. Silbó tal como Edain sabía que lo hacía y su hermosa yegua negra acudió rauda. La joven montó y tendió un galope desesperado hacia los Colmillos Negros.

—¡Syraz! —gritó a pleno pulmón para captar la atención del dragón.

La bestia la escuchó y esperó a oír las palabras de Alanys.

—¡Derriba esas puertas! —dijo señalando con la espada hacia la fortaleza.

El gigantesco animal emprendió el vuelo en dirección al castillo de Gorteyrn y sus chorros de fuego destruyeron por completo a las tropas enemigas.

Alanys cabalgaba empuñando su espada acabando con decenas de rivales. Era consciente de que solo habría una oportunidad.

Syraz lanzó dos bolas de fuego que derribaron las imponentes puertas de los Colmillos Negros. Después siguió golpeando murallas y torres hasta reducirlas a escombros humeantes.

La joven entró en la fortaleza rodeada de llamas. Buscaba a Gorteyrn pero no vio rastro de él. Descabalgó y se internó entre las ruinas. Hacía tan solo unas horas aquel castillo era la inexpugnable morada del futuro dueño del mundo, y ahora solo había torres caídas y ruinas llameantes que eran sobrevoladas por un dragón.

Según se acercaba a la torre principal el humo era cada vez más abundante y oscuro de modo que no vio la flecha que surgió de la nada y que se clavó en su hombro. La joven profirió un grito de dolor y cayó de espaldas. Se incorporó rápidamente y palpó la herida. La flecha se había clavado profunda pero era una herida limpia. Agarró el proyectil y se lo arrancó. Gorteyrn apareció de golpe empuñando una espada y atacó repentinamente. Alanys tuvo el tiempo justo de

alzar su arma y detener el golpe, luego rodó por el suelo y esquivó dos mandobles que iban directos a su cuello.

Se levantó y la espada de Gorteyrn la alcanzó en la mejilla. La sangre manó oscura pero Alanys dio dos pasos al frente y atacó. Primero intentó golpear el cuello de Gorteyrn pero éste lo esquivó, al ver como su ataque fallaba dirigió la espada a un costado aunque nuevamente el caudillo detuvo el golpe.

—¡No voy a dejar que una niña arruine todo por lo que he luchado! —gritó—. ¡Nunca podrás vencerme! ¡Hasta tu padre lo sabía y por eso suplicó por su vida!

Aquellas palabras activaron algo en el interior de la joven. El recuerdo de su padre la hizo recuperar parte de las fuerzas perdidas.

—¡Tú no sabes nada de mi padre!

Gorteyrn sonrió animado por el efecto que sus palabras ejercían sobre Alanys.

—¡Jamás estarás a su altura! ¡Disfruté acabando con la vida de tu familia! ¿Sabes que me rogaron por tu vida? Es cierto...a pesar de todo querían que vivieses... tuviste suerte de que no te encontrase... y fuiste una cobarde... ¡Los dejaste morir sin hacer nada!

Alanys había pensado eso muchas veces... siempre se había culpado de no hacer nada para salvar a sus padres. Pero no podría haber hecho nada, salvo morir con ellos. No. La muerte de su familia no era culpa suya, ahora lo entendía. Gorteyrn usaba esas palabras para confundirla y hacerla débil, pero el único responsable de esas muertes, de todas las muertes de ese día, era Gorteyrn. Nadie más.

—¡Cállate! —gritó la joven—. ¡Tú eres el único responsable! ¡Y vas a pagar por todo!

Alanys se abalanzó presa de la furia. Pero era una furia fría, contenida, que le hacía estudiar cada golpe, medir cada paso que daba...era la clase de ira que otorga la venganza, la venganza

guardada durante años y que ahora emergía del rincón más oscuro de su corazón.

Las espadas de ambos rivales se cruzaron decenas de veces en aquel baile mortal, hasta que en uno de esos golpes, la poderosa espada de Alanys alcanzó a Gorteyrn y rasgó su piel. Del profundo corte manó una sangre negra como el azabache y el caudillo cayó de rodillas tratando de contener la hemorragia.

—¿Crees que porque me hayas derrotado el mundo va a cambiar? —dijo Gorteyrn entre estertores—. ¿Crees que la raza humana seguirá unida?

Alanys se acercó al caudillo derrotado.

—Puede que el mundo siga igual, puede que cuando pasen mil años nuestros nombres se hayan olvidado y el polvo de nuestros huesos haya desaparecido con el devenir del tiempo, pero tengo la certeza, la esperanza, de que alguien recuerde que un puñado de personas libres lucharon en la mayor batalla que se recuerde y ganaron. Ganaron la libertad para toda la humanidad.

Alanys, casi con lágrimas en los ojos, hundió su espada en el pecho de Gorteyrn. La brillante hoja destrozó el interior de ese ser que, ya muerto, pronunció sus últimas palabras.

—El mundo por el que luchas jamás existirá.

—Es muy posible, cierto. Pero la raza humana vivirá para aprender.

El cuerpo de Gorteyrn se desplomó sobre el frío suelo.

Y entonces todo acabó. Alanys permaneció allí, sola, mientras todo a su alrededor se hundía y moría. Esos seres de ultratumba cayeron y se fundieron con el barro y el polvo como si fueran cenizas.

Las negras nubes de tormenta comenzaron a descargar su lluvia torrencial mientras el potente sonido de los truenos y el resplandor de los rayos, limpiaban cada gota de sangre derramada en ese aciago campo de batalla.

Alanys salió al exterior. Syraz se posó a su lado y la miró a los ojos. El dragón no podía hablar como los humanos pero a través de su mirada se podía entender lo que deseaba decir. Fue entonces cuando Alanys comprendió lo longevo que era aquel dragón. Syraz había visto desfilar innumerables siglos, la historia del mundo se mostraba en aquella mirada. Syraz solo deseaba volar a sus viejas montañas y desaparecer. Y Alanys estaba dispuesta a dejarle marchar.

—Ve —dijo—, vuela libre, Syraz. Toda la humanidad te da las gracias.

El dragón la contempló unos momentos y luego emprendió el vuelo hasta perderse en las nubes.

La joven acarició el lomo de Edain y la dejó resguardada de la lluvia que empapaba el rostro de Alanys y se fundía con sus lágrimas. ¿Qué iba a hacer ahora? Llegó hasta el campo de batalla y el paisaje era desolador. Los muertos se contaban por millares y por doquier se escuchaban los gemidos de los heridos y moribundos. Su reinado había comenzado con una cruenta batalla y con miles de muertos. El cuerpo de Vanora descansaba sobre el barro. La Senescal no merecía un final así. No era justo. Alanys se arrodilló ahí, en medio de la sangre y del barro mientras que docenas de soldados, sucios y agotados, la rodeaban en silencio mientras escuchaban el eco de su llanto.

Galahad llegó hasta Alanys y puso la mano sobre su hombro. La joven sangraba por varias heridas pero agradeció el calor de esa mano en su cuerpo. Levantó su mirada gris y terriblemente triste para ver el rostro de su comandante.

—Solo hay muerte, Galahad. Todo aquello que me rodea es muerte. Ella no tenía que caer. Vanora es quien debía estar aquí, ahora.

—No...han muerto muchos hoy, Alanys, pero mira a tu alrededor, mira más allá de la muerte y la desolación, hay esperanza, hay unión. Has vencido. Por fin Gorteyrn ha desaparecido.

Alanys escuchó las palabras de Galahad pero se sumió en un profundo llanto que ni los relámpagos ni los inmensos truenos lograban mitigar.

Daira, con Tristán apoyado en su hombro llegó hasta ella. Al poco tiempo apareció Gundahar, quien aun con graves heridas se mantenía en pie. De los valientes generales de Bastión de Plata solo Norwyn seguía vivo y los dos líderes de la caballería, Dagmar y Harald, cayeron bajo las armas enemigas.

Veinte mil hombres y la mayoría de los líderes mundiales habían muerto en el transcurso de la batalla. Pero no había sido en vano. El mundo persistía, la humanidad vería de nuevo un amanecer.

Galahad acarició el rostro de Alanys y la acunó entre sus poderosos brazos.

—No llores...no llores mi preciosa Alanys —dijo—, no llores mi reina, pues estamos vivos gracias a ti.

Uno de los miembros de la Guardia de Plata se arrodilló ante la joven. Le siguió uno de los jinetes de Meredorn y después un guerrero bárbaro. Daira le imitó y hasta Tristán, que apenas podía respirar, halló fuerzas para arrodillarse ante la reina.

—Tú eres ahora nuestra señora... —dijo Galahad—. ¡Salve a la reina Alanys!

El joven también se arrodilló y dio un ligero empujón a Alanys para que se pusiera en pie.

La reina se levantó y paseó su mirada por los millares de hombres que le rendían pleitesía. Aquellos hombres que la habían seguido a la batalla más dura de sus vidas. Sin ellos no era nada, muchos de esos hombres llevaban a su lado más de seis años, combatiendo con lealtad y honor. La victoria no era solo de Alanys. Esa victoria era de todos, del mundo entero.

Se dirigió hacia Daira y la conminó a ponerse en pie, y lo mismo hizo con Tristán, Gundahar y Norwyn y finalmente con Galahad.

—¡Ninguno de vosotros debéis arrodillaros! ¡Levantaos todos! Esta victoria no es mía ¡No me pertenece! Vosotros habéis luchado con coraje y honor. Este día es posible gracias al trabajo y la sangre de todos. Nuestro mundo se ha visto sacudido por un enemigo que pretendía la aniquilación de nuestra raza, y aunque hemos ganado esta batalla aún queda mucho por hacer. Muchas vidas que se han perdido, muchas familias han quedado rotas, nuestros reinos y ciudades se han visto reducidos a escombros, pero todo ello tiene solución. Si algo debemos tener en cuenta es que nadie está por encima de nadie. Hoy han luchado por igual reyes, caudillos y soldados, han luchado como personas libres y han muerto con honor en el campo de batalla ¡Permanezcamos juntos! ¡Hagamos de este mundo un lugar mejor del que hemos conocido! Nuestros descendientes merecen que les entreguemos una humanidad mejor, más libre, más unida. Hemos reclamado nuestro derecho a la vida y hemos tenido la suerte de lograrlo, de seguir vivos, no permitamos que haya sido en vano.

Durante unos momentos solo se oyó el ruido del agua al caer sobre las corazas y el metal, pero luego el estruendo de millares de voces clamando al unísono llenó esas tierras. Todas aquellas gargantas corearon el nombre de Alanys y la llamaron reina. La joven caminó por entre sus soldados henchida de orgullo con la espada en alto. Con aquellos hombres podía lograr cualquier cosa.

La humanidad podía mirar al futuro con esperanza. Y esa esperanza era motivo de felicidad en los corazones de todos ellos.

Libro VII
UN NUEVO MUNDO

Habían pasado varias semanas desde el fin de la Batalla de los Colmillos Negros. Los días posteriores al enfrentamiento fueron difíciles. Muchos de los heridos más graves murieron a causa de las heridas. Se construyó un enorme mausoleo en el que los restos de todos los caídos fueron sepultados.

Los caudillos Etegis y Segovax fueron enterrados con sus armas y ropas. En ambas tumbas se colocó un estandarte con la cabeza de un dragón.

Al comandante Larodar se le rindieron honores por su heroica resistencia y sus restos fueron depositados en lo más alto del mausoleo. Su espada se quebró en el combate, pero la volvieron forjar y la pusieron en la lápida.

Los oficiales y generales de Bastión de Plata recibieron sepultura en el centro de la gran tumba y el estandarte de cada una de sus unidades adornaba sus exequias.

Finalmente, Alanys se encargó personalmente del cuerpo de Vanora. Limpió el cadáver y suturó las heridas. Reparó la coraza de la joven y quitó la sangre de la espada. Se levantó una gran pira de madera en cuya cúspide se puso el cuerpo sobre un lecho de seda azul y terciopelo morado. El pelo de Vanora estaba ondulado y caía sobre el lecho como las olas del mar. Alanys la vistió con una túnica blanca y con su coraza dorada y plata. La espada de la valiente dirigente de Nurúne descansaba sobre sus manos pálidas por la muerte.

Alanys ascendió hasta lo más alto de la pira con una antorcha en la mano y la acercó al lecho. Las llamas enseguida prendieron la tela y la madera y comenzaron a alzarse con fuerza. La joven bajó con lentitud mientras dejaba que la brisa secase sus lágrimas.

El fuego lamió cada palmo de madera y ardió durante horas hasta que al amanecer solo quedaba un montón de cenizas.

Se acordó repartir los restos de la Senescal entre el mausoleo, la ciudad de Ethelor y Nurúne.

Un destacamento de soldados al mando de Galahad exploró por completo las ruinas de los Colmillos Negros y descubrieron en sus sótanos a docenas de personas encerradas. Gente que Gorteyrn capturó y encerró para torturarla o para alimentar a sus lince negros. Aquella gente fue liberada de inmediato y se le proporcionó alimento y refugio.

Fue entonces cuando el ejército aliado fue disgregado. Alanys repartió honores y poderes entre todos, de allí salieron algunos de los dirigentes más poderosos del mundo.

Al general Norwyn se le otorgó el mando de Bastión de Plata y de todas las tierras del sur, partió hacia la ciudad con dos regimientos. Alanys decidió mantener el Senescalado de Nurúne, de modo que entregó la ciudad, bajo la aprobación de las tropas supervivientes de Vanora, a Daira. Tristán, recuperado ya de sus heridas, recibió el reino de Meredorn pero el joven, con la mirada siempre puesta en Daira, renunció a tal regalo para estar cerca de la bárbara. Alanys accedió e integró el reino de los jinetes al de Nurúne para que ambos dirigiesen las tierras del norte.

Las distintas fuerzas partieron a sus respectivos destinos y ella, junto con Galahad, se dirigió al sur, a las ruinas de Ethelor, con los cuatro regimientos restantes y los civiles que rescataron del interior de la fortaleza.

Un año después.

Alanys contemplaba en el horizonte las imponentes montañas que formaban la Cadena Antigua. Iba vestida solo con una túnica blanca que dejaba sus esbeltas piernas al descubierto.

El sol llenaba de rojo el cielo mientras ascendía desde el este para regalar su luz a los habitantes del Valle Azul. La primavera estaba a punto de entrar, pero los días aún eran frescos.

La joven reina repasaba en su mente todo lo ocurrido desde el fin de la guerra. Ella y su ejército llegaron a las ruinas de Ethelor e iniciaron la reconstrucción de la ciudad. La gran torre real fue levantada de nuevo, con mármol blanco y una aguja plateada en la cúspide.

Se alzaron grandes casas y templos y se dotó a la nueva Ethelor de fuentes y de un sistema de canalización de aguas similar al de Bastión de Plata. La ciudad ocupaba una gran extensión y no contaba con tantas fortificaciones como las construcciones de la época. Pese a todo, Alanys hizo alzar una poderosa muralla, más alta que la anterior y jalonada por grandes torres con artillería. Aun en la paz, Alanys seguía teniendo muy presentes sus ejércitos, rehaciendo los regimientos y manteniéndolos en activo.

En el centro de la hermosa ciudad había un gran parque de altos árboles y canales de agua fresca y justo en medio de dicho parque se hallaba un gigantesco templo. Aquel templo era del mármol más blanco y puro que podía encontrarse, de planta redonda y culminado en una gran cúpula, estaba consagrado a la paz y la unión de toda la humanidad. Alanys había dejado de creer en los dioses y por eso ese templo estaba dedicado a la concordia de la raza humana. En su interior se encontraban todos los estandartes que el gran ejército aliado llevó a la Batalla de los Colmillos Negros y en el centro del

templo había un gran altar con la poderosa figura de Syraz desplegando sus poderosas alas. Bajo el altar había un sarcófago que contenía las cenizas de Vanora, que dio su vida por la libertad del mundo.

Una inscripción, grabada en una placa de acero, se leía:

“Que estas cenizas den fe del sacrificio de los valientes que murieron por defender la libertad de la humanidad frente al opresor. Que su muerte sirva de lección y llene el mundo de concordia y paz”.

El sol se iba alzando poco a poco y Alanys miraba el cielo despejado desde su alta torre y veía como las aves iban despertando al nuevo día. Todavía le costaba creer lo que había logrado. Ethelor era ahora más grande y bella de lo que había sido nunca y el mundo respiraba paz por los cuatro costados. Y todo había sido gracias a ella. Las grandes batallas pasadas parecían pertenecer a otra vida. Sonrió al recordar el hielo de las montañas, la toma del Castillo de Diana...todas esas aventuras que, con tesón y dedicación, había plasmado en su diario.

—¿Nunca vas a quedarte conmigo en la cama hasta después del amanecer?

La voz de Galahad sonó a sus espaldas y la hizo reír. Cada noche se amaban largo tiempo y Alanys conocía cada parte de su cuerpo. Le gustaba la forma que el joven comandante tenía de quererla. Galahad era feliz con ella, le gustaba todo su cuerpo, recorría con sus dedos y su lengua cada rincón, cada cicatriz de viejas batallas libradas y se recreaba en cada beso que le regalaba. Y ella, por primera vez en su vida, dejaba que fuese otro quien llevase la iniciativa, se dejaba amar y querer, y en ese último año había conseguido sentirse algo más que reina del mayor reino del mundo. Era una mujer, una mujer especialmente fuerte.

Alanys había dejado ser una guerrera, había dejado atrás la guerra y la venganza, sentía su corazón limpio, cálido y alegre y su alma pugnaba por gritar de felicidad cada día. Recorría las

montañas y nadaba en ríos y lagos sin preocuparse por nada más. Se permitía sonreír y pasear por su ciudad e incluso jugaba con los niños y se ensuciaba como ellos. Dejaba que la gente la tocara y le obsequiara todo tipo de presentes. La riqueza de la poderosa Ethelor pertenecía a todo el pueblo y financiaba escuelas y bibliotecas.

Al fin su sueño, el mismo sueño que se repetía desde que Alanys era pequeña, se había hecho realidad. El mundo era un lugar bello y amplio y bien merecía sacrificarse por él.

Galahad se levantó y se puso al lado de Alanys. La cogió de la mano y juntos contemplaron la magnificencia de la gran ciudad que habían reconstruido de las cenizas de los siglos.

El amanecer dio a paso a una mañana preciosa, mientras los dos amantes se besaban con ternura y pasión cogidos de la mano. Alanys cerró los ojos y una lágrima se deslizó por su mejilla. Una lágrima de pura felicidad, pues eso es lo que Alanys sentía, la más bella y noble de las felicidades ocupaba su alma. Sí, la Hija del Hielo rebotaba esperanza y alegría.

Alanys era, simple y llanamente, feliz.

Epílogo

El mundo estaba tranquilo y en paz. Las diferencias entre oriente y occidente habían desaparecido y para dejar constancia de ese hecho, el Muro de Hiperión fue derribado y con sus piedras se reconstruyeron los pueblos y ciudades arrasados por la guerra en el este. Gundahar, privado de un ojo por la batalla, reconcilió a todas las tribus y ahora gobernaba el oriente bajo la dirección de Alanys.

Tristán y Daira habían enriquecido sus reinos y a sus nupcias acudieron los grandes gobernantes del mundo y la mismísima reina de Ethelor les unió las manos durante la ceremonia.

Bastión de Plata creció bajo la dirección del veterano Norwyn y se convirtió en símbolo de prosperidad.

Las ruinas ennegrecidas de Ithender, que tanto dolor y tanta muerte vieron, nunca fueron reconstruidas y al lado se levantó una nueva ciudad, sin murallas ni castillos, que dio cobijo a los millares de refugiados de la guerra.

Las tierras del norte se integraron en los reinos del mundo como uno más y colaboraron para levantar una nueva humanidad.

La gran guerra dejó millares de muertos y cientos de miles de refugiados y sacudió los cimientos mismos de la civilización. Aquella guerra fue la mayor que el mundo había presenciado y prácticamente la totalidad de las naciones y reinos lucharon en ella. Pero la tenacidad humana y sus ansias de vida y libertad terminaron por imponerse sobre aquellos que solo querían destrucción y sumisión.

La humanidad, más fuerte, más unida, y bajo una reina justa, encaraba una era de paz y prosperidad como jamás había tenido. Y esa nueva era se preveía esperanzadora y hermosa para todos.

APÉNDICES

Apéndice I

Personajes

A continuación se muestra el listado con los diferentes personajes que aparecen en la novela, tanto del pasado como del presente:

Bastión de Plata:

- Alanys: Líder de la ciudad y sus ejércitos.
- Arzhul: General del VI regimiento.
- Baethan: Capitán de la Guardia de Plata.
- Berdic: Miembro de la Guardia de Plata.
- Dagmar: Capitán de la caballería de Bastión de Plata.
- Dalar: Uno de los consejeros de Bastión de Plata.
- Devion: General del II Regimiento de Alanys.
- Galantyne: General del III Regimiento de Alanys.
- Galahad: Comandante de la guardia y administrador de Bastión de Plata.
- Gardar: Médico de Alanys.
- Harald: Jinete de Bastión de Plata.
- Kilian: General del V regimiento.
- Magloar: General del VII regimiento.
- Motius: Miembro de la Guardia de Plata.
- Myron: Sacerdote de Selín en Bastión de Plata.
- Norwyn: General del IV Regimiento de Alanys.
- Odhar: Consejero de Bastión de Plata.
- Raedhan: General del I Regimiento de Alanys.
- Tristán: Capitán al mando de la caballería pesada de Bastión de Plata.

Vestein: Médico de los regimientos del sur.

Antepasados de Alanys:

Agrawain: Hermano de Alanys.

Argarion: Descendiente de los reyes de Ethelor y padre de Alanys.

Barisha: Madre de Alanys.

Cador: Hijo de Fidias y último rey de Ethelor.

Fidias: Primer rey de Ethelor y superviviente en la Batalla de las Puertas Rojas.

Thorn: Hijo de Cador.

Reino de Nurúne (Pasados y presentes):

Gaheris: Comandante de las fuerzas del Muro de Hiperión.

Lannildut: Miembro de la caballería de Nurúne.

Larodar: Oficial de Nurúne.

Olga: Primera Senescal de Nurúne.

Peredur: Primer rey de Nurúne.

Shaylee: Antigua Senescal de Nurúne.

Vanora: Senescal del Reino de Nurúne.

Castillo de Oreth (Pasados y presentes):

Eadda: Esposa de Dagonet, Mariscal actual.

Eadig I: Primer Mariscal de Oreth.

Dagonet: Mariscal del Castillo de Oreth.

Dalmira: Hija de Dagonet.

Idas: Quinto Mariscal de Oreth.

Reinos del norte:

Drustan IV: Rey del Castro de Nueva Esperanza.

Idelisa: Esposa de Lord Scyles.

Scyles: Lord al mando del Castillo de Dineren.

Sigimer: Oficial de Dineren.

Reinos y Liga de Occidente:

Brennus: Rey de Ciudadela Dorada.

Bowen: Capitán del Fortín de Ío.

Dordinas: Apodado Mano de Hierro, rey de Ámbarin.

Edorix: Oficial de Ámbarin.

Geraint: Rey de Tres Montes.

Needle: Gobernador de Meredorn.

Risley: Capitán de las Torres Arcadías.

Pueblos Grises:

Ernak: Señor de Ruelen.

Etelgis: Caudillo de Los Arcos.

Gundahar: Caudillo de Yelmoroto.

Rugila: Señor de Ronión.

Segovax: Caudillo de Camponegro.

Gentes del sur:

Daira: Hija de Traful.

Traful: Caudillo de una de las tribus de salvajes, los llamados Degolladores.

Vangio: Rey de Ithender.

Varden: Padre de Wallia y antiguo rey de Ithender.

Wallia: Esposa de Vangio y reina de Ithender.

Otros:

Brinno: Líder de los mercenarios del norte.

Dafne: Lince negro de Daira.

Edain: Yegua de Alanys.

Gorteyrn: Apodado el Sin Rostro. Ser o demonio del que se desconocen sus orígenes.

Thorlak: Líder mercenario de Ithender.

Lautaro: Anciano al mando de los refugiados del este.

Syraz: Dragón negro.

Zain: Líder de una tribu de Arion.

Zuma: Guerrero de Zain.

Apéndice II

Marco Histórico

Se ha incluido un pequeño resumen con algunos de los reinos y enclaves más importantes con una breve historia para aquellos que puedan sentir curiosidad por los mismos:

Dinastía del Reino Único (Capital: Ethelor).

El Reino Único se formó al término de las guerras entre los diferentes pueblos. Tras ellas, todos los reyes, reinas y caudillos beligerantes habían muerto y el mundo no era más que unas ruinas. Fideas, un capitán que luchaba en los Pueblos Libres fue coronado rey del nuevo mundo y agrupó a todos los pueblos bajo una sola bandera. Fundó la capital del reino entre el Río Negro y el Río Mayor y la bautizó como Ethelor, ciudad de la luz.

Ethelor pronto se convirtió en la mayor urbe del mundo. Estaba construida casi por entero de mármol de muchos colores y las torres de su Castillo Grande estaban recubiertas de bronce dorado. Por todas partes ondeaban los estandartes de la estirpe de Fideas, una fortaleza blanca con un dragón negro en sus almenas bajo fondo rojo.

El gran rey trajo la paz al reino y sus habitantes gozaron de prosperidad durante los cincuenta años de su reinado. Le sucedió su hijo Cador, el Hechizado. Cador reinó quince años antes de caer bajo el embrujo de un hechicero del que nunca se supo nombre o procedencia al que se llamó El Sin Rostro.

Una noche, una horda venida de tierras desconocidas, de cuerpos y caras deformes, conocidos como los Deformes, atacaron la ciudad de Ethelor y derrotaron a su guarnición. Cador y su esposa fueron asesinados entonces, pero su único hijo, de veintitrés años, lideró a la caballería restante y plantó batalla hasta el amanecer. Todo iba bien e incluso estuvieron a punto de vencer, pero justo al alba, una bestia alada emergió del sur. Un dragón se abatió sobre

ellos y los masacró. Thorn, el hijo de Cador, sobrevivió a la batalla, pero habiendo perdido Ethelor y con ella el reino, se exilió y se refugió en las Colinas del Final, donde vivió hasta el fin de sus días.

Allí tuvo hijos, y estos engendraron otros hijos hasta llegar a Argarion, que volvió a luchar para recuperar sus derechos sobre Ethelor. Pero había pasado más de un milenio desde entonces y el mundo estaba dividido y de las tierras del este nadie quería oír hablar. Argarion fue asesinado, junto con todos sus hijos y su esposa en la Cordillera Sombría. Sin embargo, hubo una superviviente, una con la que nadie contó, la pequeña Alanys, que por ese entonces apenas contaba con dieciocho años. Al cumplir los veinte ocupó las antiguas tierras del Reino Blanco y fundó un nuevo enclave en el lugar que antaño fue la Ciudad Blanca. Este nuevo asentamiento fue llamado Bastión de Plata. En la actualidad tiene veintiséis años y cuenta con un poderoso ejército con el que busca al asesino de su familia. Se reza a la antigua diosa de Ethelor, Selín, la Luna.

Liga de Occidente:

Reino de Nurúne.

Nurúne fue fundado hace miles de años y tras la muerte de su rey, Peredur, fue gobernado por una Senescal dependiente del Reino Blanco.

Esta tradición se ha mantenido a los largos de la historia y en la actualidad lo gobierna la Senescal Vanora.

Nurúne se encuentra situado al norte de la Llanura Elevada, a orillas del Aguas Frías y es el reino más fuerte de cuantos quedan en el oeste. De Nurúne dependen buena parte de las fortalezas y atalayas que se encargan de la defensa de los reinos del oeste. Estos puestos son los siguientes:

- Muro de Hiperión.
- Torres Arcadías.
- Castillo de Orión, compartido con Meredorn y Luneber.

- Fortín de Ío, compartido con Zirinor.
- Atalaya Sombría.
- Atalaya de Luyten.
- Atalaya de Arietis.
- Atalaya de Ara.

Dos lanzas plateadas sobre fondo blanco son su estandarte. Rezan a los dioses del Acero.

Meredorn.

Meredorn, la tierra de los guerreros jinetes. Es un pequeño enclave bajo el mando del gobernador Needle. Su emblema es un poderoso corcel marrón en fondo verde. Meredorn se encuentra situada en las faldas sur de la Cordillera Cruzada.

La ciudad es pequeña y está fuertemente fortificada convirtiéndola en un bastión prácticamente inexpugnable.

Los habitantes de Meredorn adoran al dios Equino.

Zirinor.

Reino situado al sureste de las Tierras del Centro y gobernado por Cynan II. A lo largo de la historia ha sufrido saqueo en tres ocasiones y pese a su escaso tamaño, Zirinor ocupa un puesto estratégico importante en las rutas que van al este. Está próximo al Fortín de Ío por lo que una parte de sus fuerzas van destinadas a la fortaleza. Rezan a los dioses del Acero.

Su emblema es una torre en medio del bosque.

Ámbarin.

Se encuentra al oeste del Muro de Hiperión, bastante cercano a caballo y es un reino grande comparado con los que sobrevivieron a las guerras pasadas. Allí también se reza a los dioses del Acero y su rey es Dordinas, apodado Mano de Hierro. Su heráldica representa un puño sosteniendo una espada.

El Castillo de Diana le pertenece.

Luneber.

Situada entre la Cordillera Cruzada y el Bosque de Solendath, Luneber era hasta hacía poco tiempo una pequeña aldea. Luneber adoraba a todos los dioses, menos a Selín y formaba parte de la Liga de Occidente cuando su Regente, Gilmer el Blanco, dispuso al pequeño reino como una guarnición defensiva.

Su emblema es media Luna en fondo negro.

Fortalezas Norteñas.

Castro de Nueva Esperanza.

Alejado de cualquier parte, más allá del Río de los Lobos, se alza el Castro de Nueva Esperanza, regentado por el rey Drustan IV. El enclave es pequeño y está rodeado de una muralla de madera. Lo que convierte a Nueva Esperanza en casi inexpugnable es que, al estar tan al norte, muy pocos ejércitos se aventuran en sus dominios por el intenso frío. Adoran a la diosa Blanca.

Su escudo es una bandera blanca con motas negras.

Castillo de Dineren.

El Castillo de Dineren en es un enclave bastante grande y construido en gris piedra. Tiene mucha historia a sus espaldas y es gobernado por Lord Scyles. El castillo está situado entre las Montañas del Norte y la Cordillera Cruzada, bastante a salvo de cualquier enemigo. Se reza a la diosa Blanca. Una puesta de sol entre las montañas es su emblema.

Ciudades Sureñas.

Ithender.

Al este del Bosque de Ceroneth se levanta esta ciudad gobernada por el rey Vangio y su esposa Wallia. Es una ciudad pacífica y próspera dedicada al comercio donde se adora al dios Eterno, propio de la gente del sur.

Una estrella de cuatro puntas de color amarillo es el símbolo de la ciudad.

Ledenar.

Localizada al sur de los Marjales Rojos. Está dirigida por el rey Gar. Nunca se ha metido en guerras y sus habitantes se mantienen al margen de los problemas del resto. Rezan al dios Eterno.

Una laguna roja en fondo verde es el emblema.

El este (Pueblos Grises)

No hay ciudades ni pueblos, salvo Ronión y Ruelen, en el este y tampoco existe mucha información a su respecto. Todo lo que se sabe es que adoran a dioses extraños y cada tribu está dirigida por su propio líder guerrero.

Mariscales de Castillo de Oreth.

Los Mariscales de Oreth son los regentes del castillo del mismo nombre. Y su título fue otorgado por la Senescal de Nurúne hacía ciento treinta años. Honran a varios dioses, entre ellos a las deidades del Acero.

Eadig I: gobernó veinte años.

Gaile: gobernó diez años.

Eadig II: gobernó treinta años.

Eadig III: gobernó veinticinco años.

Idas: gobernó cuarenta años.

Dagonet: actual Mariscal, lleva en el poder cinco años y está casado con Eadda. Tiene una niña pequeña llamada Dalmira.

Dioses.

Selín: La Luna, adorada en Bastión de Plata.

Equino: Dios de los jinetes de Meredorn.

Dioses del Acero: Es la religión más extendida en los reinos de Occidente.

Diosa Blanca: Adorada en el norte.

Eterno: Deidad de las Ciudades Sureñas.

Apéndice III

Senescales de Nurúne

A lo largo de la novela se hacen numerosas referencias a las Senescales del Reino de Nurúne. A continuación se adjunta un listado con todas ellas y los años de su gobierno:

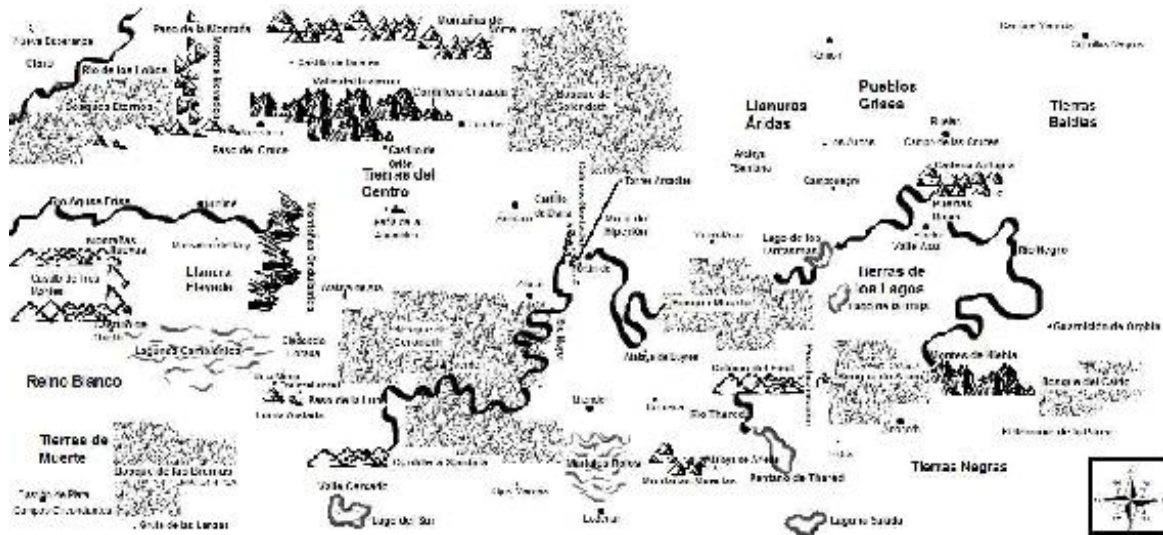
1. Olga: 4 años.
2. Lina: 2 años.
3. Xylia: 7 años.
4. Gundelinda: 15 años.
5. Lylia: 20 años.
6. Zaltana: 25 años.
7. Ma´isah: 2 años.
8. Maccra: 1 año.
9. Urit: 14 años.
10. Gaetane: 9 años.
11. Laine: 42 años.
12. Quibilah: 30 años.
13. Idalia: 22 años.
14. Zaltana II: 3 años.
15. Intisara: 7 años.
16. Xylia II: 2 años.
17. Xylia III: 2 años.
18. Zaltana III: 12 años.
19. Naila: 6 años.
20. Gaetane II: 4 años.

21. Xylia IV: 32 años.
22. Ohiane: 39 años.
23. Raxma: 41 años.
24. Resha: 11 años.
25. Caitlynn: 21 años.
26. Intisara II: 4 años.
27. Soraya: 25 años.
28. Gaetane III: 43 años.
29. Naila II: 50 años.
30. Azmeera: 44 años.
31. Zoheret: 35 años.
32. Byrdene: 3 años.
33. Azmeera II: 16 años.
34. Intisara III: 48 años.
35. Yvette: 28 años.
36. Cybele: 13 años.
37. Winnie: 3 años.
38. Daelyn: 44 años.
39. Daelyn II: 34 años.
40. Xylia V: 31 años.
41. Valere: 29 años.
42. Earlena: 32 años.
43. Shaylee: 23 años.
44. Intisara IV: 34 años.
45. Tsyfira: 32 años.

- 46. Daelyn III: 49 años.
- 47. Vanora: 7 años.

Apéndice IV

Mapa de tierras y reinos



Nota del autor

Escribir una obra de fantasía ha supuesto todo un reto que, sinceramente, pensaba que no podría llevar a cabo. Crear reinos, castillos, dinastías, batallas y seres de leyenda es una tarea larga y compleja que requiere mucho esfuerzo y paciencia. Sin embargo debo admitir que he disfrutado con la Hija del Hielo más que con ninguna otra novela.

Para mí, desde mi experiencia, los personajes no son simplemente un elemento más a desarrollar en una obra. Intento tratarles como personas reales, con sus sentimientos, amores, preocupaciones, lágrimas y alegrías. En ocasiones lo habré logrado y en otras habré fracasado. Alanys será para mí un personaje especial tanto por la cantidad de horas pasadas con ella, como por el carácter y personalidad de esa joven que, aunque les cueste creerlo, se ha hecho a sí misma. Cuando surgió en mi mente aquella chica de mirada gris, tenía una forma completamente diferente a la Alanys que se muestra aquí.

Alanys ha conseguido emocionarme y atraparme, igual que emociona y atrapa a aquellos que la siguen. Ahora, después de haber viajado a su lado a través de montañas heladas, de páramos desiertos y ruinas de ciudades épicas, tras las batallas imposibles y los amores alcanzados, debo admitir que puedo aprender mucho de Alanys, de su mensaje. A través de ella he querido mostrar que el esfuerzo, el tesón, la dedicación, la lucha permanente por aquello que uno quiere, es el camino para alcanzar esas metas que nos marcamos. Si nos mostramos como somos, sin aditamentos innecesarios, seremos queridos y apreciados de forma sincera. En nuestro mundo no hay dragones ni reinos de ensueño, pero todos tenemos objetivos, todos tenemos sueños y esperanzas, y, al igual que Alanys, será a través del esfuerzo y la lucha, quizá a través de las lágrimas a veces, como alcanzaremos aquellas cosas que tanto ansiamos.

Por último, quiero dar las gracias a una persona que guarda muchas similitudes con Alanys, cuyo arrojo y tenacidad son dignos de admirar y de emular. Una persona que, cuando lea esta última línea, espero que sonría de esa forma que a mí tanto me inspira.